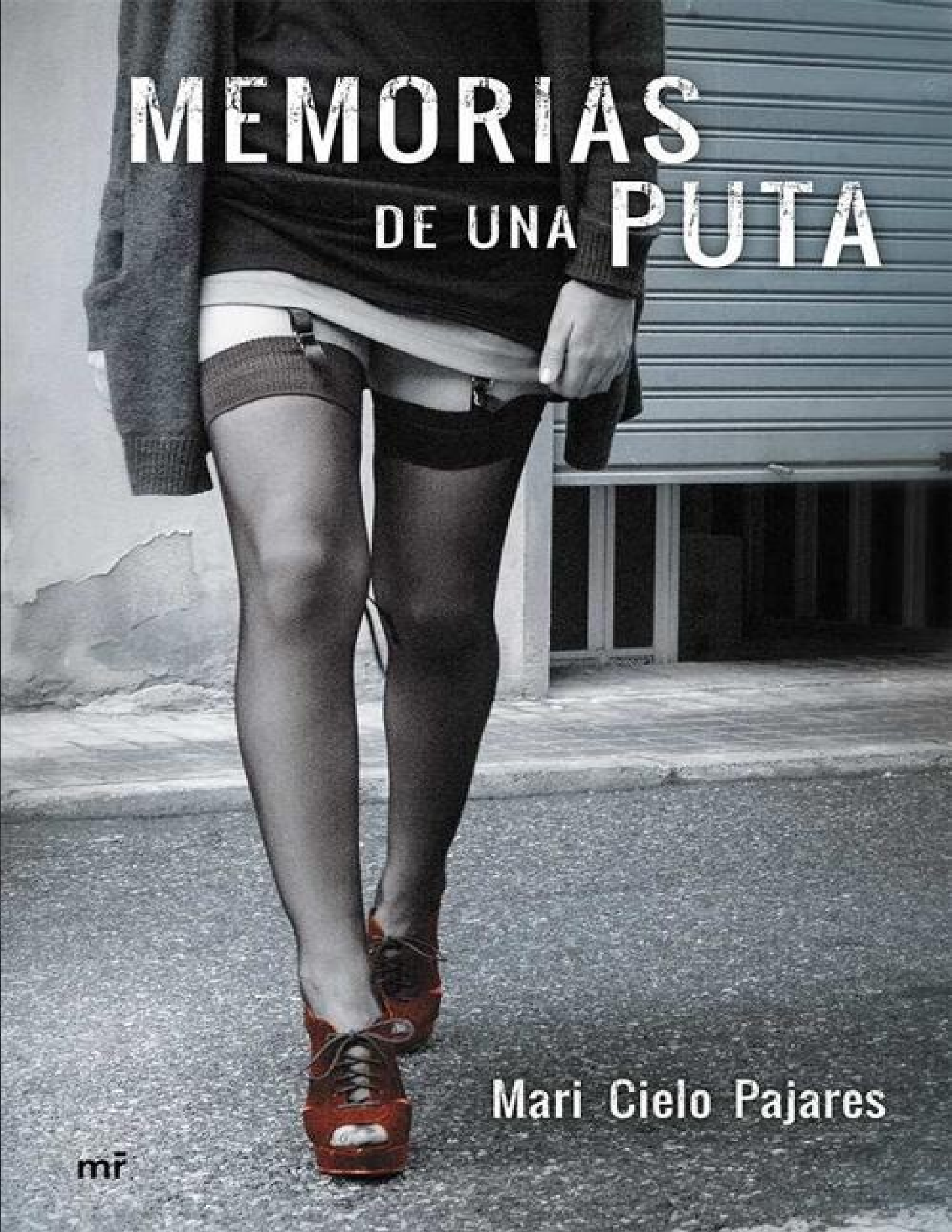

MEMORIAS
DE UNA PUTA
Mari Cielo Pajares
mr

ÍNDICE

Portada
Dedicatoria
¡Maldita crisis!
El primero
La solución
Con la mafia en los tacones
Luna de miel
¿Cómo se visten las putas de nivel?
La foto
Famosos agresivos
¿Amigas para siempre?
La sexcam y su puta madre
Oferta del mismo sexo
Visita de la familia en el trabajo
Experiencias de pelotas
Mi ex
Enamorada de un cliente
Puteada
Sin aliento
Su voz en el vacío
Negociaciones
Antonia
Agradecimientos
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

A mi abuela Ángeles Laborda, mi «yaya»,
y a mi madre Asunción Alonso, por haberme enseñado
todo lo bueno que aprendí de esta vida.
Les agradezco que me dieran coraje, que me animasen
a luchar por mis sueños y que jamás dejasen de creer en mí.
Les agradezco también su amor incondicional y su sacrificio, anteponiendo siempre mi felicidad a la suya.

A todas las mujeres, a las que han tomado decisiones correctas y a las que se han perdido en el camino.
Nunca es tarde para volver a retomar el rumbo,
para levantarse de nuevo, para mirarse
con orgullo al espejo, para buscar la felicidad,
por muchas veces que nos arroje la vida al suelo.

¡MALDITA CRISIS!

Rita Solo. Encuentros discretos a domicilio. Morena, elegante, sofisticada y muy complaciente. Lista para hacer tus fantasías más íntimas realidad. Solo cash.

Mi nombre es Antonia, pero vamos a ser sinceros: no es lo mismo follarse a una Rita Solo que a una Antonia. En todas las casas hay Antonias, generalmente en bata, sin depilar, hasta los ovarios de fregar, cocinar, aguantar a los niños, fritas de pensar en cómo llegar a fin de mes y con más bien pocas ganas de echar un polvete. Pero una Rita... Una Rita siempre está dispuesta a complacer con una sonrisa de un millón de dólares y un coño de oro.

Todo el mundo pensará que qué tiene que decir una puta si en teoría solo valemos para tumbarnos y abrir las piernas o la boca —a gusto del consumidor previo pago del importe—, pero las putas tenemos mucho que decir, tenemos todas un porqué y una historia detrás... Esta es la mía.

Aterricé en la profesión más antigua del mundo por pura casualidad. Más que por casualidad por la confusión de un guiri borracho una noche en Marbella. Acababa de perder mi trabajo en Madrid —suspensión de pagos—. Pensé que sería algo pasajero y que enseguida encontraría otro, pero las facturas se iban acumulando, mi paro era irrisorio y no llegaba ni para cubrir la primera semana del mes. Además, mi casero estaba a punto de formarme un consejo de guerra y me destrozaba pensar en las penurias diarias por las que tendría que pasar mi madre; así que, con los últimos dos mil euros que me quedaban en el banco, me lie la manta a la cabeza y me fui una semana de vacaciones a un hotel carísimo para mí de Marbella, sabiendo que serían mis últimos momentos de falsa felicidad antes de afrontar la tragedia que se me venía encima, sin trabajo y con más deudas que neuronas para pensar cómo pagarlas.

No es que cuando trabajaba pudiera tener como una reina a mi madre, pero sí podía proporcionarle una vida digna y algún capricho que otro de vez en cuando. Mi madre pertenecía a aquella generación de amas de casa donde la palabra «trabajo» era de género masculino. En la época de mis padres el trabajo era cosa de hombres, y la cocina cosa de mujeres... Esa mentalidad de troglodita y antigua ha dejado en nuestra sociedad un montón de desvalidas y muchas «huérfanas» de marido.

Mi padre murió hace cinco años sin avisar, sin decirle a mi madre: «Oye, cariño, que me muero. Que disculpa por haberme bebido en el bar nuestros ahorros y habérmelos jugado al póquer los domingos, que ahí te quedas con la hipoteca de la casa y con el resto de los gastos; por cierto, perdona por no haberte dejado desarrollarte como persona y haberte obligado a ser mi esclava particular para limpiarme la mierda en casa y cocinar. Siento haberte prohibido trabajar como condición para ser tu marido y... ¡ah!, sí, se me olvidaba, que perdona también por la puta factura de la funeraria porque nunca me salió de los cojones hacerme un seguro para mi entierro». No, mi padre no le dijo eso. No dijo nada. Se murió. Le dio un ictus, tuvo a mi madre jodida un par de meses como una broma macabra pensando que podría recuperarse y luego murió de repente de un infarto de miocardio. Mi madre se sumió en una profunda depresión de la que me costó Dios y ayuda

sacarla. Y después, y aunque no fui al juzgado a firmar ningún papel, me hice cargo de la «adopción» de mi madre.

Así que con aquellos últimos dos mil euros me marché a replantearme mi existencia. Aterricé en el aeropuerto de Málaga con dos maletas, la bolsa del portátil y el bolso de mano. Pensaba ponerme en esa semana toda la ropa que me gustaba aunque tuviera que cambiarme cuatro veces al día. Necesitaba esas vacaciones, necesitaba aclarar mis ideas, pensar qué iba a hacer con mi vida y con la de mi madre, claro.

El paquete de vacaciones incluía que un chófer fuera a recogerme al aeropuerto y me dejara en mi flamante hotel cerca de Puerto Banús. Busqué entre las caras de la gente algún hombre con pinta de conductor y con un cartel con mi nombre, pero me encontré con una especie de surfista en bermudas que, al ver que me esforzaba por leer sin gafas mi apellido escrito en letras enanas en una enorme hoja de papel, me saludó y me dedicó una sonrisa.

—¿Antonia Leal? —me preguntó.

—Sí, soy yo. ¿Me echas una manilla con las maletas? —Me cogió con desgana la maleta más pequeña.

Podía leer en su cara que la compañía le pagaba por transportarme a mí, no por cargar con mis trapos.

—¿No tienen carritos dentro? —intentó averiguar.

—No, aquella familia de los cuatro niños y el gato en la caja se llevó los tres últimos, pero si quieres lo llevo yo sola...

—No, no te preocupes, no pasa nada. Por cierto, me llamo Francisco —dijo con una sonrisa forzada, dándome la mano.

No es que yo esperara una limusina, pero el coche de Francisco necesitaba una seria revisión, además de una manita de pintura y un agüita. Encima, no tenía aire acondicionado y el calor estaba derritiéndome las pestañas. Abrí la ventanilla y el viaje hasta el hotel transcurrió sin apenas conversación. Llegué con un dolor de cabeza de aúpa por la sobredosis de aire caliente y con dolor de cervicales por tener media cara fuera del coche, que, además, olía a pachuli intenso. Pero tenía un cargamento de analgésicos en la maleta, y pensaba tomarme uno en cuanto subiera a la habitación. Esa semana era sagrada, y tenía que ser perfecta.

Antes de despedirme de Francisco le pregunté dónde podría tomarme una copita después de cenar, y me recomendó Seven en Puerto Banús y Olivia Valere para acabar la noche.

Después del papeleo de recepción me dieron mi tarjeta y me dijeron que un botones llevaría mi equipaje a la habitación. Me alivió pensar que no tendría que volver a arrastrar mis maletas hasta el ascensor. Subí a la sexta planta y busqué la 602; metí la tarjeta en la cerradura y cuando abrí pensé: «Perfecta».

La habitación era preciosa. Limpia, moderna y con una luz espectacular que entraba desde la cristalera del balcón con vistas al mar. Respiré hondo, fui al baño y vi que había un montón de geles, champús, cremas con el logo del hotel, y un blanquísimo y suave albornoz con una de esas pegatinas que decía más o menos: «No lo robes, no seas mamón», pero en fino. Estaba encantada, tenía todas las cremitas de regalo en la mano y sonreía como una idiota. Entonces me giré y vi la cabeza del botones, que parecía flotar sin cuerpo a un lado de la puerta, y di un bote.

—Lo siento, no quería asustarla. Traigo su equipaje —declaró con acento latinoamericano que no supe localizar con precisión.

—¡Qué susto!, no pensé que subiría tan rápido —dije riendo—. Espere...

Saqué de mi bolso el monedero y le di cinco euros de propina. Se fue dedicándome una sonrisa.

Aquella tarde tomé un baño espectacular. Vacié en el agua todos los geles que me habían dejado más unas sales de olor a vainilla que había traído conmigo de Madrid. Estaba relajada, el dolor de cabeza había desaparecido y los problemas iban desapareciendo con el vapor del agua. Aquella fue la última vez que recuerdo sentirme limpia.

Me vestí para triunfar. Básicamente había fracasado en casi todo lo que me había propuesto conseguir antes de los treinta, así que después de que me echaran del trabajo, de no saber cómo iba a hacer frente a la montaña de facturas que me esperaba en casa, después de la desesperación de saber que mi madre no contaría con la seguridad que yo le había proporcionado hasta ahora y que, además, no sabía que su única hija acababa de perder el trabajo… Con todo aquello tenía suficiente, así que no, no pensaba fallar otra vez, esa noche quería vencer, quería ganar en lo que fuera. Tenía una especie de euforia absurda, síntoma, supongo, de que estaba perdiendo definitivamente la cordura.

Me encantaba cómo me había maquillado y mientras me vestía me serví una copa de ron con Coca-Cola del minibar y me puse un provocativo vestido negro minifaldero, probablemente demasiado provocativo. Pero me daba igual, me sentaba de puta madre. Mientras escuchaba *Show must go on,* de Queen, en mi iPhone y terminaba de pintarme los labios y de admirar el resultado de una hora de chapa y pintura delante del espejo, me di el último toque de secador y después me tumbé en la cama con una revista para turistas para elegir un restaurante donde cenar antes de pillarme la madre de todas las cogorzas que planeaba cogerme en los locales que Francisco me había sugerido.

Me decidí por uno japonés que estaba en Puerto Banús. Así luego podría ir andando a Seven; estaba a unos cinco minutos de paseo y, además, me encanta el sushi y aquella noche quería que fuera magnífica, así que llamé a recepción para que me pidieran un taxi y me fui a Yokami.

Cuando llegué y el *maître* me preguntó si quería mesa para uno, dejé de sentirme a gusto. No recordaba la última vez que había cenado yo sola en un restaurante; siempre solía hacerlo con amigos, con mi madre, con algún noviete… Pero aquella aventura la había empezado sola porque lo necesitaba, y ahora me sentía extraña sin saber exactamente adónde mirar.

Ojeé la carta aunque sabía que terminaría tomando sashimi de salmón, ensalada de wakame y tartar de atún como siempre que comía en un japonés, pero al menos podía esconderme detrás del menú y perder de vista a la gente que me miraba y se preguntaba si me había vestido y maquillado así para una cita y me habían dejado plantada. Podía ver en sus caras la compasión, sobre todo en la de una señora enjoyadísima que no tenía otra cosa que hacer que estudiarme. Pedí al camarero lo que quería, saqué mi móvil del bolso y me puse a curiosear el Twitter para olvidarme de las miradas ajenas mientras venía la comida.

El camarero trajo los platos a la vez. Estaba todo delicioso; ahora ya me daba igual quién me mirara, estaba disfrutando de la comida y me estaba riendo de unos chistes absurdos del Twitter. Con la cena me tomé dos copas de vino tinto, y de camino a Seven ya iba un poco tocadita. No estaba borracha, pero había llegado a ese puntillo de desinhibición en el que casi todo me daba igual. Ahora sí que estaba dispuesta a pasármelo en grande.

Al llegar a Seven, un gigante segurata me hizo un chequeo de arriba abajo que ya quisieran en la Seguridad Social. Apartó bruscamente a otras chicas que estaban aguardando, tirando casi al suelo a una rubia que no esperaba el manotazo y que por poco pierde el equilibrio con sus tacones de aguja. El de seguridad me miró con cara de perdonavidas y me hizo un gesto para que pasara. Las otras se quedaron en la puerta, quejándose porque ellas estaban antes que yo, mientras el coloso trajeado se cruzaba de brazos y las ignoraba con desprecio, sintiéndose poderoso, sabiendo que tenía en su mano

la felicidad de unos pobres mortales que esperaban ansiosos en la puerta, y que en cierta manera, aunque su sueldo no llegara a fin de mes, contaba con ese poder, porque más de uno ahí fuera necesitaba ahogar sus problemas en alcohol y echar un polvo con un extraño o extraña que aliviara la tensión que podría acabar en un estado de ansiedad bien chungo.

Yo ya había comenzado a triunfar aquella noche, aunque solo fuera porque le había caído simpática al de la puerta de media tonelada de aquel local. En cuanto entré me sentí algo incómoda; no tenía a nadie con quien comentar la jugada, parecía que todo el mundo tenía amigos menos yo. Además, hice un *casting* rápido y, aunque la nota media de las mujeres era de un seis, había un par de nueves que podían joder la noche a un siete y medio como yo, y llevarse al más guapo del local.

Fui directa a la barra dispuesta a mentir al primero que me preguntara qué hacía sola. Diría que estaba esperando a unas amigas que habían ido a aparcar el coche. No fue necesario; Amador, un camarero encantador, no solo no me hizo la incómoda pregunta, sino que me invitó a una copa y me dio conversación durante un buen rato, el suficiente para que aquella copa me terminara de hacer efecto y ya me importara un verdadero carajo lo que nadie pensara de mí aquella noche.

Por alguna razón sentía que todos los hombres del local me miraban. No sé si era por el complejo narcisista que me estaba provocando el alcohol, pero me sentía sexi, me sentía increíble y los dos nueves que había visto al entrar parecían más bajitas, más feas y más mayores a medida que yo iba vaciando las copas.

Me dirigí a la pista y bailé como una loca las canciones horrendas que el Dj pinchaba. Me sentía libre, feliz, guapa... Bailé con todos los que se acercaban. Me invitaron a una mesa donde terminé de cháchara con unas colombianas simpatiquísimas que no me creían cuando les decía que nunca iba al gimnasio, que no tenía tiempo y que no me cuidaba en absoluto. De hecho, hasta que perdí el trabajo vivía exclusivamente para eso, para trabajar.

La gente que acababa de conocer eran ya como amigos de toda la vida; el alcohol hace maravillas en mentes débiles que anhelan un escape. En momentos así no piensas que quizá con la resaca tus problemas, tus miedos y tus temores vuelvan al ataque cien veces más letales que antes de empinar el codo, pero mi noche no había acabado aún. El hombre que cambiaría mi vida para siempre, y del que no recuerdo su nombre, todavía debía invitarme a una copa en el siguiente local.

EL PRIMERO

Eran aproximadamente las dos y media de la madrugada y no tenía nada de sueño. Allí estaba yo, la quejica a la que se le pegaban las sábanas y la que siempre aprovechaba cualquier ratito libre para recuperar algo de sueño, de charla con las colombianas de Seven. Quería prolongar aquella noche como fuera, aquella noche en la que los problemas no existían, aquella noche en la que todo el mundo era encantador y en la que la gente bailaba y disfrutaba ajena a los desahucios diarios de tantos españoles que creían tener una vida segura, que les bastaba con haber estudiado, creado una familia y tener un trabajo que pagara las deudas, que era suficiente con seguir las reglas establecidas del juego para tener la seguridad y la monotonía en la que se habían criado con sus padres; reglas que ya no eran aplicables y que han forzado a que los cabezas de familia se conviertan en Houdinis, en magos increíbles que consiguen llegar a fin de mes con algún truco extravagante sacado de alguna chistera.

En aquel club, donde una sola prenda de ropa podría pagar medio alquiler de cualquier apartamento humilde, no existía la crisis, no existían los problemas, era un limbo maravilloso donde la gente era feliz, y yo quería saber dónde tenía que firmar para quedarme a vivir allí y no tener que salir a respirar la realidad nunca más.

No había pagado ninguna de las dos copas que me había tomado. En la mesa había una botella de ron, otra de vodka y una más de güisqui. No recordaba que me hubieran presentado formalmente al dueño de la mesa y dudaba de que la mitad de los que estábamos chupando del bote sin piedad conociéramos de veras a míster Visa, a quien le pasarían al final una cuenta que ríete tú de la sexta puñalada que le atizaron a Julio César.

Pregunté inocentemente a una de mis nuevas colegas:

—Oye, ¿de quién son las botellas?, ¿no le molestará que estemos aquí bebiendo sin pedir permiso?

A lo que ella me contestó riendo:

—¿Hablas de Amit?, ¿cómo se va a enfadar? Él está encantado de que estemos aquí todas en su mesa, ¡ya tú sabes!

Pues no, al parecer yo no sabía nada, y alguien tendría que explicármelo con paciencia porque no lograba entender cómo podría estar encantado este hombre de pagar más de mil euros para que un montón de extrañas se bebieran su botella. Pero, en fin, sarna con gusto no pica, y yo no pretendía arreglar la vida de Amit aquella noche; lo que quería era olvidarme de las miserias de la mía, así que sonreí y dije:

—Qué bueno…

Y seguí bailando y levantando la copa como el resto de las chicas, como si estuviéramos brindando por Odín, o por el imbécil del Amit al que le encantaba pagar borracheras ajenas.

Salí de Seven con más amigos de los que había hecho en años en el instituto. ¿¡Dónde había estado esta gente tan simpática toda mi vida!? Alguien dijo que era hora de ir a Olivia —Olivia Valere, al parecer—, y yo ni lo discutí. Pensé que por qué romper las tradiciones y costumbres nocturnas de mi nuevo grupo de amistades.

Una de las colombianas me pegó un grito para indicarme que fuera en el coche con ellas y yo la seguí cual rata a flautista de Hamelín. A pesar de mi estado de embriaguez, al meterme en el coche me dio por pensar quién sería la que condujera. Habíamos bebido todas y no es que yo tenga matrícula a la responsable del año, pero supongo que el instinto de supervivencia animal me hizo preguntar:

—¿No es mejor si cogemos un taxi? No sé yo si estás como para conducir.

A lo que Cindy, la colombiana al volante, me contestó:

—¡Ay!, ¡no me seas madre!, ¡no estoy tomada! Además, ahora me pego un tirito y me despierto del todo.

No sabía si había perdido la cabeza por completo pero creí haber oído que se iba a pegar un tiro, así que reaccioné:

—Perdona, ¿que te vas a pegar un qué...?

—¡Un tiro, una raya, polvos mágicos, mi amor!

Cocaína. Hablaba de cocaína. A mí casi se me pasa el pedo de golpe y me da un infarto cuando vi cómo sacaba un pastillero, ahí aparcada en medio de la calle, metía la uña dentro y se la ponía en la nariz esnifando con fuerza. Se me quedó la boca abierta como el cangrejo de La Sirenita. No es que yo fuera imbécil o no supiera que todo aquello existía, pero me había criado en un ambiente muy tradicional, a la vieja usanza, mis compañeros de trabajo y mi círculo de amigos eran de lo más sano y había vivido siempre como una niña burbuja, sabiendo que todo ese mundo estaba ahí fuera, pero nunca imaginé que iba a verlo en directo y en primera fila.

¡Zaca! Esnifada rápida y profunda desde el orificio de la nariz hasta el rincón más recóndito del cerebro. Cindy se metió una raya delante de mí y el grupo de nuevas «amigas» acababan de desvirgar mi inocencia mental. Así, de golpe, sin preguntar, ¡violación en primer grado!

Cindy se miró en el espejo retrovisor, quitándose los restos blancos de la nariz:

—¿Quieres? —me ofreció.

—No, gracias, soy alérgica —contesté, siendo consciente después de unos segundos de mi respuesta, y viendo cómo se giraba Cindy para mirarme.

Me acababa de dar cuenta de que había dicho la mayor gilipollez del mundo. Mi cerebro ebrio no había tenido tiempo de procesar la pregunta y responder algo lógico, fue como un acto reflejo de rechazo, pero finalmente conseguí reaccionar y corregí:

—Quiero decir que me sienta mal... Que soy hiperactiva... E hipertensa... Vamos híper de todo, que estoy bien, que yo me bebo un Red Bull y me salen alas, hélice y dos motores a reacción.

Cindy se empezó a reír.

—Como quieras, loca, pero una rayita no te iba hacer ningún daño.

—Ya... Pero mejor no, luego si eso —mentí.

La chica que iba sentada de copiloto y de la que no me había quedado bien con el nombre puso la música a todo volumen mientras Cindy arrancaba.

—¡Ay, dale, Cindy, vámonos ya, que me da el bajón! —le decía.

Y allí iba yo a toda velocidad, embutida en un coche con cinco extrañas, de las cuales la mayor tendría unos diez años menos que yo, y colocadas hasta las orejas y más allá. Respiré hondo y me dije: «Antonia, en esta vida hay que verlo todo, no pasa nada. Acuna patata, o hakuna matara o lo que sea. A Olivia a divertirse y a bailar».

La puerta de Olivia en lo que suponía era hora punta, era lo más parecido a un Real Madrid-Barça. Me preguntaba cómo íbamos a entrar allí todos antes de que se nos hiciera la hora del desayuno, la embriaguez se convirtiera en resaca y yo recuperara mi cordura y saliera corriendo de aquel círculo

de perversión en el que estaba inmersa de la manera más tonta. Pero antes de que pudiera pensar mucho más en ello, Cindy, nuestra capitana del equipo, «viva la coca y las botellas gratis», se recolocó el sujetador *push-up*, oprimiendo sus senos hasta el extremo de que pensaba que iban a sacar la bandera blanca y rendirse por estrangulación extrema, y con la mejor de sus sonrisas levantó la mano y se dirigió al de seguridad de Olivia Valere, que parecía el primo mayor cabreado del de Seven.

—¡Omar!, ¿cómo estás, mi amor?

El hombretón, que estoy segura de que carecía del músculo facial que provoca el gesto de una sonrisa, nos miró con aquella mirada que solo posee un asesino a sueldo sin piedad, emitió una especie de gruñido ininteligible e inmediatamente su compañero, que parecía su «miniyo» con alopecia severa, nos abrió un cordón granate de la zona vip y pasamos con toda nuestra ancha cara por delante de la enorme cola directamente a la tierra prometida. Al pasar hice un nuevo intento de sonreír a modo de agradecimiento y lo único que conseguí del portero fue un gruñido extra, el cual interpreté como un «de nada».

Mis amigas cruzaron un enorme patio hacia el interior de la discoteca con confianza, charlando entre ellas y sabiendo perfectamente dónde se dirigían sin atender a nadie. Yo iba detrás, algo más despacio, mirando a todas partes como una niña curiosa embobada con el espectáculo. No podía obviar el circo de chicas jóvenes flirteando con hombres que podrían ser sus abuelos, vestidos de Armani y con Rolex último modelo.

Unos guiris que parecían ser ingleses y extremadamente ruidosos gritaban en la barra de la terraza mientras brindaban con unos chupitos. Camareros con uniforme corrían arriba y abajo con shishas y botellas, llevándolas a las mesas donde había sentados un montón de feos con un montón de guapas, grupos de chicas con algo de sobrepeso enfundadas en vestidos imposibles, chicos con la mandíbula desencajada que daban la sensación de tener la cara con aquella duda eterna de «¿Me he dejado la plancha encendida en casa?». Todo aquello era... nuevo.

La música estaba tan alta que sentía botar dos corazones dentro del pecho, el mío y el de los bongos que un percusionista estaba tocando encima de una de las tarimas, sudando con el torso desnudo, dejando lucir músculos en lugares donde yo no sabía que existieran. El local estaba lleno; había gogós, láseres destrozarretinas y olía a sudor, colonia carísima y alcohol a ráfagas. Y digo «a ráfagas» porque dependía de quién se estuviera estrujando contra tu cuerpo al intentar pasar de un lado a otro con las copas en alto.

Las colombianas habían aterrizado en la mesa de un caballero que era el vivo retrato de Tony Montana, y cuando hablo de «vivo retrato» me refiero al mismo estilista de los setenta que alguien habría dejado escapar del túnel del tiempo. Yo no tenía especial interés en conocer al señor Montana, pero Dios sabe que necesitaba otra copa en vena para no gritar «auxilio».

Antes de que tuviera tiempo de pedirla o pensar en ir a la barra a comprarme una como todo hijo de vecino, Cindy ya me había preparado una copa, pues se había apoderado de la botella de Montana mientras le guiñaba el ojo convulsivamente y este sonreía con la mirada fija en sus tetas. Bebí un trago, desilusionándome porque que no era ron. Sí, quería cogerme la gran cogorza y olvidarme del mundo en un paréntesis absurdo en mi vida en aquella noche, pero no deseaba trufarme el hígado en el proceso. Quería ir a la barra a comprarme una copa en condiciones, pero no me apetecía discutir con Cindy, que trataría de convencerme para que me bebiera aquella o haría al pobre Montana comprar una botella de ron, así que mentí miserablemente y dije que iba al servicio. Cindy amagó como para decirme que me acompañaba, pero no le di tiempo y desaparecí entre dos sobacos que saltaban al ritmo de la percusión.

No tenía intención de volver a la mesa, apreciaba el gesto de aquellas chicas que me habían tratado como si fuésemos hermanas de leche, pero no era el tipo de gente con la que me apetecía relacionarme, ni siquiera en la más loca de mis noches. Realmente tenía ganas de ir al servicio, pero podía esperar un ratito más, no quería encontrarme con Cindy y que volviera a secuestrarme y devolverme al muestrario de muñecas de la colección privada de Montana.

Fui hacia la barra principal que estaba a reventar. La gente trataba de ganar posiciones hacia primera fila, y yo, con educación, intentaba abrirme paso, soltando algún «perdón», «disculpa» o «con permiso», pero no parecía funcionar. Una morena altísima con muy mala leche me miró con desprecio y se giró dándome un melenazo en toda la cara y pisándome con sus tacones metálicos entre dos de los dedos del pie. Mientras escupía parte de su pelo que aún tenía en la boca, se me acabó la paciencia, vi la luz y comprendí cómo llegar hasta la barra. Sin misericordia, metí mi codo en el costillar de la morena y, cuando se encogió de dolor hacia un lado hice un giro a lo Messi por el lateral que la dejó al descubierto, pisé a un pobre despistado y mientras se agachaba ligeramente conseguí agarrarme con la mano derecha al extremo de la barra... Mía, toda mía, ¡mi tesoro! Había llegado a la cima, afiancé posición con mi trasero metiendo caderazos a derecha e izquierda y sonreí con satisfacción.

Una camarera con cara de avestruz estreñida me hizo un gesto con desgana, que yo interpreté como un «qué desea tomar», y le grité por encima de la música:

—Un ron con Coca-Cola, por favor.

Mientras esperaba a que me sirviera la copa, vi a un rubio impresionante en la barra, contemplándome a escasos dos metros. Hice la estupidez típica de mirar hacia atrás por si estaba fijándose en otra, pero no, me miraba a mí. Le sonreí y sentí que me ponía roja como un tomate. La camarera rompió el momento mágico plantándome la copa en las narices y gritándome:

—Veinticinco.

No sabía si darle las gracias por pensar que me echaba veinticinco añitos o darle veinticinco bofetadas por querer atracarme.

—Perdona, ¿cuánto has dicho?

—Veinticinco euros —me gritó con cara de impaciencia.

Mientras rebuscaba en mi bolso pensando que aquella sería la última copa que tomaría esa noche, y tratando de decidir qué nombre y apellido le pondría, pues estaría en mis manos hasta que me marchase, el rubio alargó una tarjeta de crédito a la camarera y le hizo un gesto para que no me cobrara la copa. El rubio, que parecía tener más arte o más experiencia que yo apartando gente en los locales, se acercó a mí y se presentó diciendo su nombre. Con la música tan alta y su voz melosa no le entendí, así que le pregunté:

—Disculpa, no te he oído, ¿cómo te llamas?

Repitió su nombre de nuevo más alto, coincidiendo con el clímax del percusionista que interpretaba su solo, así que por segunda vez no me enteré tampoco, pero no le pregunté más y me di por informada, porque hay una diferencia entre mona y despistada y torpe de mierda. Le sonreí y le dije:

—Rita, encantada.

Las palabras escaparon de mi boca sin más. ¿Rita?, ¿Quién coño era Rita? ¿Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita, gracias por la copa? No tengo ni idea de por qué, pero me vi incapaz de decirle «Antonia» a aquel hombre tan elegante y maravilloso. No puedes encontrarte con el doble de Brad Pitt y soltarle: «Hola, me llamo Antonia». Supongo que mi subconsciente, que al parecer estaba al mando aquella noche, tomó la iniciativa y dijo «Rita».

—¿Rita qué más?

—Rita solo. —Y asumió que «solo» era mi apellido.

El rubio me invitó a sentarme con él; me alivió que no solo lo dijera, sino que señalara hacia el área de las mesas, porque aquella música, que parecía más alta y ensordecedora a cada segundo, realmente no me dejaba entender nada en absoluto. Le sonreí y asentí, siguiéndole y rezando para que no tuviera un harén esperándole como el de Tony Montana. Al llegar a su mesa vi que tenía una botella de champán Cristal en una cubitera con una servilleta blanca, elegantemente colocada sobre ella y una sola copa. Me senté y después de unos segundos, mirando embobada su copa le pregunté:

—¿Te cansaste de beber champán y fuiste a la barra a por otra cosa?

—Fui a la barra... a por otra cosa, sí. Y no, nunca me canso de beber Cristal. De hecho, es el único alcohol que bebo —me contestó con un acento francés de lo más sugerente.

Sus ojos eran hipnóticos, de un azul casi cristalino, tenía una barba de tres días cuidadosamente perfilada y el pelo largo casi hasta los hombros, limpio y peinado entre niño malo rebelde y elegante en su justa medida. Iba vestido con un traje de chaqueta cruzado gris, impecable, que recordaba en cierta forma a los de los gánsteres de los cincuenta, una camisa de seda blanca exquisita, que en conjunto abrazaban un cuerpo del que estaba más que segura que sería el de un Apolo más duro que el mármol, y unos zapatos limpios hasta el extremo. No sé cómo se las había apañado para que fuera el único en aquel local al que no le hubieran pisado tres mil ochocientas quince veces.

Estuve tentada de preguntar de nuevo su nombre, pero me dio vergüenza y finalmente pregunté:

—¿Y exactamente a qué fuiste a la barra?

—Fui a conocer a la mujer más guapa del local, a averiguar su nombre y a invitarla a mi mesa —me contestó con su irresistible acento.

Mi ego en aquel momento era del tamaño del Cañón del Colorado, y aunque de veras me urgía ya hacer una visita al cuarto de baño, temía que si me levantaba en ese instante después de escuchar aquello, se me cayeran las bragas, me tropezara con ellas y me dejara los dientes en su coqueta mesa con su monísima botella de Cristal. Además, mi falta de confianza en mí misma me hacía pensar que, si me iba de allí, aunque fuera dos minutos de reloj, cualquier guarrilla sin escrúpulos vendría a robarme mi adquisición. Podía ver con el rabillo del ojo cómo revoloteaban cerca de la mesa como buitres esperando que yo hiciera un movimiento en falso.

Aguanté como una campeona y comenzamos una conversación en la que me divertía al máximo mintiendo como un jabata y haciendo que mis respuestas a sus preguntas fueran tan misteriosas e intrigantes como lo era él en sí mismo, y en la que por supuesto mi vida no era una mierda y no me acababan de despedir por ser del todo prescindible, y en una realidad totalmente de ficción en la que no era una aburrida empedernida a punto del suicidio por haber perdido mi sueldillo mínimo que cubría a duras penas mis gastos y los de mi madre, y que no me permitía ningún capricho que costara una quinta parte de lo que valía su flamante botella de Cristal. Así que yo era nueva en la ciudad, me habían llevado hasta allí los negocios —sin especificar, dándome un halo de mujer fatal—, había ido a captar clientes, ya que no solía trasnochar, y había nacido en Brasil —no sé, me pareció exótico y una buena idea—. Le dije que no me gustaba hablar de mi vida, que trabajaba en un sector que requería discreción —en plan «soy de la CIA»—.

Rita hablaba con una seguridad aplastante, era cautivadora, captaba del todo la atención de este hombre perfecto... «¡Qué pérdida de tiempo haber sido Antonia todos estos años, teniendo a esta Rita dentro!», me dije para mí. Podría haber sido actriz, me sentía cómoda en este personaje y me lo estaba pasando en grande siendo otra persona. Dentro de mi borrachera controlada todo me parecía fantástico y creí que Rita era lo mejor que me había pasado en años.

Supuse que Rita no tendría miedo de levantarse para ir a mear. Ella tenía confianza en sí misma, ninguna de aquellas mujeres sería considerada una amenaza para su adquisición, así que me disculpé con el rubio y le dije que tenía que ir al servicio. Añadí, guiñándole un ojo, que si podía mientras tanto poner un hielo en mi copa y mantenerla fría —me parecía mucho más elegante que decirle que mi vejiga estaba pidiendo auxilio y que, si no corría hacia el váter más cercano, tendría que mear con urgencia en la cubitera. Esa, además, era Antonia, y esa noche yo… Era Rita—.

Me levanté despacio y anduve unos pasos contoneando las caderas, segura de que sus ojos estaban clavados en mi trasero. En cuanto me adentré entre la multitud, Antonia volvió a poseer mi cuerpo. La verdad es que no estaba segura de llegar al baño a tiempo, así que empecé a correr como pude con los tacones, mientras empujaba a la gente y con disimulo me iba poniendo la mano en la entrepierna para no hacerme pis allí mismo.

—¡Seré imbécil! —dije en voz alta.

¿Por qué demonios no habría ido antes al servicio? Escuchaba en mi cabeza la voz de mi madre en estéreo diciendo: «No sabes lo malísimo que es aguantarse cuando uno quiere orinar, la vejiga puede explotar, te pueden llevar a un hospital, ¡puedes morir!». Toda mi vida había pensado que aquello era la mayor gilipollez del mundo, pero en aquel momento en el que pensaba que de veras iba a reventar, todo tenía sentido.

Llegué al servicio y vi que había una cola descomunal para entrar. Me atacó el pánico; definitivamente, no podía esperar. «¿Qué haría Rita en una situación así?», pensé, aunque dudaba de que hubiera sido tan imbécil como yo de llegar a una situación como esta. Pero Rita no me defraudó, miré al baño de hombres donde solo había un chico esperando, y tuve una suerte inmensa. Era feo como un demonio, me miró sonriendo con disimulo y me fui hacia él.

—Me preguntaba si un hombre tan atractivo como tú ha venido acompañado —le dije.

Se rio con un ruidillo nasal de lo más desagradable y me contestó que estaba con unos amigos de la oficina. Jugueteé con su corbata y seguí hablando:

—Si me dejas pasar al baño de chicos y vigilas por mí, te dejo que me invites a una copa.

¿No debería haber dicho «te invito»? No, eso seguramente habría sido cosa de Antonia, y habría añadido, además, «por tu madre, déjame pasar, que me meo», pero Rita era mucha Rita. El hombre que estaba dentro del baño salió.

—¡Pasa, corre! —me dijo el feíto, sonriendo y cómplice.

Pasé y le guiñé un ojo. Si seguía guiñando ojos me saldrían hernias en los párpados. Mientras aguantaba con una mano la puerta que tenía el pestillo roto, me bajaba las bragas con la otra y, con las piernas flexionadas en tensión para no sentarme, sentí un alivio brutal. Según iba siendo de nuevo persona empecé a pensar con un poco más de claridad. Qué iba a hacer con el feíto, definitivamente no me lo iba a llevar a la mesa con mi Adonis.

Cuando terminé y salí, allí estaba el campeón, más feo que antes si cabía, sonriéndome de oreja a oreja. Me acerqué a él y le susurré al oído:

—Dime dónde estás sentado y voy ahora mismo. Deja que busque a mis amigas. A tus compañeros de oficina les van a encantar.

¡Rita era la leche! A Antonia nunca se le hubiera ocurrido algo así con esa rapidez. Pero mientras le musitaba, vi detrás de él al rubio que me miraba con los brazos cruzados, con mi bolso y mi abrigo. El feo señaló hacia algún sitio explicándome dónde estaba con sus amigos, mientras yo me fijaba en el rubio que parecía algo molesto por la proximidad con la que estaba hablando a aquel individuo. Al marcharme, aseguré al feo:

—Ok, vale, ahora te veo allí en un rato. Gracias.

Llegué donde estaba mi rubio y sin que él me pidiera ninguna explicación le dije:

—Es un cliente potencial de mi empresa, le encontré a la salida del baño por casualidad.

Tardó bastante en contestar. Me miraba directamente a los ojos y yo le aguanté la mirada mientras sonreía como una niña traviesa. Al final me dijo:

—Me preguntaba si nos tomábamos la última a solas.

—Y yo me preguntaba cuánto ibas a tardar en sacarme de aquí. —Pero qué chula era esta Rita.

En la puerta del local esperábamos a que el aparcacoches trajera su automóvil. Tenía pinta de tener un Mercedes o un BMW, pero finalmente apareció un Bentley blanco. El aparcacoches me abrió la puerta y me metí dentro, donde el perfume a nuevo y a cuero casi me deja bizca. Cuando él entró y lo puso en marcha me preguntó:

—¿Bueno, adónde vamos?

Me entró un ataque de ansiedad, era como si al salir del local y meterme en el coche la magia que sostenía mi personaje, mi noche alocada en la que no me importaba nada, se fuera alejando como un sueño y la realidad se fuera apoderando de mí. «Eso, Antonia, dónde coño vas con un perfecto desconocido a estas horas de la madrugada. Tú no eres de esa clase de chicas, no te han educado así, a tu último novio le costó casi cuatro semanas llegar a ponerte siquiera una mano en un pecho. ¿¡Qué estás haciendo!?». Pero Rita me susurró: «Este es posiblemente el polvo del siglo y probablemente lo último bueno que te va a pasar en tu triste y aburrida vida antes de que te echen del apartamento y tu madre se entere de que estáis en la calle».

La palabra «perfecto» iba adquiriendo más poder que la de «desconocido». Eché una mirada más a sus ojos azules y le di la dirección de mi hotel.

Aquel Bentley no corría, ¡volaba! Empecé a sentir cómo el estómago me subía a las orejas; trataba de respirar hondo y no pensar en que todo me estaba empezando a dar vueltas. Si vomitaba en aquel pedazo de coche, con aquel pedazo de hombre al lado no me lo iba a perdonar en la vida. Abrí la ventanilla, a riesgo de morir por despresurización de la cabina a esa velocidad, pero necesitaba aire y con urgencia. Él deslizó su mano derecha por mi muslo izquierdo. ¡Dios, cómo me alegraba haberme depilado! El contacto de sus dedos era cálido y suave, le miré con el rabillo de ojo y él me miró fijamente con media sonrisa. Estuve a punto de decirle que vigilara la carretera, que a esa velocidad nos íbamos a matar, pero pensé: «¿Y qué si nos matamos?». ¿Tenía yo mucho que perder? ¿Acaso mi futuro era brillante o trabajaba en algún proyecto de la NASA de vital importancia para la humanidad?... No. Si tenía que morir prefería hacerlo en aquel momento, en un Bentley y con la mano del hombre más divino del mundo en mi muslo, así que no dije nada.

Llegamos al hotel y pasé por recepción rápidamente mientras él me seguía detrás algo más despacio. Me daba vergüenza lo que pudiera pensar el chico que estaba de guardia en recepción; aunque seguro que el pobre estaría curado de espanto, trabajando en una de las ciudades donde más turistas van a pegarse las juergas más salvajes de la historia y, además, le importaría muy poco lo que yo hiciera con mi vida.

Creí que en el ascensor me besaría, pero no, se quedó en una esquina mirándome y sonriendo. Llegué a la puerta de la habitación y metí la tarjeta en la ranura para abrir; parecía no funcionar, no hacía más que encenderse la lucecita roja y me estaba poniendo de los nervios metiéndola y sacándola insistentemente, hasta que él me paró la mano y con su magnífico acento francés me dijo:

—La estás metiendo al revés, preciosa.

Me quedé cortada, debía de creer que era imbécil. Así de repente, y como medida desesperada para que dejara de pensar que era una inútil, me abalancé a besarlo, pero él abrió la puerta, perdí el

equilibrio y casi me caigo dentro. Me dio una risa nerviosa estúpida y recuperé la postura. «Antonia, relájate, este es tu momento, disfrútalo», pensé. Le ofrecí educadamente tomar una copa del minibar y me contestó:

—Quítate la ropa.

Aquello restó encanto a su acento, al traje que llevaba y a sus ojazos. Quizá eso le funcionara con chicas jovencitas independientes a las que les va lo duro, pero yo era de la vieja escuela. Me gustaba más el tema romántico y los mimos, pero aquello no me iba a fastidiar el final de aquella noche, así que traté de no darle demasiada importancia y seguirle un poco la corriente. Empecé a quitarme el vestido en un intento patoso de hacer un estriptis sexi, pero pareció no entusiasmarle demasiado.

—Voy a pasar al servicio un momento, vuelvo enseguida —pronunció muy seco.

Me quedé un poco desinflada al principio, aunque luego me alegré porque al intentar quitarme el vestido, la cremallera se me había enganchado al pelo; después de una batalla empedernida dando vueltas en tanga y con las ligas puestas, corriendo por la habitación, peleándome con el vestido, finalmente salió con medio cuero cabelludo pegado a la cremallera; pero por lo menos ya me lo había quitado de encima.

Escuché abrirse el grifo del lavabo y aproveché para tumbarme en la cama, con las ligas puestas, y en una postura sensual. Me puse la mano en el muslo y me di cuenta de que tenía un tomate del tamaño de un LP de Peret en la media. Examiné con pánico el boquete y me giré a la velocidad de la luz para colocarme del otro lado. Volví a mirar y vi que la media estaba intacta al mismo tiempo que él abría la puerta y salía del servicio.

Aquel rubio salió como Dios lo trajo al mundo. No me lo esperaba, pensaba que el proceso sería algo más lento y que jugaríamos un poco. Vamos, que al menos se dejaría los calzoncillos puestos hasta llegar a la cama. Me había hecho una película diferente, pero allí de pie, desnudo, con la luz de la habitación apagada y la del baño encendida, pude ver su silueta. No recuerdo un solo defecto en su cuerpo, era proporcionado, atlético y fibroso, tenía unos abdominales con los que no sabía si lavar allí el tanga o utilizarlos para hacerme un bocadillo. Parecía que acababa de aterrizar el Dios nórdico Thor en el servicio de mi hotel y, además, llevaba el martillo consigo, ¡y qué pedazo de martillo!

Se acercó hasta mí y puso una rodilla en la cama mientras se agachaba para acariciarme la pierna. Me quitó lo que quedaba de mis ligas y la ropa interior, a la vez que me besaba el cuerpo; yo acaricié con mis manos su torso y, sobre todo, aquellos abdominales de Febo en tensión para asegurarme de que eran reales. Había visto muchos como esos en las películas, pero nunca había tenido unos encima de mí. Mi mente flotaba en aquella habitación y yo parecía casi más una espectadora de lo que estaba sucediendo que la protagonista. Quise besarlo de nuevo y, aunque me acerqué lo suficiente como para poder oler su aliento fresco a menta, giró la cara y de nuevo evitó el beso. Pensé que quizá a mí me olía el aliento demasiado a alcohol y él trataba de esquivarlo, así que no lo intenté más. Se tumbó sobre mí por completo y sentí cómo me penetraba. Realmente necesitaba este momento, necesitaba alguien tomando el control, si no era de mi vida, al menos durante un rato de mi cuerpo; estaba excitada pero relajada al mismo tiempo, era como si a medida que mi cuerpo sentía excitación mi mente se relajaba y dejaba de pensar.

Después de aquel momento inicial de placer todo lo demás ocurrió muy deprisa; él tenía una forma de hacerlo bastante egoísta, estaba buscando su propio placer de una forma mecánica, y no digo que a mí no me agradara, pero me pareció frío, robótico y, sobre todo, rápido, muy rápido. Era como los fuegos artificiales del pueblo de mi madre, bonitos pero breves.

Cuando terminó, y digo «terminó» porque a mí no me dio tiempo, salió de mi cuerpo con rapidez y se tumbó al otro lado de la cama. Yo me giré mimosa para acercarme y poner mi cara en su

hombro, pero él se volvió, se puso de lado y se durmió. Quizá estaba enfadado porque no había sido más activa o creativa; la borrachera desde luego no ayudaba, pero me dije que por la mañana le iba a enseñar yo al francés lo que valía un peine. No hay nada mejor que un polvo mañanero inesperado. Aunque me resultaba difícil dormir con un extraño, el agotamiento, el alcohol y el hecho de que estuviera tan lejos de mí en la cama hizo que casi olvidara que no estaba sola y tardé poco en dormirme yo también.

No habrían pasado más de cinco o seis horas, cuando la luz que entraba sin piedad por el enorme ventanal de la habitación —me había olvidado cerrar las cortinas por la noche—, me despertó. Abrí primero un ojo, el otro parecía estar pegado como el cemento. No recordaba la última vez que me había quedado dormida con el maquillaje puesto; el rímel había convertido mi ojo izquierdo en un campo de batalla, me froté un poco con la mano y por fin conseguí abrir los dos. De repente, me acordé de que tenía un guiri en la cama, palpé sin volverme detrás de mí, pero no lo encontré; me giré hacia su lado y no estaba. Intenté incorporarme, pero sentí cómo unos ochocientos enanos amartillaban mi cabeza, y caí desplomada agarrándome las sienes. Si existiera un premio a la mejor resaca, sin duda era merecedora del galardón. Me arrastré como pude por la cama hasta los pies de la misma, utilizando la sábana para taparme y me asomé para ver si él estaba en el servicio, pero la puerta estaba abierta y la luz apagada.

Me senté en la cama y, después de unos segundos en los que seguí agarrando mis sienes —notaba como si fueran explotar en cualquier momento—, me incorporé, pero aquello era aún peor, sentí un impulso irrefrenable de vomitar y fui corriendo al servicio. Entré sin tener tiempo siquiera de encender la luz, levanté la tapa del váter y supe que mi estómago entero iba salir a saludarme y a darme los buenos días. Después de sacar de mi sistema todo el alcohol que pude abrazada a la taza como si fuera un salvavidas, abrí el grifo del lavabo y metí directamente toda la cabeza. El agua fría fue la única sensación agradable que recuerdo de aquella mañana. Terminé de quitarme todo el maquillaje mientras me indignaba más y más porque el rubio se había marchado sin despedirse mientras yo dormía. Me sentía miserable, pensaba que debía de ser horrible, sexualmente hablando, para que este hombre hubiera salido huyendo. «¡Toma, Antonia! Apunta un fracaso más a tu desgraciada vida».

Salí del cuarto de baño y me acordé de que tenía la bolsa de los analgésicos en la mesita de noche —la había metido allí antes de ir a cenar, ya que precavida sí que era, y sabía que si me iba a beber hasta el agua de los canarios, los iba a necesitar—. Arrastré mis pies hasta la cama, me senté y cuando iba a abrir el cajón, vi encima cuatrocientos euros y una nota. Eran cuatro billetes nuevos de cien y la nota, bien escueta, decía: «Gracias por el servicio, Rita; eres fantástica».

LA SOLUCIÓN

Tardé alrededor de un minuto en que mi mente procesara lo que aquello significaba. Dinero en mi mesita de noche del hotel, la escapada del rubio a media noche, la frialdad del encuentro íntimo, la nota... ¡Este hombre me había confundido con una puta!

Todavía hoy no podría expresar con palabras la rabia que sentí en ese momento. Tiré de un manotazo el dinero y la nota al suelo mientras hundía la cara en mis manos llorando desconsoladamente. Aquel llanto era como una explosión, como si toda la impotencia, la desesperación, la realidad de mi situación me dieran una bofetada en plena cara. No podía sentirme más miserable y más humillada. En realidad aquel hombre no tenía la culpa de todo lo que me estaba sucediendo, pero era la gota que había colmado el vaso. Quería salir a la calle, encontrarle y darle un rodillazo en las joyas de la corona y así satisfacer mi frustración frente a lo injusta que estaba siendo la vida con una mujer que no había dejado de seguir las reglas. Siempre fui una buena niña, traté con respeto y cariño a mi familia y a mis amigos, me apliqué en mis estudios, trabajé duro para tener un buen empleo, me mantuve lejos de excesos, drogas, malos hábitos y de lo que socialmente no era bien visto... Y todo ¿para qué? ¿Para terminar en la habitación de un hotel de Marbella arruinada, acabada y confundida con una prostituta?

Sentí hervir la sangre por todo mi cuerpo, mi mente me pedía romper algo, gritar, desahogarme, pero mi prudencia innata solo hacía que me encogiese como una muñeca rota en la esquina, entre la mesita de noche y la cama, me sentase en el suelo y llorase hasta agotar mis lágrimas. Luego pensé que con la resaca que tenía, al llorar tan desesperadamente me iba a doler mucho más la cabeza y eso me hizo sentirme aún más miserable y estúpida, y lloré aún más.

Cuando parecía que había sacado la mayoría de la furia de mi interior a base de llanto y había terminado de sentir pena por mí misma, abrí aún sentada en el suelo el cajón de la mesilla y saqué un espidifren. Fui al cuarto de baño, llené un vaso con agua y eché el sobre, y mientras veía disolverse los polvos en el contenido acuoso sentí cómo se disolvían con ellos mi paciencia, mi prudencia y todo lo que había aprendido en mi vida acerca de cómo ser una buena mujer. Bebí el contenido de un solo trago y esperé a la arcada posterior, ya que conocía el sabor desagradable de esta medicina, que a pesar de milagrosa, sabe a demonios.

Me contemplé en el espejo. Me veía cincuenta años más vieja, cansada, terminada y agotada... Pero en el fondo de aquella mirada tenía la rabia de una pantera a punto de atacar.

Abrí el grifo de la ducha y, mientras esperaba a que se calentase el agua, comencé a hacer un repaso de lo que había ocurrido la noche anterior y de por qué razón este hombre podía haberme confundido con una prostituta.

Según iba recomponiendo el puzle con los trozos que recordaba de la conversación con aquel rubio, empecé a entender que lo que nos parece acertado y una excelente idea con tres copas, lo que nos parecen contestaciones inteligentes a altas horas de la madrugada, por la mañana, con la cabeza debajo de la ducha, despejando las nubes del alcohol, no son tan buenas ideas. «Trabajo en un sector que requiere discreción; estoy aquí en busca de clientes; no me gusta hablar de mi vida privada; el feo es un cliente potencial...», iba evocando momentos de la noche.

—¡Mierda! —dije en voz alta.

Aun así, eso no le daba derecho a ese turista imbécil a suponer, a no preguntar antes de ofender de la peor de las formas a una mujer, a convertirme sin siquiera consultármelo en una puta. Salí de la ducha y me sequé con la toalla rápidamente, y mientras me peinaba pensaba en la injusticia que aquel hombre había cometido conmigo. Me cepillé con tal rabia que me arranqué más pelos de los que me peiné.

Me vestí sin saber con certeza para qué; no tenía claro si iba a bajar a desayunar, a dar un largo paseo por la playa para aclarar mi mente, a comprar un arma y buscar al guiri que me había convertido en fulana o a suicidarme de alguna forma absurda y rocambolesca, en público, eso sí, para que al menos me sacaran en el telediario y alguien, además de mi madre, recordara que alguna vez había existido. Dejé la nota y el dinero en el suelo, cogí las gafas de sol y, al salir de la habitación, puse el cartel de «No molesten» en la puerta. No me apetecía que nadie fuera a visitar la escena del crimen.

Al entrar en el ascensor coincidí con una pareja de turistas que parecían alemanes, el típico matrimonio que debía de llevar junto cerca de treinta años. Sonrieron e hicieron un gesto con la cabeza a modo de saludo; yo traté de forzar una sonrisa de vuelta, pero aún no estaba preparada para ser agradable con nadie. Él iba distraído mirando la pantallita donde iban cambiando los pisos y ella me observaba de arriba abajo, agarrada como una garrapata al brazo de su hombre. Estuve a punto de perder los nervios y gritarle: «¡No se preocupe, señora! No le voy a quitar al viejo, mi clientela es más joven y más selecta». Me miré los pies para descubrir que con tanto pisotón de la noche anterior, me habían fastidiado la pedicura, llevaba unas sandalias por donde asomaban los dedos gordos, saludando con la pintura a cachos, como apaches en pie de guerra. Suspiré. Llegamos a la planta de recepción, dejé que primero saliera la pareja y después salí yo, caminando más despacio.

El recepcionista me sonrió de oreja a oreja al pasar frente a él. A este también estuve a punto de soltarle un improperio: «¿Y a ti qué coño te hace tan feliz, gilipollas? Trabajas en la puta recepción de un hotel y tal y como está el país lo más probable es que te echen en breve. ¡Claro que a ti no te iban a confundir con una prostituta porque eres feo de cojones!». Pero ese pobre muchacho no tenía la culpa de lo que me estaba sucediendo; en realidad nadie la tenía; y en todo caso, sería de unos pocos individuos billonarios que dirigen este mundo y que han provocado esta estúpida crisis en la que, de momento, se están cepillando a gusto la clase media. Pero no tenía la dirección exacta de ninguno de ellos para ir a inmolarme a su mansión, así que decidí calmarme, comer algo y dejar al resto de la humanidad tranquila y no desfogar mi mala leche con nadie.

Me senté en un chiringuito de la playa donde ofrecían un *brunch,* que es una expresión inglesa para definir una mezcla de desayuno y almuerzo. Me pareció lo mejor por la hora que era; pedí un plato combinado de huevos, tostadas, beicon, patatas fritas, salchichas y un zumo de naranja con un café, sospechando que me iba a ser imposible terminarlo, pero sabía que debía comer todo lo que pudiese para asentar el estómago que lo tenía pidiendo clemencia.

Antes de llegar al chiringuito paré en un estanco y compré un paquete de tabaco. Hacía años que había dejado de fumar, pero necesitaba un cigarro. Supongo que la adicción mental es para toda la vida y si había un momento extremo en el que fuera a volver, era definitivamente aquel. Así que allí sentada, me quité las sandalias, hundí mis pies en la arena y me encendí un cigarro mientras esperaba la comida. El mareo de las primeras caladas fue espectacular, menos mal que al menos me pilló sentada. El sabor del humo y de la nicotina era de lo más desagradable, pero poco a poco sentí una falsa sensación de tranquilidad. «Vaya estupidez —pensé—, a pesar de que la nicotina es un excitante

da al fumador una sensación de alivio y relax». Aunque sabía que estaba llenándome los pulmones de porquería y que, literalmente, me estaba matando, me sentía mucho más tranquila. Supongo que era mi forma de castigarme por haberme equivocado en todas las decisiones que había tomado, todas las decisiones que, una tras otra, me habían conducido a ese momento, a aquel chiringuito con mi vida destrozada.

Para mi sorpresa engullí el plato combinado por completo. ¿No deberían la depresión y el mal rollo haberme quitado el apetito? Hasta para eso tenía mala suerte. «Seguro que ahora me da por comer como una loca y engordar —me dije, pero enseguida me corregí—: no te preocupes, dentro de poco te vas a poder permitir pocas comidas, no vas a tener ni para pipas, te recuerdo que no tienes trabajo, ni dinero ahorrado, ni nada de nada». «Gracias por el consuelo», me agradecí yo sola. «¡Bueno, basta! —añadí—, ya está bien de machacarte, bastante te está maltratando este mundo para que encima tú solita te eches más tierra encima. Lo que ha pasado con el guiri es una confusión absurda; además, era un hombre guapísimo y encima de darte un revolcón con él, ¡te ha pagado! ¿Qué más quieres? Y deja de sentirte miserable por perder el trabajo, no eres la única; medio país lo ha perdido, no eres el ombligo del mundo».

Mientras encendía otro cigarrillo después de comer, miré hacia el mar y me di cuenta de la vista magnífica que me estaba perdiendo por pensar en todos mis problemas. El agua estaba tranquila y transmitía una paz increíble que contrastaba con la batalla mental de mi interior. Pero después de un pequeño lapsus de bienestar y nirvana visual, el azul del agua me trajo a la memoria los ojos del rubio, recordé cómo la noche anterior entraba dentro de mi cuerpo y, a continuación, luego los cuatrocientos euros y la nota. Pagué la cuenta y comencé a andar por la arena en dirección al hotel.

No era una época especialmente vacacional, así que no había demasiada gente en la playa, lo cual me alegraba porque mi desgracia me hacía sentir desnuda, me daba la sensación de que todo el mundo podía leer en mi cara lo que me sucedía. Pensé que tenía que llamar a mi madre, hablábamos todos los días y si, no quería que la pobre llamara a los Geo, pensando que podría haberme pasado algo, debería telefonearla ya. Pero ¿cómo hablar con ella en esos momentos? Aquella mujer tenía la capacidad de saber exactamente que algo malo me sucedía. Había tratado de evitarla desde que perdí el trabajo, todas nuestras conversaciones habían sido cortas y esquemáticas, no quería que adivinara, que se preocupara... Y después de lo de anoche sabía que podría, cual pitonisa, analizar mi tono de voz y adivinar que algo malo me sucedía.

Antes de llamar, ideé una mentira que pudiera justificar mi estado si me notaba diferente: «Para unos días que me tomo de vacaciones no dejan de llamarme del trabajo y estoy algo agobiada», pensaba contarle. Era una estupidez, pero al menos era mejor que decirle que no me pasaba nada y dejarla dando vueltas a la cabeza. Odiaba que se preocupara por mí.

Acercándome al hotel la llamé. No había pensado lo mucho que necesitaba escuchar su voz aquel día, tenía ganas de llorar y de contarle todo, pero sabía que se llevaría el peor de los disgustos y la angustia de no saber cómo íbamos a subsistir y de que a su hija la hubieran confundido con una prostituta le causaría la peor de las ansiedades. Simplemente me deleité con el regalo de escuchar su voz; tenía ganas de llegar a Madrid y de abrazarla, refugiarme en sus faldas como cuando era pequeña y oírla decir: «No te preocupes, mi ángel, todo va a estar bien... Este momento aquí juntas, ya no nos lo quita nadie».

En efecto, me preguntó si todo iba bien; me odié por engañarla, pero le solté la mentira piadosa sobre el trabajo y mi jefe saturándome durante mis minivacaciones. Añadí que estaba pensando dejarlo porque estaba cansada. Mi madre enseguida replicó que, tal y como estaban las cosas, sería de locos marcharme, pero de nuevo mentí diciéndole que tenía una oferta de otra empresa y que la

estaba considerando. Se alegró, confesó que tenía ganas de verme, que me lo pasara en grande y tardó, como siempre, un cuarto de hora en despedirse mandando treinta mil besos. «¡Pero qué mimada he estado toda mi vida!», me dije sonriendo cuando colgué.

Pero enseguida se me borró la sonrisa de la boca al recordar la barbaridad que le había dicho. ¿Una oferta de otra empresa?, ¿de dónde sacaba yo ahora otro trabajo? No podía volver a Madrid hasta que no pudiera mirarla a la cara, decirle que ya no trabajaba donde siempre, pero que tenía otro y que todo estaba solucionado. No es que no pudiera, es que me negaba.

Entré casi más agobiada a la habitación, si eso era posible, de lo que había salido. Me quité los vaqueros —pienso mejor sin tener las piernas embutidas en los pantalones— y comencé a dar vueltas como si en algún rincón de aquellos veinticinco metros cuadrados pudiera hallar la solución, como si estuviese buscando el mando de la televisión en vez de una salida a mi vida. Empecé a repasar mentalmente a todos mis conocidos, a plantearme quién podría echarme una mano para conseguir un trabajo o dejarme algo de dinero hasta que arrancara motores de nuevo. Odiaba deber dinero, y procuraba no pedir nada a nadie porque me gustaba ser autosuficiente y, además, era consciente de que cuando había dinero de por medio a veces se perdía la amistad. Cogí desesperada mi teléfono móvil y empecé a buscar entre todos mis contactos a alguien, a un ángel de la guarda que acabase con mi agonía. Nada. La mitad de la gente que tenía en mi agenda me había llamado a mí en los últimos meses, si no para pedirme consejo para encontrar trabajo, para contarme un drama similar y desahogar sus penas de situaciones extremas. Y la otra mitad la componían personas con las que no hablaba hacía siglos y con las que me daba vergüenza ponerme en contacto en este momento. Cómo les iba a llamar para pedirles algo si, además, intuía que la mayoría no podrían ayudarme. No tenía en mi agenda en aquel instante de mi vida el teléfono de ningún amigo banquero, *trader* de bolsa o cantante de rock con éxito… Dejé caer mi cabeza sobre mi mano mirando al suelo y allí estaban los cuatrocientos euros del guiri «sin nombre» y la nota.

«¡No! —me dije tajantemente—. Que ni se te pase por la cabeza, esa no es la solución. ¡Esa es la peor idea del mundo! Tú no perteneces a esa clase de gente, ese tipo de personas sin escrúpulos que se venden por dinero. Eso es lo último. ¿Prostituirte? ¿Por qué no te suicidas mejor? De cualquier forma no ibas a poder vivir contigo misma ni podrías volver a mirarte a un espejo, ni mucho menos mirar a la cara a tu madre, a tu gente…».

De repente, una voz en mi interior, que me recordaba vagamente a la de la noche anterior, se dirigió a mí: «¿Y por qué va a ser una mala idea? ¿Acaso te lo pasaste tan mal? Si pudieras elegir siempre así a los clientes, hombres atractivos, alguien que te atrajera sexualmente y con el que te acostarías de igual manera… ¿Qué tendría de malo que, además de dar un gusto al cuerpo, ganases dinero? ¿Quién se iba a enterar? Encima, ganar cuatrocientos euros así de fácil… ¿Cuánto tiempo estuviste realmente con aquel turista? ¿Cuántas horas o días tendrías que haber trabajado antes por la misma cantidad?». Al acabar con mi pensamiento reconocí esa voz interior, era Rita, intentando convencerme de tirar al retrete lo poco que me quedaba de dignidad. «¡No! —me dije de nuevo a mí misma—. No voy a hacerlo y asunto concluido».

Me di cuenta de que llevaba toda la tarde dando vueltas, intentando buscar una solución y de que ya eran cerca de las siete. Me puse los pantalones de nuevo y decidí que quería dar un paseo. Necesitaba que me diera el aire, el estrés me estaba matando. Así que con la decisión tomada de que aquella absurda idea no era ni mucho menos la solución, sino una completa locura, cogí el bolso dispuesta a salir de la habitación, eso sí, poniendo antes el cartel de que podían pasar a limpiarla y después de haber metido, casi de una forma inconsciente, los cuatrocientos euros en el bolso.

CON LA MAFIA EN LOS TACONES

Mientras daba un paseo por Puerto Banús y el sol se ocultaba en el horizonte, dibujando un atardecer de colores pastel, atraían mi atención los escaparates de firmas carísimas que parecían burlarse de los viandantes como yo que jamás podríamos tener acceso a ropa y accesorios con etiquetas llenas de ceros. La verdad es que muchos de los trajes y complementos de aquellas tiendas eran horribles y no vestiría con ellos ni aunque me pagasen —bueno, quizá si me pagasen sí, que el patio no estaba para bromas—, pero otros de los conjuntos allí expuestos eran increíbles. Quise entrar y probarme algunos, aunque seguramente los dependientes de aquellas *boutiques* estarían más que entrenados para leer en la frente de gente como yo, en letras gigantes, la palabra «pobre».

Busqué en el bolso mi paquete de tabaco y allí estaban saludándome los cuatrocientos euros. «Imagínate cobrar cuatrocientos euros diariamente —me dije, encendiendo un cigarrillo—, ¡serían doce mil al mes! Y eso solo atendiendo a un cliente al día, que, además, no consumiría casi nada de tu tiempo y tendrías todas las horas del mundo para dedicarte a lo que sea que te gusta hacer, y digo "a lo que sea" porque, como siempre estabas trabajando, supongo que has de aprender qué es lo que realmente te gusta hacer». «¡Qué locura!, acostarme con un extraño todos los días. Tener sexo todos los días, eso no hay cuerpo humano que lo resista; además, hay que quitar aquellos en los que estuviera indispuesta, esos no podría trabajar, y los que no encontrara un cliente…». «Bueno, aunque trabajase solo la mitad del mes, ¡seguirían siendo seis mil eurazos! Con mi antiguo trabajo tendría que estar tres meses para cobrar la misma cantidad, y encima currar duro, desde que me despertaba hasta la noche, sin poder hacer nada más…». Después de semejante conversación conmigo misma, me grité: «¡Ya está bien! ¡No seas puta! —literalmente—. Deja de fantasear con estupideces, tú nunca serías capaz de hacer una cosa así».

Aquello de que yo no sería capaz no me gustó. ¿Cómo que yo no sería capaz? Odiaba que me retasen desde que era pequeña, aunque me estuviera desafiando yo sola, aquello de «no ser capaz» seguía sin gustarme en absoluto. «¡Por supuesto que sería capaz! Máxime si el bienestar de mi madre depende también de ello». «Golpe bajo —me dije—. Eso ha sido un golpe bajo, utilizar a mi madre para tomar una decisión así… ¡Qué vergüenza!, además, la decisión estaba tomada y no lo iba a hacer».

Mientras seguía de batalla campal conmigo misma, me crucé con un grupo de chicos ingleses, cuatro de ellos eran más feos que pegar a un padre con un calcetín sucio, pero los otros dos eran muy monos. Me miraron, sonrieron y comentaron algo sobre mí entre ellos. Me pregunté si los dos más agraciados pagarían cuatrocientos euros por una noche de locura conmigo. Me odiaba por haber pensado cosa semejante, me daba coraje que todo lo tuviera que relacionar ahora con eso. No es no, y se acabó. Entonces miré a mi izquierda y allí estaba, la tierra prometida, una tienda de cosméticos. Yo nunca me permitía caprichos de ninguna clase, y casi nunca me compraba ropa; la mayoría de la que guardaba en mi armario tenía más historia que Napoleón, pero cuando podía ahorrar dos durillos sí que me gustaba comprarme una buena crema facial. Era adicta a lociones, maquillajes antienvejecimiento, sales de baño, geles con olor a banana o manzana, mascarillas de pepino, de ácido hialurónico y a toda clase de tratamientos femeninos.

Había visto innumerables tiendas de este tipo en toda mi vida, pero ninguna como aquella, ninguna tan lujosa y exquisita, con productos importados de cualquier país que pudiera imaginar. Entré con una sonrisa estúpida, como una niña que se cuela en una tienda de golosinas, eché un vistazo a todos los probadores que tenían de diferentes productos y calculé que necesitaría al menos una hora allí. Aunque no adquiriera nada, quería probar y oler todo. Mi madre también compartía la misma pasión por estas cosas, creo que fui yo la que la inicié en el mundo maravilloso de los cosméticos. ¡La ilusión que le haría si le llevara una buena crema de cara! No recordaba la última vez que nos lo habíamos podido permitir. Después de una búsqueda exhaustiva y de inflar a preguntas a la dependienta, que estaba hasta las mismísimas narices de mí, escogí una crema fantástica de la firma La Prairie para mi madre y unas mascarillas de contorno de ojos de Shiseido para mí, junto con algunas sales de baño de vainilla. Pagué en efectivo, a la salud del guiri de la noche anterior, y me fui con una sonrisa mayor de la que había entrado. Al salir eché un último vistazo al escaparate y me dije: «Decidido, voy a ser puta. Y el nombre que utilizaré será Rita Solo: solo lo sabré yo, solo será una temporada y solo me acostaré con hombres que me gusten». Además, si algún imbécil relacionaba mi apellido con el de Han Solo, siempre podría contestarle que sí, que era Rita Solo, la puta de las galaxias.

Era más fácil decirlo que hacerlo, o saber cómo hacerlo. Lo que me prometí es que desde aquel momento no me pelearía mentalmente conmigo misma nunca más, ni me juzgaría ni le daría más vueltas.

De camino al hotel me compré unas medias; no podía salir a la caza del cliente con las del día anterior, parecería que me había peleado con un gato y en vez de cuatrocientos euros me darían suelto para un bocata.

Cuando llegué a la habitación decidí que como aún no tenía muy claro cómo vestía una prostituta de lujo, para el primer día y para no fallar, me pondría exactamente el mismo vestido que la noche anterior, sabía que con aquella opción no podía equivocarme. Cogí el vestido, le quité la media cabellera que me había dejado en la cremallera tras la pelea con él y lo coloqué con cuidado encima de la cama, junto con las medias nuevas y la ropa interior. Me gustaba preparar la ropa que iba a ponerme encima de la cama antes de ducharme, pero aquella noche, me apetecía un baño y, además, tenía mis magníficas nuevas sales listas para deleitarme con ellas. Como si de un ritual se tratase, abrí en grifo y cuando comprobé que la temperatura del agua era la ideal, dejé que corriese y eché las sales.

Mientras se llenaba la bañera me lavé la cara, me hice un *scrub* facial y me coloqué una de las mascarillas de contorno de ojos que me había comprado, y con ella puesta me metí en la bañera. Aunque estaba completamente aterrorizada de la decisión que había tomado y de no saber con certeza cómo llevarla a cabo, el hecho de que hubiera encontrado una salida a la situación en la que me encontraba no dejaba de ser un alivio. «Ojalá no estuviera sola —pensé—. Ojalá pudiera compartir este miedo, esta experiencia con alguien; alguien que me guiase, que me entendiese y que viviera estos momentos conmigo». Pero sabía que aquello era absurdo, las personas que más necesitaba en aquel momento eran mi madre y mi mejor amiga, Begoña, y a ninguna de las dos podría comentarles mi plan sin que se planteasen seriamente el meterme en un psiquiátrico. Estaba sola, y odiaba estar sola. Aunque a veces lo necesitaba, como en el caso de este viaje y en algún otro momento en el que me sentía saturada, por regla general detestaba la soledad, enfrentarme a los problemas sin paracaídas. Siempre había sido tremendamente prudente y los esquemas de mi vida se estaban

reescribiendo a una velocidad de vértigo, y me sentía como un capitán del Ejército de tierra a punto de entrar en primera línea de batalla, yo solita y sin saber utilizar el fusil.

Después de un largo baño, salí del agua y antes de coger la toalla miré mi cuerpo desnudo en el espejo. Como el vapor solo dejaba entrever mi silueta, lo limpié con la mano y me di la vuelta para verme el trasero. «Hace falta valor para pagar cuatrocientos euros por esto», me dije, y me percaté de que el turista, como si se tratase de mi mentor, había establecido un precio sin contar con mi opinión. ¿Habría sido muy generoso porque le gusté en demasía o quizá podría encontrar clientes que pagaran aún más por mis cuarenta y ocho kilos de carne fresca?

Me sentía como un atún vendido al peso. Decidí que lo mejor sería estudiar al cliente en cuestión, adivinar cuánto estaría dispuesto a pagar y establecer un precio diferente para cada caso. No era justo que unos pagaran más que otros, aunque, ¿qué era justo en esta vida? Además, al igual que el fisco, cuantas más ganancias parezca tener el individuo, que pague mayor proporción por el servicio. Eso, que se jodan los ricos. Me puse tal cantidad de crema en el cuerpo mientras pensaba, que cuando un cliente tratara de abrazarme aquella noche saldría disparada como una pastilla de jabón mojada.

Llamé al servicio de habitaciones y pedí una ensalada mixta completa; si iba a dedicarme esta profesión suponía que debería guardar la línea y, además, tendría que ir al gimnasio. Siempre había sido muy profesional y, aunque fuera puta, eso no significaba que me fuera a tomar mi trabajo a la ligera.

Después de cenar, de vestirme con más miedo que vergüenza y de ponerme perfume en los puntos de pulso de mi cuerpo, cogí el bolso y salí de la habitación sin saber exactamente dónde debería de aventurarme para buscar un cliente guapo y establecer de una vez por todas que este sería mi nuevo trabajo. Resolví que lo más prudente sería ir a un pub tranquilo, tipo *lounge* y encontrar allí algún hombre guapo y solitario que tuviera pinta de estar de negocios en Marbella. Aunque según salía del hotel y cogía un taxi que me llevaría al puerto deportivo, pensé que «guapo» y «solitario» eran dos adjetivos que raramente se encuentran juntos en un hombre en la vida real, y ¿quién iba a venir a Marbella por negocios? Era una ciudad de veraneo. A no ser que diera con un traficante, lo cual no me hacía especial ilusión; mi vida en este momento tenía el cupo completo de emociones.

Cuando bajé del taxi me di cuenta de que allí sería prácticamente imposible encontrar un cliente potencial. Estaba lleno de parejas que paseaban agarradas de la mano, y los bares llenos de hombres con amigos que bebían y gastaban bromas hablando extremadamente alto, además la mayoría parecían ser españoles y yo me sentiría más cómoda si mi cliente fuera un extranjero.

Caminé fuera del puerto cuando vi un pub que desde fuera parecía coqueto. Entré, hice un *casting* rápido y vi en la barra un hombre solo, moreno y muy atractivo. Me puse a su lado para pedir una copa y me di cuenta de que iba vestido con ropa cara y de que llevaba un reloj Bulgari carísimo en la muñeca. Le miré más de cerca y pensé que podría ser él. Era guapo, elegante y olía fenomenal. Tenía claro que, si no me atizaba al menos dos copas, no iba a ser capaz de hacer o decir nada. Pedí un ron añejo con Coca-Cola y miré a mi presa con media sonrisa coqueta. No hizo falta apretar mucho, enseguida hizo contacto conmigo, devolvió la sonrisa y me preguntó si podía invitarme a la copa. «¡Madre mía! ¡Soy la leche! —pensé—. Qué potencial de putón verbenero he tenido toda mi vida y yo sin saberlo. Qué capacidad de ligar». Me desilusionó un poco que fuera español, se llamaba Luis. De este sí me acuerdo del nombre y, además, lo escuché perfectamente. La música en aquel local era suave e idónea para poder mantener una conversación sin necesidad de hablar a gritos.

Luis era un tipo encantador, recién divorciado, que había decidido tomarse un respiro de la gran ciudad y venirse a Marbella a replantearse su vida; parecía que era la víctima perfecta y, además, aunque fuera un extraño, su historia le hacía más cercano. Como había estado casado no parecía ser

un hombre que hubiera tenido relaciones sexuales descontroladas, ya que tampoco me apetecía acabar en manos de un degenerado.

Después de mucho hablar y de copa y media, me iba sintiendo más confidente y con más desparpajo, aunque aún no tenía ni idea de cómo introducir el tema económico y tenía miedo de que aquello cortara el rollo de la conversación. Y aunque no lo hiciera, a partir del momento de establecer un precio me daría muchísima vergüenza todo lo demás. El dinero tiene la extraordinaria capacidad de enfriar más las cosas que ocho toneladas de hielo. Pero no quería esperar mucho más, no pretendía saberme de memoria su vida por interesante que se estuviera poniendo, y además, si hay algo que había aprendido de la peor de las formas era que el tiempo es oro.

Antes de que atacase de nuevo con otra de las facetas que le reventaban de su exmujer, le susurré al oído si le apetecía venir conmigo a la habitación de mi hotel. Luis abrió mucho los ojos en señal de sorpresa, parecía no esperárselo en absoluto, sonrió y añadió a continuación:

—Joder, ¡qué directa eres, mujer! ¡Sí, claro!, vámonos cuando quieras.

Después de aquello venía la parte más dura, la negociación.

—Vale, pues vámonos. Pero para que no tengamos confusiones y quede todo claro antes —añadí bajito— los servicios van a ser cuatrocientos euros.

Un escalofrío de vergüenza me recorrió el cuerpo al decir aquello, aunque era muchísimo peor lo que estaba a punto de suceder. Por la cara de extrañeza de Luis supuse enseguida que ni se había planteado por un instante que yo fuera a pedirle dinero.

—¿¡Eres puta!? —gritó tan alto como sus pulmones le permitieron, por encima de la música y captando la atención del camarero y de dos personas más que estaban cerca de nosotros.

—Shhhhhh —repliqué yo enseguida.

La cara se me había caído al suelo, no recuerdo un momento en mi mortal existencia en el que sintiera una punzada tan aguda de vergüenza. No iba a tener suficiente con que la tierra me tragara, quería que así fuese y que después plantaran encima una montaña, tal como hicieron con uno de los titanes que se rebeló contra Zeus, y que me dejaran allí en lo más hondo olvidada. Pero Luis volvió a la carga:

—Lo que me faltaba, ¡una puta de los cojones! ¡Como si no hubiera tenido bastante con lo que me ha sacado mi exmujer!

—¿Te quieres callar? ¡Joder! —dije sacando fuerzas de flaqueza—. Bastaba con un no; no hace falta que montes un numerito delante de todo el mundo —le susurré en voz baja.

—Vete a tomar por culo, zorra —replicó, y salió como alma que se lleva el diablo del local.

Me giré y allí estaban el camarero y la pareja mirándome atónitos tras el espectáculo que me había montado el divorciado. Aquello lo tenía yo que arreglar, me negaba a tener más fama que la Claveles sin ni siquiera haber comenzado mi carrera. Suspiré y hablé bien alto para asegurarme de que tanto el camarero como la pareja me oían:

—¡Dos años de relación para que la traten a una así, ya no quedan caballeros!

La chica, en un alarde de compasión, me preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, claro —contesté—, no es el primer número que me monta, pero desde luego será el último.

Aunque la verdad era que no estaba bien, temblaba como un flan y me sentía como el peor gusano del mundo. El camarero se acercó:

—Eso decís siempre, y luego volvéis con los mismos a que os traten así. Ese tío es un agresivo, eres muy guapa para perder el tiempo con patanes, pasa de él.

Por alguna razón aquello me relajó un poco y consiguió arrancarme una rápida sonrisa, pero enseguida volví a poner cara de mohína. Tenía unas ganas de llorar tremendas, y es que aunque yo fuera de lágrima fácil, llevaba una racha nefasta. El camarero seguía delante de mí con los brazos cruzados.

—Venga, va, alegra esa cara, que te invito a una copa.

No sé cómo hacían dinero en aquella ciudad con tanta invitación, pero la acepté con una sonrisa y terminé de cháchara con la pareja, inventando una relación ficticia con Luis que acababa de terminar y recibiendo un montón de consejos obvios.

Después de aquella copa la pareja decidió irse a casa, pero antes se ofrecieron a llevarme en coche donde quisiera. Mentí diciéndoles que no deseaba ir al hotel a encontrarme con Luis, que prefería esperar a que se durmiese y que iba a tomarme una copa en Seven para hacer tiempo, cuando en realidad lo que quería era probar suerte allí. Sabía que como la música estaría alta, si algún imbécil me la iba a liar de nuevo, al menos no se enteraría nadie.

El portero de Seven pareció recordarme; tampoco me hizo esperar aquella noche y le di las gracias de nuevo con la cabeza. Cuando entré no sabía ni por dónde empezar, tenía terror de que me fuera a suceder lo mismo, había muchos chicos guapos aquella noche, pero no me atrevía a sacar el tema «dinero» con ninguno de ellos. Iba de una sala a otra de la discoteca estudiándolos a todos, pensando quién sería incapaz de liármela de la manera tan desagradable que lo había hecho Luis, y aunque hice un par de intentos de socializar y ligar —que obtuvieron la respuesta adecuada—, con ninguno me lancé a negociar.

Ya eran casi las cuatro de la mañana, la hora mágica en la que todo el personal, cual aves migratorias, volaban borrachos en coches a toda velocidad a Olivia. Cuando me disponía a salir de Seven e irme a dormir al hotel, porque me sentía incapaz de ir a otra discoteca, me agarraron por detrás y escuché una voz familiar:

—¡Nena! ¿Cómo estás, mami? ¿Te vienes a Olivia? —Era Cindy, la colombiana.

—¡Hola!, ¿qué tal? No te había visto, niña. No, me voy para el hotel, estoy cansada. Mañana lo mismo sí voy.

Cindy me cogió aparte ya en la salida y me dijo:

—Oye, mami, no es que a mí me importe, pero ¿tú eres escort?

—Que si soy ¿qué? —contesté.

—¿Que si trabajas de prostituta? —aclaró.

—¿Yo?, ¡no, qué va! ¿Por qué?

Estaba tocada y hundida, ni siquiera había empezado mis andanzas y parecía que hubieran publicado ya un anuncio en el periódico.

—No, nena, no pasa nada, lo digo porque ayer te marchaste con un cliente regular de Tania, y cuando se enteró no se lo tomó muy bien... Ya sabes que por aquí son muy territoriales.

—¡Oye, supongo que la gente es libre para acostarse con quien le dé la gana! —dije indignada—. ¿Tú eres prostituta, Cindy?

Lo pregunté deseando que me dijera que sí. Era la única persona con la que quizá pudiera hablar del tema y tal vez podría resolverme algunas dudas. No era la mejor amiga que deseara tener, pero sí la única que no era una absoluta desconocida.

—¡No!, ¡yo no, mi amor! A ver, si algún viejito me quiere llevar de compras, me dejo, tú sabes, pero yo no cobro por sexo. Lo que pasa es que Marbella es muy pequeño y los que vivimos aquí nos conocemos todos, y sí, tengo amigas que se dedican a eso.

Estuve a punto de pedirle que me las presentara, pero no me dio ni tiempo.

—Bueno, yo me voy para Olivia, y tú ten cuidado, mami, no te me metas en líos, que aquí la gente reacciona duro.

«Aquí la gente reacciona duro», ¿qué demonios habría querido decir con eso? Yo era de las imprudentes que no se amedrentaban con facilidad, supongo que la ignorancia es un grado. La verdad es que me alegré de no pedirle finalmente que me presentara a sus amigas prostitutas, yo era diferente, lo mío era ocasional y de urgencia, no de vocación y, además, no quería estar involucrada con ese tipo de gente. Lo mío sería algo discreto, un secreto, una solución momentánea hasta que encontrar otro trabajo y todo volviera a la normalidad.

De nuevo estaba borracha, saliendo de un club, pero esta vez sin éxito, andando y con la moral por el suelo. En la parada de taxis había literalmente bofetadas para coger uno y había tal cola que tendría que esperar más de media hora. Sin ser consciente del todo de la enorme distancia que había andando hasta el hotel, comencé a caminar a ver si se me pasaba el tostón que llevaba encima de tanto alcohol. En dos días estaba segura de haber consumido más ron que Jack Sparrow en un mes. Los tacones me estaban matando, pero al mirar al suelo comprobé que las medias las tenía intactas, algo bueno finalmente. Cuando giré en una curva solitaria donde la calle confluía con la carretera, un Rolls-Royce paró a mi lado y un árabe bajó la ventanilla tintada delantera. Yo me asusté, no había ni un alma alrededor, y por mucho coche caro que fuera aquel, estaba harta de escuchar las historias de mi madre y de mis tías de mujeres que habían desaparecido para siempre raptadas en coches en mitad de la noche.

Me alejé un poco del vehículo andando más deprisa, pero me siguió y el árabe que estaba sentado delante se dirigió a mí:

—El jeque quiere que vengas con él a su yate.

—¿Perdón?

—El jeque quiere que vayas a su fiesta privada a su yate —repitió.

—Pues dile al jeque que no tengo el chichi para farolillos y que no me da la gana ir a su yate —contesté en un alarde de mala educación.

Detestaba que me dieran órdenes. Además, estaba cansada, borracha, humillada y asustada. El coche continuaba siguiéndome despacio a pesar de que yo apretaba la marcha. El hotel estaba aún muy lejos y seguía sin haber nadie por aquella calle. El hombre que me hablaba desde el asiento del copiloto del coche se giró e intercambió unas palabras en árabe con alguien que estaba sentado detrás. Volvió a dirigirse a mí después:

—Pregunta el jeque que cuánto.

—¿Que cuánto qué? —dije indignadísima.

Después de haber estado toda la noche esperando esas palabras, ahora me ofendían, supongo que porque yo no controlaba la situación, porque yo no había elegido y porque al ser de alguna forma reales y estar hablando de la compra de mi persona, de mi tiempo o de mi cuerpo me estaba cabreando.

—¿Que cuánto cobras por venir a la fiesta del yate?

—Dile a tu jeque que no estoy en venta, ¡que no soy puta, coño!, ¡y que me deje en paz, que me voy a dormir! —objeté arrebatada.

El árabe se volvió y después de unas breves palabras con el hombre misterioso, me dijo:

—Quince mil por venir a la fiesta.

Me paré en seco sin casi escuchar la cifra.

—¿Hay alguna forma de que entendáis tú y tu jeque que no estoy en venta y que no me da la gana?

—Treinta mil.

«¡Joder! —dije para mí—. Lo que hacen con los pobres no tiene nombre».

—¿Y dónde está ese yate? —me interesé.

Si querían raptarme y descuartizarme aquella ya era mucha conversación, la calle estaba desierta y parecía una negociación en toda regla. Por otro lado, aun borracha como una cuba, era consciente de que no había visto al jeque y de que podía ser la rana Gustavo con turbante, pero también de que treinta mil euros eran una barbaridad y de que podría volver a Madrid, respirar tranquila y saber que mi madre estaría a salvo.

—El yate está aquí, en Puerto Banús mismo, anclado. ¿Vienes?

—Ok, te digo cómo funciona esto —le dije muy chula al árabe en cuestión—. Me voy a montar en el coche, me vais a llevar al hotel, que está muy cerca de aquí, me vais a pagar en efectivo y el dinerito se queda allí, y yo me voy de fiesta con vosotros al barco, ¿estamos?

—¿Cómo estamos? —pregunto él.

—¿Que si lo entiendes? —Habló una última vez con el pasajero del asiento trasero y asintió con la cabeza.

El coche paró y él salió para abrirme la puerta de atrás. Temblando como un flan y como si me llevaran al matadero, entré despacio en aquel Rolls-Royce.

El jeque no es que fuera del todo desagradable, pero desde luego no hubiera sido mi preferencia sexual en un ambiente libre sin negociaciones. Además, ponía cara de mazapán cuando me miraba y sonreía hablando en algún dialecto árabe del todo desconocido para mí. Yo le sonreía y pensaba: «Treinta mil, ¡vamos, nena! ¡Tú puedes con esto!».

El jeque me cogió de la cintura mientras me besaba en el cuello. Reía y echaba una peste a incienso que mareaba. Estaba deseando llegar al hotel y salir por un segundo de ese coche. «Madre mía, si no le aguantas cinco minutos en un coche vestido, ¿cómo vas a apañártelas en el yate? —me dije—. No te preocupes, cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él, sonríe y piensa: treinta mil», concluí.

Llegamos al hotel y el árabe del asiento delantero empezó a contar billetes dentro del coche. Alucinaba con la situación, si me hubieran dicho hacía un mes que iba a estar montada en un Rolls-Royce con un jeque árabe y con sus matones contando dinero, habría preguntado a quien me lo estuviese diciendo que si consumía drogas duras. Finalmente, me dio un fajo de billetes.

—Treinta mil —dijo.

Yo lo cogí y me lo metí en el bolso sin contarlo.

—No tardes, Abdul te va a acompañar —añadió.

Abdul era el conductor. Una vez que salió del coche y le vi de pie me quedé perpleja con el tamaño de aquel individuo: era gigantesco. Al abrir mi puerta y ayudarme a salir pude ver la culata de una pistola que asomaba por el pantalón. Casi se me caen las pestañas del susto.

Según estaba saliendo del coche, el jeque, juguetón, me dio una palmada en el trasero que debió dejarme los cinco dedos marcados, me giré y le sonreí por no soltarle: «¿Por qué no te das tú una palmadita en los huevos?», pero después del pago en efectivo no me parecía de recibo ser tan insolente y la pistola del amigo Abdul invitaba a ser cordial, así que le dije:

—Ahora-vuelvo-tú-esperar —como si hablándole despacio y en indio me fuera a entender mejor.

Me fui con Abdul y entramos en el hotel, pensé que a este punto el recepcionista, que era el mismo de la noche anterior, debería estar alucinando conmigo, aunque cada vez me importaba menos. Subimos a la habitación y una vez allí metí el dinero en la caja fuerte del armario. Antes de salir de

nuevo con Abdul rumbo al yate cogí del minibar una botellita de ron que me bebí de golpe a modo de chupito.

El jeque no dejó de toquetearme y babosearme en el coche camino de la fiesta. Sería complicado describir el grado de repugnancia que sentía, pero ya había firmado con sangre un contrato que no podía romper. Estaba tratando con gente que, además de amedrentarme, desconocía qué clase de repercusiones podría tener perder los nervios y tratar de revocar lo acordado con ellos. No era que aquel jeque fuera horrible, pero el hecho de no apetecerme el contacto físico y sentirme violentada, era una angustia indescriptible, y tener que poner cara de que me agradaba era aún más duro.

Cuando llegamos al yate escuché música desde el exterior y voces de gente pasándolo en grande, gritando, cantando y riendo. No creo haber visto ni siquiera en fotos un barco más grande en toda mi vida. Solo pensar en lo que costaba mantener aquel monstruo hacía que me marease, aunque de la noche que pasé allí recuerdo todo a pedazos.

Subí a bordo completamente ebria por una pasarela provista de una alfombra roja. Abdul me sostenía por un brazo mientras el jeque me sostenía el trasero por detrás, o más bien simplemente me sobaba. Sentía el estómago como una lavadora en proceso de centrifugado; no sé si era por las náuseas del alcohol o por las que me daba el hecho de que me estuviesen tocando sin que yo lo deseara.

Una vez dentro creí haber aterrizado en Sodoma y Gomorra. La palabra lujo a duras penas da suficiente crédito para describir el derroche espectacular de aquel yate. Había un montón de hombres árabes de todas las edades jugando, persiguiendo y besando a mujeres semidesnudas de todas las nacionalidades. Camareros uniformados se abrían camino a través de la orgía portando bandejas de deliciosos tentempiés de los productos más caros: caviar, mariscos, frutas tropicales, sushi... Si no hubiera estado completamente borracha y mi aparato digestivo me lo hubiese permitido, me habría puesto ciega. Creo recordar que le dije en alto a un camarero algo así como «¿me pueden poner un poco de todo para llevar?», que causó la carcajada de la gente que había a mi alrededor y que sospeché hablaban español y fumaban de unas shishas enormes que olían a manzana.

También pasaban bandejas de champán, combinados y espejitos con rayas de cocaína. Al ver estas últimas bandejas me santigüé inconscientemente, lo que hizo que también se rieran. No creía que pudiera beber más, pero cuando el jeque quiso llevarme al interior de los camarotes, le paré en seco:

—Una más, por favor —le pedí.

Cogí una de las copas que había sobre una de las bandejas y le pegué un par de sorbos. Después de aquello recuerdo bien poco. Sé que bailé e hice la payasa porque había alboroto a mi alrededor, y caras grotescas que soltaban risotadas y me señalaban. Luego sé que me llevaron casi a rastras hasta el interior de uno de los camarotes y me dejaron tumbada sobre una cama donde el tacto de las sábanas era increíblemente suave. Después de que mi mente bloqueara lo que aconteció a continuación, solo recuerdo un aliento desconocido en mi cara, una barba que me raspaba el cuello, dos manos que atenazaban mis muslos abiertos y un cuerpo fofo sobre mí que se impulsaba epilépticamente en la oscuridad, mientras sentía forzar mi interior, mi vientre, con un visitante *non grato*. Si mis entrañas hubiesen podido gritar, hubiera sido desgarrador. Después, no me acuerdo de nada más.

Desperté en la cama de mi hotel la tarde del día siguiente. No sabía cómo había llegado hasta allí, aunque sospechaba que Abdul habría tenido algo que ver con mi retorno. No quería ni pensar el

espectáculo que debí dar cuando pasé por recepción en aquellas condiciones, pero la náusea general de mi cuerpo era mucho más intensa que la vergüenza.

Salí de la cama de nuevo con un inmenso dolor de cabeza y fui directa al baño a vomitar. Allí tirada, en el suelo frío de mármol, apoyada en el váter pensé que este despertar —que se estaba convirtiendo en una costumbre— era de lo más desagradable. Me aparté de la taza y, aún en el suelo, apoyada en la pared, me pregunté: «¿Pero qué has hecho, desgraciada?». Lloré. Lloré amargamente y, sintiendo repugnancia hacia mi persona, maldije la decisión que había tomado, de la cual ahora ya no había retorno posible. Jamás pude imaginar que fuera tan duro y me odié por haber juzgado tantas veces a la ligera a las mujeres que se prostituyen.

Después de arrastrar mi pena por el suelo del cuarto de baño durante mucho tiempo —no recuerdo cuánto con exactitud, pero sé que fue más que suficiente—, escuché una voz en mi interior que me regañaba severamente: «¡Levántate! Deja de sentir pena por ti misma. ¡Cobarde! Eres patética. Lávate la puta cara y acepta de una vez lo que ha pasado». Me incorporé y me mojé la cara. Abrí la ducha y, sin ni siquiera esperar a que el agua estuviese caliente, me metí con el vestido que aún llevaba de la noche anterior, y que desconocía quién me lo había vuelto a poner después de mi encuentro con el jeque.

Dejé que el agua me empapara por completo. Podía sentirla aún fría, escurriéndose por mi cara mezclada con las lágrimas calientes que se templaban al contacto con la misma. Allí, limpiando mi cuerpo por fuera, que era lo único que podía limpiar, me fui desnudando y tirando al suelo primero el vestido, y después, mi ropa interior y las medias. Así pasé una media hora frotándome, queriendo arrancar cualquier recuerdo de la noche anterior, enjabonando y purificando cada centímetro de mi piel que había sido tocado, besado, lamido sin que lo pidiera, sin que lo quisiera. Lavé también mis entrañas con tanta rabia que temí haberme desgarrado.

Mi madre y yo hablábamos a diario; puede parecer enfermizo hablar con una madre todos los días, pero en nuestro caso, por dramas que acontecieron en mi casa, teníamos esa necesidad de contacto. Sin embargo no tuve valor de llamarla aquella tarde. Sabía que se iba a preocupar, pero no me sentía con fuerzas de enfrentarme a la voz de la mujer que me había dado la vida, esperando que hiciera algo de provecho con ella y que yo la hubiera convertido en esta pesadilla. Preferí mandarle un mensaje de texto: «Mamá, estoy completamente afónica. Estoy bien, no te preocupes. Mañana te llamo». Después de enviárselo me llamó, pero no contesté. Aquel día simplemente no fue posible. Me juré que nunca más me acostaría con un hombre que no me atrajese. No me importaba si le cobraba o no, pero jamás estaría con uno al que no deseara.

Me vestí con ropa ancha y cómoda, y decidí que no quería quedarme en la habitación a recrearme con los pocos recuerdos de la pasada noche. Tenía, además, un apetito voraz, así que salí de la habitación, no sin antes abrir la caja fuerte, comprobar que los treinta mil euros estaban en su sitio y poner el cartel de «No molesten» en la puerta.

De nuevo estaba en Puerto Banús. Tenía clarísimo que no iba a salir ni a beber en una larga temporada, y que al día siguiente me iría a Madrid; a casa. No salía aquella misma noche porque me sentía agotada y quería dejar pasar tiempo antes de enfrentarme a los míos, que aunque no tenía ninguna intención de decirles nada, el hecho de encararles después de lo acontecido era un trago.

Cené sola sin importarme un pimiento la gente de mi alrededor. ¿Qué sabían ellos de mi drama? Nada. Así que podían juzgar lo que quisieran por ver a una mujer sin compañía cenando en un italiano romántico, diseñado para parejas enamoradas. Mi cuerpo me pedía pasta, y después de lo mal que se lo había hecho pasar al pobre, lo mínimo era darle ese capricho.

Después de otro calmante, de cena con postre y café incluido me sentía físicamente mucho mejor, aunque mi mente estaba tan derrotada y atónita que ni discutía conmigo misma. Mi conciencia parecía haberse tomado unas vacaciones y en el fondo me alegraba. No estaba esa noche para aguantarme.

Salí del restaurante con intención de dirigirme directamente al hotel y de sacar un billete de tren para Madrid. Quería marcharme por la mañana, llegaría a tiempo de tomarme una buena sopa de picadillo para almorzar hecha por las manos expertas de mi madre. Tenía mucho en lo que pensar, planear, inventar y solucionar, pero ahora no era momento; cuando estuviera en casa.

A la salida de Puerto Banús, por uno de los callejones de en medio que da directamente a la parada de taxis, vi un grupo de tres mujeres que parecían latinas vestidas entre sexis y vulgares. Una de ellas, la más alta, se dirigió a mí:

—¡Oye, tú! ¡Española, ven acá!

Me lo dijo con voz de pocos amigos, y las otras dos se colocaron de la forma más varonil y antifemenina detrás de ella con los brazos cruzados.

—¿Es a mí? —pregunté.

—¡Sí, tú, mamahuevos! Si vuelves a chingarte a un cliente mío te voy a rajar la cara.

No podía procesar la situación de una forma racional; además, mi intolerancia absoluta frente a las amenazas y las órdenes no permitía que contestara con el raciocinio que aquella situación requería.

—Tú debes de ser Tania... —afirmé con parsimonia.

—Sí, puta. Yo soy Tania, y conmigo y con mi pana no se juega. ¡Como vuelvas a acercar tu cola a uno de mis clientes te rajo esa cara vieja que tienes!

Miré alrededor y comprobé que en aquel callejón estábamos solas. La gente pasaba, pero a unos treinta metros desde donde nos encontrábamos. Si a aquella desquiciada le daba por sacar una navaja y jugar con sus amigas a tres en raya con mi mejilla, iban a tener tiempo de sobra de ponerme guapa antes de que alguien acudiera en mi ayuda. También sabía que si me achantaba lo más seguro es que terminara mal. Y volviendo al hecho de que odio las órdenes y, que ya de pequeña casi mato a zapatazos a la matona del colegio por amenazarme, saqué la macarra que llevo dentro, y pensando con rapidez mientras examinaba alrededor, encontré la solución. Vi a un tipo gordo con pinta de mafioso italiano que nos miraba a lo lejos y acercando mi cara a dos centímetros de la de Tania, poniéndome para ello casi de puntillas, porque me sacaba una cabeza, le aseguré apretando los dientes:

—Si sacas una puta navaja te la voy a meter por el culo, zorra, y si a ti o a tus amigas se os ocurre ponerme un puto dedo encima, Vino os va a meter un tiro.

Señalé al gordo que estaba sentado en la terraza y que me saludo sonriendo, pensando que quizá estábamos ligando con él.

—¿Quién es ese Vino? —dijo Tania, entre desconcertada e incrédula.

—¡Vino es mi póliza de seguros, estúpida! Mi chulo, mi protección —contesté.

—¡Pues dile a tu Vino que aquí lo mueven todo los rusos y que Big Dimitri os va meter en un saco y tiraros al mar, pendeja!

—¿Big Dimitri? No sé quién coño es Big Dimitri, pero tú y tu amigo el ruso os podéis ir a la mierda.

Una de las dos amigas hizo amago de engancharme del pelo, pero metí un bote con unos reflejos de vértigo, a lo Matrix, que desconocía tuviese hasta ese momento, y Tania la paró, miró con desconfianza al supuesto Vino y dijo:

—¡Déjala!, que se encargue Big Dimitri. La españolita se cree muy lista.

—Aparta —reaccioné yo, dándole un manotazo y acelerando el paso como si tuviera un cohete en el culo hacia la parada de taxis.

Subida ya en uno me di cuenta de que había mojado un poco mi ropa interior y de que me temblaba todo el cuerpo. La mandíbula estaba encajada, tenía miedo, mucho miedo, en todo el sentido de la palabra, aquello no era una película de Almodóvar, aquello eran prostitutas reales que trataban con chulos y matones reales, y lo último que me hubiera imaginado es que yo tuviera algo que ver con unos y con otros. Ahora, al parecer, un ruso enorme y cabreado me iba a buscar a mí y al pobre Vino para darnos una paliza o tirarnos al agua dentro de un saco.

¿Por qué un tipo ruso se llamaría Big Dimitri? Por muy grande que fuera, ¿no era mejor llamarse «grande» en ruso en vez de en inglés? Mandaría narices que después de haber estudiado tanto toda mi vida y haber sacado un siete y medio en la puñetera selectividad acabara en un saco con un pobre turista gordito que, además, no tenía nada que ver con todo este tinglado.

Muerta por un tipo llamado Big Dimitri... No. Esa no podía ser yo de ninguna de las maneras. Aunque tampoco era yo la del barco de la noche anterior. Decidí relajarme y pensar que a la mañana siguiente estaría en un tren de camino a Madrid, olvidando toda esta pesadilla y con treinta mil euros en el bolso.

Era incapaz de quedarme dormida, daba vueltas en la cama y hacía *zapping* por los canales de televisión viendo películas ya empezadas sin poder concentrarme en ninguna. Me moría de ganas por fumar un cigarrillo, pero no me quedaban más; debí de fumarme hasta los cupones de la Once la noche anterior. Me acordé de que al lado de recepción había una máquina de tabaco, así que me vestí de nuevo y bajé a por un paquete.

Al pasar frente a recepción vi con estupor a un gigantesco hombre rubio acompañado por Tania, la prostituta, que hablaba con el recepcionista. Tania avisó al rubio al verme. No me hizo falta sumar dos más dos para percatarme de que se trataba del famoso Big Dimitri. ¿Cómo me habrían encontrado? Especialmente discreta no había sido en aquel hotel y esta gente tendría sus contactos, pero ¿qué más les daba una puta más o menos? ¡Qué afán tiene la gente con controlarlo todo!

Corrí hacia el ascensor con la intención de llegar a la habitación, encerrarme y llamar a la policía, pero antes de conseguirlo sentí una mano como una tenaza que me agarraba del brazo.

—Shhhh, quieta, quieta, bonita.

—Yo no he hecho nada, ¡se lo juro! —dije, casi rompiendo en lágrimas y completamente aterrada.

Tania sonreía, parecía estar disfrutando con la escena.

—Tranquila, solo queremos hablar contigo, no pasa nada. Acompáñanos —me pidió Big Dimitri.

Le miré con pánico y vi una enorme cicatriz que le cruzaba la cara. Me imaginaba que a mí me podían hacer algo así, o quizá algo peor.

—Ok, ok —acepté nerviosa—. Hablemos, pero hablemos aquí.

—No. Aquí, no. Nos vas a acompañar un momento y luego te dejamos de vuelta en el hotel.

Había probado suerte, pero no me había funcionado. Miré con terror al recepcionista que miró a su vez al suelo. No había ni un alma más en la planta.

—¡Socorro! Llama a la policía —supliqué al recepcionista, que no movió ni un dedo mientras Big Dimitri me arrastraba hacia la puerta.

Salí pataleando y tratando de quitarme la garra que me oprimía el brazo sin éxito, cuando justo a la entrada vi el Rolls-Royce blanco del jeque. Saliron de él Abdul y el intérprete con el que había hablado la noche anterior.

—Suéltala, la quiere ver el jeque —le dijo este último a Big Dimitri.

No me había alegrado más en toda mi vida de ver de nuevo a alguien.

—¡Sí, sí! ¡Yo también quiero ver al jeque! —aseguré desesperada sin conseguir desprenderme aún del gigantón.

—Esta noche no, dile que le mando a otra chica, a la que quiera, a esta la quiere ver el jefe —repuso.

—El jeque la quiere a ella —contestó el intérprete.

—¡Me quiere a mí!, ¿no lo oyes? ¡Suéltame, cara pan! —chillé histérica.

Big Dimitri me miró con ojos de asesino.

—No es posible.

—Sabes que si el jeque dice que la quiere a ella no va a aceptar a otra. Deja que venga conmigo y seguiremos tratando con vosotros como siempre, ¿ok? —dijo el intérprete.

Big Dimitri no contestó.

—Suéltala, vamos. No quieres que dejemos de utilizar vuestros servicios, ¿verdad?

Me soltó de mala gana. Casi aterrizo en el suelo y Abdul me sujetó y me escoltó hasta el Rolls-Royce mientras el intérprete se quedaba hablando con Big Dimitri. Yo temblaba por si cambiaban de idea.

Dentro del coche no había nadie; el jeque esta vez no estaba y me quedé allí esperando con Abdul. No me dio tiempo a pensar que tendría que pasar de nuevo por el trago de acostarme con el jeque. Era eso o una paliza tremenda, o mi vida o quién sabe qué.

—¿Hablas español? —pregunté a Abdul.

—Un poco —respondió sin mirarme.

—Me muero de miedo, Abdul —aseguré en un ataque de sinceridad—. Yo no he hecho nada, ¡te lo juro!

—Tranquila. Tú-no-miedo con nosotros.

Vi que el intérprete volvía al coche y sentí un alivio indescriptible. Entró, arrancamos, y entonces pensé que Dios existía y que me quería.

Cuando vi que tomábamos una carretera diferente a la de Puerto Banus, por la mezquita, me inquieté.

—¿No vamos al yate?

—No —contestó el intérprete.

—¿Y adónde vamos?

Aunque estaba aliviada de no acabar pateada por rusos, no me apetecía terminar descuartizada por árabes.

—Hoy vamos a palacio —respondió.

«¡Toma ya! ¡A palacio dice!», pensé. Hay que ver el giro que había dado mi vida en dos días.

—Bueno, pero habrá que acordar el precio antes, ¿no?

El intérprete se giró para mirarme desde el asiento del copiloto y me contestó:

—Yo creo que ya estas pagada hoy, favor por favor, ¿no?

—¡De eso nada! —protesté.

—Si quieres te vuelvo a dejar con Big Dimitri y me marcho —dijo él entre broma y amenaza.

—Sabes perfectamente que si llegas sin mí, tu jefe no va a estar nada contento contigo, así que deja de decir tonterías y afloja el dinero.

Alegué con más cara que vergüenza y sacando un valor de procedencia desconocida.

—No te pases. También puedo decirle que no te he encontrado y devolverte a los rusos. Así que pórtate bien.

—Si quieres que me porte bien, vas a tener que pagarme, pero teniendo en cuenta lo conveniente de vuestra llegada a mi hotel, os voy a hacer un descuento. Diez mil euros y estamos en paz.

Abdul, que estaba conduciendo, se rio y pronunció algo en árabe. Después ambos rieron, y el intérprete me miró.

—Me gustas. Para ser mujer tienes muchos huevos, ¿se dice así, huevos, no?

—Ovarios —corregí—. Las mujeres tenemos muchos ovarios, no huevos.

—Bueno eso, ovarios. Hecho, diez mil. ¿Quieres que te pague ahora?

—No, después. Me fío de ti.

Al ir acercándome al palacio, una mansión blanca de ensueño, vi que era el lugar más bello que había contemplado en toda mi vida. Pero según me aproximaba al recinto, pensaba en lo sobria que estaba y en que tendría que soportar la peor de las torturas acostándome de nuevo con el jeque. Cuando entré me condujeron hasta un salón donde se encontraba el jeque con unos amigos, todos hombres. Me asusté, a lo mejor quería que me acostase con todos. La habitación era increíble, decorada como si hubiera salido del cuento de las mil y una noches. El jeque se alegró muchísimo de verme y me plantó un abrazo inmenso. Luego me miró bien a la cara y con extrañeza dijo algo en árabe. El intérprete me lo tradujo:

—El jeque cree que estás muy desmejorada.

—Es que voy sin pintar... Y llevo un día agotador, pero dile que, si quiere, me maquillo.

No tenía maquillaje y esperaba que me dijera que no. El intérprete y el jeque hablaron durante unos instantes y, por fin, el primero dijo:

—Acompáñame, vamos a que te maquillen y te arreglen.

—Aquí tenéis todo pensado y preparado, ¿no?

—Todo —aclaró—. Hoy vas a pasar la noche con uno de los hijos del jeque. Acaba de llegar de viaje y su padre quería que fueras tú —precisó mientras recorríamos los pasillos de palacio.

Me pareció del todo repugnante que padre e hijo compartieran amante, bueno, puta... Lo que fuera, pero era una idea antinatural. Aunque en el fondo me alegré de que no tuviera que tener a ese hombre entre las piernas otra vez y por otro lado temía cómo sería el hijo.

Llegamos a la sala donde iban a maquillarme, y antes de que el intérprete se fuera le rogué:

—Oye, os voy a pedir un gran favor; cuando salga de aquí necesitaré que me acompañéis al hotel a recoger mis maletas y que me dejéis en la estación de tren... Big Dimitri podría estar esperándome allí y me da muchísimo miedo volver...

—No te preocupes, no habrá problema. Abdul irá contigo y no te dejará sola hasta que estés en el tren. Ahora sé complaciente con el hijo del jeque, ¿sí?

—Vale —contesté, obediente por primera vez en mi vida a una orden.

En la sala había tres mujeres con velos en la cara y vestidas de negro hasta los pies. Entre las tres me peinaron, vistieron y maquillaron como les dio la gana, pero la verdad es que cuando terminaron me miré al espejo y parecía una princesa oriental. En mi vida me había visto más guapa.

Al poco tiempo aparecieron Abdul y el intérprete y me acompañaron de nuevo a ver al jeque. Los hombres que le acompañaban antes ya no estaban, y ahora solo había a su lado un muchacho guapísimo que parecía un modelo de Armani. Me encomendé a todos los dioses y fuerzas del universo para que aquel fuera el hijo en cuestión con quien tenía que pasar la noche, y efectivamente lo fue.

Antes de finalizar mi aventura en Marbella tuve la ocasión de hacerlo con buen sabor de boca. Pasé una noche increíble con aquella criatura de ojos intensos y sonrisa blanquísima; no hablaba español, pero nos entendíamos a las mil maravillas. Tendría unos ocho años menos que yo y una energía inagotable. Mantuvimos relaciones cinco veces, y estuve a punto de pedir auxilio y que me llevaran de vuelta con los rusos, porque aquel chiquillo pretendía acabar conmigo. Me olvidé de que me estaba prostituyendo, me olvidé de lo mal que lo había pasado con su padre, de todo lo que como en una desagradable conspiración me había pasado en las últimas semanas.

Pasé una noche de locura, entre los brazos jóvenes y de color canela del hijo del jeque, era de cuerpo delgado y fibroso. Tenía una nariz grande pero atractiva y una potencia de tres centrales nucleares. Su nombre era Samir y él fue el único recuerdo bueno de aquel viaje.

El intérprete y Abdul me llevaron al hotel a primera hora de la mañana, recogí mis maletas y los treinta mil euros, y nos alejamos de aquel lugar mientras miraba por todas las ventanillas del coche por si nos seguían en una actitud completamente paranoica.

Llegamos sin problema a la estación de tren. Allí, el intérprete se quedó en el coche y me despedí de él dándole mi número de teléfono, pues Samir se lo había pedido. Se lo di con mucho gusto, la verdad. Cuando estaba a punto de marcharme con Abdul a comprar el billete, me preguntó el intérprete:

—¿No te olvidas de algo? —Y sacó un sobre que parecía contener dinero.

—¡Los diez mil! ¡Vaya negociadora estoy hecha!

Me dio el dinero riendo y se despidió.

—Cuídate, Rita.

Abdul me dejó sana y salva en Málaga dentro del tren después de haber comprado un billete para el primer Ave con destino Madrid.

Y allí sentada en primera clase, con cuarenta mil euros en el bolso, pensé que, a pesar de los malos momentos, del peligro y de haberme faltado al respeto a mí misma de todas las formas posibles, me sentía más viva que nunca.

LUNA DE MIEL

Salí de la estación de Atocha como la que sale del túnel del terror. Al llegar con las maletas a la calle respiré el aire contaminado de Madrid, mientras me fijaba cómo la gente caminaba rápido como si tuviera que llegar urgentemente a algún sitio, con caras de estrés, y supe que estaba en casa.

Atrás quedaba mi aventura marbellí como si de un sueño lejano y extraño se tratase. Hacía un sol magnífico, aunque el aire frío recordaba que estábamos en otoño.

Llamé a mi madre que andaba preocupada la mujer por mi «afonía», y después de comprobar «que estaba mucho mejor» y alegrarse de que ya estuviera en Madrid, me animó a tomarme una sopita de cocido a su casa. Tenía unas ganas tremendas de verla y de tomarme esa sopa, además ya no tenía miedo de enfrentarme a los míos: la persona que había vivido aquella experiencia en el sur era una desconocida llamada Rita, ajena por completo a mí, diferente a la Antonia que estaba a punto de coger un taxi e ir a su casa a soltar el equipaje.

Lo que necesitaba ahora con urgencia era inventar un plan maestro, la madre de todas las mentiras, que justificara tener tanto dinero, el que hubiera «dejado» el trabajo y pensar qué otro podría decirle a mi gente que acababa de aceptar y de dónde venía esa oferta. En el tren no tuve tiempo de recapacitar sobre todo esto, parte del trayecto lo hice como un zombi inanimado, hasta que me rindió el sueño y desperté ya cuando el tren entraba en la estación, agarrada como un koala a mi bolso y con la cara pegada al cristal de la ventanilla.

De camino a casa en el taxi pensé en el tipo de empleo que me gustaría tener si pudiera elegir. Ya que iba a inventarme algo, que al menos fuera un trabajo que me agradase y que a mi madre no le sorprendiera que me hubiera despedido de donde estaba desde hacía años y que me proporcionaba seguridad. «Voy a trabajar en un centro de estética», me dije. Mi madre y mis amigos conocían mi obsesión por las cremas y los tratamientos antienvejecimiento, no les extrañaría que, si tuviera una oferta en firme de una buena empresa, quizá podría plantearme dejarlo todo. Mi madre sería presa fácil, la pobre no entiende mucho de números y mientras me viera segura de lo que hacía y sabiendo que yo era una mujer responsable, quedaría tranquila. Me agobiaba más el hecho de que cuando se lo contara al resto de mis tías y a mis amigas, sobre todo a Begoña, preguntaran demasiado, preguntas concretas que quizá no sabría contestar o, aún peor, que me pidieran que las hiciera descuento en el centro y quisieran venir a visitarme.

Cuando ya se acercaba el taxi a mi portal dejé de preocuparme y me alegré de al menos tener esquemáticamente una cuartada, ahora solo faltaba justificar el dinero. Sabía que podría simplemente guardarlo y callarme, pero quería gastarlo con mi madre, darle caprichos, darle un gusto al cuerpo. Por otra parte, aunque la mujer supiera que tenía otro trabajo, tonta no es, y un gran exceso más allá de nuestras posibilidades levantaría sospechas. Pagué al taxista y, mientras esperaba las vueltas, vi que tenía cerca del cambio de marchas, donde dejan las monedas, un cupón de la Once. Yo nunca jugaba a estas cosas, así que le pregunté:

—¿Cuánto toca al número?

—Hombre, si pegas el pelotazo con la serie incluida nueve millones de euros, pero eso es muy difícil joven, yo me conformo con que me toque solo el número: ¡veinticinco mil eurazos me vendrían de perlas! —aseguró.

—Bueno, pues mucha suerte, señor —le contesté ya saliendo y pensando con una sonrisa: «¡Hecho! Esta semana me va a tocar la lotería».

Solté las maletas en casa pero no quise deshacerlas, había metido la ropa apelotonada y sin doblar a toda prisa en el hotel mientras Abdul y el intérprete me esperaban para llevarme a la estación, y aún no estaba preparada para enfrentarme de nuevo a nada que me recordara mi reciente viaje. Abrí el bolso y lo volqué en la cama. Nunca había visto cuarenta mil euros juntos en efectivo. Tendría que buscar un sitio seguro en la casa para guardarlo. No es que fuera candidata número uno para que me entraran a robar, vivía en un barrio decente pero humilde, y no creo que nadie planeara desvalijarme, pero aun así no quería dejarlo en el armario o en la mesita de noche. Fui a la cocina y separé el dinero en tres montones, luego los metí en tres plásticos para sándwiches, los envolví después con papel de plata y los metí en el congelador. Si algún ladrón entraba en casa con hambre cogería algo de la nevera, pero no se iba a entretener en descongelarse comida en el microondas.

Me di una ducha rápida. Daba gusto estar de nuevo en casa, en mi baño, en mi espacio. Todo parecía más limpio, más íntimo. Me vestí con la poca ropa que quedaba en el armario, pues la mayoría la tenía en las maletas y salí rumbo a casa de mi madre. Vivía muy cerca de mí, a dos calles exactamente, me gustaba tenerla cerca, era casi como convivir con ella, pero teniendo las dos nuestra intimidad.

Al salir del ascensor pude oler un aroma a cocido madrileño espectacular. Ahora sí que estaba en casa. Le di un abrazo como si acabara de llegar de luchar en Vietnam.

—¡Bueno, bueno, hija! ¡Si te has ido nada más un par de días! Que parece que no me hubieras visto en un mes —dijo riendo mientras la estrujaba.

—Es que estoy muy contenta, mamá. Tengo trabajo nuevo.

—¿Y eso? ¿Qué trabajo es ese, hija? ¿Ya no estás donde siempre? Oye, hueles a tabaco, ¿no habrás vuelto a fumar? Hija, con lo malísimo que es, ¡te vas a matar! —sabía que mi madre se estaba inquietando por momentos, así que la tranquilicé enseguida.

—No te preocupes, es un gran trabajo, me gusta muchísimo más y, además, cobro más dinero. Tú tranquila. Y solo fumo un par de cigarros al día, mucho menos que antes.

—¡Ay!, dichoso tabaco. ¡Qué asco le tengo! Mira tu padre, qué pronto me lo quitó el de arriba. ¿Pero dónde trabajas ahora? —preguntó.

—Mamá, papá era alcohólico, no se murió por fumar, y ahora te lo cuento todo, pero deja que me quite el abrigo y ponme un plato de esa sopa antes de que se me haga la boca agua y me ahogue.

Cuando le mencioné su comida enseguida se rio y se relajó un poco.

—Hay que ver lo que te gustan mis guisos, niña. —Podría tener veinte años más y mi madre seguiría llamándome niña, pero no iba a discutírselo. A mí me encantaba.

Mientras comíamos le conté el cuento de caperucita roja, es decir, me inventé cómo había coincidido con el dueño de la clínica Bruselas, un afamado centro de estética que me sonaba de haberlo visto millones de veces en la tele y donde iban los famosos a pasar por chapa y pintura. Le dije que estuvimos hablando todo el trayecto de ida sobre mi pasión por la estética y mi gran experiencia en el terreno del márquetin, y que el hombre se interesó por mí y me dio su tarjeta. Al final, continué, cuando mi exjefe me llamó para agobiarme en mis vacaciones, me di cuenta de lo infeliz que era con mi antiguo trabajo, y me decidí a ponerme en contacto con él. Me hizo una

propuesta en firme y por eso había regresado antes a Madrid. Iba a firmar el contrato con ellos y a empezar enseguida.

Al ver el entusiasmo con el que lo contaba, mi madre supuso que se trataba de un trabajo estable y que, además, era un progreso en tiempos donde casi nada bueno ocurría ya, y dio tres mil veces gracias a Dios porque me lo merecía por trabajadora. Cuando me soltó dos besazos de enhorabuena sonreí con algo de amargura. No me gustaba en lo que me estaba convirtiendo. Además de puta era una puta mentirosa, y estaba creando falsas ilusiones en mi madre que no estaba segura de poder mantener a la larga. Pero enseguida dejé los pensamientos nefastos y seguí disfrutando de su sopa.

Antes de irme le comenté que había comprado un décimo en Marbella en honor a la abuela, a la cual le encantaba todo tipo de juegos de azar, sobre todo los de la Once. Estaba convencida de que un día le tocaría y siempre andaba haciendo planes con lo que haría con el dinero. Mi madre se sorprendió bastante de que me hubiese dado por comprar lotería, pero le dije que me había encantado el número y que había tenido un buen presentimiento.

—¡Dios te oiga!

—¡Ya verás como sí! —sonreí.

Llegué a mi casa y en cuanto solté las llaves en la encimera me di cuenta de que no tenía nada en absoluto que hacer. Siempre protestando por querer tiempo libre y ahora no sabía qué hacer con mi persona. Creí que sería una buena idea buscar la clínica Bruselas en Internet, familiarizarme con los nombres de los médicos y el *staff* que allí apareciese, ya que mi madre había sido presa fácil para mi engaño, pero mis amigas y mis tías podrían freírme a preguntas y tendría que estar preparada para contestarlas todas. Ni siquiera sabía dónde estaba ubicada la clínica, así que más me valía ponerme al día de todo aquello y de los diferentes tratamientos que ofrecían en sus centros.

Cuando entré en el salón, vi las maletas tiradas. No quería prolongar más lo inevitable, así que antes de emprender mi búsqueda en Internet para aprender sobre «mi nuevo trabajo», quise enfrentarme de una vez a las pelotas de ropa arrugada que había y a la prenda que más temía: el vestido negro de la primera noche con aquel francés y con el jeque árabe al día siguiente, aquel que me había quitado dentro de la ducha y que dejé arrugado en el suelo, y que no entendía por qué lo había traído de vuelta. Saqué todo tan rápido como pude y puse una lavadora incluso con la ropa que no me había puesto. Cogí el famoso vestido, fui a la terraza y lo tiré al suelo; después de mirarlo durante unos instantes entré a la cocina, cogí un mechero y salí de nuevo al patio para quemarlo mientras me fumaba un cigarrillo.

Allí estaba yo, de lo más melodramática, destruyendo las pruebas del delito. Cuando las llamas se hicieron demasiado grandes, prendieron una sábana que tenía colgada. Casi se me cae el cigarro de la boca del espanto ante la que estaba montando. Las vecinas comenzaron a salir a las ventanas:

—¡Huele a quemado! ¡Ay, mira! Si es la Antonia. ¡Que se le quema la casa! ¿¡Antonia, estás bien!? ¡Que tienes la terraza ardiendo! —chillaba una de ellas.

Tiré como pude de la sábana y entré para buscar algo con que apagar las llamas; mientras llenaba una olla con agua, salí con una colcha para ahogar el fuego. Me quemé el brazo haciendo el imbécil, entré de nuevo, agarré la cacerola tipo ejército ya llena que pesaba como un muerto y la tiré encima del vestido y de la sábana. Seguían ardiendo un poco, pero pisé las llamas que quedaban vivas y el fuego se extinguió. «Hace falta ser gilipollas. ¡Joder, Antonia, no das una a derechas!», me dije.

—No pasa nada —grité a las vecinas que estaban a punto de llamar a los bomberos—. Ya está apagado. Se me prendió la ropa con un cigarrillo.

—¡Ten cuidado, mujer! Que nos vas a quemar a todos —vociferó una vecina medio histérica.

Cerré la puerta del patio y allí las dejé jurando en arameo y poniéndome de vuelta y media. No tenía paciencia para escuchar sus quejas y sus tonterías, además yo nunca les había gustado y se estaban despachando a gusto. «¡Ya está bien! Mañana te toca la lotería, necesitas ir de compras y relajarte», sentencié.

Pasé el resto de la tarde haciendo un estudio exhaustivo sobre la empresa con la que trabajaba en mi nuevo empleo ficticio. Creía tener ya datos suficientes para cualquier pregunta inesperada, y si no fuese así, la evitaría. Aquella noche dormí como un bebé. Tenía acumulado un cansancio tremendo y necesitaba descansar.

Miré el reloj de la mesilla, eran las diez y media de la mañana. «Buena hora», pensé. Ensayé un par de gritos de alegría convincentes y llamé a mi madre. Tras el chillido de rigor, que dio un susto de muerte a la mujer, dije gritando:

—¡Nos ha tocado la lotería, mamiiiiiii!

—¿¡Qué dices, hija!? —preguntó incrédula y entrecortada.

—¡Que sí, mamá! ¡Acabo de comprobar el billete y nos han tocado veinticinco mil euros! —continué.

—¡Anda, hija, por Dios, míralo bien no te hayas equivocado! —insistió aún sin poder creérselo.

—Que sí, mamá, que lo he mirado ocho veces, ¡que es nuestro número!

Me derretía de placer viéndola comprar conjuntos, cremas y perfumes. Pasamos una semana de ensueño. Nunca la había visto tan feliz. Quizá la gente lleva razón y el dinero no es la felicidad; a mí lo que me dejaba maravillada es la maña que se da para parecerse a ella.

En un principio mi madre se preocupó, como es propio de su naturaleza, y me dijo que deberíamos ahorrarlo y no gastar tanto, pero la convencí explicándole que en mi nuevo trabajo ganaba más que en el anterior y que nos merecíamos un derroche.

Verla comer mariscadas en los mejores restaurantes, oliendo a una tonelada de perfume caro me proporcionaba una sensación de euforia inexplicable. ¡Había sufrido tanto en la vida! Se merecía disfrutar, ser feliz.

Yo también me permití algún que otro capricho, me había olvidado por completo de lo desgraciada que era hacía apenas unas semanas, en la que el mundo estaba a punto de llegar a su fin, el mío al menos. Viviendo todo aquello me preguntaba cómo demonios se las apañan los ricos para deprimirse. Quizá necesitaba llevar ese tren de vida más tiempo para averiguarlo, pero en estos días idílicos no podía pensar en nada que me hiciera estar triste.

Pero la semana terminó, y nos habíamos pulido cerca de veinte mil euros en excesos. También es verdad que había comprado un cochecito a mi madre y eso sumó bastante al gasto, pero estaba harta de que todo el mundo le dijera que era incapaz de conducir y de escuchar las ganas que tenía de tener por una vez en su vida un coche. Así que le compré uno que, aunque no era lujoso, al menos era seguro.

Me quedaban alrededor de otros veinte mil. Decidí que debía guardarlos y que era el momento de frenar los gastos ridículos; además dentro de poco mi madre haría cuentas y ya no podría justificar más compras. Al menos le quedaban un montón de caprichos y su cochecito. Pero viéndola así de feliz, probando las mieles de cómo vive la gente con dinero, supuse que en breve debía planear cómo ejercer la prostitución en mi ciudad sin que nadie lo averiguase.

¿CÓMO SE VISTEN LAS PUTAS DE NIVEL?

Aun deseando una vida de lujos, el precio que tendría que pagar sería demasiado alto, incluso si solo fueran clientes que me atrajeran, incluso si lograba tener el control de la situación y a pesar de tener cuidado de no acabar perseguida por matones y mafiosos. Solo pensar en volver a repetir la experiencia hacía que me recorriese un escalofrío por el cuerpo.

Traté de buscar un trabajo decente. Traté de hacerlo dejando a un lado la locura de mi mentira y en un intento estéril por seguir formando parte de esta sociedad, de mis amigos y de mi familia, sintiéndome la persona que siempre fui y la que deseaba ser: Antonia. Pero la frustración se iba apoderando de mí a medida que mis existencias del congelador iban desapareciendo y no había forma de encontrar un empleo. Perdí la cuenta de la cantidad de currículos que envié, de la cantidad de empresas que visité... En la mayoría, las respuestas eran siempre las mismas:

—Estamos haciendo recortes de personal y ahora no nos podemos permitir contratar a nadie.

Otras ni contestaban. Y además, como en una confabulación nefasta, no hacían más que sumarse imprevistos que había que pagar y con los que no contábamos. Tenía que reaccionar, tenía que hacer algo, y debía hacerlo ya. Desilusionada con esta sociedad, con el retorno de mi mala suerte y angustiada por mi futuro y el de mi madre, de nuevo no vi otra salida: debía volver a «ejercer». ¿Pero cómo hacerlo en Madrid? Aunque tenga poca experiencia en Marbella, allí al menos me daba la sensación de estar en un mundo paralelo, en un universo alternativo que nada tenía que ver con mi vida. Desde luego no podía volver allí, a esas alturas Big Dimitri y Tania habrían puesto precio a mi cabeza y a mi entrepierna. Fuera lo que fuere debería hacerlo en Madrid.

Tenía mil quinientas preguntas y nadie que las contestase: ¿debería anunciarme en un periódico o en Internet?, ¿cómo se lo tiene que montar una para ser una puta de lujo?, ¿necesitaría protección, alguien que evitara situaciones como la desagradable aventura de Marbella?, ¿dónde encontraría clientes?, ¿sería mejor hacerme una clientela selecta fija?, ¿qué se espera exactamente de una prostituta? Decidí que como no tenía a nadie que me aconsejara y no tenía intención alguna de ir a la calle Montera o a la Casa de Campo a preguntar, tendría que ir improvisando.

Un anuncio en el periódico y unos perfiles en páginas de contactos de Internet tendría que tener, eso seguro. Me negaba a ir a los bares, a las calles y arriesgarme a situaciones tan embarazosas como la de Luis, el divorciado. No quería tener que adivinar qué alma solitaria andaba en busca de sexo a cambio de dinero y, desde luego, no iba a poner mi número de teléfono ni mi foto en ninguna parte.

Compré un móvil nuevo con un número secundario. Ese sería mi teléfono del «trabajo», y de aquella forma seríamos dos personalidades completamente diferentes: Antonia, la que trabajaba en una afamada clínica de estética con una vida, una familia y unos amigos normales, y Rita, la prostituta de lujo sin escrúpulos, sin moral y dispuesta a casi todo por dinero. De aquella manera quizá podría llegar a vivir conmigo misma, aceptarme y si no pudiera más con aquella vida, no tendría más que apagar el segundo teléfono y hacer desaparecer a Rita, enterrarla para siempre.

Crear un anuncio en el periódico fue sencillo, lo pude hacer por teléfono y con tarjeta de crédito, no tuve que ir a ninguna parte a dictar a una señorita que me miraría y juzgaría moviendo la cabeza con gesto de negación y desagrado. Di gracias por lo informatizado que estaba todo porque así

podíamos ser lo degenerados que nos diera la gana sin necesidad de enfrentarnos cara a cara. A continuación, creé varios perfiles en distintas páginas de contactos de Internet. En la mayoría pedían que se subiera una foto, pero ya tendría tiempo de resolver aquello, no tenía ninguna intención de poner una de mi desvergonzada cara allí, que por avatares de la vida alguien conocido terminara entrando en una de esas páginas y me descubriera. Si había algo que tenía claro era que mi madre y mi gente no podrían enterarse nunca de que me estaba prostituyendo.

Fue una auténtica pesadilla rellenar todos los datos que pedían, bastante más pesado que hacer un nuevo currículo. No estaba segura de sí tendría que estudiar algún tipo de técnicas sexuales para complacer a mis clientes, la verdad es que siempre había sido bastante tradicional en los temas de cama, y no creo que existiera una escuela en cuestión para prostitutas novatas.

Consideré que lo mejor sería preguntar siempre, preguntar directamente al cliente qué deseaba, qué le gustaba... No tendría ninguna razón para mentir a una puta, sería como engañar al médico. Si quería pasarlo bien y sacar rendimiento a su dinero más le valía ser sincero. Lo que sí pondría serían límites a mis servicios; había ciertas cosas que no estaba dispuesta a hacer ni a que me hicieran. Nada de guarradas similares a lluvias doradas o cosas así, si querían ir al servicio que buscaran uno, yo no era un váter. El trasero era sagrado, nunca había practicado sexo anal y quería morir sin saber lo que era, tenía cero curiosidad en este aspecto. Nada de sado ni de vestirme de niña pequeña... Estas eran más o menos mis limitaciones, las cuales no estaba dispuesta a cambiar por mucho que me pagaran.

No tenía ni idea de si los clientes iban a querer pagar la friolera de cuatrocientos euros, aquella no era una ciudad de veraneo para ricos, pero eso no quería decir que no viviera gente adinerada, puteros con posibles. Decidí que dejaría el precio establecido en cuatrocientos y que siempre tendría tiempo de bajar.

Me negaba a buscarme protección; trabajando sin territorio físico en la calle no pensaba que pudiera necesitarlo, al menos no creía que pudiese tener enfrentamientos con otras prostitutas y a la hora de que un cliente no me pagara me buscaría las mañas para cobrar. Sé que era arriesgado, ya que hay muchísimo psicópata por ahí suelto, pero es que la palabra chulo me daba escalofríos solo de pensarla; ¿además, dónde me buscaba yo un chulo?, ¿venderían alguno de rebajas en El Corte Inglés? Y si lo buscaba por Internet podría dar con alguien aún peor que un cliente psicópata. No, decidí que no quería un cómplice desconocido que viviera a mi costa, un parásito que se ganase la vida con la venta de mi vergüenza. Si encontraba peligros, los torearía sobre la marcha.

Necesitaba ropa. Ropa sexi pero con clase y sobre todo un montón de ropa interior. Pero ¿cómo vestiría una puta?, ¿una puta de lujo? Después de volverme loca pensando y dar mil vueltas a la cabeza y a Google, tuve una epifanía: a no ser que estuviera en alguna esquina o tirada en la Casa de Campo, una puta de lujo no se distinguía en mucho de una mujer elegante. La única diferencia es que se desnudaba con más facilidad y debajo llevaba una muda interior sexi y provocativa.

Me puse a pensar toda filosófica dónde se encontraba el baremo de lo que es una prostituta; es decir, ¿se considera puta a una mujer elegante que se casa con un hombre por dinero? De esos había casos obvios, como los de chicas jovencísimas y preciosas que se casaban con viejos decrépitos con cuentas bancarias rellenas como pavos. Y sin llegar a tanto, ¿qué pasaba con las amas de casa que detestan a sus maridos y que les provoca repugnancia que les pongan una mano encima, pero se dejan hacer y siguen con ellos por miedo a empezar de nuevo, a tener que mantenerse solas o a enfrentarse a mil problemas si deciden separarse? Todas ellas están consideradas señoras, aunque la mayoría tengan engañados a sus maridos, quienes viven con la certeza de ser amados y no saben que sus mujeres tienen una vela encendida y rezan para que se mueran cuanto antes. Me preguntaba quién era

más puta, mujeres como yo que van con el precio por delante o las «señoras» con clase que asisten a cócteles con pamelas, que aplauden de lado en el teatro y no levantan el meñique al tomar café.

Después de comprarme una ropa interior de ensueño y de probármela toda delante del espejo, me fui al gimnasio del barrio y me apunté. Me cabreaba lo que le había sucedido a mi cuerpo en diez años de estar en la oficina. No es que estuviera horrible, pero mi trasero y mi cintura diferían mucho de los de aquella jovencita llena de ilusiones que se sentó el primer día de trabajo con una sonrisa. Y entonces decidí que estaba preparada, que iba a encender mi teléfono secreto y que estaba lista, o eso creía, para el primer cliente.

«Tienes cero mensajes en tu bandeja de entrada». Eso rezaba en todas y cada una de las bandejas de entrada de los perfiles que había creado en diferentes webs de contactos. El teléfono de «trabajo» no había recibido tampoco ninguna llamada referente al anuncio que había puesto en uno de los periódicos de mayor tirada nacional. Algo estaba haciendo mal. Traté de ponerme en la piel de un cliente. ¿Qué buscaba un hombre desesperado por tener sexo capaz de pagar a una mujer en vez de tomarse tiempo para conquistarla? Fotos, necesitaba fotos. Nadie iba a pagar por un producto que no podía ver de antemano. Debía haber millones de troles que se anunciaban asegurando que eran extremadamente atractivas. Esto suponía un problema, porque no estaba dispuesta a hacerme fotos y que mi cara circulara por Internet con un cartel de prostituta en mi frente.

Después de dar vueltas al asunto se me ocurrió una idea, quizá no funcionara, pero tenía que intentarlo. Contraté un fotógrafo y decidí hacerme unas fotografías sexis con una máscara puesta para que no me reconociese ningún conocido, que por alguna razón se perdiera navegando por estas webs y se topara conmigo, aunque también la persona en cuestión debería dar también explicaciones de qué hacia buscando una prostituta, pero no quería arriesgarme.

Compré una máscara veneciana, como las que utilizaban en los bailes de disfraces de la realeza en las cortes hace trescientos años. Era negra con piedras incrustadas que simulaban brillantes y tenía un aplique en un lateral que debías coger con la mano derecha para adaptarla a la cara y descubrirte cuando quisieras. Me pareció elegante y a la vez sensual. De aquella forma podría mostrar como en un escaparate mis curvas, pero cubriría mi rostro, lo cual daba un halo de misterio.

La sesión fue divertida. En un principio me costó soltarme con aquel fotógrafo italiano, que tendría unos sesenta años pero que iba vestido como si tuviera veinte, con el pelo recogido en una coleta —el que le quedaba— y que me daba órdenes para que adoptara posturas imposibles con las que me arriesgaba seriamente a dislocarme una vértebra o a romperme una costilla. Aunque después de una media hora incómoda, discutiendo con él mientras tomaba las instantáneas iniciales, intenté recordar portadas de *Vogue*, *Interviú* o *Playboy*... No es que formaran parte de mi lectura habitual, pero las había visto en los quioscos y en alguna ocasión había pensado si sería capaz de salir en una de ellas, aunque rápidamente lo descartaba.

Bien, aquella era mi oportunidad de demostrar que yo podría ser una de esas chicas de portada, una de esas mujeres por las cuales un hombre daría lo que fuera por tener en la cama. Le pedí al fotógrafo que no retocara demasiado las fotos, no quería dar una falsa impresión de mujer diez y que cuando me vieran los clientes se encontraran la cruda realidad.

Después de un par de días el italiano me envió por correo electrónico el resultado del posado. Eran increíbles, nunca imaginé que yo pudiera tener ese pedazo de mujer dentro y no haberla descubierto antes. Me resultó difícil elegir, me gustaban todas, pero aparte del fotógrafo no podía pedir opinión a nadie, nadie nunca podría saber que aquella mujer sexi semidesnuda con la máscara negra era yo. ¡Qué pena!

Coloqué las imágenes en las webs e incluso reemplacé el anuncio del periódico por otro que mostraba una de mis fotos y, además, publiqué en varias páginas de contactos más de otros periódicos el anuncio con la foto. No estoy segura de si lo hice por captar más clientes o porque estaba orgullosa de las instantáneas. El hecho es que obtuve resultado, el teléfono de «trabajo» comenzó a recibir llamadas y las bandejas de entrada de las webs empezaron a llenarse de mensajes solicitando mis servicios.

Aún recuerdo la primera llamada. No sabía qué decir, ni cómo actuar ni qué voz poner para parecer sexi. El tipo parecía un hombre de negocios, bastante educado, y quiso informarse de mi tarifa, que le pareció elevada, pero dijo que, si de veras era en persona como en la foto del anuncio, lo pagaría. Quedé con él al día siguiente en la cafetería de un hotel céntrico. Yo llevaría una chaqueta de vestir negra con un pañuelo rojo y él acudiría con un traje marrón y una corbata amarilla. Era una combinación de colores que detestaba, pero no iba a darle consejos al hombre de cómo vestirse.

Ahora me enfrentaba a otro problema, no pensaba acostarme con nadie que me resultara repulsivo. No tenía otro remedio que acudir a la cita para verle, pero lo que haría sería llevar el pañuelo rojo en el bolso y, si el tipo me gustaba me lo pondría, si no me marcharía y le enviaría un mensaje de texto disculpándome por haberme sido imposible acudir.

De nuevo aquella sensación de taquicardia y aquel miedo que me ponía el vello de punta. Allí estaba yo, dispuesta a entrar en la cafetería donde había quedado con mi primer cliente de Madrid. Ya no había vuelta atrás, me estaba dedicando a la prostitución, en toda regla y en casa. «Antonia, aún no es tarde, date la vuelta, olvídate de todo y sigue buscando un trabajo decente; las cosas están mal, ¡pero no es imposible!», me dije, aunque enseguida escuché la voz de Rita debatiendo: «¿Otro trabajo? ¿Qué trabajo? Sabes que lo has buscado con empeño y no hay manera. ¿De veras vas a esperar a que se te agote todo el dinero? ¿Y después qué? ¿Le vas a decir a tu madre también que la mentiste sobre el trabajo en la clínica? Sabes que puedes hacerlo, solo echa un vistazo y mira a ver si el cliente es atractivo».

Miré a mi alrededor pero no vi a nadie con una chaqueta marrón y una corbata amarilla. Me senté en la barra y pedí un té verde. Mientras echaba cuatro azucarillos a la taza pensé que quizá se habría arrepentido o no habría podido acudir. Pero cuando estaba dando vueltas al té con una diminuta cucharilla comprobando el temblor de mi mano, vi entrar con el rabillo del ojo alguien vestido de marrón. Miré con disimulo y comprobé que llevaba una corbata amarilla y que parecía estar buscando a alguien. Aunque no era feo, definitivamente no era mi tipo. Tal vez fuera de la clase de hombre que le hubiera encantado a mi amiga Begoña o a mi madre. Parecía Kent, el novio de la Barbie: pelo castaño, flequillo repeinado con tres kilos de gomina, postura de «sí, señores, llevo una escoba clavada en el trasero», mandíbula cuadrada y, aunque el traje era holgado, parecía estar en forma. No era alguien con el que yo libremente hubiera ligado en otras circunstancias, pero por otro lado, tenía suerte de que no fuera un gorila con pajarita. ¿Cuántos hombres, sin embargo, de ensueño van a pagar por estar con una mujer pudiéndola tener gratis? Solo un pequeño porcentaje que no estaban dispuestos a tener complicaciones emocionales, hombres casados o con costumbres sexuales algo desviadas de lo que se considera normal. Lo del hijo del jeque fue como haber triunfado una noche en el casino; pasa solo una vez para que te enganches, pero normalmente la banca siempre gana.

Bueno, allí estaba yo, tratando de decidir dónde estaba mi baremo de aceptación de clientes. ¿Era aquel Kent algo soportable como para no pasar un mal rato en la cama? ¿Aceptábamos barco como animal acuático? Di un resoplido poniendo los ojos en blanco y saqué del bolso el pañuelo rojo que me coloqué en el cuello.

Kent se acercó a mí con una sonrisa profidén y resultó llamarse Francisco, o al menos eso me dijo. Francisco había cogido una habitación en el mismo hotel donde habíamos quedado. Pidió un *gin tonic* y me susurró con una mano en el bolsillo:

—Te había imaginado de mil formas sin la máscara, pero la verdad es que eres incluso más guapa.

Le di las gracias con una sonrisa semiforzada y le pregunté si quería subir ya a la habitación. Él me preguntó a su vez si no me importaba que se terminara la copa, y le dije que no había problema. No sabía cuánto me iba a arrepentir de ello. Fueron cuatro las copas que se tomó. Me contó su vida en verso, los problemas que tenía con su mujer, que al parecer no tenía vida sexual con ella desde hacía más de un año. Era el típico matrimonio que se conoce desde primaria, la novia de toda la vida con la que te casas casi por compromiso, sus familias eran adineradas y los padres de ambos eran grandes amigos. La pasión del matrimonio hacía años que tocó a su fin, pero ninguno de los dos tenía agallas para sugerir la palabra divorcio. Habría sido como arrojar una bomba atómica a toda la familia. Él incluso había propuesto en la intimidad a su mujer intercambio de parejas o «vacaciones por separado pactadas», lo cual le ofendió muchísimo y ahora, además de no tener relaciones sexuales con ella, también pasaban por una inmensa crisis de lo único que les quedaba, la amistad.

Debería poner anuncios como psicóloga en vez de como prostituta, podría ganar lo mismo, ellos obtendrían la satisfacción que en realidad buscaban y dejaríamos mi entrepierna tranquila; pero no, ellos querían un completo, querían desahogarse mental y físicamente, lo cual en mi opinión era un abuso.

Finalmente Francisco me preguntó si estaba lista para subir a la habitación «¿Lista? Hace cuatro copas que estoy lista, además detesto el olor a *gin tonic*. ¡Y ahora me lo voy a tener que comer con patatas!», pensé, pero dije:

—Por supuesto, cariño, tienes que quitarte todo ese estrés de encima. No pienses más en tu mujer.

En la habitación trató de besarme y esta vez fui yo la que retiré la cara, lo había aprendido muy bien del francés de Marbella, pero en este caso, además, era que no me apetecía en absoluto que me besara este individuo. Él simplemente sonrió y comenzó a besarme el cuello y a tocarme el trasero. Por mucho que aquel hombre tuviera su cuerpo pegado al mío, no sentía nada ponerse feliz en su entrepierna; me quité la blusa y puse sus manos sobre mis pechos, después él, tímido, se quitó la ropa y se dejó puestos los calzoncillos. Una vez tumbados en la cama traté de quitárselos pero no me dejó. Me quitó la ropa interior y empezó a hacerme sexo oral. Me olvidé de su mujer, de su gomina y de los cuatro *gin tonics*... Aquel hombre tenía un don y la imbécil de su mujer se lo estaba perdiendo. Después de casi llegar al clímax y de parecer que era yo la que le había pagado a él por sexo, Francisco decidió que era hora de quitarse la ropa interior y de entrar a matar. Se puso un preservativo y se tumbó sobre mí. Yo intenté darle la vuelta para ponerme sobre él y ganarme de alguna forma la paga, pero él volvió a girarme y se colocó encima. Supongo que la criatura, ya que no mandaba en absoluto en casa, quería sentir que dominaba la situación en algún sitio. Fue rápido, extremadamente rápido, este hombre estaba necesitando sexo desde hacía mucho tiempo y, si su economía se lo permitía debería hacerlo más a menudo a riesgo de convertirse en un eyaculador precoz.

Cuando terminó, me dio las gracias y un beso en la frente. Resultó de lo más extraño, pero le contesté mecánicamente:

—De nada, cariño, repetimos cuando quieras.

Me dio el dinero, se vistió y al marcharse me dijo que podía quedarme a dormir allí, que la habitación estaba pagada para toda la noche pero que él tenía que regresar a casa; no quería que su mujer se preocupase. «¡Manda huevos! No te preocupes, dile a tu mujer que estás sano, salvo y bien

follado», pensé, pero simplemente se lo agradecí y le expliqué que yo también debía marcharme y que esperaba que me llamase de nuevo y repetir. Él no dijo nada más, su cara desbordaba culpabilidad. Se marchó. «Qué complicado es todo y qué mala es la falta de sinceridad y de comunicación... Y qué bien nos viene a la putas», dije para mí.

LA FOTO

Tuve una semana la mar de entretenida. Peleando aún mentalmente con lo poco que me quedaba de moral y vergüenza y de *tour* por los bares de hoteles en los que había quedado con clientes, de los cuales acepté tres más, que me parecieron medianamente atractivos, o más bien poco repulsivos; y salí huyendo sin ponerme mi pañuelo rojo, que utilizaba para que me reconocieran, con cuatro clientes, que no es que fueran poco agraciados, es que dudaba seriamente que pudieran estar catalogados dentro de lo que se entiende como raza humana.

Las agujetas que tenía de ir al gimnasio eran brutales, para un cuerpo que nada acostumbrado al deporte, seis horas semanales de aeróbicos y pesas, más una media de cuatro a cinco relaciones sexuales semanales, estaban acabando conmigo. Sumando a todo ello el estrés de mi doble vida, de vivir en una constante mentira con mi madre y mi familia, y evitando desde que llegué a mi mejor amiga, Begoña, que sospechaba cada vez más que me había ocurrido algo realmente malo y que no era capaz de contárselo. Con mi madre, aunque me dolía mentirle era más fácil; con Begoña, sin embargo, que me conocía casi más de lo que yo me conozco a mí misma y que somos amigas desde la infancia, lo iba a tener difícil. Sabía que el momento del encuentro se acercaba, pero estaba tratando de retrasarlo lo máximo posible.

También me acerqué a mi «supuesto» nuevo trabajo, a la clínica Bruselas, más que nada por tener una idea de cómo era el centro y estar más preparada para cualquier pregunta que mis amigos o familiares pudieran hacerme al respecto. Como si de una tesis se tratase, me aprendí nombres de médicos, del personal que trabaja en la clínica, donde alucinaban con mis preguntas. Debía de ser la cliente más pesada con la que se habían topado, pero como me hice varios tratamientos anticelulíticos y de rejuvenecimiento facial, mientras me gastara el dinero con ellos no me mandarían a hacer puñetas por cansina.

La clínica era espectacular, deseaba con toda mi alma que mi mentira hubiese sido cierta y que de veras trabajara con ellos... «Algún día —me dije—. Algún día podré tener mi propio centro».

Recibí una llamada de un tipo que quería verme esa misma tarde. Estaba cansada y con menos ganas aún de lo habitual de recibir un cliente en mi «despacho». Últimamente llamaba a mi pobre entrepierna así porque ya había perdido el privilegio de tener visitas por ocio o por puro placer. Decidí acudir y de esta forma recuperaría en una tarde todo el dinero que había gastado en tratamientos estéticos.

Cuando llegué al lugar de encuentro mi cliente aún no había llegado, debía buscar a alguien con una cazadora de cuero negra con un logo de KFM. Ya pasaban quince minutos de la hora acordada y estaba a punto de marcharme, cuando le vi entrar. Venía en una silla de ruedas.

No era nada feo y tendría unos veintiocho años, pero ¿un paralítico? Me sentí incapaz de hacerlo. Ya estaba cogiendo el bolso para marcharme cuando pensé: «Eres una cabrona, ¿qué pasa, que su dinero no vale? ¿Que por el simple hecho de estar en una silla de ruedas lo vas a rechazar?». Me sentía horrible, un monstruo, ¿era yo ese estereotipo de mujer que rechazaría a un pobre paralítico?... Sí, lo era. Que fuera prostituta y que hubiera bajado bastante el listón de lo que consideraba un

hombre guapo para aceptar clientes no significaba que pusiese una ONG sexual para que tipos a los que les resulta difícil ligar se desahogaran conmigo. «Pero eres puta, Rita. En esto consiste tu trabajo y esto es lo que más te vas a encontrar, que hayas tenido algo de suerte no quiere decir que esta no sea la clientela habitual de la mayoría de las prostitutas... La gente paga por algo que les resulta más difícil conseguir gratis que al resto». Sí, sí, me escuché todo el debate interior, pero no, ese chaval además era guapo, que se esforzara en buscarse una novia y si no, que encontrara otra puta, una veterana que estuviera acostumbrada.

Cuando pasé cerca de mi cliente para dirigirme a la puerta escuché:

—Reconocería las piernas de la foto en cualquier lugar y ese lunar sexi que tienes en el muslo. Eres Rita, ¿verdad?

—¿Es a mí? Creo que se confunde, yo no me llamo Rita —contesté roja como un tomate.

—¿Te ibas a marchar? ¿Es porque soy paralítico? —me preguntó.

Por un segundo cerré los ojos avergonzada.

—No... No es por eso, es... Sí. Es por la silla, llevas razón —respondí finalmente.

—No te tienes que acostar con la silla, sino conmigo. —Aquella salida me arrancó una carcajada.

—No te lo tomes a mal, es que yo nunca...

—Ya, nunca has estado con alguien como yo. Eso es lo que les pasa a muchas de las chicas con las que trato de ligar, no eres tú, dicen, es que yo nunca... Pero déjalo, lo entiendo, creo que he dado con la persona equivocada, o que quizá debería haberte avisado, no estoy acostumbrado a quedar con prostitutas —declaró, dándose la vuelta para marcharse.

—Espera. Yo soy nueva en esto, es que no sabría qué hacer contigo.

—Lo mismo que con otro cliente, Rita, lo único que no voy a poder hacer el salto del tigre, pero tumbado en una cama y sin la silla, soy exactamente igual que cualquier otro hombre

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Erik.

—Bien, Erik, tú y yo nos vamos a subir a una habitación y ya veremos cómo nos lo montamos, ¿ok?

—¿Estás segura de que quieres hacer eso?

—Escucha, Erik, me gustas. Si no fuera prostituta y si tú no estuvieras en una silla, probablemente te hubiera entrado yo a ti. Así que, si tú puedes olvidarte por un rato de que yo soy puta, supongo que yo puedo olvidarme por un rato de tu silla.

—Trato hecho —contestó sonriendo.

Cuando subíamos en el ascensor me di cuenta de que tenía un montón de preguntas técnicas, cosas que necesitaba saber antes de tener sexo con él, para entender cómo debería proceder, qué hacer. Me daba vergüenza preguntarle y me di cuenta, también, de que quizá esa era la razón por la que le había rechazado en un principio. No era la silla lo que me asustaba, sino el hecho de tener que hacerle preguntas sin querer ofenderle.

Cuando entramos en la habitación respiré hondo y me senté en la cama, y dispuesta a agarrar el toro por los cuernos, le pregunté:

—Erik, ¿qué es lo que quieres que haga? ¿Quieres que te haga un estriptis?, ¿que me toque?

—Si te apetece... Yo no me voy a quejar, ¡me encantaría! —Erik rio.

—Lo que quiero decir..., y no encuentro las palabras exactas, es si esto va a ser más visual o si quieres que te haga sexo oral... ¡Joder, qué difícil! ¿Que si sientes algo ahí, Erik? ¿Que si se te levanta, que si vamos a tener sexo convencional o si hay alguna otra forma de hacerlo con un

paralítico? Necesito algo de ayuda, estoy en blanco… —lo dije así, de tirón, como decía mi abuela: «Más vale una colorada que ciento amarillas».

Él me miró con una sonrisa y con paciencia me aclaró:

—Te explico, Rita. El nivel de sensibilidad en los genitales depende de la vértebra que tengas dañada, por dónde te hayas lesionado la médula. En mi caso, desafortunadamente, no siento absolutamente nada en las piernas ni puedo moverlas, pero gracias a Dios sí tengo sensibilidad en mis genitales y siento igual que cualquier otro hombre, y sí, se me levanta y podemos tener, lo que tú llamas, sexo convencional.

Aquello me alivió bastante. Pensé que si muchas mujeres poseyeran la información que tenía yo entonces, y no tuviesen reparos o vergüenza en preguntar, este chico tendría una cola de muchachas para acostarse con él. Como siempre, qué mala era la falta de comunicación y qué bien nos venía a las prostitutas.

Erik también me aclaró que algunas veces los que tenían una lesión más severa utilizaban artilugios para bombear el miembro y ayudarles a que tuvieran una erección, y que también utilizaban viagras y otras cosas. Le agradecí muchísimo la información porque no tenía por qué explicarme todo aquello. Pensé en no cobrarle, pero de nuevo no quería hacerle sentir como un caso de caridad, ni ofenderle, así que le haría pagar como a todo el mundo.

—Bueno, ya está bien de tecnicismos, espero que estés listo, porque Rita te va a hacer un estriptis de primera clase.

Puse música en mi iPhone y le di un espectáculo de lo más patoso durante el cual ambos nos reímos muchísimo, era casi como una parodia de uno real. Luego se tumbó en la cama, no me atreví a ayudarle; además, parecía tenerlo dominado. Quise echarle una mano al quitarse los pantalones y fue el único momento en el cual se ofendió un poco.

—Puedo solo, en los brazos no tengo parálisis.

Le quité hierro a sus palabras y le dije que me «ponía» desnudarle. Fue una experiencia de la que no me arrepiento en absoluto. Me coloqué encima de él y a los dos se nos olvidó durante un buen rato su parálisis y mi profesión. Fue íntimo, agradable, excitante y divertido. Erik tenía un gran sentido del humor y me hizo reír muchísimo. Me apetecía besarle y él tampoco puso reparos, así que fue un encuentro sexual de lo más real para ambos.

Cuando terminamos, después de pagarme y mientras se vestía, le dije bromeando:

—Si llamas a otra prostituta me voy a poner celosa.

—¿Y yo, qué?, ¿no debo ponerme celoso por todos los clientes con los que te acuestas?

Aquello, aunque fue en tono de broma, me dolió. Hasta ese momento no había pensado que ya no podría tener una relación normal con un chico, no podría tener novio, ¿quién iba a querer tener una relación con una prostituta? ¿Y cómo podría yo ejercer si me enamoraba de alguien?

Erik se percató de que aquellas palabras me habían ofendido.

—Lo siento, era una broma, no pretendía herirte.

—No me ofende, no te preocupes, trabajar en esto es una opción.

¿Pero lo era? ¿Tenía yo otras opciones para sobrevivir?, ¿para conseguir un trabajo normal con la rapidez que lo necesitaba, de conseguir dinero para no encontrarme en la calle con mi madre?

Después de romper el hielo con Erik, decidí que no pondría más reparos en acostarme con paralíticos, cojos, ciegos u otros clientes que fueran impedidos de cualquier forma. Y no porque fuese una buena samaritana, sino porque gracias a este chaval había perdido el miedo, el miedo a ofender, a preguntar de forma llana por todas las dudas que tuviera y a romper esa barrera absurda

que nos impide ser un poco más libres, que nos ata a prejuicios que nos hacen ser más estúpidos de lo que por naturaleza ya somos.

Finalmente hablé con Begoña por teléfono, me llamó cansada de conversar conmigo por mensajes de texto y de que siempre pusiera excusas absurdas para no quedar con ella. Me encontraba mucho más fuerte y segura de mí misma cuando hablé con ella, así que fui capaz de mentirle y conseguir que me creyera cuando la dije que había estado muy ocupada con el cambio de empleo y que estaba bastante estresada, pero le prometí que nos veríamos la siguiente semana.

De los clientes con los que había quedado y había conseguido huir sin que me vieran, la mayoría no había vuelto a llamarme. Un par de ellos me mandaron mensajes que denotaban molestia por el plantón, en la línea de: «Que te jodan, puta de mierda» o uno de mis clásicos favoritos, «Zorra asquerosa, no sabes la polla que te pierdes», los cuales ignoraba y borraba; pero había uno de los rechazados que me tenía algo preocupada. No dejaba de insistir para quedar de nuevo, me acosaba por teléfono y no podía decirle que se había equivocado, porque desde ese número de teléfono había quedado con él en un principio. Tenía una obsesión malsana conmigo, me ofreció el doble de dinero y tenía mensajes suyos a diario en el buzón de voz. Aquel individuo era horrible, tenía la cara como si la hubiera metido en una picadora a doble velocidad, además de un aspecto de sucio y pervertido. Cuando me crucé con él sin mi pañuelo rojo en la cafetería donde acordamos el encuentro, escapando de la cita, pude percibir su olor corporal —y eso que no pasé tan cerca—, pero olía a distancia a rancio, a una mezcla de cebolla, ácido y queso de Cabrales. Me daba exactamente igual las veces que llamara, no me acostaría con una cosa así ni aunque me pagara más que el jeque, ni por todo el oro del mundo. Y aunque sabía que no podría encontrarme, me incomodaba recibir sus mensajes y sus llamadas constantes.

Era jueves cuando recibí la llamada de un cliente que nunca olvidaré y que durante una temporada se convirtió en asiduo. Se llamaba Tomás. Quedé con él en fin de semana a pesar de que esos días me los tenía reservados para mí, simulando un horario casi normal de trabajo, y de esa forma evitaba los borrachos de los sábados en la medida de lo posible. Pero por teléfono Tomás parecía un tipo serio y solo podía quedar ese día. Me dijo que tenía interés, si ambos estábamos conformes una vez que nos conociéramos, en que fueran encuentros frecuentes, que no estaba interesado en varias prostitutas, sino que quería encontrar una que si satisfacía sus necesidades, fuera la habitual. Haciendo una excepción, quedé el sábado con él.

Tomás ya estaba sentado en la barra de la cafetería del hotel donde habíamos quedado. Iba vestido con una gabardina y llevaba una rosa en la mano como me dijo que haría en nuestra conversación telefónica. Era un hombre de mediana edad, moreno y de ojos claros, sumamente atractivo, aunque parecía algo dejado. Tenía pinta de detective televisivo atormentado. Me pareció interesante y me puse el pañuelo nada más entrar, sentándome a su lado en la barra.

—Hola, soy Rita. ¿Eres Tomás, no? —me presenté, sonriéndole.

Él me miró durante un instante y, después de analizarme como si fuera un conejillo de indias apto para un experimento, dijo:

—Creo que puede funcionar.

—¿Perdón? —pregunté algo confundida con la situación y temiendo haberme topado con un demente.

—Perdona, Rita, sí, soy Tomás. Encantado de conocerte finalmente en persona, es que estoy buscando un tipo de mujer muy determinado y ya he visto a varias que no eran exactamente lo que quería, pero creo que tú sí lo eres —aclaró.

—¿Y qué es exactamente lo que buscas, si no es mucho preguntar? —dije, no muy segura de querer saber la respuesta y algo arrepentida de haberme puesto el pañuelo y de que ya conociese mi cara.

Sacó una cartera del bolsillo y de esta una foto de carné de una mujer, me la acercó y me dijo:

—Busco a alguien que se parezca a ella, sé que es rubia y tú eres morena, pero tus facciones son muy semejantes y si te pones una peluca de ese color, puede funcionar.

La chica de la foto podría ser perfectamente mi hermana, nos parecíamos muchísimo, pero toda aquella historia no me gustaba demasiado, no tenía ganas de dar con algún psicópata obsesivo.

—La verdad es que no hago servicios de este tipo, Tomás, mis clientes se acuestan conmigo, con Rita, no hago numeritos extraños.

—No, no es nada raro, te lo juro, es simplemente que deseo encontrar una mujer que se parezca a la chica de la foto, eso es todo. Pero no te voy a pedir nada extraño, palabra, solo que a ser posible lleves una peluca de su color de pelo.

—Mira, Tomás, no sé… De todas formas, ¿quién es? ¿Alguna compañera de trabajo con la que no te atreves a ligar, alguna exnovia? ¿No sería más fácil que hablaras con ella y que realmente tuvieras sexo con ella en vez de fingir haciéndolo con otra mujer?

—Rita, te ruego que lo consideres, podría pagarte algo más de lo acordado por hacerlo, pero lo único que te pido es que no hagas preguntas.

Después de pensarlo durante unos instantes y de ver su cara de desesperación, acepté. No sabía si me arrepentiría de aquella decisión, pero me intrigaba casi más de lo que preocupaba. Quedé con él en el mismo lugar al día siguiente. Llevaba una peluca rubia en el bolso, lo más parecida posible al tono del cabello de la chica de la foto y con un corte similar. Cuando subimos a la habitación y salí del cuarto de baño con una ropa interior que se alejaba mucho de ser sexi y con la peluca, como Tomás había requerido, su cara se iluminó, atenuó un poco la luz de la habitación de forma que aún se podía ver, supongo que para hacer aún más convincente que yo pudiera ser la mujer misteriosa de aquella fotografía.

Fue de lo más dulce, aquel hombre no tuvo sexo conmigo, aquel hombre me hizo el amor. Fuera quien fuese aquella mujer rubia, Tomás no tenía perversiones ocultas que quisiera satisfacer conmigo, él solo quería poder imaginar que estaba con ella y ofrecerle su cariño, lo cual aún acentuaba mucho más mi curiosidad.

Aquella semana quedé con Begoña, me daba rabia no poder compartir con ella las mil y una aventuras que me habían acontecido desde la última vez que nos habíamos visto, tenía unas ganas tremendas de contárselo todo, lo necesitaba, pero me daba terror lo que pudiera pensar y cómo podría reaccionar.

Begoña era como la hermana mayor que nunca tuve. Ella era mucho más prudente que yo, más tradicional, y tan buena niña como yo lo era antes de volverme loca. Estaba segura de que no dejaría de hablarme si averiguaba mi secreto, pero no estaba preparada para confesarme y, aunque ella sospechaba que definitivamente había algo que no le estaba diciendo, no insistió demasiado. Sabía que fuera lo que fuera, tarde o temprano se lo contaría. Le dije que durante mi viaje a Marbella había ligado con el hijo de un jeque árabe y me había ido a la cama con él, le hablé de los desfases de las fiestas que montaba esta gente, pero obviamente evité la parte en la que me tuve que acostar con su padre y el hecho de que cobrara por ello. Begoña estaba fascinada con mi historia y a mí me alivió de

cierta manera que, al menos, pudiera compartir «algo» de lo acontecido con mi amiga, aunque lo que necesitaba de verdad era contar todo lo demás.

Esa misma semana también había tenido otro encuentro con Erik, el chico de la silla de ruedas. Le había hecho ya una rebaja del cincuenta por ciento, dejándole clarísimo que lo hacía porque me gustaba y porque era descuento por asiduidad, además me encantaba hablar con él después de nuestros encuentros sexuales y sentía que, por algún motivo, a él podría contarle lo que fuese. Le comenté lo que me estaba pasando con el tipo de la foto, la curiosidad que despertaba en mí todo este asunto y le pregunté su opinión al respecto. Erik pensaba que quizá sería un amor imposible, la mujer de su mejor amigo o la hermana de su mujer. Todas aquellas opciones me parecieron muy posibles, pero me fastidiaba el hecho de que como regla, Tomás no me dejara preguntarle sobre ella, nunca averiguaría quién era.

Mi madre estaba encantada, se sorprendía de verme tan en forma y de que cuidara tanto mi aspecto. Pero yo tenía la excusa perfecta: trabajaba en un centro de estética y debía dar buena imagen a los clientes. Quiso que la llevara a que le hicieran algún tratamiento, quería aprovechar que su hija trabajaba allí. Se me quedó cara de póquer cuando me lo pidió, pero aún así, le aseguré que la llevaría en breve. Ahora sí que tenía un problema. Mi madre era de las que si se le metía algo entre ceja y ceja, no había quien se lo quitara de la cabeza. «Debí elegir un trabajo en el que no pudiera visitarme», pensé.

Tomás y Erik eran los únicos dos clientes habituales. A Erik ya le cobraba lo mínimo, pero a Tomás le cobraba una barbaridad, primero porque parecía podérselo permitir y que el dinero no era un problema, y segundo por tenerme tan intrigada con la dichosa foto de aquella mujer. Podría fácilmente subsistir con ellos dos mientras no se cansaran de mí, pero me había vuelto avariciosa y la oferta económica de otros clientes era tentadora, así que seguía intercalando extraños, me dejaba perpleja que tuviera mucho más estómago de lo que siempre había pensado.

Una tarde, sin poder reprimir por más tiempo mi tremenda curiosidad, di un ultimátum a Tomás: si no me decía quién era la mujer de la foto no tendríamos más encuentros. Sabía que era cruel, teniendo en cuenta que este hombre parecía desesperado y que yo era la única que podía aliviar sus males, pero me dije: «¡Qué se joda! Aquí todos tenemos necesidades y a mí la curiosidad me está matando».

Se sorprendió muchísimo de mi petición, porque supuso que ese tema ya estaba más que aclarado y que no iba a preguntarle el motivo sobre su obsesión con aquella mujer, pero yo permanecí inamovible en mi decisión de no quedar más con él si no me explicaba por qué tenía que ser «ella». Creo que no habría insistido tanto si fuera tan solo un tema sexual, pero algunos sábados no quería tener relaciones, quería simplemente que fuera al cine con él o ir a pasear a un parque a tomar un helado; y ya llevábamos un mes y medio así. ¡Madre mía!, llevaba tanto tiempo ejerciendo… El tiempo había volado desde que llegué de Marbella y ya no ponía ni interés en buscar otro tipo de trabajo, me estaba acostumbrando a lo que nunca creí que fuera posible.

Tomás se vio entre la espada y la pared, no quería prescindir de mis servicios, que tanto parecía necesitar, pero parecía costarle hablar del tema. Finalmente confesó.

—Es mi mujer. Y no habrá más preguntas ni más comentarios al respecto.

Me quedé perpleja, me esperaba cualquier respuesta menos esa. De repente tuve una idea que parecía tener sentido y le pregunté, a riesgo de ser tremendamente pesada, e ignorando su petición de no hacer más aclaraciones, ni mencionar más el asunto:

—¿Falleció?, ¿es eso? ¿Tu mujer murió y no puedes olvidarla?

Aquello se lo tomó fatal, y respondió de una forma agresiva totalmente impropia de él:

—¡No! ¡No está muerta, hostia! ¡Mi mujer está viva, ¿¡entiendes!? ¿¡Vas a dejar de preguntarme de una vez!? Para ser una puta hay que darte muchas explicaciones, ¿no crees? ¡No eres mi jodida novia ni mi amante!

No dije nada, y a los pocos segundos se disculpó:

—Lo siento muchísimo, Rita, no fue mi intención perder los nervios, es que no quiero hablar de esto, no puedo…

No contesté tampoco. Terminé de vestirme en silencio y me marché, mientras él me preguntaba si nos volveríamos a ver y me rogaba que no me fuera.

No entendía nada. ¿Por qué un hombre, teniendo a su mujer vivita y coleando, contrataba a una prostituta para que se vistiera y maquillara como ella? ¿Por qué no hablaba con ella, no disfrutaba con ella? ¿Habría dejado de quererle? ¿Tendría un amante y esta era la retorcida forma que había encontrado su marido, obsesionado, para castigarla?

Me resultaba difícil volver a quedar con Tomás después de nuestro último encuentro, pero quería averiguar más, lo necesitaba. Después de innumerables llamadas que ignoré, finalmente le mandé un breve mensaje de texto: «Mismo sitio de siempre, misma hora, el sábado». Me contestó casi al instante con un simple «Gracias».

Aquel sábado me había propuesto averiguar de qué se trataba todo aquello. Así que después de tener sexo con él en la habitación de costumbre, aproveché un momento en el que entró al baño para registrarle, saqué su cartera del pantalón y apunté en un papel la dirección que aparecía en su carné de identidad. No le saqué en absoluto el tema y todo transcurrió como solía hacerlo antes de que tuviésemos aquella discusión.

Por un momento creí que estaba loca. Yo era simplemente una prostituta, no Colombo. No tenía derecho a hurgar en la vida de nadie, suponía que esa, desde luego, sería la regla de oro de una prostituta, y por lo cual nos pagan la mayoría de nuestros clientes, para no tener dramas, complicaciones y problemas. Pero aquel hombre estaba utilizando mi cuerpo, mi persona para algo más que un servicio habitual, necesitaba saber.

Fui temprano con el coche a la dirección que ponía en su carné, y aparqué al otro lado de la calle. Estuve siguiéndole durante tres días, ignorando las llamadas de mis clientes y dedicándome en cuerpo y alma a aquel asunto. Me percaté de que estaba tan obsesionada con el tema como él por encontrar una mujer que se pareciese a la suya. Siempre salía y entraba solo, nunca le vi acompañado por ella, ni tampoco la vi salir a ella del portal. Supuse que Tomás era médico, pues su rutina durante aquellos tres días fue siempre la misma: salía por la mañana, se tomaba un café en la misma cafetería, compraba el periódico y entraba en un hospital. Por la noche cenaba en un restaurante cercano a su casa y ya no volvía a salir hasta el día siguiente. Tal vez su mujer le había abandonado y él se negaba a aceptarlo. La otra opción que rondaba mi cabeza, y que temía descubrir, era que Tomás en realidad no fuera médico.

Sin poder evitarlo, arriesgándome a que me viera y sin importarme, no pude contenerme y al cuarto día le seguí hasta el hospital. Salí del coche y entré detrás de él, después de esperar unos cinco minutos. Llegué a admisión y pregunté por el doctor Hidalgo —había copiado también el apellido de su carné—. La chica se sorprendió al escuchar el nombre, pero aun así, comprobó en el ordenador por si recientemente habían contratado a algún nuevo interno. Me miró con extrañeza y me dijo:

—No tenemos ningún doctor Hidalgo, ¿está segura de que le dieron el nombre del doctor bien? ¿Tiene cita con él?

No sabía qué contestar, como una imbécil, sin pensar demasiado en la estupidez que dije a continuación, pregunté:

—¿Y tienen algún paciente ingresado con ese apellido? Podría ser una mujer ¿Podría comprobarlo?

—No podemos dar esa clase de información, señora, si me disculpa tenemos pacientes esperando —me contestó la enfermera, bastante molesta.

Iba a insistir, pero no me pareció prudente, ya había llegado demasiado lejos y me estaba comportando como una psicópata. Además, con mi obsesión me olvidé de un pequeño detalle que fue diferente en la rutina de Tomás aquel día: no se había parado a comprar el periódico en el puesto de todos los días. Cuando me dirigía a la salida le vi salir del quiosco del hospital con el periódico que acababa de comprar en la mano. Me miró lívido, con la cara más blanca que la cal. No sabía si decirle algo o salir corriendo, me entró el pánico y me quedé con cara de ensaimada. Se acercó a mí, me agarró de brazo mientras se dirigía a la salida conmigo, y me susurró al oído:

—¿¡Qué demonios estás haciendo aquí, Rita!?

Yo no sabía qué decir, tartamudeé sin demasiada convicción:

—Tenía hora aquí con el especialista de digestivo.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó, una vez fuera y visiblemente cabreado.

—Sí. Lo siento, Tomás. Lo siento muchísimo, pero quería saber por qué… —aseguré avergonzada. No me dejó terminar:

—¿Querías saber por qué? ¡Bien, te diré por qué!

Quería disculparme de nuevo y decirle que no tenía que darme explicaciones, pero estaba a punto de disipar todas mis intrigas así que le dejé terminar.

—Ahí arriba, en la tercera planta, está el amor de mi vida, ¡mi mujer!, ¡y está en coma desde hace tres años porque el gilipollas de su marido se pegó una hostia con el coche, y ella iba de copiloto y la dejó como un vegetal para toda su puta vida! ¿Contenta?

Me quedé atónita, no tenía palabras. Traté de balbucear una disculpa:

—Lo siento muchísimo, Tomás, no podría haberme imaginado…

—¿Qué?, ¿no podías imaginar qué? Eres una jodida prostituta, no te pagaba para que imaginaras, te pagaba para que me la devolvieras por unos instantes. No tenías nada que imaginar, coño —me dijo llorando mientras se metía de nuevo al hospital y yo me quedaba en la entrada sintiéndome como la peor basura del universo.

Después de aquello Tomás no volvió a llamarme y yo no tuve el valor siquiera de mandarle un mensaje disculpándome de nuevo, pero había aprendido una valiosa lección: jamás, bajo ningún pretexto, volvería a inmiscuirme en la vida personal de ningún cliente. Era libre de aceptarles o no, pero una vez les aceptaba, mi trabajo era como cualquier otro, un acuerdo oral de dos adultos, un intercambio de servicios por dinero, un contrato laboral en el cual la vida privada de cada uno era del todo personal y no había excusa que justificase el indagar, curiosear o interferir.

A la semana siguiente Erik me llamó para decirme que había comenzado a salir con alguien, una chica de su edad llamada Marta. Lógicamente no iba a necesitar de mis servicios, pero le agradecí que me hubiera llamado para contármelo. Realmente Erik era el único que no me había utilizado como un clínex, él me había aportado tanto o más que yo a él y le echaría de menos. Me dijo que seguiríamos siendo colegas, que esto no significaba que no quedáramos de vez en cuando a tomar una caña y a charlar, pero ambos sabíamos que aquello era una mentira piadosa. Nunca he vuelto a saber nada más de él.

FAMOSOS AGRESIVOS

Pasé una temporada bastante deprimida, echaba de menos mis charlas con Erik. Estaba francamente harta de mentir, últimamente tenía la sensación de que jamás podría recuperar a Antonia, ya no era más que una falacia, un cuento chino reservado para la familia y los amigos, y Rita, la persona en la que me había convertido, no tenía amigos ni familia; no tenía a nadie.

A medida que me sentía más miserable, mi madre parecía más feliz; estaba convencida de que su hija progresaba en la vida, haciendo lo que realmente le gustaba y ganando un montón de dinero. Ahora podía permitirse ir de compras, a la peluquería, a hacerse la manicura... Contaba a sus amigas lo orgullosa que estaba de mí. Esa era la única razón que me mantenía con fuerzas para seguir adelante.

Faltaban unos días para Navidad, no tenía muchas ganas de celebraciones, la verdad, pero Begoña insistió en que fuéramos a la plaza Mayor como cuando éramos pequeñas a comprar serpentinas, gorritos, zambombas y otras chorradas por el estilo. Estuve a punto de decirle que no, pero necesitaba que me diera el aire; últimamente casi siempre que salía de casa era para quedar con un cliente. Mi vida social era nula, así que después de envolverme como una cebolla a capas con un par de camisetas, dos jerséis y el plumas, fui a recoger a Begoña.

El frío de aquellas Navidades en Madrid era siberiano, el aire cortaba la cara. Yo parecía el muñeco de Michelín con aquel plumas gigantesco y cuando bajó Begoña y la vi salir del portal, allí iba ella, tan estilosa como siempre, con una chaqueta de cuero marrón espectacular y con unos guantes monísimos a juego con la bufanda. Begoña siempre había tenido más clase que yo y, además, era más guapa. Si se dedicara a lo mío, realmente se forraría, pero después de este pensamiento absurdo me prometí que no pensaría en mi trabajo ni en nada que tuviera que ver con sexo o clientes en toda la tarde. Me salía ya el tema por las orejas.

Nos lo estábamos pasando en grande; decidimos ir como lo hacíamos cuando éramos niñas en autobús, fue idea de Begoña, en un principio quise matarla porque estaba sintiendo síntomas de congelación en la parada esperando a que viniera el autobús, pero enseguida empezamos a recordar y bromear, y con las risas me olvidé del frío.

Cuando llegamos al centro pasamos por un bar donde solíamos ir de adolescentes. Nos comprábamos un «mini», que era un vaso del tamaño de un cubo de algún combinado y nos regalaban unas palomitas con él, y así pasábamos la tarde hablando de todo entre carcajadas y «arreglando el mundo», como solíamos decir. La plaza Mayor estaba a reventar. Niños gritando y corriendo en todas direcciones, padres al borde del suicidio colectivo, tenderos esforzándose en enseñar y vender sus productos y a cada paso se escuchaba un villancico o un «¡ho-ho-ho!», de algún Papá Noel.

Mientras Begoña se entretenía comprando turrones y panderetas, yo me quedé ensimismada mirando un enorme belén expuesto en uno de los quioscos. Recordé las Navidades del noventa, yo tendría unos nueve años, mi padre entró por la puerta con un millón de paquetes a la cocina, mientras mi madre preparaba cordero e inundaba todo de un olor exquisito. Yo corría con mis primos salón arriba y abajo tocando una pandereta y maquillada como un apache en pie de guerra, la televisión

estaba encendida y se escuchaba una lluvia de anuncios: «¡Qué suave!, ¿es nuevo? No, lavado con Perlan»... Y un precioso belén que habíamos colocado en la chimenea del salón era testigo de unos tiempos en los que para mí todo era perfecto. Con nueve años todos tratan de ocultarte los grandes problemas, vives en una gran burbuja de protección donde tu mayor obligación es sacar buenas notas y en la que no te cuestionas si la comida llegará a la mesa, cómo se paga la hipoteca para tener un techo y cómo los calcetines sucios y el pantalón que tiraste al suelo vuelven mágicamente en un par de días a estar limpios y planchados encima de la cama.

Mientras viajaba por aquel mar de recuerdos mi teléfono sonó, lo saqué y sin darme cuenta de que era el del trabajo y de que estaba Begoña delante contesté. No hubiera pasado absolutamente nada si hubiera respondido como si tal cosa y hubiera disimulado como si fuera una llamada personal, pero Begoña se me acercó y me entró el pánico. Nerviosísima, le dije al cliente que sí, que no habría problema, que podríamos quedar por la noche. Mi amiga consciente de mi inquietud comenzó a hacerme preguntas:

—¿Quién era? ¿Algún rollete? Últimamente no me cuentas nada, mujer.

—No es nadie... —respondí, tratando de evitar el tema—. Es un chico con el que me estoy viendo, pero voy a quedar con él para decirle que no quiero verle más.

—¡Antonia, es la primera vez en veinte años que no me cuentas que estás con un chico! —dijo sorprendida.

—Es que hace solo una semana que nos vemos, no he tenido oportunidad... —traté de justificarme.

—¡Venga ya! Sabes de sobra que me habrías llamado perdiendo el culo el mismo día que te hubieses enrollado con él. Tampoco me llamaste cuando lo del hijo del jeque... Estás muy rara, Antonia, yo no quiero agobiarte ni presionarte para que me cuentes nada si no quieres, solo quiero que sepas que soy yo, Begoña, tu mejor amiga, y que estoy aquí para escucharte cuando lo necesites, ¿vale?

Sus palabras estuvieron a punto de hacerme confesar todo allí mismo, rodeada de niños y de canciones navideñas. No podía más. Pero tan solo se me escaparon dos lágrimas y le di un beso en la mejilla.

—Antonia, tú no estás bien. No sé qué es lo que te está pasando, pero deberías contármelo, sabes que yo te apoyaría en lo que fuese, ¿verdad? —me dijo preocupada.

—No es nada, Bego, de verdad, que me he puesto algo nostálgica con la mierda del belén, pero ya pasó. Vámonos a casa, anda. Tengo que vestirme, he quedado con este chico.

En casa me di una ducha rápida, me maquillé y me vestí sin ganas. No hacía más que darle vueltas a lo preocupada que estaba Begoña por mí, y con razón, y a lo mucho que quería salir de esa espiral en la que había aterrizado casi sin querer y había puesto patas arriba toda mi existencia.

Allí estaba aquella noche fría de diciembre, aguardando a mi cliente y con el pañuelo rojo de costumbre en mi bolso. Me pedí un ron mientras le esperaba, me daba igual que pensara que era una puta borracha.

Debía buscar a un hombre con un jersey verde y vaqueros. No me dio muchas pistas, esperaba no confundirme y acosar a ningún padre de familia sin intención de poner los cuernos a su propia. Cuando recibí la llamada de aquel cliente estando con Begoña, me pareció que su voz me era familiar, aunque en el momento y por los nervios no le presté demasiada atención. De camino al lugar de encuentro y mientras me tomaba aquella copa no dejaba de darle vueltas. «Es una tontería, seguro que no es nadie conocido, las voces se pueden confundir con facilidad por teléfono; además no te suena a nadie en concreto y, si al final resulta que le conoces, no te pongas el pañuelo y simula

que ha sido un encuentro fortuito», pensé. Cuando estaba a punto de pedirme un segundo ron, escuché a una chica detrás de mí decirle a su amiga:

—¡Que sí, tía, que te digo que es él! ¡Míralo!

—¡Que no es! Se parece pero no es —decía la otra.

—¡Que sí, joder! Lo que pasa es que en la tele está más bueno, esta gente pierde mucho en persona —argumentaba la primera.

Picándome ya la curiosidad, seguí con la vista hacia donde estaban mirando y vi que se trataba de mi cliente y, efectivamente, la primera tenía razón: mi cliente era un actor famosísimo que, además, tenía una serie en ese momento en una de las cadenas de más audiencia. Me quedé atónita, enseguida pensé que se trataba de un error, que posiblemente no era a quien esperaba, que era imposible, a un chico tan guapo como él, que contaba con éxito, con dinero y que podría tener a cualquier mujer que deseara, no le iba a dar por llamar a una prostituta y pagar por sexo. Lo más seguro es que fuera una coincidencia que entrara en la cafetería de ese hotel con un jersey verde y vaqueros. Por si las moscas y por si fuera la puta con más suerte de la faz de la tierra, saqué el pañuelo rojo del bolso y me lo coloqué en el cuello con rapidez. Él sonrió y se dirigió a mí. Todo ocurrió a cámara lenta, como si fuera una de las escenas de su serie: yo era la novia afortunada que le esperaba después de un largo tiempo de separación y él llegaba hasta mí lleno de pasión y deseando hacerme el amor... Siempre tuve una gran imaginación. Finalmente se acercó, yo no tenía palabras, creo que abrí la boca con la intención de decir algo pero no emití ningún sonido.

—¿Rita? —me preguntó.

Después del instante que me llevó salir de mi perplejidad, le contesté:

—Sí, sí, soy yo, Rita, así me llamo.

Supe, según salían las palabras por mi boca, que parecía imbécil, sobraban la mitad, bastaba con haber dicho, «sí, soy yo, encantada».

—¿Quieres tomar algo? Estaba a punto de pedirme otra copa.

—No, gracias. Tengo habitación en el hotel, ¿subimos?

—Sí, claro, vamos.

Le seguía pensando que era la mujer más afortunada del mundo. No sabía aún cuánto me equivocaba.

Ya en el ascensor me cogió del cuello y me besó. Fue algo brusco, sentía mi pulso luchando por latir entre sus dedos, pensé que a lo mejor quería hacerlo a lo *Instinto básico,* al ser actor le irían los polvos peliculeros. Cuando se abrió la puerta pegó un bote para separarse de mí por si nos veía alguien. Llegando a la habitación tuve una sensación extraña, como un sexto sentido que me pedía a gritos que me marchara, que algo malo estaba a punto de pasar, pero lo ignoré por completo y entré con él.

Me besó de nuevo bruscamente y una vez más me cogió del cuello. Intenté quitarle la mano mientras él forzaba otro beso metiendo su lengua en mi boca y apretando cada vez más mi tráquea con su mano derecha:

—Me estás haciendo daño —le dije como pude. Paró durante un segundo—. No me gusta que me cojan del cuello, me estabas haciendo daño.

Después de aquello recuerdo como si me hubiera atropellado un mercancías: prácticamente me arrancó la ropa, mientras yo le daba manotazos para que me soltara y le repetía una y otra vez que parara. Lo ignoró, y una vez que estaba desnuda me retorció el brazo en mi espalda y me escupió en el pecho. Tenía unas ganas tremendas de llorar, pero estaba tan aterrada que no me salían las lágrimas. Sentí cómo me penetraba aún de pie. Fue totalmente brusco, igual que todo lo demás; entró

rápido y yo sentí una aguda punzada de dolor en mi interior. Quise gritar, pero él me tapó la boca y me tiró a la cama. Mientras trataba de arrastrarme fuera de esta, me agarró del pelo y volvió a colocarme en el centro. Durante un instante pude gritar, pero enseguida volví a tener su mano en mi boca, mientras me penetraba de nuevo, colocándome esta vez la mano en la boca y en la nariz. Me estaba asfixiando. Por un momento pensé que iba a matarme. Después, me empezó a golpear. Mientras me sujetaba con su cuerpo y sus piernas, utilizaba la otra mano para pegarme. Perdí la cuenta de los golpes que recibí; en un principio no dolían, pues el pánico no me permitía ni sentir los azotes y puñetazos, solo los oía, pero a medida que se hicieron repetitivos en los mismos lugares empecé a retorcerme de dolor. Parecía que cuanto más me dolía y más trataba de gritar a través de aquella mano que ahogaba mi voz, más se excitaba él. Me tiró tanto del pelo que mi cabeza estaba totalmente forzada hacia detrás al máximo de lo que puede dar el cuello. Finalmente, sentí dos lágrimas calientes que se abrían camino por los laterales exteriores de mis ojos y corrían por mis sienes. Solo quería que aquello terminase, que dejara de pegarme. El dolor en mi vagina era indescriptible, me estaba desgarrando, embestía una y otra vez y yo dejé de resistirme, pensando que quizá así terminaría y no me haría más daño, pero eso pareció molestarle y de nuevo me pegó y me cogió del cuello. Me apretó con tal fuerza que no podía ni toser. Cuando creí que iba a perder la consciencia, sentí en mi interior como él alcanzó el clímax y después de un par de convulsiones desagradables se me quitó de encima. Yo cogí una gran bocanada de aire y tosí, tosí muchísimo.

—¿Te encuentras bien? —tuvo la poca vergüenza de preguntarme.

—Sí —respondí con miedo.

Quería arañarle la cara, sacarle los ojos y arrancarle la piel a tiras por lo que me había hecho.

—Me tengo que ir —fue lo único que acerté a decir mientras recogía mi ropa que estaba hecha jirones.

—¿Quieres que te lleve? —me preguntó.

—¡No! —respondí muerta de pánico—. No hace falta, gracias.

Traté de vestirme tan rápido como me fue posible. Él tiró el dinero encima de la cama y yo lo metí de forma automática en un bolsillo de la chaqueta. Salí de allí temblando y dolorida. Ya en el ascensor traté de colocarme un poco, tenía el pelo destrozado y al peinarlo con el cepillo que llevaba en el bolso salieron un montón de mechones que me había arrancado y se habían quedado enganchados al pelo en nudos. Estaba empapada de su sudor y del mío; tenía una sensación increíble de repugnancia que jamás había sentido hasta ese momento, ni siquiera al acostarme con el jeque árabe o con otros clientes a los que no deseaba. Aquella sensación era diferente, quería arrancar su olor de mi cuerpo. No fui capaz de ir a buscar el coche donde lo había dejado aparcado y conducir. En la puerta del hotel cogí un taxi. Tampoco quería ir a casa, tenía miedo y lloraba desconsoladamente, no quería estar sola. Le di la dirección de Begoña al taxista, que se preocupó al verme en aquel estado y me preguntó si necesitaba algo.

—No, gracias —dije casi sin voz.

En aquel momento no quería nada que pudiera provenir de un hombre, ni siquiera compasión.

De camino llamé Begoña unas veinte veces, pero no cogía el teléfono. Siempre me preguntaba para qué demonios tenía esta mujer un móvil si nunca contestaba a las llamadas; o te llamaba ella de vuelta al ver que habías llamado o te mandaba un mensaje de texto. Rezaba porque estuviera en casa, la necesitaba, la necesitaba más de lo que había necesitado a nadie en mi vida.

Llegamos a su portal, pagué al taxista —aún me temblaban las manos— y corrí a llamar al telefonillo de Begoña. Tardó unos dos minutos en abrir, en los que yo había pegado el dedo al botón y tenía que estar sonándole en estéreo en la casa. Finalmente contestó:

—Sí, ¿quién es?

—Soy yo, Antonia, ¡ábreme, por favor!

Mi voz salía desgarrada de mis cuerdas vocales. Ahora estaba llorando con histeria.

—¿Antonia? Sube, te abro.

Cuando salí del ascensor Begoña me estaba esperando con la puerta de casa abierta, en pijama y zapatillas con los brazos cruzados y con cara de preocupación. Cuando me vio salir del ascensor se quedó blanca. Me abracé a ella y lloré gritando, ahogando mi voz en su hombro. Cerró la puerta sin parar de preguntarme qué me había pasado. Yo no era capaz de hablar, solo lloraba. Fui al cuarto de baño, donde un millón de veces me había maquillado y vestido cuando éramos adolescentes para salir de discotecas y allí me quedé en ropa interior. Cuando Begoña vio mi cuerpo arañado, amoratado y golpeado, ahogó un grito tapándose la boca.

—¿¡Quién te ha hecho esto, Antonia!?

Yo terminé de quitarme la ropa interior con cuidado, tenía todo el cuerpo dolorido, me metí temblando en la ducha y abrí el agua sin decir nada.

—¿Ha sido el hijo de puta ese con el que sales?, ¿el chico con el que habías quedado hoy? ¿Te ha violado, Antonia? Tenemos que ir a la policía, ¿me oyes?, ¡no deberías ducharte! Vamos a que te vean como estás... ¡Antonia, dime algo, joder!

—¡Basta, basta! ¡Soy puta, Begoña! —chillaba llorando con el maquillaje corrido por las lágrimas y el agua—. Soy puta...

Lo repetí una vez más, acurrucándome en la bañera y agarrando mis rodillas mientras el agua se escurría por mi cuerpo.

¿AMIGAS PARA SIEMPRE?

Begoña no dijo nada. Ni siquiera puso cara de desagrado, repugnancia o desaprobación. Me ayudó a limpiarme las heridas, me desinfectó los arañazos con agua oxigenada y me trajo una muda y ropa limpia. Después me llevó a la cocina y por primera vez en toda su vida preparó algo para mí. Begoña había comprado el piso a sus abuelos y vivía en el mismo portal que sus padres, con lo que, teniendo a su madre tan cerca, comía en su casa casi a diario. Me hizo una ensalada de pasta, la puso en un plato en una bandeja con una Coca-Cola *light* y lo llevó al salón, donde generalmente nos reuníamos a «discutir asuntos de gobierno», y una vez allí abrió la boca por primera vez desde que yo confesara en su ducha.

—Come —dijo, encendiéndose un cigarrillo.

—Bego, no sé si tengo el estómago para esto…

—Come, te sentará bien.

Allí, en silencio, mientras ella fumaba sentada enfrente de mí, tomé con desgana tres o cuatro pinchadas de aquella ensalada de pasta. Entonces solté el cubierto y le dije casi cabreada:

—¿¡Me vas a preguntar por qué!?

Me miró, esta vez con expresión severa, y me contestó con otra pregunta:

—¿Me vas a contar por qué?

Cuatro cigarrillos más tarde ya lo sabía todo, desde el despido inesperado en el trabajo, el estúpido viaje a Marbella, el mar de mentiras en Madrid hasta la paliza final del famoso. Se lo conté con todo lujo de detalle, a riesgo de sobrecalentar un cerebro tradicional que no sabía si estaba preparado para escucharme, pero no tenía otra opción, fue casi como vomitar una comida en mal estado, no pude dejar nada dentro, fue la confesión más completa que había hecho en toda mi vida. Begoña no me interrumpió ni una sola vez, no se ofendió cuando llegué a la parte de todo lo que inventé, de cómo la mentí a ella, a mi madre y a todos; simplemente dejó que llegara hasta el final.

—Tienes que dejarlo —sentenció cuando hube acabado.

—No es tan fácil, Begoña, tienes que entender…

—¡No tengo nada que entender! No era una sugerencia, ¡tienes que dejarlo, Antonia! Por amor de Dios, ¡te estoy llamando Antonia y no sé realmente a quién tengo delante de mí! —gritó enfadada interrumpiéndome.

—Por eso no te lo dije antes, sabía que no lo entenderías, que me juzgarías, ¡que actuarías como la Santa Inquisición en una caza de brujas! —respondí enfurecida.

—¿Que no te entiendo? ¡Claro que te entiendo, Antonia! Me jode que no me pidieras dinero a mí, pero por supuesto que entiendo la necesidad, lo que te ha empujado, cómo empezaste de una forma fácil y creíste que podía ser un juego en el que, además de divertirte, ganaras dinero… ¡No te estoy juzgando, coño! Soy tu amiga y lo sería aunque fueras el mismo demonio, pero han estado a punto de matarte dos veces en tres meses. Eres muy dueña de tu cuerpo y de hacer con él lo que te salga de los cojones, no soy nadie para impedírtelo…, pero no tienes derecho a venir a mi casa maltratada, magullada y humillada a llorar en mi hombro si no vas a dejar de hacerte daño.

Esto último lo dijo mientras se le saltaban las lágrimas.

—Bego, esto es un caso aislado, normalmente…

Tampoco me dejó terminar:

—¿Normalmente? ¿Te estás escuchando? ¡No hay nada normal en tu vida ahora mismo, Antonia! Lo primero que teníamos que hacer es ir a la policía a denunciar a ese hijo de puta que te ha pegado y luego ponernos a buscarte un trabajo decente o, si no decente, al menos uno en el que no te persiga la mafia o mi ídolo televisivo no te pegue una paliza, joder.

Intenté explicarle que él era un famoso con éxito y una imagen impecable y yo una prostituta sin pruebas que podría estar aprovechándome de él, que nadie me creería nunca y que ya había tratado de hacer todo lo posible para encontrar otro trabajo. Le expliqué que no quería enfrentarme a que pudieran echarme de mi casa y mucho menos a que dejaran a mi madre en la calle. Pero Begoña no quiso escuchar…

—¿Cómo crees que estaría tu madre si se enterara de lo que estás haciendo, si te viera ahora, si te hubiera visto en mi ducha esta noche?

Encendí un cigarrillo más, guardamos ambas silencio durante uno o dos minutos, y después dije:

—Tengo que pensar en ello, en todo… Pero sé que llevas razón, Begoña, de verdad.

—Haz lo que tú quieras, pero no deseo que me llames, que vengas a verme, ni me cuentes nada más si no vas a dejarlo —me advirtió tajante.

—¿Vas a dejar de ser mi amiga porque soy puta? —pregunté indignada—. ¡Yo no lo he elegido! Mira a tu alrededor, están echando a la gente de su trabajo, de sus casas, la gente está en la puta mierda, y lo siento: yo seré una estúpida, pero no sé inventar ninguna otra solución para salir adelante.

—¡No dejo de ser tu amiga! Nunca dejaría de serlo, pero no me puedes pedir que sea testigo de tu autodestrucción. ¡No me da la gana! Y deja de hacerte la víctima, no todo el mundo ha elegido como solución a esta puta crisis vender su cuerpo, Antonia, además tú misma has reconocido que ganas más de lo que necesitas, ¡coño! ¿Esto es por la crisis o porque has encontrado una vida que crees que es fácil?

Aquello último me mató. Sabía que era cierto, pero estaba con el cuerpo dolorido, cabreada y sin ganas de entrar en razones.

Le di las gracias por la comida y la ropa, y me marché a mi casa. Odio cuando la gente lleva razón y yo soy incapaz de admitirlo, sobre todo cuando es Begoña quien la lleva. Podía contar con los dedos de una mano las veces en las que habíamos tenido discusiones serias, sabía que esto iba a pasar irremediablemente cuando supiera toda la verdad, aunque su grado de comprensión me sorprendió muchísimo; me dejó indefensa y sin contraataque posible cuando lo único que le preocupaba era mi seguridad y no el hecho de que fuera prostituta, no tenía argumento contra aquello.

Cuando llegué a mi casa tuve ganas de romper algo de nuevo, ya no era la Antonia de antes, ya no era prudente y racional, así que estampé un cenicero contra la pared con todas mis fuerzas. No me hizo sentir mejor, nada me haría sentir mejor si no podía tirarle ese cenicero a la cabeza al hombre que me había violado y pegado, y digo violado porque cuando una puta dice «no», también quiere decir «no». No me haría sentir mejor si no me daba con el cenicero en mi propia cabeza por imbécil. Pero atizar aquel golpe a la pared con él, romperlo en mil pedazos, ir a por la escoba y limpiarlo… no me hizo sentir mejor.

Estaba cabreada conmigo misma por ni siquiera haber considerado dejarlo después de aquella paliza. No había sopesado esa posibilidad, pero tampoco podía hacerme a la idea de tener un hombre ni a dos metros de distancia. ¿A qué estaba jugando? Me convencía de que aquello pasaría, de que las heridas físicas y psicológicas sanarían y de que había clientes tan buenos como Erik que no tenían la

culpa de lo que me había pasado… Me daba un asco increíble. Además de cobarde, insensata. Era de lo más completita.

Normalmente leía antes de dormir, me relajaban los libros sobre mitología griega, pero aquella noche era incapaz de concentrarme en nada, ni siquiera podía ver la tele. Cada vez que cerraba los ojos revivía alguna escena de lo que pasó en aquella habitación, los golpes, el dolor, la asfixia, el miedo… El asco. Odiaba haberme cabreado con Begoña, pero sentía un enorme alivio de que por fin supiera todo, sé que era injusto y egoísta, porque, aunque yo me encontraba mejor, a ella la acababa de destrozar. Después de cuatro mil quinientas trece vueltas en la cama sin conseguir conciliar el sueño, el cansancio fue mi aliado y finalmente dejé de pensar y me quedé dormida.

No habrían pasado más de dos horas desde que caí rendida cuando me desperté de repente y confundida, me senté en la cama con pánico, sin saber dónde estaba, totalmente desorientada y pensando que el hombre que me había agredido estaba allí conmigo. Tardé casi un minuto en que se me pasara la taquicardia, recordé que estaba en casa y que aquel hijo de puta estaría en la suya durmiendo como un bebé. Fui a la cocina, abrí la nevera y me atiborré de agua. No tenía sed, pero tenía como una sensación de impureza que creí que se aliviaría si tomaba agua, pero no fue así. Decía mi abuela que los problemas por la noche parecen más grandes, pero los míos ya eran del tamaño del Everest, así que solo seguían estando ahí, recordándome que era una fracasada y que había tocado fondo de una forma brutal.

Por la mañana le dije a mi madre que estaba en la cama con gripe, que no viniera a verme ni yo iría a visitarla en un par de días para no contagiarla. Mi madre, tan intensa como de costumbre, amenazó con venir si Begoña no iba a su casa a recoger una sopa que me iba a preparar. Estuve a punto de decirle que ni se le ocurriera llamar a mi amiga, pero me callé. Quizá aquello fuera la excusa para volver a hablar con Begoña, para tratar de arreglar las cosas.

Después de pasar toda la mañana y parte del mediodía en pijama metida en la cama sin hacer nada, viendo la tele y llorando de vez en cuando sintiéndome miserable, sonó el telefonillo. Intenté ir corriendo, pero cuando iba por el pasillo para abrir, sentí una punzada en la cadera por los golpes que me había propinado aquel degenerado y lloré como una imbécil de nuevo, agarrándome el trasero mientras contestaba el telefonillo.

—¿Sí?

—Soy Begoña, abre.

Di al interruptor y entreabrí la puerta expectante, no del todo, por si se le había ido la cabeza por completo y venía acompañada de mi madre. Cuando la vi salir del ascensor, agarrando un recipiente con lo que adiviné que era una sopa, liado en veinte bolsas y ochenta papeles de plata, como solo mi madre sabía envolverlo, se me iluminó la cara.

—Muchísimas gracias, Bego, no tenías por qué…

—Esto no cambia nada. Si no me mandas un mensaje diciendo que lo vas a dejar, no te molestes en llamarme —me contestó muy seca.

—Pero… —intenté protestar.

—Pero nada, Antonia —sentenció.

—Ok, gracias —dije, cogiendo la sopa y cerrando la puerta en sus narices con mala leche.

Estuve una semana entera encerrada en mi casa, arrastrándome por los pasillos como un gusano reumático y totalmente deprimida. Cuando creía que las paredes iban a encoger y que moriría allí de pena, cogía el teléfono y llamaba con insistencia a Begoña, que ignoraba mis llamadas. Me comí todas las galletas, chocolates y porquerías que tenía en casa y me iban a hacer cliente honorífico en

Telepizza. Estaba a punto de tirar la toalla, de aceptar que esto no solo me costaría perderme a mí, sino que también perdería a mi mejor amiga. Entonces tuve una idea. Mandé un mensaje a Begoña que decía: «Está bien, lo voy a dejar, ¿podemos hablar ya?». Me llamó casi al instante, como si hubiera estado toda la semana con el teléfono en la mano esperando aquello.

—¿Va en serio, no? Esto no es un truco para que hablemos, ¿verdad? —fue lo primero que dijo, sin ni siquiera preguntar qué tal estaba.

—Noooo, te he dicho que lo dejo y lo voy a dejar, está decidido. Creo que tengo la solución para seguir ganando dinero, y no arriesgarme a nada malo… —respondí.

—¿De qué leches estás hablando, Antonia? ¡Me estoy cabreando por momentos!

—Déjame que te explique antes de que me crucifiques. ¿Sabes lo que son las sexcams?

LA SEXCAM Y SU PUTA MADRE

La idea de la sexcam no emocionó demasiado a Begoña. Grabarme haciendo guarradas para que me vieran en línea una panda de degenerados por el ordenador mientras se masturbaban, no era su idea de un trabajo «decente» para mí. Pero después de mucho discutir y de argumentar —en realidad estaba en contra de que me arriesgara a sufrir daño físico de nuevo y que me pusiera en peligro—, muy a regañadientes aceptó el hecho de que desde luego era mejor que la prostitución directa con clientes y andar acostándome con extraños. Conseguí que me acompañara a adquirir una cámara para adaptarla a mi ordenador, otras máscaras para esconder mi identidad sin necesidad de sujetar con la mano la que había comprado para la sesión fotográfica, y algunas pelucas. También la convencí de lo que jamás creí posible: de que se apuntara conmigo al gimnasio. Si había alguien en esta vida que habría jurado que jamás levantaría una pesa, esa era Begoña. Después de ver mis fotos se había motivado para hacer ejercicio, y aunque en realidad creo que se apuntó para tenerme controlada y para que no nos volviéramos a distanciar, me alegraba poder compartir cosas con ella. Nos lo pasábamos en grande criticando a todo el mundo y yo me divertía viéndola sudar la gota gorda y hacer los ejercicios a «su manera».

La hora de la verdad había llegado y, después de informarme de cómo tener una sexcam, de abrir mi cuenta de PayPal para que los clientes pagaran por visionarme y de tenerlo todo listo, llegó el día del estreno. Siempre había sido bastante patosa con los ordenadores y veía complicado mandar mensajes y chatear con los usuarios a la vez que me veían por vídeo y hacía «el numerito de la cabra», pero supuse que me iría acostumbrando sobre la marcha.

En un principio la cosa no iba mal, era agradable que las únicas manos que tocaran mi cuerpo fueran las mías. Además, si algún usuario se ponía pesado o impertinente lo podía bloquear al instante. Todo sucedía cómo y cuándo yo deseaba, y haber recuperado el control de al menos una cosa en mi vida me daba seguridad y tranquilidad.

Lo cierto es que era bastante creativa. Me instruí viendo vídeos de leyendas del porno e innovaba en técnicas de masturbación originales para que los clientes no se aburrieran y no encontraran en mi web más de lo mismo, más de lo que cualquier calentona aburrida podría ofrecerles desde sus casas. Compré en *sex shops* toda clase de artilugios, comprobando con asombro que no eran en absoluto baratos, aunque también utilizaba cosas cotidianas que todo el mundo tiene en casa y puede usar en una noche de locura para sorprender a su pareja. Era especialmente divertido y excitante para mí enseñar con todo lujo de detalles y con práctica incluida los puntos en los que a las mujeres nos gusta que nos toquen, explicarles dónde nos pueden hacer daño, cuáles son las zonas sensibles y que aprendieran a dar placer a sus mujeres. Me daba la sensación de que, además de tener una sexcam, estaba haciendo un servicio social muy necesario, dedicado a los patanes que no tienen idea alguna de la sexualidad femenina y creen que son los reyes del mambo. Di con algún que otro ignorante que pensaba que las mujeres no experimentábamos orgasmos; a esos les dediqué una masturbación «en primer plano», contracciones de clítoris, con clímax incluido y prueba de eyaculación femenina. Creo que no habrán visto prueba más gráfica y explícita en su vida, ni siquiera en su colección de porno mediocre, que estaba segura que atesoraban en casa. Reconocí a los que les gustaba que fuera

obediente y me tocara como ellos querían y a los que les iba más la caña y deseaban que les llevase la contraria e incluso que les insultase.

Por supuesto también tuve un par de momentos desagradables, como con un imbécil con el que terminé discutiendo de política y al que básicamente le hubiera encantado hacer un genocidio con todos los pobres del planeta. Pero quitando a algún patán como este, el resto era coser y cantar. Era sencillo, seguro y yo decidía mis horarios, no tenía llamadas inoportunas ni la sensación de sentirme sucia de una forma constante. Todo iba bien... hasta que llegaron los problemas.

El primer susto me lo llevé chateando un día con un usuario. Me mandó un mensaje diciendo que creía conocerme, y yo, a pesar de tratar de evitar el tema y de preguntarle qué le gustaba y qué quería que me hiciese, él siguió insistiendo. Finalmente casi se me cae la máscara al suelo y me suicido en directo, ahogándome con mi propio sujetador, cuando leí mi nombre en la pantalla del ordenador: «Eres Antonia, ¿verdad?, Antonia Leal. Tienes que ser tú, estoy seguro. Soy Javier Oyala, fuimos juntos al colegio». Se me cortó la digestión. Reaccioné enseguida diciendo que se equivocaba, pero no quise parecer ofendida o asustada porque aquello confirmaría mi identidad y, aunque seguramente y a pesar de llevar máscara notó que me había quedado perpleja al leer mi nombre, traté de disimular lo mejor posible y escribí en la pantalla: «No me llamo Antonia, me llamo Rita... Aunque si quieres hoy puedo ser ella para ti. ¿Te apetece?». Siguió insistiendo durante bastante rato, pero cuando se dio cuenta de que poco más iba a sacar de la conversación, dejó de preguntarme y se dedicó a pedirme lo que le gustaba. Me resultó increíblemente difícil seguirle la corriente y hacerlo; sabía que él estaba convencido de quién era yo.

Javier se pasó media pubertad acosándome en la escuela e intentando enrollarse conmigo y yo, rechazándole. Esta era la venganza perfecta, me tenía a su merced, podía pedirme que hiciera todo tipo de cochinadas y yo tendría que seguir sus instrucciones complaciente, ya que cualquier señal de rechazo o de mandarle a que le dieran por donde amargan los pepinos, podría ser un indicio inequívoco de que yo era Antonia.

Después de leer mensajes tipo «tócate las tetas», «enséñame tu coño», «métete un dedo» e «imagina mi polla partiéndote en dos», parece que llegó al final y pude desconectar. Llamé a Begoña y le conté lo sucedido, y después de aguantar quinientas veces reproches como «¡lo sabía!», «te lo advertí» y «todas estas guarradas tienen sus consecuencias», finalmente discutimos lo que quería hablar desde el principio. Begoña dijo, con toda la razón, que no podía bloquearle porque confirmaría quién era yo y él tendría la prueba fehaciente. Tampoco estaba dispuesta a soportarle, así que se nos ocurrió que la próxima vez que se conectase y me pidiera que hiciera algo sexual, simulara que me había ofendido y provocaría una discusión por degenerado, así tendría una excusa para bloquearle, dejándole con la incertidumbre de si era yo o una puta loca que se me parecía muchísimo.

No tardó mucho en volver a contactar conmigo. Al día siguiente volvió a conectarse para satisfacer las frustraciones sexuales de su adolescencia conmigo.

—Imagina toda tu boca llena de mi semen —me dijo en un momento dado.

Entonces yo aproveché para poner en marcha mi plan y empecé a discutir con él.

—Oye, tú, cerdo, ¿crees que soy un pavo que puedas rellenar? ¿Por qué no te vas a hacer puñetas?

Pero aquello no tuvo el efecto deseado, y en vez de indignarse e insultarme se disculpó veinte veces por haber dicho aquello. Nada de esto tenía sentido; después de las burradas que escribió el día anterior y que yo aceptara siguiendo sus calenturientas instrucciones, que ahora me ofendiese por algo similar y que él se estuviese disculpando, era de lo más ridículo, pero seguí firme en mi papel de puta ofendida, y después de soltarle algún que otro improperio más, por fin le bloqueé.

El segundo susto con la sexcam fue tras una semana de interpretaciones a lo Cicciolina. Me dio por mirar la cuenta de PayPal para ver cuánto dinero había ganado y me di cuenta de que aquello no daba ni para pipas. La cantidad que podría ganar al mes sería quizá una ayuda para un segundo trabajo, pero era imposible mantenerme con tan solo esto. La desilusión fue aplastante, porque me había hecho a la idea de ganarme la vida de esta forma. Me sentía mucho mejor conmigo misma y ni de lejos era tan duro como acostarme con clientes; encima, mi relación con Begoña, aunque no aprobase del todo lo que hacía, había vuelto a la normalidad y había casi recuperado mi vida.

Tenía que encender de nuevo el teléfono de trabajo y lo sabía. Era devastador plantearme una vez más la prostitución. Se me encogía el estómago solo de pensarlo. Me mentí a mí misma diciéndome que solo lo haría una corta temporada, con clientes seguros, sin aceptar ninguna petición extraña, y que iría armada, no con una automática, pero sí al menos con un espray antiviolación y con uno de esos chismes que dan descargas eléctricas. Si alguien intentaba abusar de mí de nuevo le iba a dejar el miembro como un plátano frito del chino, con las dos bolas de helado encima.

No podía decirle a Begoña que iba a volver, se le caería el mundo encima y, además, trataría de amenazarme con decírselo a mi madre como medida desesperada o de hacer algo extremo por el estilo. No, no podía decírselo. No podía decírselo a nadie. Volvería a mi mentira, a mi mundo de soledad, al miedo y a la tristeza.

Intenté no hacer un melodrama de ello y simular que me encontraba más fuerte de lo que en realidad estaba. Encendí el teléfono y no contesté a una llamada hasta que no supe que era de un cliente conocido. Necesitaba empezar poco a poco, con alguien con quien ya hubiera estado con anterioridad.

Cuando quedé con él, y a pesar de que ya le conocía y era un buen tipo, pasé por un verdadero infierno. Protestaba cada vez que me agarraba con algo más de fuerza de lo habitual y temblé durante todo el encuentro como un flan. Le confesé lo que me había ocurrido y le pedí disculpas si había actuado de forma extraña. El pobre me dijo que no tenía que disculparme, que lo entendía perfectamente y que lo que debería haber hecho era ir a la policía, que aunque fuera prostituta no tenía por qué consentir que nadie me diese una paliza o hiciera nada en contra de mi voluntad. Le agradecí inmensamente la comprensión, pero la verdad es que no volvió a llamarme más. Una cosa es que entendiera lo que me había pasado y no fuera a comportarse como un gilipollas, y otra muy distinta es que, además de pagarme por sexo, tuviera que actuar como mi psicólogo y encontrara más problemas conmigo que con su parienta en casa. Otra regla de oro: trágate tus preocupaciones, por mucha confianza que tengas con un cliente, jamás tienes la suficiente como para contarle tus problemas.

Begoña intuía que algo iba mal. Me preguntó directamente si había vuelto a las andadas, pero estaba preparada para aquella cuestión y lo negué convincentemente. Aun así, no dejó de preocuparse y cada vez la tenía más encima.

Recibí una llamada extraña. Había tenido clientes educados, pero aquel, aparte de extremadamente educado, también parecía estar incomodísimo hablando conmigo. A pesar de que ya no me gustaba nada que pudiese hacerme sospechar que el cliente era «raro», fui al sitio pactado porque esa semana había sido bastante floja, estábamos casi a final de mes y, entre el tiempo que había perdido después de la agresión del famoso, preparando la sexcam y masturbándome en directo por calderilla, necesitaba recuperar algo de dinero.

No tuve que esperar demasiado en aquel bar. A los cinco minutos de haber llegado y sentarme en la barra entró Begoña con Ángel —Ángel era mi mejor amigo—. No lo conocía desde la infancia como

a Begoña, pero quince años de amistad y quererle más que a muchos miembros de mi familia le acreditaban como el único hombre con el que de verdad tenía una sincera amistad. Jamás nos habíamos acostado y éramos la prueba viviente de que un hombre y una mujer sí pueden ser amigos.

Ángel había sobrevivido a varios de mis novios, crisis existenciales, compartido mil alegrías y penas y siempre había estado allí cuando le había necesitado. Begoña era como una extensión mía, y que supiese que había sido prostituta, que conociese toda la verdad, lo aceptaba, pero si Ángel estaba en aquel bar con ella era porque él también lo sabía todo y eso hacía que me muriera de vergüenza. No tenía claro si era por ser hombre o porque era como si mi hermano supiese que soy una fulana. No había lugar a dudas de que estaban en ese bar por mí. No era ninguna coincidencia, entraron buscándome y con cara de consternación. El mundo tocaba a su fin, el Apocalipsis estaba a punto de desatarse y yo era la responsable de que Lucifer caminara de nuevo libre por la Tierra.

Begoña lideraba el grupo de protesta caminando primera, Ángel iba detrás de ella apoyando la moción. Cuando llegaron hasta mí pregunté una tontería, por no faltar a la buena costumbre de reaccionar como una estúpida ante situaciones extremas:

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Tú qué crees? —preguntó Begoña con los brazos cruzados y con cara de estar a punto de darme tal bofetada que la cabeza me daría vueltas como a la niña de *El exorcista*.

—No tenéis derecho… —balbuceé.

—¿¡Que no, qué!? —dijo Begoña, perdiendo casi los nervios.

—¿Quién hizo la llamada? ¿Quién más lo sabe? —pregunté sin querer perder la calma yo también, a lo que Ángel contestó:

—Mi cuñado, pero no sabe que te estábamos llamando a ti, solo te ha visto una vez en mi cumpleaños de hace tres años y no tiene ni idea de que hablaba contigo, no te preocupes…

—¿Qué no me preocupe?

—Mira, se lo he dicho a Ángel y te preparamos esta encerrona porque sabía que habías vuelto a la misma mierda, no puedes hacer esto Antonia —argumentó Begoña.

—Estáis locos de remate, este tipo de escenita y de encerrona te la puedes esperar de un novio celoso y enfermizo, pero de vosotros… ¿¡Estáis mal de la puta cabeza!?

—¿Que si estamos mal de la cabeza? ¿Pero tú la oyes, Ángel? ¡Aquí la que trabaja de puta y a la que se le ha ido la olla del todo es a ti Antonia! —gritó mi amiga.

—Shhhhh… ¿¡Pero qué pretendes, que se entere todo el mundo!? Baja la voz, joder —dije, mirando alrededor apurada donde se encontraban curiosos que sintonizaban ya con nuestra discusión.

—¡No me da la gana bajar la voz! ¡Como si me toca poner un anuncio en el periódico! Ah, no, espera, ¡que allí ya tienes tú uno donde llamó un cabrón que casi te mata a hostias! —volvió a gritar Begoña.

—Ya está bien, Bego, baja la voz que a mí me está dando palo también —protestó Ángel con algo más de cordura.

—Ángel, que Antonia es puta, que la han violado y que no hay quien le haga entrar en razón, que ya no sé qué hacer…

—Es que no tienes nada que hacer. Es mi vida, y estás destrozando lo poco bueno que queda de ella, Bego —grité esta vez yo.

—No te hago falta yo para que te la cargues tú solita —sentenció Begoña mientras salía como alma que llevara el diablo del bar.

Me quedé con Ángel, mi amigo abogado, que me dio una charla de casi dos horas argumentando todos los motivos por los que era una locura ser prostituta. Habló bastante más él que yo, ya que yo

me sentía incapaz de contarle nada referente a mis andanzas como cuerpo de alquiler, y además estaba segura de que Begoña le había informado con detalle. Traté de hacerle entender al menos por lo que estaba pasando, pero no lo encontró excusable. Con mucha más paciencia que Begoña, pero llegando a la misma conclusión, me dio un ultimátum: si quería seguir teniendo mis amigos, si quería recuperar mi vida, tendría que dejar de ejercer. Le expresé lo muy injusto que me parecía, aunque bajo su punto de vista aquella fuera la única forma de hacerme ver que estaba en un mundo equivocado al que no pertenecía y más injusto le parecía a él lo que estaba haciendo con mi vida. «Pero quién determina a qué mundo pertenecemos o no», pensé. ¿No pertenecemos todos al mismo y podemos sufrir en cualquier instante las miserias que un día creímos impensables?... Por muy filosófica que me pusiera, la postura de mi gente parecía clara, mientras formara parte de «aquel otro mundo» no podría compartir el de ellos.

Y así, de un plumazo, de nuevo me quedé sola. Pero esta vez no en mi mentira, sino en mi verdad.

OFERTA DEL MISMO SEXO

Llevaba una temporada enfadada con el mundo. Todo me irritaba, todo me molestaba. La gente me parecía injusta, me quejaba de todo y sobre todos, aunque en realidad con la única que estaba realmente cabreada era conmigo. Tengo la egoísta costumbre de culpar a los demás de algo que estoy haciendo yo mal y, aunque soy consciente de ello, no puedo evitar dejar de hacerlo; esa es la conducta infantil e irracional de la que siempre se quejaba mi padre.

Begoña y Ángel eran desertores de mi amistad, me habían dejado sola en un mundo de mierda y les odiaba por ello. No, en el fondo les adoraba y una vez más me odiaba a mí misma y sabía que tan solo se preocupaban por mí, pero en aquel momento no necesitaba que nadie me juzgara. Quería uno de esos falsos amiguetes que aunque ven que te acercas a un precipicio borracha, te sonríen y te dicen que todo está bien; alguien a quien le importara un carajo que destrozara mi vida, pero con quien me pudiera tomar un vino; un colega de la noche, de fin de semana, que te ignore el resto de los días y que si te mueres no se le rompa el alma y simplemente diga: «¡Qué fuerte!, la semana pasada misma me tomé unas cañas con ella», pero no llore por tu ausencia... Pero amiguetes de esos no tenía. A mi madre no podía decirle ni lo más mínimo, y tenía más que comprobado que a un cliente solo se le puede contar lo bien que lo hace en la cama. Así que Rita y yo estábamos solas, y aquello me aterraba porque con mi poca capacidad de liderazgo sabía que ella había tomado ya el control de mi vida por completo.

Últimamente atendía a más clientes que nunca y cada vez era menos exigente con sus cualidades físicas. Siempre me habían gustado los hombres más bien delgados, estilizados y marcaditos, no le hacía ascos a los musculosos, pero definitivamente una barriga indecente, una papada con tamaño suficiente como para pagar impuestos propios y una única ceja frontal que abraza unos ojos pequeños y viciosos no eran mi prototipo de ideal masculino, pero me estaba acostando con clientes de ese calibre, cobrando por utilizar mi vagina a seres que jamás hubiera creído que fuera a encontrarme dentro, y aunque algunos eran habilidosos, ya no sentía nada con nadie, ni asco, ni placer, simplemente no sentía. Supongo que me estaba autocastigando por soberbia o quería inconscientemente llegar a un límite de repugnancia por mí que me hiciera reaccionar, que me ayudara a abandonar a Rita y la prostitución para siempre, pero casi sin darme cuenta, lo que en realidad hacía era acostumbrarme a ser un cuerpo de alquiler que había abierto las puertas al público en general... Y entonces llamó ella.

Me acababa de comer un enorme cuenco de cereales viendo capítulos repetidos de *House* en el ordenador. No me gustaban los cereales, pero no tenía nada más en casa y no me apetecía salir a comprar o embutirme una pizza más. Llevaba dos semanas sin ir al gimnasio porque me resultaba incomodísimo encontrarme con Begoña, que aunque sabía con certeza que solo acudía por recordarme que ella seguía allí y que había un mundo al que yo pertenecía y que estaba rechazando, me mataba cruzarme con ella y que ni me mirase. Iba a matricularme en otro gimnasio, pero últimamente estaba vaga para todo. La tristeza y la desgana, cuando van de la mano y te visitan, son un verdadero incordio.

Sonó el teléfono de trabajo y para mi sorpresa me encontré con una voz de mujer. Me preguntó si hacía servicios lésbicos, le dije que no por inercia y colgué. Después de hacerlo me quedé meditando sobre aquella llamada y el hecho de que la hubiera rechazado sin tan solo considerarlo por un momento. ¿Era capaz de acostarme con hombres que me desagradaban, con auténticos adefesios, y había rechazado un servicio con una mujer sin planteármelo siquiera?

Soy consciente de que mucha gente opina que todo el mundo sin excepción ha fantaseado alguna vez con tener una experiencia sexual con alguien del mismo sexo, pero yo debo ser la excepción que confirma la regla. No era por el hecho de que tuviera una determinada educación, ni que me hubieran enseñado que aquello era pecado —que un hombre está hecho para una mujer y viceversa—, ya que mi madre era una mujer, que a pesar de que en su época eran bastante radicales con la temática gay, a ella siempre le ha parecido que un ser humano tiene derecho a elegir su propia tendencia sexual y ser feliz. Si en vez de haber decidido ser prostituta hubiera decidido ser gay, sé que podría habérselo explicado sin problema. No tenía ningún tipo de prejuicio al respecto, pero, aun así, colgué aquella llamada de un modo instintivo y natural, y después me sentí horrible por haberlo hecho porque me di cuenta de que estaba discriminando a un cliente.

Aquella noche tuve un mar de sueños extraños. Me desperté varias veces y la sensación de soledad era cada vez más insoportable. Por alguna estúpida razón, a las cinco de la mañana, me dio por pensar que aquella mujer, aquella cliente, se podía encontrar tan sola como yo, y quizá no solo buscaba sexo. Eso me hizo sentir aún peor.

A la mañana siguiente compré un montón de películas porno gay; me fui a cinco kilómetros de mi casa para adquirirlas, ya que mi barrio es como un pueblo y si las hubiera adquirido allí, en menos de dos horas sería oficialmente lesbiana. ¿Y qué me importaba a mí lo que la gente pensara? De nuevo me sentí mal porque estaba dando por hecho que era algo malo, pero no me apetecía lo más mínimo dar explicaciones a mi madre, que tan solo hablar de sexo con ella me pondría en la más incómoda de las situaciones, y a la mujer le sentaría peor que comprara porno a que fuera homosexual. Además, lo que me faltaba era que Begoña pensase que soy gay. Toda su vida me había llamado marimacho y creído que tal vez como mínimo era bisexual, aunque nunca lo había admitido.

La verdad es que de jovencita era muy bruta. Me encantaba retar a los chicos a pulsos y nunca me gustaron las muñecas; prefería los juegos más propios de los chavales. Jugaba al fútbol y no era lo que se dice femenina, pero aunque fuera un tanto chicazo siempre me han atraído solo los hombres. Nunca he fantaseado con ninguna amiga, actriz o cantante, ni en mis sueños más eróticos festivos, salvajes y radicales, aquellos que jamás contaría a nadie porque pensaría que era una enferma. Ni siquiera en aquellas fantasías había participado jamás una mujer.

Al llegar a casa me puse los vídeos y los estuve viendo con tremenda curiosidad. Me preguntaba si las mujeres que salían allí eran lesbianas o simplemente actrices porno heterosexuales contratadas para hacer aquellas escenas y las habían hecho porque era un encargo más. Me preguntaba si yo sería capaz de hacer lo mismo.

Después de darle otras ocho mil vueltas al asunto, cogí el teléfono de trabajo y busqué en llamadas recibidas. Allí estaba el número desde el que me había llamado aquella mujer, respiré hondo y marqué. Lola, que así se llamaba, contestó enseguida. No tenía mi teléfono registrado, así que no sabía quién estaba al otro lado de la línea. Cuando averiguó quién era, me dijo que estaba trabajando y que me telefonearía más tarde, parecía incómoda por mi llamada. «Has metido la pata hasta el fondo», pensé nada más colgar.

En primer lugar me había olvidado de que la gente «trabaja», bueno los que aún no han sido despedidos y no son un número más a engrosar las listas del paro, pero desde luego un cliente

dispuesto a pagar mi tarifa, debería «trabajar» y, además, cobrar un suculento sueldo. Recibir una llamada mía a las doce de la mañana al móvil personal debía de resultar un tanto violento. Me preguntaba si había interrumpido alguna reunión laboral… «Hola, soy Rita, la puta, ¿te pillo en mal momento?». No le había dicho eso, pero básicamente la situación era la misma. Decidí no volver a molestarla.

Dos días después volví a recibir una llamada suya, esta vez me pilló más preparada y contesté dispuesta a disculparme en arameo si fuera necesario por haberla telefoneado de aquella forma tan poco profesional a su móvil. Lola resultó ser de lo más divertida, me contó que era ginecóloga y que estaba con una paciente en el despacho en el momento de mi llamada y que temía que saliera corriendo de la consulta si presenciaba una conversación sobre servicios sexuales lésbicos. Me reí con ella un montón y le confesé que yo sí hubiera salido corriendo. Finalmente me disculpé por haberla rechazado en un principio, le dije que no era gay y que nunca había hecho un servicio con una mujer. Lola fue muy comprensiva y me sugirió que probáramos a hacer algo, me ofreció que nos fuéramos una noche a tomar una copa, que saliéramos de marcha a divertirnos y que si surgía, y yo me sentía cómoda y capaz de tener sexo con ella, lo hiciéramos, y si no, no se enfadaría y lo entendería. Me pareció un ángel. Si todos los clientes hicieran ofertas tan generosas, ser prostituta sería el oficio más envidiado. Aquella propuesta era justo lo que necesitaba; necesitaba salir, divertirme, hablar con alguien y para mi sorpresa la oferta no me la hizo un amigo, un conocido, sino una cliente homosexual.

De nuevo andaba perdida como un calamar. No tenía idea alguna de cómo comportarme con una mujer homosexual. ¿Cómo debería vestirme? ¿Qué les parece atractivo? Tenía un montón de conocidos gays, pero nunca había tenido una amiga lesbiana, o al menos no sabía si la tenía. Ignoraba si debía vestir más o menos femenina, si debía ir con un traje de chaqueta más andrógeno o si a una mujer que le atrae otra le gusta vernos vestidas sexi.

Después de pensar qué ponerme mirando al armario sentada en la cama, con intención de que en aquella aventura llegaría hasta el final, decidí que lo más lógico sería ser yo misma, es decir, Rita, con toda su feminidad.

Era la primera vez que quedaba con un cliente en un bar de tapas. Normalmente lo hacía en el bar de un hotel, en el que más tarde subíamos a una de sus habitaciones o directamente en el domicilio del cliente si ya lo conocía y me parecía de confianza. Estaba nerviosísima. Temía decir alguna tontería, ofenderla con mi ignorancia, hacer un comentario de mal gusto o fuera de lugar.

Pedí en la barra una copa de vino tinto y me puse a pensar con qué tipo de mujer tendría un romance si pudiera elegir, pero por muchas vueltas que le daba me daba igual Angelina Jolie que la Merkel. A la hora de tener sexo con cualquiera de las dos el tema de cogerle una teta, además de no excitarme, me daría una vergüenza tremenda. Me puse a estudiar a las mujeres de aquel bar, a ponerme en la piel de Lola y ver si había alguna a quien le pudiera resultar atractiva. El hecho de que yo no fuera homosexual no quería decir que no supiera reconocer la belleza en una mujer, pero no sabía si los atributos que a mí me parecían bellos serían los mismos que una lesbiana buscaba. Hay hombres a los que les «pone» cada cuadro de mujer que desconocía si ocurriría lo mismo en el caso de una mujer homosexual. Cerré los ojos y terminé el vino de un trago, me mentalicé de que había quedado simplemente con una amiga y de que no le daría más vueltas al tema homosexual, a no ser que como decía Lola, al final de la noche me sintiera capaz de hacerlo.

Lola acudiría vestida con una minifalda negra, una camiseta roja y un abrigo largo de cuero negro. Ya pasaban casi veinte minutos de la hora acordada, pero no quería llamarla de nuevo y ponerla en

una situación embarazosa. Pedí un segundo vino y cuando le di el primer trago apareció «Megan Fox» por la puerta. Cuando vi entrar a Lola me quedé sin palabras. Mediría uno setenta y cinco, tenía el pelo largo y moreno y lo lucía suelto en una melena espectacular de anuncio de champú, tenía los ojos verdes, una nariz graciosa y respingona y unos labios que si los quieren dibujar mejor sería imposible. Su cuerpo era perfecto, de ese tipo que anuncian ropa interior y que todas odiamos porque son la prueba patente de que existen mujeres sin celulitis. Entró con una sonrisa increíble, me vio enseguida y me saludó con la mano. Nos dimos dos besos y pidió también un vino tinto. Antes de que olvidáramos que éramos prostituta y cliente potencial, tenía que hacerle la pregunta:

—Lola, sé que no debo preguntarte nada personal referente al servicio, pero ¿cómo una tía diez como tú necesita de los servicios de una puta? Es decir, joder, si yo estuviera así de buena... Si puedes tener a cualquier mujer, gay, quiero decir, ¿por qué una puta?

Lola se rio y contestó sin querer entrar en detalles:

—Vaya, ¡muchas gracias! ¿Así que según tu ojo clínico heterosexual soy un diez? Bueno es saberlo. No es que necesite de los servicios de una prostituta... Digamos que me partieron el corazón y de momento no me encuentro con fuerzas para tener relaciones con nadie... Con nadie que no sea profesional, ya me entiendes.

Nos tomamos un vino más juntas y yo no paraba de reírme con ella. Si me hubieran gustado las mujeres sin lugar a dudas me hubiese enamorado de Lola. Hablamos de por qué se dedicaba a la ginecología, aunque pudiera resultar algo vicioso en un principio, al menos es lo primero que yo pensé, era la especialidad de su padre, a quien ella admiraba muchísimo y ya que también le apasionaba la medicina, decidió coger la misma especialidad que él. Los vinos empezaban a hacer efecto, así que, en mi línea, solté el primer comentario fuera de lugar:

—Pero todo el día viendo vaginas tiene que ser una tentación, ¿no? —Lola no se ofendió, se rio y me contestó:

—Deberías preguntarte lo mismo cuando vayas al ginecólogo y te atienda un hombre, ¿crees que ellos se excitan y las pacientes son una tentación?

—¡Joder!, nunca me lo había planteado. Se les ve tan profesionales, así con las batas, y la mayoría son feos como demonios...

—Yo con la bata también impongo, no te creas —dijo ella riendo.

Me contó algunas de las enfermedades venéreas con las que se había topado en su carrera, problemas de fertilidad y un sinfín de dolencias que me hicieron desechar del todo la idea de que Lola hubiera elegido esta profesión por su condición sexual, es más, no sé cómo era capaz de tener sexo oral con una mujer después de ver ciertas cosas en su consulta.

Jugamos un par de partidas de billar en aquel bar, que ganó Lola. Estuve tentada de contarle mis problemas, pero a pesar de las copas que me había tomado seguía teniendo presente la regla de oro de no hacer aquello con un cliente, no quería tampoco que mis problemas me robaran un rato de diversión. Me lo estaba pasando en grande y terminara como terminara aquella noche solo me interesaba el presente.

Lola fue a la barra para pedir otro vino, cuando un imbécil se le acercó y comenzó a importunarla. El billar estaba suficientemente cerca de la barra como para escuchar la conversación.

—Hola, guapa, ¿qué hacen dos tías tan buenas solitas?

—De momento, no buscar compañía —le respondió Lola educadamente.

—Pues yo no dejaría que ese culito pasara hambre. ¿Por qué no me dejas que te invite a la copa? —preguntó él acercándose de forma incómoda a Lola, quien aunque trataba de ignorarle, se estaba sintiendo violenta a este punto.

—Vamos, guapa, no me digas que te has vestido así para ir a misa; tómate una copita conmigo —insistió de forma cansina.

Sin soltar el palo de billar me acerqué hasta ellos y le dije con voz tranquila:

—¿Estás sordo? Si no dejas de molestar a mi novia te voy a meter el palo por el culo.

—¿¡Sois tortilleras!? Ya decía yo que teníais cara de mal folladas —soltó con toda su mala leche.

—Llevas razón, pero la última vez que me follé a tu madre me dejó mal sabor de boca —contesté con la valentía que el alcohol proporciona.

Sin mediar más palabras aquel mastodonte fue a darme un bofetón, pero logré esquivarlo y para entonces un grupo de chavales que estaba a nuestro lado le sujetaron indignados de que quisiera pegar a una mujer. Aprovechamos y, mientras discutían entre ellos, nos marchamos.

Decidimos ir a tomar una copa a una discoteca próxima, que no distaba más de trescientos metros del bar.

—¿Te metes en muchas peleas? —me preguntó Lola.

—La verdad que casi en ninguna, lo cual es un milagro dada mi incontinencia verbal —contesté—, aunque han estado a punto de matarme un par de veces, supongo que soy una tía con suerte.

—Bueno, esta noche si tratan de matarte yo te defiendo —dijo ella riendo.

Y así, entre risas y cogidas del brazo muertas de frío, llegamos a la puerta de la discoteca. Entramos y enseguida tuvimos al ochenta por ciento de los hombres haciéndonos una radiografía. Yo pensaba que si fuéramos tan solo dos amigas heterosexuales aquella noche podríamos haber triunfado como la Coca-Cola, pero según iba yo fijándome en el trasero de un moreno, Lola se iba fijando en el mío.

Bailamos como posesas, criticamos a media discoteca y vacilamos a más de uno y a más de una. Eran cerca de las cuatro y media de la madrugada e íbamos calentitas de copas. Yo estaba feliz de estar con Lola; era la única mujer con la que de verdad me lo estaba pasando en grande en mucho tiempo. No sabía cómo expresar mi gratitud y de repente le di un beso en la boca. Para mí fue una forma de expresar cariño, agradecimiento y al ser ella lesbiana, me salió así, natural. Pero después Lola intentó besarme de nuevo, y no me sentí capaz de quitarle la cara, pero me quedé rígida como un cabo de primera en formación. Lola me preguntó si quería irme con ella a su casa y no tuve valor para negarme.

De camino a su casa a mí me estaban entrando los siete males. Las escenas de las películas porno lésbicas que había visto me venían a la cabeza en ráfagas. Una chica haciéndole sexo oral a otra; otra, utilizando un consolador para penetrar a su compañera; lametones en tetas, lenguas por todas partes, posturas de tijeras en las que los sexos de dos chicas se frotaban uno contra otro… Estaba a punto de gritar.

Llegamos a su casa y me llevó de la mano a su habitación, se quitó la ropa y la odié. La odié por ser tan perfecta más que nada, pero cuando trató de cogerme una mano y ponerla entre sus piernas, di un respingo y me eché para atrás temblando.

—No puedo… Por favor, no te enfades, Lola, pensaba que sí podría, eres preciosa, te lo juro, es que no… No puedo. Lo siento —dije avergonzada.

—Pero… pensé que te gustaba… —se mostró algo confundida.

—¡Y me encantas! Me pareces guapísima y si me gustaran las mujeres serías definitivamente la primera con la que pensaría en acostarme… Pero no… No puedo.

Me marché de su casa destrozada. Había fallado a otra persona más, una vez más. Además, con el historial de Lola, a quien le habían partido el corazón, lo último que necesitaba es que hasta una puta la rechazase. Lola no se merecía aquello, jamás debí llamarla, nunca tuve que intentarlo. No era justo,

ella me había tratado como una amiga y yo a ella como un experimento, además, fallido. Era un desastre como mujer, como amiga, como hija y como puta. Lo había intentado, había puesto todo mi empeño, pero supongo que era como si una lesbiana de nacimiento pone todo su empeño en acostarse con Brad Pitt: por mucho que lo intentara, seguiría suponiendo un problema, porque simplemente no era natural, no podía sentirlo como algo correcto, como alguien que su cuerpo aceptase. Era increíble que yo hubiese estado con hombres que me resultaban repulsivos y no fuera capaz de hacerlo con Lola. Pero así era yo, con mis defectos y mis imperfecciones, extraña como de costumbre, contradictoria, estúpida y orgullosa, sensible y empática, pero tremendamente heterosexual. Aquella mañana me quedé dormida pensando en lo mal que lo han tenido que pasar tantos gays que por motivos sociales y de rechazo han tenido que casarse con alguien de otro sexo, los que han tenido incluso que fingir una vida marital, qué injustos somos oprimiendo a la gente para obligarles a ser lo que no son. Si yo fuera gay y hubiera vivido en otra época... posiblemente hubiese muerto fusilada.

VISITA DE LA FAMILIA EN EL TRABAJO

Mi vida transcurría entre llamadas de clientes, servicios y visitas a mi madre. Cada vez me resultaba más difícil mirarla a la cara sabiendo las cosas que tenía que hacer en mi trabajo. Separar mis dos mitades era ya casi imposible, y sentarme a la mesa con ella e inventar anécdotas que ocurrían en mi ficticio trabajo y fingir ser feliz era complicado. Quería parar, quería volver a ser aquella buena niña que mi madre dio su vida por educar y criar, quería volver a recuperar mis valores, quería que me devolvieran en un paquete mi inocencia perdida en los últimos meses de mi vida, borrar de mi mente acontecimientos, imágenes que me atormentaban por las noches... Era consciente de que aquello ya no era posible, que indudablemente jamás volvería a ser la que fui y que a lo máximo que podía aspirar en un futuro era a enterrar los recuerdos en alguna parte de mi mente y tratar de llenar mi vida con nuevas y limpias experiencias, que de alguna forma compensasen las que me estaba tocando vivir. Lo que no sabía era que mis terrores, mis pesadillas, aún deberían pasar por experiencias mucho más duras.

Mi madre era un auténtico monotema con mi «supuesto trabajo». No dejaba de recopilar nuevas técnicas y tratamientos revolucionarios de revistas, que según ella debería sugerir para que incluyeran en la clínica donde se suponía que yo trabajaba. Se estaba haciendo del todo insostenible el hecho de que ella quisiese visitarme y aprovechar para hacerse algún tratamiento.

—Hija, ahora que tengo la oportunidad de hacerme alguna cosilla... ¿Por qué no llevas a tu madre a que la pongan guapa?

Trataba de convencerla de que aún me parecía pronto para llevar a nadie a que se hicieran tratamientos gratuitos por el mero hecho de trabajar allí, pero ella, y con razón, no encontraba sentido alguno a mis excusas, y un día me soltó:

—Hija, ¿es que te avergüenzas de tu madre? ¿Es eso? ¿No quieres que me conozcan?... No voy a meter la pata, de verdad, es que me hace mucha ilusión ir...

Aquello me dejó tocada y hundida, no podía consentir que pensara que me avergonzaba de ella. Mi madre era mi orgullo, mi heroína, la mujer que más sacrificios había hecho por mí, y de ninguna de las maneras iba a permitir que tuviera la más mínima duda de que su hija pudiera avergonzarse de ella.

Liándome la manta a la cabeza, encomendándome a todos los santos y a las fuerzas del universo para que no descubriera la verdad a pesar de lo que estaba a punto de hacer, solicité una cita en la clínica Bruselas. Le advertí de que no mencionara nada sobre mi trabajo, que no les gustaba discutir temas de empresa con clientes, aunque fueran familiares de los trabajadores. Le rogué que no se le ocurriera preguntar por mi labor allí y que fuera como una cliente más. A pesar de todos mis avisos —mi incontinencia verbal es totalmente heredada de mi madre—, temblaba como un flan frente a la posibilidad de que al llevarla a la clínica se abriera de una vez por todas la caja de Pandora, mi madre averiguara que no trabajaba allí y toda mi cuartada quedara al descubierto. Pero ya no había solución, la hora estaba pedida y mi madre contaba los minutos para ir a hacerse «unos arreglitos», como ella decía.

Comenté en la clínica que mi madre iba dispuesta a realizarse varios tratamientos, que aún no estaba segura de cuántos, pero que le ofrecieran un catálogo con todo y que apuntaran a mi cuenta los gastos, sin mencionarle en absoluto el coste de los mismos.

Cuando fui a buscarla a su casa para llevarla a la clínica casi me la como a besos. Se había vestido con sus mejores galas y había ido a la peluquería a teñirse y arreglarse el pelo. Se había echado medio tarro de perfume y llevaba su mejor abrigo y su mejor bolso. Quería dar buena impresión, y que me sintiera orgullosa de ella. No sabía si la estaba llevando a la clínica o a la ópera.

Pero allí iba ella, en el coche, sin dejar de mirarme, de sonreír y de decir lo contenta y orgullosa que estaba de mí. Detestaba que todo aquello fuera nada más que una mentira, un sueño inexistente, quería pegar un frenazo y decirle: «Mamá, no te merezco, soy una basura y trabajo como prostituta, no valgo ni para encontrar un empleo mediocre como del que me han echado», pero por injusta que fuera la vida, aunque mi mente tuviera que soportar que todo era una falacia y que en realidad la vida daba asco, al menos me quedaba el consuelo de que ella pensase que todo era diferente, que viviera en una Matrix que yo había creado y que la disfrutara, al fin y al cabo ella había hecho lo mismo cuando yo era pequeña, así que la miré, le guiñé un ojo y le dije:

—Te quiero, gordita.

Llegamos a la clínica y yo me quedé por un momento parada en la puerta. No era muy dada a rezar, pero le pedí al de arriba que aunque no mereciera nada bueno, que no consintiera que mi madre se enterase de la verdad, no por mi bien, sino por el suyo. Sonreí de nuevo a mi madre y le pregunté:

—¿Lista para pasar por chapa y pintura?

—Tu madre nació lista, cariño —me contestó muy chula.

Gloria, la chica de recepción, nos recibió con una sonrisa y lo primero que mi madre le soltó fue:

—Hola, guapa, tú debes de ser Gloria, yo soy la mamá de Antonia.

—Lo sé, Ángeles, la estábamos esperando, pase con su hija un momentito a nuestra sala de espera y enseguida irá a buscarlas una enfermera para llevarlas a consulta.

—Muchas gracias, guapa, hay que ver lo bonito que es esto, más bonito de lo que me había dicho mi hija, ¡qué preciosidad de clínica, qué lujo!... —decía mi madre mientras yo trataba de arrastrarla del brazo a la sala de espera y trataba de que se callase y no cogiera carrerilla.

—Venga, mamá, vamos para la sala, Gloria está ocupada.

—Ya, hija, ya, solo digo que el sitio es precioso. ¡Hasta ahora, Gloria!, que eres muy guapa, que mi hija me ha hablado mucho de ti... —seguía hablando.

Creo recordar que una vez dentro de la sala sudaba frío. Me había metido en la boca del lobo y no tenía muy claro cómo iba a salir de esta, a no ser que amordazara a mi madre o le diera un sedante para que dejara de hablar. Si esto había sido la entrada a la clínica, no quería ni imaginar lo que podía llegar a ser mientras pasaba consulta.

—Mamá, tú deja que los médicos te sugieran cosas, y no les hables mucho, esta gente es muy profesional y no les puedes hablar con tanta confianza —le dije.

—¡Ay, Antonia, qué exagerada eres, hija! Si seguro que están encantados contigo y eres lo mejor que tienen en la empresa, que tú eres muy trabajadora.

—Ya, pero no hemos venido a hablar de lo trabajadora que soy, que además me da muchísima vergüenza que comentes nada, así que hoy a concentrarse en ponerte guapa y a disfrutarlo, ¿vale? —le pedí con la esperanza de que pudiera seguir mis indicaciones.

—Sí, hija, lo que tú digas... ¡Ay!, dame un beso que tu madre está muy orgullosa de ti, hay que ver en la pedazo de clínica que trabaja mi niña.

Cuando mi madre amenazaba con besarte no te daba solo un beso, te cogía la cara y te daba unos ochenta y siete besos todos seguidos. Así que mientras estrujaba mis carrillos y me babeaba el lado derecho de la cara, la puerta se abrió y apareció la enfermera.

—¿Lista, Ángeles? —le preguntó.

—Y tú debes de ser Mari Luz, ¿a que sí? —le contestó mi madre.

—¡Vaya, nos conoce a todos! —dijo Mari Luz, la enfermera, mientras yo casi me lo hacía encima.

—¡Uy, hija!, mi Antonia me ha hablado mucho de vosotros, sobre todo de ti, está ella de contenta con la clínica... —prosiguió.

—Mamá, venga, que te espera el médico, que Mari Luz está ocupada, mujer...

—Tranquila, Antonia, que estamos encantados de tener a tu mamá aquí. Además, poco habrá que hacerle porque es guapísima —decía Mari Luz ya de camino a la consulta.

—Si ya se lo decía yo a mi Antonia, que ha tardado mucho en traerme, lo tenía que haber hecho antes, yo sabía que a ustedes no les iba a importar... —continuaba hablando camino de mi perdición.

—Mamá, pasa y deja ya a Mari Luz, que el doctor espera —le dije con la esperanza de que soltara su brazo y entrara de una vez a la consulta antes de terminar de estropearlo todo.

—Bueno, ahora te veo bonita, que eres una gran compañera, ¿eh? —seguía diciendo a la enfermera.

—¡Mamá!

—Ya, hija, ya... —dijo mi madre, soltando a Mari Luz y entrando a la consulta, apuntillando finalmente—: Mi hija tiene muy buenas cualidades, pero ya supongo que sabéis el carácter que gasta. Eso lo sacó de mi difunto...

—Bueno, pues nada, en manos del doctor la dejo, ahora la veo en un ratito —se despidió Mari Luz.

Mi madre miró al doctor y le dedicó una enorme sonrisa.

—¡Ay, doctor, qué ganas tenía yo de conocerle a usted!

Yo sonreía con un temblor involuntario en el labio superior.

—Pase, pase, Ángeles, siéntese. Está usted en su casa —dijo el doctor.

—En mi casa, ¿lo oyes, Antonia?, y eso que mi hija no quería traerme, ya ve usted —sentenció mi madre.

—¿Y cómo es eso? Si aquí la vamos a tratar estupendamente y la vamos a dejar guapísima.

Mi madre estaba a puntito ya de pegarme la puntilla final y matarme allí mismo en cuanto abriera la boca de nuevo y yo lo sabía:

—Pues mi hija no quería traerme porque decía que como...

Con la cara roja como un tomate y la adrenalina saliéndome por las orejas la interrumpí enseguida:

—No la quise traer antes porque yo creo que está preciosa y no le hace falta nada.

—Bueno, y también, Antonia, porque... —prosiguió mi madre mientras yo le clavaba las uñas en el muslo.

—Nada, nada, que llevas razón, mami, que te tenía que haber traído antes, pero ya estamos aquí, y el tiempo del doctor es oro, así que vamos a entrar en materia y a ver qué te quieres hacer... —dije de carrerilla, rezando para que dejara ya el tema de por qué no la había traído antes a mi «trabajo».

El doctor sacó un catálogo con las últimas técnicas que tenían para rejuvenecimiento facial. Mi madre le preguntó aún, a punto de hundirme de nuevo en la miseria:

—¿Le trajo mi hija las ideas que se me habían ocurrido para incluir en su catálogo?

Yo reí en un ataque de nervios involuntario de nuevo mientras el doctor se quedaba perplejo:

—Mamáaaaaaa, otro día discutimos eso, ¿vale?, tú escucha al doctor que ellos ya tienen sus propias técnicas.

—Vale, vale, hija, ya le escucho… Lo que me quiero hacer seguro es un bótox de esos. Marisa, mi vecina, se lo hace y se le queda la frente así planchada y sin arrugas, aunque las cejas se le han quedado un poco raras y parece que está cabreada todo el rato… —dijo mi madre representándole al doctor con gestos la cara de su vecina, mientras yo respiraba aliviada, ya que la conversación estaba tomando otro rumbo, que era exactamente el que quería.

—Eso es porque seguramente no le han aplicado el producto correctamente, Ángeles, pero aquí vamos a dejarla sin arrugas y sus cejas se van a quedar divinamente. Además, tenemos rellenos para las arruguitas, y podemos hacerle un *peeling* químico que le va a dejar la piel literalmente nueva —prosiguió el doctor mientras por fin me relajaba apoyándome en el respaldo de la silla.

Mi madre eligió un montón de tratamientos, no solo faciales, sino también corporales. Ella, tan feliz, pensando que todo era gratuito y yo haciendo cuentas de lo que me iba a suponer a mí la clientela que tendría que pasarme por la entrepierna. Pero su cara de felicidad valía por cualquier sacrificio al que debiera someterme.

Allí estuvimos la tarde mientras le ponían la cara como un colador a pinchazos. La rellenaron, estiraron, encremaron, masajearon y le dieron con un láser… Y ella disfrutándolo todo como una niña en una pastelería.

Mientras le hacían los tratamientos, mi madre les contó mi infancia en verso, pero por suerte siguió mis indicaciones y no hizo ninguna pregunta sobre mi trabajo en la clínica ni comentarios al respecto. Aun así, yo pasé la tarde entre feliz por verla disfrutar de aquello y tensa por esperarme una metedura de pata por su parte en cualquier momento.

Finalmente, terminaron de ponerle sus tratamientos y ya estábamos en recepción sacando cita para hacerse los siguientes y continuar con los que había iniciado aquella tarde, cuando apareció el director del centro, Cris.

—He salido a conocerla, Ángeles, porque me han dicho todas mis enfermeras que no hemos tenido una cliente más dulce y más guapa en esta clínica… Soy Cris, el director —se presentó.

—¡Ay, hijo!, qué contenta estoy, qué bien me habéis tratado y cómo me voy de estirada y de pinchada, ¡qué maravilla!

—Nada, aquí tiene usted su casa cuando quiera y será bienvenida y la trataremos con especial cariño, que es lo que usted merece… —añadió el director.

—¡Muchas gracias, Cris! Yo sé que tenéis que estar muy contentos con mi hija, es una gran trabajadora y esta empresa va ir viento en popa teniendo a mi niña aquí, ya veréis. Además, ella está contentísima y no para de hablar de vosotros.

¡Zaca! Mi madre acababa de soltar la bomba. La guerra fría había terminado y acababa de lanzar un misil tierra-aire en toda la cara del director, ya no había escapatoria, la verdad estaba a punto de subir a flote y apestaba. Yo miré al suelo, a punto de llorar, mi cara de amargura plantada de pie detrás de mi madre fue captada por Cris, y entonces le escuché contestarle a mi madre:

—Y aquí en el centro estamos contentísimos con su hija, no podríamos haber deseado empleada mejor ni más comedida.

Miré sorprendida a Cris, él me guiñó un ojo y volvió a mirar a mi madre con una sonrisa. Su reacción ante el comentario de ella me dejó perpleja. Podría haberme descubierto allí mismo y haber dicho que yo no trabajaba allí, podría haberse ofendido, sorprendido o incluso haberse enfadado y pedido explicaciones allí mismo, era un delito considerable una invención de ese calibre, sobre todo

en una clínica tan afamada como aquella. No supe qué decir ni cómo reaccionar en un principio, y tampoco podía hacer mucho con mi madre delante.

—Para mí es un honor y un placer formar parte de vuestro equipo, Cris, y una vez más, un millón de gracias por el trato que le habéis dado a mi madre… —me limité a contestarle con la voz entrecortada.

—Tu madre puede venir a visitarnos cuando lo desee —añadió Cris, mientras ella atacaba, le agarraba los carrillos y al puro estilo mami, le babeaba el lado derecho de la cara con su metralleta de ochenta y siete besos.

Salí de la clínica en estado de *shock*. Recuerdo que mi madre no paraba de hablar y de contarme lo contenta que estaba y los tratamientos que pensaba hacerse en un futuro. Pero yo la oía como si fuera un eco lejano, no podía quitarme de la cabeza la reacción de Cris. Había mentido literalmente a mi madre, había captado enseguida lo que estaba pasando y optó por cubrirme, por no descubrir mi tapadera, aun ignorando mis motivos para haber mentido y haberle hecho creer que era su empleada. Con todo lo que estaba aconteciendo en mi vida me había olvidado de que existe gente así, que la buena gente, aunque poca, aún habita por este mundo. Estaba segura de que le debía una explicación, y estaba decidida a llamarle más tarde y tratar de darle una, sin decirle por supuesto a qué me dedicaba en realidad, y disculparme por haber involucrado a su clínica en mi fantasía.

Acompañé a mi madre a su casa. No dejaba de mirarse en el espejo del coche y decir:

—¡Oy, oy, oy! Quince años, quince años parece que tengo, ¡qué maravilla!, qué manos tiene el doctor, esto lo tenía que haber hecho yo hace años… Claro que entonces no me lo podía permitir, pero ahora mi niña me está dejando como nueva —amenazó con atacar de nuevo con la lluvia de besos, pero enseguida la corté:

—Mamá, en el coche no, que nos la vamos a pegar, luego me das besos en casa.

—¡Ay, Antonia!, qué seca eres, mujer, algún día echarás de menos los besos de tu madre.

—Mamá, no te pongas melodramática que solo he dicho que me los des en casa, que estoy conduciendo… —repliqué.

Mi madre me miró durante unos instantes sin decir nada. Sabía que me fastidiaba cantidad que hiciera eso:

—¿Qué?, ¿qué me miras, mamá? —le dije finalmente.

—¿Eres feliz, hija? —me preguntó de repente.

Aquello no lo vi venir, la miré asombrada y contesté enseguida:

—¡Claro! ¿Por qué no iba a serlo? Tengo un trabajo genial, unos amigos estupendos, la mejor madre del mundo y no pierdo la esperanza de encontrar un hombre que me aguante… ¿Por qué lo dices, mamá? ¿No me ves feliz? —pregunté sin querer mirarla para que no leyera en mis ojos la verdad.

—Sí, hija, sí. Te veo feliz… pero sé que algo te preocupa y que no me lo quieres decir… ¿De salud estás bien?, ¿algún chico te está dando penas? —insistió.

—¡No, mami! Quizá estoy un pelín estresada, pero nadie me da penas, de veras, estoy muy feliz. Te lo prometo —contesté a riesgo de arder en el infierno por el pedazo de mentira que acababa de soltar.

Pero la mujer quedo más tranquila y continuó hablando de lo bien que se veía y de que le había dicho el doctor que además en unas horas, cuando se asentase todo lo que le habían hecho, se vería aún mejor.

Después de prepararme una cena riquísima y de disfrutar de ella y de su alegría, le di un beso enorme —esta vez yo a ella—, le di quinientos euros para que fuera con sus amigas de compras al

día siguiente y se comprara algo bonito para lucir su nueva y joven cara. Allí la dejé en su casa, a punto de empezar su serie favorita y de que se pusiera a ver la televisión, y luego llamara a Piluchi y al resto de sus amigas para contarles su excitante día.

Al llegar a mi casa me desplomé en el sofá. El día había sido mentalmente agotador, pero me sentía bien conmigo misma por primera vez en mucho tiempo. Yo quizá fuera un desastre incapaz de tener una vida decente y de ser verdaderamente feliz, pero podía conseguir hacer dichosa a mi madre y aquello me llenaba. Me acordé de que le debía una llamada y una explicación a Cris, y aunque quizá era un poco tarde para hacerlo, no quise dejarlo para el día siguiente, ni dilatarlo más. Cris contestó enseguida al teléfono.

—Hola, Cris, sé que te debo la mayor de las explicaciones y quisiera empezar por disculparme y decirte que... —comencé a decirle, y enseguida me interrumpió:

—Antonia, ha sido un verdadero placer tener a tu madre en la clínica, es un amor de mujer y la puedes traer cuando quieras. Para ella seguirás siendo una de nuestras empleadas... —dijo.

—No sabes cómo te lo agradezco, Cris, la verdad es que tuve que decirle que trabajaba allí porque recientemente...

—No quiero saber las razones por las que estás mintiendo a tu madre, supongo que serán de peso para tener que hacer algo así. Y como te decía, ella nunca sabrá que en realidad no trabajas aquí, pero esto será exclusivamente con tu madre, ¿entendido? No quiero que le digas a nadie más que eres parte de mi equipo: ni estoy acostumbrado a mentir ni es política de mi empresa. Eres una cliente a la que apreciamos mucho y hoy tu madre se ha ganado el corazón de toda la plantilla, pero haberla traído sin ni siquiera explicarme el pequeño detalle de que pensaba que trabajabas aquí ha sido, como poco, arriesgado.

—Cris, de verdad que lo siento muchísimo. Por motivos personales como tú dices, tuve que inventar un trabajo idílico y pensé en tu clínica... Tienes mi palabra de que nadie más pasará por allí pensando que soy vuestra empleada más que mi madre, y te pido perdón una vez más...

—No hay más que disculpar ni más que hablar Antonia. Nadie de esta clínica le dirá a tu madre que no es cierto que seas parte del equipo y tengo tu palabra, pues, de que tú no mentiras a nadie más al respecto, ¿correcto? —preguntó.

—Sí, por supuesto Cris, y pronto acudiré yo a hacerme más tratamientos y te llevaré a mi mami a que continúe los suyos.

—Ambas seréis bienvenidas y tratadas como familia.

—Gracias... —dije finalmente, sin tener más palabras de agradecimiento por la comprensión infinita de aquel hombre.

—Pasa buena noche, Antonia. Un abrazo —y colgó.

Durante unos segundos me quedé con el teléfono en la mano preguntándome por qué Cris estaba haciendo esto por mí. Era una buena cliente y me dejaba mi buen dinero en la clínica, pero estaba segura de que tenían muchos otros mejores que yo, y lo que había hecho no era excusable. Luego dejé de darle vueltas y llegué a la conclusión de que si no había justicia divina para mí, al menos sí la había, sin lugar a dudas, para mi madre.

Cuando me disponía a ponerme el chándal para tirarme al sofá a ver una película y atiborrarme de golosinas antes de ir a dormir, sonó el teléfono de trabajo. Iba a contestar y a resignarme a que no hubiera película y que tendría que atender a algún vicioso, cuando dije para mí: «Pero qué coño!». Apagué el teléfono y di al *play* del mando a distancia... Aquel día quería recordarlo puro, quería no mentir al menos en eso a mi madre. Aquel día fui completamente feliz.

EXPERIENCIAS DE PELOTAS

Me miraba el trasero en el espejo mientras me daba cuenta de que estaba perdiendo peso. Era sorprendente que pudiera adelgazar con la cantidad de comida que metía en aquel cuerpo, más la que me embutía mi madre y las chucherías que me atizaba cada noche antes de dormir, a las que era completamente adicta. Supongo que era mi pequeño premio, lo único que endulzaba mi paladar, la única satisfacción que daba realmente a mi cuerpo, ya que el sexo había dejado casi de contar al hacerlo por trabajo y muy raramente obtener placer. Pensé que era el estrés el que estaba acabando conmigo, el que estaba comiéndome desde dentro como una tenia, comúnmente llamada solitaria. Aquel gusano gigante que puede meterse en nuestro cuerpo y habitar en el intestino devorando todos los nutrientes que ingerimos... Un día vi un reportaje sobre este bicho y me dejó traumatizada, me inquietaba que semejante bestia de hasta tres metros pudiera vivir en nuestro interior a pesar de estar tan delgados. ¡Por amor de Dios!, yo mido uno sesenta y algo, cómo podría tener semejante inquilino dentro... Aunque peores cosas tenía últimamente dentro, la verdad. Decidí que en otra vida quería ser una solitaria en vez de puta; tienen casa sin pagar alquiler, ni hipoteca, comen como un marqués y disfrutan de calefacción central... ¡Es un chollo! Desde que vi aquel documental empecé a imaginar el estrés como algo semejante: un enorme parásito que se alimenta de nuestra energía vital hasta dejarnos hechos un asco, que era como yo me encontraba. Aun así, seguía en mi triste rutina de prostituta, recibiendo llamadas, dando gusto a todos los cuerpos menos al mío.

Echaba muchísimo de menos a Begoña, aunque sabía que ella seguiría firme en su decisión hasta que yo dejara de prostituirme. No habría pacto, entendimiento o reconciliación hasta entonces; pero sabía que de conocer algunas de las historias y anécdotas que me habían sucedido con clientes se partiría de risa. Supongo que en todos los trabajos cara al público das con elementos de cuidado, pero en esta rama de servicios es donde más barbaridades te encuentras. Hubo un cliente que le dio por cantarme después de tener sexo con él, y no fueron un par de versos, sino una canción de amor entera en toda regla y en árabe; los primeros treinta segundos puse cara de póquer, el minuto y medio restante no sabía dónde meterme ni qué cara poner. Tenía otro que sufría de flatulencias incontroladas y cada vez que lo hacía con él me daba un concierto de gemidos y pedos. A este le cobraba el doble; sufrir aquellos gases y aquella pestilencia tenía su precio. Luego estaban los que supongo tenían demasiado poder en su vida y les apetecía un poco de sumisión, como aquel que me hacía darle vueltas por la habitación con un collar de perro, como Dios lo trajo al mundo y a cuatro patas.

Tuve otro que era un famoso jugador de fútbol. Tenía miedo de que me fuera a atizar otra paliza, porque era impresionantemente guapo y no entendía por qué necesitaba de los servicios de una prostituta. Llevaba el pelo largo en melena pero sin llegar a la mandíbula, moreno, de ojos azules y tez oscura. Es portugués y jugaba en un equipo de segunda división en España, que ese mismo año subió a primera. La primera vez que me contrató fue para una fiesta que montó en su espectacular casa. Yo no le conocía porque no soy muy futbolera, así que, al verlo tan joven, pensé que definitivamente su padre sería traficante de algo, ¿de dónde si no había salido tanto dinero? Cuando me dijo que aquella era su casa, entonces creí que el traficante era él. Ya más integrada en la fiesta, fui

a la cocina a ponerme una copa y coincidí allí con dos jugadores muy conocidos que estaban contando chistes y bebiéndose una cerveza. Entonces fue cuando sumé dos más dos y me di cuenta de que estaba en casa de un jugador de fútbol. Debía tener karma con las pelotas porque también tuve como clientes a un tenista, un golfista y un jugador de baloncesto, que cuando se tumbaba en la cama no sabía lo que hacer con dos metros seis de hombre.

En la casa del futbolista todo era lujo y desfase. Encontré alguna cara conocida entre las chicas que invitaron; no tenía claro si eran «compañeras» mías o aficionadas nada más, pero definitivamente las había visto en la televisión y allí estaban en busca de un novio con posibles o de quedarse preñadas y encasquetarles el niño y resolver la vida de su futuro hijo y la suya propia... lo cual no me parecía un mal plan, pero lo consideraba bastante más deshonesto que lo mío. Al menos conmigo sabían exactamente cuánto les costaría el encuentro sexual; mientras que con ellas... nunca se sabía. Además, yo no aspiraba a que nadie me retirara de mi profesión y me convirtiera en una mantenida o prostituta en exclusiva de por vida, según se mire. Si algún día alguien me retiraba de esta profesión, esa persona sería yo.

Cuando ya casi amanecía, el portugués decidió que era hora de que nos fuéramos a la cama. Le veía tan cansado que pensé que iba a tener sexo conmigo por puro compromiso o por dejar el pabellón del equipo alto. Pero cuando llegamos a su habitación entendí casi todo. Primero se quitó la camiseta y los pantalones. Tenía un culo que era un delito, redondo, musculoso y perfecto, estuve a punto de aplaudir y pedirle el número del entrenador y darle la enhorabuena; un estómago plano lleno de abdominales, y con ese cuerpo y esa cara de ensueño yo ya me estaba relamiendo como un goloso frente a un banana split. Pero cuando finalmente se quitó los calzoncillos, mi gozo en un pozo. Aquel era, sin lugar a dudas, el micropene más enano que había visto en toda mi vida, y no me refiero tan solo en directo, ni en películas, fotos o documental. Nunca había visto cosa semejante. Era como mi dedo meñique, pero en versión arrugada. Parecía un gusanillo asustado en medio de una jungla de arbustos negros, ya que además iba sin depilar. Si tenía que masturbarle, iba a necesitar unas pinzas de depilar, un microscopio y un GPS. Los testículos iban a juego con la criaturita central y eran como dos canicas de aquellas con las que jugaban mis primos de pequeños. Me dio por pensar en el lado positivo, al menos un desgarro no iba a tener de la experiencia.

Se metió en la cama, se tumbó sobre mí y empezó a frotarse contra mi cuerpo. No sé si el pobre mío estaba intentando atinar dentro, porque con tanto trajín el miembro se nos perdió en alguna parte. De repente noté que algo me penetraba, era duro y de un grosor bastante mayor de aquello que había visto mientras él se desnudaba, así que con disimulo metí la mano debajo de la sábana y palpé, hasta darme cuenta de que me había introducido el dedo índice, además del pene. Me sentí mal por él. Era más que consciente del tamaño de su miembro y pensé que alguna queja habría tenido, así que supongo que trataba de darme más placer de aquella forma, aunque la encargada de darle gusto al cuerpo era yo a él. Luego deduje que así sentiría más presión, porque si lo hubiera introducido a solas, hubiese sido como meter una cucharilla en un café para dar vueltas. A pesar de todo, yo me agarré a ese trasero perfecto y para mi sorpresa llegué al orgasmo con él. Supongo que aquel portugués era la prueba viviente de que el tamaño a veces no importa.

Mientras lo hacíamos empecé a oír una especie de gruñidos y susurros en mi oído; al principio creí que trataba de decirme algo.

—¿Qué? —pregunté

Luego me di cuenta de que era un acto reflejo que tenía cuando hacía sexo. No fue la última vez que me contrató, repetí otras muchas veces, y siempre parecía que estaba dándome en bajito el código

de lanzamiento de misiles del Pentágono, mientas meneaba el culo y buscaba con su dedo y su pene a Wally en mi interior.

Siempre que acudía a su casa había una fiesta previa a la posterior semiorgía dividida entre todas las habitaciones y salones de su vivienda en las que participábamos prostitutas y aficionadas. Al menos yo no formaba parte de alguna de las peleas que se montaban en ocasiones entre modelos, que pensaban ser novias en exclusiva de alguno de los futbolistas y luego averiguaban de la forma más gráfica posible que no era así, cuando abrían de repente una puerta y se encontraban a alguna «amiga» de rodillas rezándole un rosario a su supuesto chico. Yo era un profesional, a mí me pagaban por aquello y no era nada personal.

Asistí durante meses a sus juergas. Me había hecho ya amiga de muchos de los futbolistas, y los días que tenían entrenamiento por la mañana se cabreaban conmigo porque a cierta hora de la noche les escondía el alcohol.

—¡Venga ya, capitana! No seas así... Una copita más —me decía algún gracioso.

—Nada de copas, a follar, que es muy sano, y a dormir —les contestaba.

Aún recuerdo cuando subieron a primera. Aquel partido en el que salieron del infierno, como decían ellos, mientras yo me desgañitaba en casa con la bufanda del equipo puesta, viendo el encuentro con mi madre, gritando «¡gol!» como una posesa sin que la pobre entendiera qué bicho me había picado ahora con el tema del fútbol.

—Pero si a ti no te ha gustado el fútbol en tu vida, hija, no sé qué te ha entrado últimamente... —decía mientras yo gritaba y botaba a su alrededor.

Después de este encuentro, una de las primeras llamadas que hizo el portugués desde el vestuario fue a mi móvil de trabajo:

—¡Morenitaaaaa, hemos ganadooooooo! Prepara la fiesta y tráete amigas que en tres horas llega el autobús.

Estaba emocionada por su llamada. Tenía claro que era una prostituta, lo cual no quita que me hiciera ilusión el cariño que me tenían los chavales. «Que traiga amigas», me dije, como si tuviera alguna... Lo que sí tenía era el teléfono de alguna de las chicas que habían coincidido conmigo en sus fiestas. Me dieron su número con la intención de que las llamara algún día para tomar algo, pero nunca lo hice, hasta aquella noche concreta donde tenía instrucciones explícitas del portugués para organizarlo todo para su llegada triunfal y la de sus compañeros. Así que les preparé un fiestón épico e increíble y ellos se lo pasaron genial. Esa noche no fui agonías y les dejé beber lo que les vino en gana y hacer el burro todo lo que quisieron.

Cuando ya casi amanecía, como de costumbre, el portugués me llevó a su habitación. Cuando ya estábamos desnudos y a punto de usar dedo, pene y vagina, se oyó un grito:

—¡Cambio de pareja!

Se escucharon risas, gente corriendo por los pasillos y gritos de chicas por todas partes. Nuestra puerta se abrió de golpe y apareció el otro delantero del equipo, un jugador uruguayo también muy conocido. El portugués dijo que él no me cambiaba por ninguna otra y el uruguayo dijo que entonces se metería con nosotros en la cama. Yo me puse seria por un instante, me aparté de ambos, les miré como si fuera una profesora de sexto grado, levanté el dedo y les dije:

—Un momento, aquí de tríos nada, y si queréis un trío os va a costar tres veces más.

Los dos rieron y el portugués aceptó. «Tengo la delantera entera de este equipo de primera en la cama... Vamos que si a mí me diese la gana no había partido», me decía mientras me reía yo sola con mis pensamientos. El uruguayo me cogió por la cintura y me subió encima de él, aquel estaba armado

con un miembro más grande que la media. Si hicieran un pene compensando ambos tamaños sería perfecto. En cuanto di cuatro meneos y subí y bajé unas seis veces el uruguayo llegó al éxtasis.

—¿Ya? ¿Pero a ti qué te pasa? —dijo el portugués.

—Es que no te imaginas las ganas que tenía de cogerla —le respondió el urugayo mirándome a los ojos.

Por lo visto era la puta más popular del equipo y yo sin saberlo. Después de aquella noche les vi en tres o cuatro ocasiones más, siempre quedaba con el portugués; el uruguayo, por mucho que le gustase no tenía costumbre de pagar por sexo, y yo no hacía servicios gratuitos. Más tarde el portugués se echó lo que parecía una novia formal y yo me quedé sin cliente. Fue una pena porque la verdad es que me lo pasaba en grande con ellos. Es de las pocas anécdotas divertidas y positivas que viví en la «profesión».

Años después nos encontramos en un aeropuerto. Ambos íbamos acompañados y ambos éramos conocidos y personajes públicos en aquel momento. Nos saludamos brevemente mientras nuestros acompañantes se miraban incómodos.

MI EX

Me acuerdo como si fuera hoy de aquel día en que estaba en manos de Chi. Recuerdo perfectamente el tacto caliente de sus dedos suaves y fuertes deslizándose por mi cuerpo hacia arriba y abajo, recorriendo todas mis curvas. Nuestra relación no siempre fue idílica, aunque supongo que en los comienzos ninguna lo es, hasta que te adaptas del todo, y especialmente con mi inexperiencia en esta área... La relación masajista-cliente no siempre es fácil. Antes nunca podría haberme permitido masajes, así que ignoraba lo difícil de la elección de un buen terapeuta, pero últimamente no era solo que me lo pudiera permitir, era que lo necesitaba de verdad, si no quería que mi cuerpo se pusiera en huelga general y dejara de funcionar.

El primer día que entré en su centro se respiraba paz. Tenían puesta música de pajaritos y cascadas de agua con un tipo cantando en chino y el volumen perfecto. Hay veces que es preferible no entender nada para que no te pongan nerviosa, la información estresa, y mucho, y aquella canción de la que no comprendía un pepino me relajaba. La luz del local era tenue y agradable y parecía que aquel ambiente estaba filtrando por instantes la tensión fuera de mi cuerpo y de mi mente, incluso antes de que me pusieran una mano encima.

Chi fue extremadamente respetuoso, haciendo honor a su cultura ancestral. Me llevó a una sala donde iba a darme el masaje y me dejó a solas para que me desnudara y me envolviera en una toalla. Luego, me tendí en una camilla como él me indicó y metí la cara en un agujero de la misma para estar más cómoda. Allí tumbada, respirando los fantásticos olores del incienso que quemaban para estimular nuestro olfato mediante aromaterapia y así conseguir un efecto aún más relajante, disfrutando de una temperatura idílica y alejando los monstruos que atacan tu cerebro con problemas diarios reales, estaba en la gloria. Chi entró y me hizo un par de preguntas. Con su cerradísimo acento chino, sin pronunciar las erres e inventándose la mitad de las palabras, no entendí nada, lo cual era agradable una vez más.

—Sí, sí. Lo que quieras, pero el cuello sobre todo. Me están matando las cervicales, justo aquí... —le indiqué señalando con la mano mientras se lo decía.

De nuevo contestó algo que no entendí. Lo dijo muy bajito y con su acentazo. Escuché cómo agarraba el bote de aceite, se lo ponía en las manos, daba una palmada y las frotaba, supongo que para calentarlas. Después comenzó mi masaje. Empezó por el cuello, era doloroso pero a la vez grato y aliviaba muchísimo la presión, el dolor, la tensión de mi nuca. Sentía que iba a cantarle el *Ave María* y proponerle matrimonio a aquel hombre. Después subió las manos y empezó a masajearme la cabeza y las sienes; era también agradable, aunque fue una gran putada porque me estaba poniendo el pelo fino de aceite. Esta fue la única pega que había encontrado desde que mi aventura en «mundo masaje» comenzó, pero no fue nada comparado con lo que acontecería después. Chi se subió literalmente a la camilla donde estaba tumbada, yo no sabía qué pretendía, pero aun así confiaba en su profesionalidad y le dejé hacer; de repente, entre los pajaritos de la música y el suave rumor de una cascada, escuché a Chi pegar un grito en chino y meterme un rodillazo en las costillas. Aún no había tenido tiempo de reaccionar, más que nada porque me había sacado con el golpe todo el aire de los pulmones, cuando agarró una de mis piernas y sin previo aviso me llevó el pie hacia la cabeza por

detrás mientras agarraba mi frente con la otra mano para asegurarse de que llegaba a tocarme la cabeza con la punta de mi pie. Quizá había visto aquella postura en algún espectáculo de contorsión del circo, pero ignoraba por completo que yo pudiera hacer aquello. Crujieron y sonaron aproximadamente el setenta y cinco por ciento de los huesos de mi cuerpo; el otro veinticinco no sonaron, ni se expresaron en alto, más que nada —pienso yo— porque estaban acojonados y atónitos con aquel chino cabreado que los retorcía sin piedad. Cuando alivió la presión de mi frente y soltó una de mis piernas aproveché por fin para hablar.

—¡Para, para, paraaaaaaa!, ¿pero tú quieres matarme o a qué juegas?, ¿por qué me pegas? —me quejé más asustada que enfadada.

—¡Ooooooooh!, yo pensal tú decil mucho duele… —dijo Chi.

—Sí, joder, pero así me va a doler más —alegué yo.

—Tú decil sí cuando yo pleguntal si tú quelel thai masaje con mezcla de depoltivo… —respondió él confundido abriendo mucho los ojos casi más asustado que yo.

—Yo no entender nada, yo pensaba que cualquier tipo de masaje iba a ser agradable y que no iba a ser hostil —decía yo tapándome con la sábana después de darme cuenta de que con el bote que había dado estaba discutiendo en toples con él, ya que una sigue teniendo su pudor, por muy puta que sea.

—Pero yo no hostil, yo estilal músculos… —se justificaba nervioso Chi.

—Ok, Chi, perdona, es que no me lo esperaba, tenía que haberte preguntado, no entendí que thai significaba que te ibas a liar a hostias conmigo. Hagamos algo, no más subirte a la camilla, ¿vale? —le pedí con calma.

—¡Vale! —contestó él moviendo la cabeza nervioso varias veces en gesto afirmativo.

—No más estirar a traición, posturas raras o cosas semiviolentas, solo masajito con manos y relajar músculos sin usar tus rodillas, codos ni nada de eso, ¿sí? —añadí para estar segura.

—¡Sí, sí, sí! —dijo él finalmente, dando a entender que no fuera pesada que ya me había comprendido.

Me tumbé muy despacio, sin dejar de mirarle con algo de inseguridad. Me costó un pelín volver a confiar en él y relajarme una vez más, pero cuando comenzó a masajearme, las puertas del cielo parecieron abrirse de par en par y me olvidé del rodillazo y del agarrón, y disfruté como una loca de la experiencia. Chi tenía unas manos de oro, una vez que llegamos al entendimiento de lo que yo quería, fue perfecto, era el único capaz de hacerme sentir así de bien. Desde entonces es mi masajista.

Chi me trataba ya desde hacía seis meses, así que contaba con un conocimiento absoluto de todas mis penas —por desgracia solo de las físicas—, y yo con una confianza total en sus manos y capacidad para relajarme y desconectar de mis problemas cotidianos cuando teníamos una sesión de masaje. Aquella tarde le necesitaba de veras, por fin había cambiado de gimnasio y el nuevo monitor se había empeñado en acabar conmigo y mis miserias de una vez por todas a base de aeróbicos imposibles de ejecutar. Esta época coincidió con un cliente asiduo, que aunque pagara bien era de los que más que pagar por sexo lo hacía por una sesión de lambada. Me exigía un esfuerzo extra de movimientos y repeticiones, ya que era incapaz de llegar al orgasmo de una forma más tradicional —con razón estaba pagando a una prostituta—; si yo hubiera sido su novia le habría abandonado la primera semana de tener relaciones, de hecho estaba pensando en mandarle a hacer puñetas a pesar de ser un cliente, que por lo demás era muy agradable.

Chi se empleaba a fondo con mi columna vertebral, que según él parecía «la caletela de la coluna, toda llena de culvas», cuando el teléfono de trabajo, que olvidé silenciar, sonó.

—Oooooh, el teléfono, siemple el teléfono —exclamó Chi irritado.

—Lo sé, Chi, lo sé... Lo siento. Se me olvidó por completo silenciarlo, deja que le eche un vistazo por si es importante... —le dije yo.

—¡Impoltante tú lelajada! Teléfono puele espelal —protestó él.

—Solo un segundo, lo prometo, deja que vea el número —le pedí alargando la mano para alcanzar el bolso y ver la pantalla del móvil.

El número me era tremendamente familiar, pero no sabía concretamente de qué, había visto aquel número un millón de veces, sin embargo, ahora no conseguía relacionarlo con un nombre o una cara. Asumí que debía pertenecer a algún cliente asiduo que no conseguía recordar y me dispuse a contestar.

—Espera un segundo que responda —dije mientras Chi emitía un gesto de fastidio y expresaba algo en chino, que estaba más que segura era un recordatorio para todos mis difuntos.

—¿Sí?

—Hola, estaba interesado en contratar un servicio —dijo una voz al otro lado de la línea que hizo que se me erizase el pelo y que todos los músculos que Chi había conseguido descontracturar volvieran a apelotonarse y a doler al unísono en un festival de nervios. Colgué inmediatamente. Aquella voz era sin duda alguna la de Héctor, mi ex.

Héctor pertenecía a una etapa muy oscura de mi vida. Yo tendría unos dieciocho años cuando le conocí y él sería un par de años mayor. Fue especialmente persistente en salir conmigo y, aunque en un principio no le prestaba atención porque no era en absoluto mi tipo, poco a poco me fue ganando con su insistencia y porque al darle la oportunidad de hablar conmigo me di cuenta de que era un chico que, para su edad, podía tener conversaciones profundas, más allá del álbum de moda de ese verano o de lo injustos que eran los padres con las necesidades de sus hijos, que era por regla general lo que me encontraba en otros chavales de su edad.

Con Héctor podía hablar de mitología, de filosofía, de antiguas civilizaciones, de historia del arte... Los dos éramos lectores empedernidos y nos intercambiábamos libros con párrafos subrayados y comentarios a lápiz en los márgenes, para después quedar en algún bar y dar rienda suelta a nuestras opiniones mientras nos bebíamos un cubata.

Por entonces me parecía inocente y divertido, y no me percataba de que cada vez que nos veíamos llegábamos a bebernos entre los dos una botella casi entera de JB. Nos estábamos convirtiendo en alcohólicos de fin de semana casi sin darnos cuenta. Mis padres —por aquel entonces mi padre aún vivía—, por alguna razón, supongo que por puro instinto o por aquel sexto sentido que dicen que nuestros progenitores poseen, nunca fueron partidarios de que saliera con Héctor. Yo siempre había llegado a la hora que ellos establecían a casa, acataba las reglas sin cuestionarlas nunca y desde que salía con él todo ello cambió. Sus padres tampoco estaban entusiasmados conmigo, supongo que por las mismas razones. Cuando fui por primera vez a su casa a conocerlos, su padre, Francisco, me hizo beber con él más de una botella de vino durante toda una noche para, según él, conocernos en profundidad. Lo que por aquel entonces también me pareció divertido y anecdótico, hoy lo interpretaba ya de otra manera: estaba frente a un alcohólico con un montón de problemas. Tanto los padres de Héctor como él, por defecto de una educación torcida, eran racistas, fascistas y, en suma, bastante intolerantes.

También entendí por entonces que la relación entre mis padres, que de pequeña me parecía idílica, porque así me la habían hecho ver, era difícil y llena de traumas y frustraciones. Me aferré a mi pareja y me alejé cada día más de mi familia. Héctor se fue de su casa y al poco tiempo yo me marché con él. Vivimos en pensiones hasta que finalmente alquilamos un pequeño apartamento en el mismo barrio de mis padres. Desde que entré en aquella casa mi vida se convirtió en un infierno: discusiones

diarias por teléfono con mi familia hasta finalmente romper del todo el contacto con ellos. Poco a poco Héctor me alejó también de mis amigos, de todo mi pasado y creó una cúpula ficticia donde solo existíamos él y yo. Era extremadamente celoso y agresivo. Me daba miedo salir con él de copas porque siempre terminaba pegando a alguien; el noventa por ciento de las veces sin ni siquiera merecerlo o haberle dirigido la palabra ni a él ni a mí. Estaba educado, programado de aquella forma.

Mi manera de vestir fue cambiando hasta terminar completamente tapada desde la cabeza a los pies, no importaba la época del año que fuera. No podía dar dos besos a los hombres aunque me encontrara con amigos de la infancia, solo podía darles la mano. Y así con un sinfín de reglas sin sentido con las que cada vez perdía más mi identidad y me convertía en lo que él deseaba. Teníamos peleas épicas en las que terminaba rompiendo alguna puerta o pared y a mí me hacía temblar como un flan. La policía fue invitada de honor de alguno de nuestros rifirrafes. Héctor no trabajaba, vivía del dinero que yo conseguía en trabajos temporales y de alguna estafa que hacía a la gente, incluso a algún amigo suyo. Se había ganado un montón de enemigos y, por extensión, yo también. Aquella cárcel me sofocaba y cuando me miraba al espejo ya no me reconocía. Poco antes de dejar la relación me quedé embarazada; sabía que él no quería tener hijos y me aterrorizaba contárselo, pero no tuve más remedio. Me dijo que tendría que abortar. Y así lo hice. Fue, sin duda, la experiencia más dolorosa que había vivido hasta ese momento y a la que no tuvo ni la vergüenza de acompañarme.

Un día, en el trabajo, conocí a un chico cubano. Aunque me pretendió durante meses, en este tiempo jamás engañé a Héctor con nadie; no obstante, al final no pude más y encontré en él un apoyo, un amigo y un escape. Me dio fuerzas para dejar de una vez por todas a Héctor, con el que ya llevaba saliendo siete años. Y un día me armé de valor y como si fuera un atraco, sin previo aviso, me alejé de él para nunca volver.

Héctor me robó el dinero de mis cuentas bancarias, donde estaba autorizado, y se quedó con el que tenía en efectivo —que él siempre custodiaba— y con todo lo que podía tener de valor. Pero no me importó, fue un peaje barato que tuve que pagar por mi libertad.

Aunque durante una temporada nos acosó a mí y a mi nuevo novio cubano siguiéndonos y amenazándonos, un día finalmente cesó. Trató de hacerme daño contando a todo el que podía los problemas que mis padres tenían en su casa, pero gracias a Dios la gente ya le conocía y su opinión no valía nada. No le deseaba ningún mal —como dice Petra, mi tía, «tanta dicha tengas como paz dejas»—, pero lo que tenía claro es que no quería saber nada más de él, ni tenerlo en mi vida nunca más. Y así fue… hasta recibir aquella llamada mientras Chi me daba un masaje.

Estaba segura de que era Héctor, por mucho que pudiera haberle cambiado la voz con los años le reconocería entre un millón. Me di cuenta de que mi reacción había sido totalmente errónea. No debí colgar el teléfono; si había visto la foto y podía tener alguna sospecha de que era yo, al colgarle, le acababa de confirmar que así era. Y si había sido una casualidad, se preguntaría por qué le habían colgado, y Héctor era de los que no deja un asunto tranquilo hasta averiguar todos los porqués. Pero si hubiese continuado hablando también habría sido un error, ya que tarde o temprano hubiera reconocido mi voz.

Chi trató de volver a meter mano a mi espalda, pero resultó totalmente imposible volver a relajarme ni dejarle trabajar. Me disculpé, le pagué su tarifa de igual forma y le dije que volvería la próxima semana, sin teléfono, por supuesto.

Llegué a casa mareada. No podía llamar a Begoña, no podía llamar a Ángel, no podía decirle a mi madre que este hombre estaba presente de nuevo en mi vida: antes prefería confesar que era

prostituta; se lo tomaría mejor. No sabía qué hacer ni dónde meterme. Tenía un ataque de ansiedad tremendo. Me hice una tila y traté de relajarme convenciéndome de que quizá no era él, que tal vez era un hombre con el mismo tono de voz, o quizá era una macabra broma del destino y había llamado por pura coincidencia sin saber que era yo. Pero en el fondo sabía que por mucho que tratara de mentirme a mí misma lo más probable es que supiera que era yo y que volvía a mi vida una vez más para intentar destrozar lo que quedaba de ella.

Intentando alejar los fantasmas del pasado que volvían para atormentar y torturar mi mente, cogí mis chucherías y un libro que había comprado en un rastrillo el fin de semana anterior y que me tenía bastante enganchada. Cuando ya estaba por completo absorbida por la lectura y más calmada volvió a sonar el teléfono de trabajo, lo cogí enseguida repitiendo inconscientemente en voz alta: «Que no sea él, que no sea él, por favor...», pero sí lo era. No podía creer que desde que dejamos la relación conservara el mismo número de teléfono, y que yo no hubiera sido capaz de reconocerlo, supongo que la memoria es selectiva y trata de establecer un equilibrio eliminando en la medida de lo posible lo que no queremos recordar.

Miré el teléfono y con la mano temblorosa estuve a punto de contestar y enfrentarme a él, pero no tuve valor. Al poco tiempo paró de sonar y saltó un aviso de que habían dejado un mensaje de voz en el buzón. Dejé el teléfono encima de la mesa, aún temblando, con una desagradable sensación de irrealidad, de calor y de nervios.

Volvió a sonar el teléfono, el mismo número de nuevo. No lo cogí, y sin darme cuenta de que estaba llorando me cayó una lágrima en el dorso de la mano, que tenía encima de las rodillas sentada en una posición rígida con la espalda estirada. Fui a la cocina y bebí un gran vaso de agua. Volví al salón y con rabia cogí el teléfono y escuché el mensaje que tenía en el buzón: «Vamos, nena... ¿No me vas a coger el teléfono? Sé que tienes tantas ganas de hablar conmigo como yo contigo... Venga, Antonia, ¿o prefieres Rita?, coge el teléfono... Por los viejos tiempos».

Es increíble la memoria que puede llegar a tener el cuerpo humano, cómo ciertas personas, ciertas voces nos pueden llevar de viaje al pasado y volver a recrearnos en miedos, sensaciones y reacciones que creíamos tener más que superados. Me metí en la cama en posición fetal y me tapé con el edredón como si allí los recuerdos no pudieran atraparme y pudiese esconderme mejor de ellos. Pero habían vuelto, y habían vuelto para quedarse.

Pasé una noche terrorífica, apenas logré dormir dos horas a pedazos. Estaba enfadada conmigo misma por no ser más fuerte, por enfrentarme a prostitutas callejeras, a la mafia rusa, a clientes peligrosos y a un sinfín de peligros y no tener el valor de hacerlo a Héctor. Ya no era aquella niña manejable y joven que él conoció, ahora también tenía a Rita de mi parte que gastaba bastante más mala leche que yo, no tenía casi nada que perder, tan solo me daba pánico, pensé que pudiera acercarse a mi madre, que pudiera decirle algo y que me temblaran las piernas si algún día me lo encontraba de frente y fuera incapaz de reaccionar, como un hámster de laboratorio en manos de un científico cabrón.

Por la mañana salí a la calle y anduve, anduve sin rumbo como solía hacer a veces cuando trataba de resolver algún problema grave. Como si fuera a encontrar la solución en una esquina y fuera a darme los buenos días. Me tomé un café y llamé a mi madre por si le apetecía comer fuera, aunque estaba segura de que la mujer ya estaría preparando la comida, pero ella nunca me daba una negativa.

—¡Sí, hija, claro! Deja que me coja los rulos y nos vamos por ahí, ¿qué, vienes en un par de horas? —me dijo enseguida.

Tenía que adorar a aquella mujer. La gente solía fallarme más que una escopeta de feria, pero Dios me había regalado ese pedazo de madre para compensarme por todo lo demás.

Mientras hacía tiempo para ir a recogerla, pasé a comprar maquillaje a una perfumería. Últimamente gastaba toneladas, antes no me maquillaba para ir a trabajar, pero ahora desde luego, con esta profesión no me quedaba otra. Cuando la dependienta me enseñaba las nuevas tonalidades que habían recibido y yo la atendía con interés, volvió a sonar el teléfono. Miré la pantalla y comprobé que era Héctor de nuevo. Tuve un impulso irracional nacido de la rabia en estado puro y le dije a la señorita:

—¿Me disculpa un momento?

Salí de la perfumería y en la misma puerta contesté:

—¿¡Pero tú qué cojones te has creído, hijo de la gran puta!? Como vuelvas a marcar este número te juro que llamo a la policía y...

—Antonia, mujer, qué maltrato a un viejo amigo... ¿Qué le vas a decir a la policía? ¿Que un cliente te molesta? —me interrumpió.

—¿No tienes alguna botellita a mano para entretenerte, cabrón? ¿Por qué no te olvidas de mi puto nombre y me dejas en paz? —grité desesperada.

—Hay gente difícil de olvidar, cariño... Solo quiero verte, hablar contigo —dijo con voz relajada.

—Bien, pues eso no va a pasar, ¿me oyes, Héctor? Aléjate de mí, te lo digo por tu propio bien, tú ya no me conoces —y colgué.

Volví a entrar en la perfumería y, aunque seguía preocupada estaba más desahogada. La señorita que me había oído gritar estaba pasmada con el bote de maquillaje en la mano.

—El ciento trece, me llevo el ciento trece —le dije con una sonrisa.

Comí con mi madre prestando atención a todas las historias que me contaba sobre su amiga Piluchi y sobre las recientes riñas que había tenido con mi tía Petra, que últimamente estaban como el perro y el gato. Estaba encantada en concentrarme en otras cosas, en otras realidades que no fueran la mía. Aquello me alejaba de mis miedos y me permitía encontrar reposo en un limbo temporal para recuperar fuerzas.

Llevé a mi madre al cine y nos compramos un enorme paquete de palomitas, y eso que habíamos comido las dos más que un jubilado; éramos como un pozo sin fondo y ambas sabíamos que no podíamos decir que no a un paquete calentito de palomitas saladas. La película fue amena, una comedia romántica de aquellas que le gustaban a ella. Después la dejé en su casa, recibí una llamada de un cliente asiduo y me fui a hacer un servicio.

Cuando llegué a casa y estaba aparcando el coche me pareció ver a un hombre sentado en mi portal. Se me heló completamente la sangre, sabía que era Héctor, estaba segura de que era él. Pero cuando finalmente aparqué el coche y fui hacia el portal ya no estaba allí.

Volví a pasar mala noche, pero conseguí dormir bastante más que el día anterior. Atendí a tres clientes, todo un récord en una jornada para mí, pero prefería tener la mente ocupada tratando de evitar pensar en quién me penetraba e imaginando algo agradable antes que dar vueltas al asunto de Héctor.

Cuando llegué a casa después de un largo día y me desnudé para darme una ducha, sonó el timbre, pero no era el del portal, sino el de mi puerta. Me puse el chándal rápidamente, preguntándome si sería mi madre a quien se le había estropeado el teléfono o algún vecino, porque descarté algún milagro que hiciera que Begoña o Ángel se presentasen para hacer las paces. Con todo lo que estaba aconteciendo y todos mis temores, no me imaginé en ese momento que el timbre de la puerta de mi casa esa noche lo estaba tocando Héctor. Abrí como una imbécil sin mirar antes por la mirilla o preguntar quién era.

Héctor había cambiado muchísimo, tenía muchísimas canas y una cara prematuramente envejecida, pero le reconocí al instante. Traté de cerrar la puerta pero él metió un pie y el brazo y la terminó de abrir, entró rápido empujándome y la cerró tras de sí.

—¿Qué modales son esos, Antonia? ¿No me vas a ofrecer una copita por lo menos?

—¡Sal inmediatamente de mi casa, Héctor! —grité, temblando de miedo.

El pánico viajaba como en una montaña rusa por cada centímetro de mi cuerpo, tenía los pelos de los brazos y de la nuca erizados y estaba a punto de llorar.

—Mujer, pero si acabo de llegar, hablemos un rato por lo menos... —dijo él sentándose en el sofá.

—Héctor, no te lo voy a repetir, ¡sal de mi casa inmediatamente! Tú y yo no tenemos nada de qué hablar —le respondí, cruzándome de brazos, aún en estado de pánico.

—Pues yo creo que sí tenemos mucho de qué hablar, Rita... Para empezar, siempre sospeché que eras un poco puta, pero nunca imaginé que pusieras un chiringuito y cobraras abiertamente por follar. Supongo que de la afición a la profesión se pasa casi sin querer, ¿eh? —dijo con esas pausas forzadas que hacía al hablar, como para escucharse a sí mismo.

—¿Qué cojones quieres, Héctor?, ¿para qué has venido? —le pregunté sin querer saberlo en realidad, pero como última táctica para que dijera lo que tuviera que decir y se marchase, porque por mucho que estuviera aterrorizada no iba a salir corriendo, no iba a sacarme de mi casa una vez más.

—He venido a hablar contigo de negocios, he pensado que como ahora eres puta... —se le llenaba la boca cada vez que decía «puta», hacía que sonase aún peor que el insulto en sí mismo— vas a necesitar un chulo, alguien que te proteja, tú ya me entiendes, y quién mejor que la familia para hacerlo. Sabes que sé pelear de sobra y que podría protegerte bien por un módico precio, claro... —me sugirió con más cara que vergüenza.

—No sé cómo tienes los cojones de venir a mi puta casa, entrar por la fuerza y esperar que yo vaya a querer tener nada que ver contigo. Sal de mi casa, Héctor, y por tu bien no vuelvas a cruzarte en mi vida... —le respondí sin saber ni lo que estaba diciendo.

—¿Me estás amenazando, cariño? —dijo levantándose del sofá y acercándose a mí. Yo di unos pasos hacia atrás—. Porque me está empezando a sonar a amenaza y sabes que detesto las amenazas, amor... —prosiguió mientras seguía acercándose a mí.

—No te acerques, Héctor, no te me acerques —dije intentando separarle con el brazo estirado, pero me cogió por la nuca y mientras la atenazaba haciéndome daño, me dijo:

—Si quieres una amenaza yo te daré una, puta de mierda; si no empiezas a soltar la pasta, tu querida mamá se va a enterar de lo zorra que es su hija, amén de toda persona que entre en tu vida, ¿me oyes?

—Si te acercas a mi madre, te juro que aunque sea lo último que haga voy a ahogar a tu padre en una cuba de vino —le contesté sin pensar en las consecuencias y mientras me resbalaban por la cara lágrimas de impotencia.

Como si me hubiera caído una teja en la cabeza desde un quinto piso, sentí un golpe tremendo en el ojo. Me había soltado el cuello para darme un puñetazo. Caí al suelo del impacto.

—¿Qué has dicho, puta? —dijo cuando se disponía a sentarse encima de mí mientras abría sus piernas.

Algo desorientada al principio y con visión solo en el ojo izquierdo, miré a mi alrededor y vi encima de la mesa, justo a mi lado, mi cenicero de cristal. Sin que se lo esperase, lo agarré antes de que se me echara encima de nuevo y le di con toda mi alma con él en la cabeza. Cayó al suelo. Sentía rabia, mucha rabia, estaba histérica por completo, me levanté y aún le tiré a la cara el mando a distancia que también estaba sobre la mesa. Eso casi le deja sin sentido. Pero no había terminado,

sentía una furia descontrolada y no era dueña de mis acciones. Comencé a patearle mientras gritaba, al principio sin sentido, pero cuando le di cuatro o cinco patadas en el estómago, en la cara y en la entrepierna de forma epiléptica, cuando conecté una de las patadas que le dio en una rodilla se escuchó un crujido, aunque aquello no me hizo parar, y con una fuerza nacida de la impotencia, donde descargaba todas las injusticias de las que él había sido protagonista, empecé a gritarle:

—¡No se pega a una mujer, hijoputa! Está muy feo, cabrón de mierda —seguía pateándole con tal potencia que me dolía el cuádriceps y el pie al golpear.

Me agarró una pierna y me soltó un puñetazo en el muslo con el puño de la mano que le quedaba libre, aunque este ni dolió, quizá por la cantidad de adrenalina que me hervía por todo el cuerpo y porque además llevaba mucha menos fuerza que el que me pegó en la cara. Aunque casi pierdo el equilibrio, atiné a pillar una estatua de buda que tenía y le di con ella en un pómulo. Sangraba por la cara y estaba desorientado; fui corriendo como las locas a la cocina temblando y agarré un cuchillo jamonero enorme. Cuando volví al salón él seguía en el suelo, me agaché y le dije poniéndole el cuchillo en el cuello y agarrándole del pelo:

—Ahora me vas a escuchar tú a mí, cabrón: no tienes ni idea de la gente con la que trato; si no sales de mi vida, no solo se van a enterar de dónde estás todos a los que has estafado y están deseando encontrarte, sino que mi gente te van a meter una paliza que te van a romper las piernas, eso te lo juro por estas —apretaba los dientes mientras proseguía—. Y cuando hayan acabado contigo con un cuchillo como este te voy a rajar las tripas y... ¡Mírame bien, cabrón!, no me va a temblar la mano cuando lo haga.

Me miró aterrorizado y por primera vez en mi vida fui yo la que vio miedo en sus ojos y no al revés.

—No vine a discutir, Antonia, esto no tiene sentido, tira ese cuchillo... —dijo acojonado y con el cuerpo dolorido.

Apreté el cuchillo más contra su cuello, tanto que si deslizaba la hoja un milímetro le cortaría. Héctor abrió muchísimo los ojos y por un momento me miró a la cara. Sabía que sería capaz de hacerlo. Ya no veía a Antonia, sino a Rita. No me reconocía y eso le aterrorizó.

—Suéltame, Antonia, por favor, no volveré a molestarte, te lo juro —suplicó.

—No quiero verte, ni oírte, ni olerte más en mi puta vida, Héctor, si no te juro que un par de amigos rusos te van a meter en un saco y te van a tirar al mar, después de que yo te raje, ¿estamos?

Aún no le había soltado y no sabía si al hacerlo se revolvería y me mataría él a mí, pero no podíamos estar allí toda la noche, así que le solté; hizo un movimiento tan rápido como su pateado cuerpo le permitió, cojeando con una pierna, y salió de mi casa diciendo:

—¡Estás loca, zorra de mierda!

Yo agarraba el cuchillo, ahora con las dos manos, amenazando con cortarle mientras meneaba el cuerpo de un lado a otro como las dementes.

—¡¡Fuera!! —dije, mientras se marchaba dando un portazo.

Fui hacia la puerta temblando, aún no había soltado el cuchillo, miré por la mirilla por si había vuelto, pero no estaba. La fuerza y la potencia habían desaparecido y dieron paso al miedo de nuevo. No sabía si llamar a la policía, si intentar llamar a Begoña, que a pesar de no hablarme quizá me escucharía en este caso, o salir corriendo e irme a casa de mi madre a dormir... Me miré al espejo y vi mi cara golpeada, el ojo morado y el cuchillo en mi mano. Me quedé allí por un instante. De repente, me tranquilicé. Solté el cuchillo, fui a la cocina y cogí una bolsa de guisantes del congelador, me senté en el sofá y me la coloqué sobre el ojo donde Héctor me había golpeado, puse una película

y la vi con el ojo izquierdo mientras comía golosinas. Después me metí en la cama y dormí como un bebé.

A la mañana siguiente fui a comprar pan, salí a la calle sin miedo, ya me daba igual encontrármelo o que tratara de pegarme otra paliza, al menos sabía que moriría defendiéndome y eso me hacía sentir más segura. Nadie jamás volvería a ponerme una mano encima sin que yo me defendiese como un gato, costase lo que costase.

Aunque me había maquillado el ojo, aún se podía ver perfectamente que me habían atizado un buen puñetazo y lo tenía hinchado y semicerrado. Me crucé con Begoña al doblar una esquina, nos miramos, pero ninguna de las dos dijo nada, ella simplemente me miró el ojo por un instante e hizo un gesto de negación y desaprobación con la cabeza. Luego apartó la vista y siguió caminando. Yo me quedé parada durante unos segundos.

—No ha sido en el trabajo, ha sido Héctor, mi ex, y deberías haberle visto la cara a él —le grité mirándola fijamente.

Ella se giró de nuevo y volvió a negar con la cabeza, pero yo sonreí y seguí andando hacia la panadería.

ENAMORADA DE UN CLIENTE

Nunca había tenido suerte en mis relaciones de pareja. Según mi madre no tenía nada que ver con la mala fortuna sino, más bien, con mi tendencia a buscarlos así. Y he de reconocer que razón no le faltaba. Siempre terminaba con chulos vagos que se aprovechaban de mí o con alguno con grandes taras de personalidad y de difícil convivencia. Como decía una amiga mía, yo veía un problema por la calle y lo abrazaba. Pero también el destino había hecho que se cruzaran de forma fortuita en mi vida individuos muy complicados que habían terminado siendo físicamente mi tipo. Era un verdadero incordio que cuando realmente me atraía un hombre, acabara siendo un enamorado de la noche, y yo me las pasara llorando en casa imaginando que estaba con otras. En la mayoría de las ocasiones no me equivocaba.

La noche puede ser divertida para salir con amigos de vez en cuando, echar unas risas, desfogarse y distanciarse de los agobios diarios de la rutina, pero cuando alguien era constante en salidas nocturnas y fueran imprescindibles en su vida, estaba buscando algo más que, indudablemente, no tenía en casa y, por mucho que te empeñes, ni puedes cambiar a alguien, ni debes. No hay gente mala o buena para una relación, hay gente compatible o incompatible, bajo mi punto de vista. Hasta el más alocado, infiel y degenerado, podría encontrar la horma de su zapato y dar con una versión de sí mismo en femenino o masculino, según su orientación sexual, que le haga completamente feliz y en la que dentro de sus libertades y permisiones, tuvieran una relación perfecta para ambos, pero desde luego esa no era yo. Además, siempre he tenido un complejo de madre superlativa; mi pareja no era solo mi pareja, era como mi hijo, me encantaba cuidarles, tratarles como a reyes e intentar proporcionarles —a veces más allá de mis posibilidades— lo que necesitaban. Me dejaba cuidar poco y me gustaba. Encontraba más placer en dar que en recibir y así me topaba con la frustración. Era un caso patológico el mío bastante complejo, derivado supongo de experiencias pasadas propias y familiares extrapoladas, que influían en mi forma de ver a un hombre. Si encontraba alguno con taras, me empeñaba en arreglarlo, como si así pudiera solucionar desde la relación que habían tenido mis padres hasta la primera relación fracasada y todo lo demás.

Últimamente —por razones obvias—, no buscaba una pareja en mi vida; más aún, rechazaba el hecho de poder encontrarla. No era el momento de encontrar mi media naranja. Si aparecía el amor sabía que sería incapaz de ejercer mi profesión, no querría que nadie más me tocara, excepto la persona amada, aunque tampoco estaba dispuesta a depender de nadie. En todo caso, de momento no tenía otro trabajo ni otra opción para sacarnos a mi madre y a mí adelante, con lo que me vería en un dilema bastante incómodo.

Me había costado una barbaridad, desde mi última ruptura, acostumbrarme a vivir sola, casi siempre había saltado de una pareja a otra casi de inmediato, había sido una dependiente emocional toda mi vida y ahora, por fin, me encontraba bien sola, bien en un sentido estricto de pareja, porque el boicot de mis amigos me estaba matando, pero en lo referente a hombres, para mí eran ya solo clientes potenciales. Por lo que había visto hasta entonces, creía que ninguno podría llenarme de veras, veía tremendamente complicado llegar a poner mi confianza en manos del género masculino una vez más. Pero con mi acostumbrada fortuna el amor llegó... Y lo puso todo patas arriba.

La primera vez que Gonzalo llamó fue como cualquier otro cliente: una conversación escueta, una cita en un lugar... El día que le conocí ni siquiera me apetecía arreglarme demasiado. Me maquillé con prisas y cogí la ropa del armario casi sin mirar. Llevaba una temporada en la que me arreglaba poco, sabía que tenía que cuidar mi imagen para poder conservar mis tarifas, pero no había nada que me ilusionara, y la ilusión, al menos para mí, era fundamental a la hora de ponerme guapa.

En los últimos meses no hacía más que tener clientes poco agraciados, y estaba siendo más que permisiva con la aceptación de los mismos —no me quedaba otro remedio—, así que me encontraba con cada cromo de colección para darles el diploma a hombre «dejado» del año. Les solía poner motes: el Barriguitas, don Pimpón, Chewbacca... ¡Qué manía tienen los hombres de llegar a cierta edad y abandonarse! Si pusieran un poquito de empeño en ir al gimnasio, llevar una dieta sana, en algunos casos dejar de empinar el codo o depilarse la espalda —que alguno tiene tal cantidad de pelos que podría hacerse coletas, especialmente Chewbacca—. Pero no, eran unos desconsiderados y yo tenía que acostarme con la peor versión de ellos, lo cual me parecía injusto. También es cierto que ellos pagaban y yo cobraba, pero ¡qué egoísmo, leches!

Llegué al lugar de encuentro para esperar a Gonzalo con resignación, con la seguridad de que me iba a encontrar otro regalito para la colección. Me preguntaba qué mote le pondría a este. Entró por la puerta un chico multirracial, con el pelo casi rapado y con un abrigo largo negro y una bufanda beis, estilosísima, colocada a modo de fular.

Al entrar sujetó la puerta cortésmente para que entrara una señora mayor; cuando le vi acercarse a la barra supe que era mi cliente. Llevaba en la mano, como acordamos, un ejemplar de la revista *Muy Interesante*. Tenía una nariz más bien grande, con personalidad, unos ojos achinados negros preciosos con aire de tristeza, los labios carnosos y perfectamente dibujados y los pómulos marcados. Todos los rasgos combinados daban una armonía perfecta a su rostro. Era alto y esbelto, y tenía unas manos grandes y varoniles aunque muy cuidadas y, como luego pude comprobar, de tacto suave. Era como un primo del presidente Obama en versión guapo espectacular.

Cuando por fin llegó hasta mí dejó ver una sonrisa sincera y una dentadura blanca perfectamente alineada.

—Hola, Rita, soy Gonzalo, ¿me permites? —preguntó antes de sentarse.

—Sí, claro, por favor, ¿te apetece tomar algo? —le dije yo bajando la vista algo avergonzada y pensando para mí: «Mierda, Antonia!, este te gusta, este te gusta mucho...».

Gonzalo se pidió un té verde con miel y me preguntó si me importaba que charlásemos un rato antes de subir a la habitación. Yo accedí, al fin y al cabo él pagaba, pero me sentía incómoda prolongando aquel servicio y no quería charlar mucho con él porque tenía pinta de que me iba a encantar. No habló de nada personal, no tocó ningún tema íntimo, solo asuntos de actualidad y se interesaba por mi opinión. Era un hombre tremendamente cultivado, daba la sensación de que había viajado mucho y hablaba con un tono de voz grave y agradable, como un locutor de radio. Yo tenía ganas de ponerme las manos en las orejas como los niños chicos cuando no quieren oír algo y gritar meneando la cabeza, no quería seguir escuchándole más... Rezaba porque al subir a la habitación fuera un tipo de costumbres raras o viciosas, algo grotesco, cualquier cosa que me desagradara y a la que pudiera agarrarme para que no me atrajera.

Cuando empezó a hablar sobre Gandhi me di cuenta de que estaba escuchándole con una mano en la mejilla apoyada en la barra y con la baba colgando. «¡Basta!», pensé.

—Perdona, Gonzalo, no te quiero interrumpir, estoy segura de que Gandhi era un gran tipo, pero no tengo mucho más tiempo, ¿quieres subir a la habitación o no? —dije, cortándole con bastante

mala educación y algo nerviosa.

Gonzalo se quedó algo parado, pero enseguida sonrió de nuevo y dijo que subiéramos si así lo deseaba. «Si así lo deseaba, ¡qué pedazo de cabrón, claro que lo deseo, ese es el problema!», decía para mí. Iba andando deprisa, liderando con una inexplicable mala leche que me estaba entrando por momentos, cuando él me cogió la mano.

—Rita, si te sientes incómoda y no te apetece, no pasa nada… —me estaba literalmente tocando los ovarios con tanta consideración, más le valía estropearlo todo y querer vestirse de colegiala en la habitación, porque yo ya tenía el corazón latiéndome a una velocidad que me iba a salir por las orejas.

—No, estoy bien, Gonzalo, es que llevo un día un poco complicado.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto él.

—No, no quiero hablar de nada. Para serte sincera quiero que nos desnudemos y nos callemos —solté, queriéndome tragar las palabras según salían por mi boca.

—Perdona si estaba hablando demasiado, últimamente no me relaciono mucho, no pretendía ser pesado… —se disculpó, lo cual terminó por darme la puntilla. Adoraba a los hombres que sabían disculparse y pedir perdón.

Allí, en la puerta de la habitación, le besé. Más con intención de que se callase que porque el momento lo pidiera y a riesgo de que me quitara la cara porque no quisiera que le besara una prostituta. Le cogió de improviso, pero se dejó hacer; al principio como si fuera un crío vergonzoso dando su primer beso, pero luego me cogió suavemente por la nuca y tomó el control, dándome el beso más bonito que recuerdo de toda mi vida. Cuando terminó abrí los ojos para ver que él me miraba directamente a los míos y volvió a hacerlo muy lentamente.

—¿Entramos?, porque veo que al final nos lo montamos en el pasillo —dije apartándole con mala leche en un alarde completo de mala educación y modales de macarra.

—Sí, claro, disculpa —pidió perdón una vez más, lo que hizo que yo pusiera los ojos en blanco y pasara a la habitación por no abofetearle.

Una vez dentro tardamos muchísimo en desnudarnos. A él le encantaba besarme, y aunque en un principio a mí me seguía preocupando que aquel hombre me fascinara, al poco tiempo me rendí y me dejé llevar. Le quité la camisa sin dejar de besarle, pasé mis manos por su pecho fuerte y sin vello. Tenía una piel extremadamente suave, bajé mis manos acariciándole el torso para comprobar que su estómago era plano y firme también y le desabroché los pantalones. Él me quitó la chaqueta y me bajó la cremallera del vestido mientras besaba mi cuello y me susurraba al oído:

—Eres preciosa, Rita.

En mitad del trance, embriagada por el olor de Gonzalo y con mi mente flotando en un lugar agradable con los ojos cerrados, le confesé:

—Me llamo Antonia. —Supe que acababa de cometer una gran equivocación nada más decirlo.

—Antonia es perfecto —me dijo mientras me tumbaba en la cama y me besaba de nuevo.

Sonreí pensando que había descubierto su defecto: era un mentiroso. Gonzalo de ninguna de las formas tuvo sexo conmigo, me hizo el amor con la mayor dulzura, alcancé el orgasmo al poco tiempo de empezar, como si hubiera estado ahí el pobre, esperando a encontrar un hombre como aquel para estallar como fuegos artificiales. Después continué excitada hasta que él llegó también al clímax. Casi nos cargamos la cama; yo agarraba las sábanas con fuerza y nos dábamos placer como si aquel fuera el último día en la tierra y fuéramos a desaparecer. Cuando terminamos, él se me quedó mirando, me besó por toda la cara, se tumbó a mi lado y se quedó allí agarrado a mi cintura con una

pierna sobre mí. Después de unos minutos de disfrutar plenamente de aquello, la cordura me volvió como un latigazo y me levanté como un resorte.

—Me tengo que ir.

—¿No te puedes quedar un poco más? —me preguntó incorporándose.

—No, no, no, tengo que marcharme, no… No me puedo quedar, llego ya tardísimo…¡Uf!, fíjate la hora que es —dije vistiéndome torpemente, nerviosa y evitando mirarle desnudo aún en la cama, por si se me iba la cabeza de nuevo y me tiraba en plancha sobre él.

—Bueno, pues volveré a llamarte; otro día que tengas más tiempo.

—No sé, mira tú que no soy yo de repetir con clientes, Gonzalo, más bien yo creo que no, que no me llames… —hablaba torpe y atropelladamente.

—¿Hice algo que te desagradó? —preguntó cuando yo había terminado de vestirme y cogía el bolso.

—¡No! No has hecho nada malo, Gonzalo, eres perfecto… Quiero decir que eres un perfecto cliente, que todo ha estado muy bien y eso… Que me tengo que ir —decía dirigiéndome a la puerta.

—¡Antonia!

Cerré los ojos y pensé: «No, no te vuelvas, sal de aquí y cierra la puerta, este hombre significa problemas». Pero tres segundos después me giré.

—¿Qué? —le pregunté un poco cabreada.

—El dinero, que te tengo que pagar.

Después de los momentos tan bonitos que acababa de experimentar aquello fue como si me tiraran una jarra de agua fría. Se me había olvidado por completo cobrar, y mientras le veía sacar el dinero de la cartera me sentía tan sucia como la primera vez que me prostituí en Marbella. No sabía dónde mirar, me daba vergüenza. Finalmente alargó la mano y yo lo cogí deprisa dándole las gracias. Antes de salir de la habitación y cerrar la puerta escuché a Gonzalo decirme:

—¡Te voy a volver a llamar! Por si haces una excepción.

Llegué a casa y me di cuenta de que había repasado nuestro encuentro íntimo unas doscientas veces en el camino. Malo, aquello era malo y lo sabía. Me fastidiaba enormemente no poder coger el teléfono y contárselo todo a Begoña con pelos y señales. Pero quizá era mejor así, debía olvidarme, ¡y debía olvidarme ya! Si tuviera a alguien con quien comentarlo no haría más que alimentar la idea de la presencia de este hombre en mi vida, para idealizarle en mi mente. «Ha sido un cliente más, simplemente un cliente y ya está. Un cliente apasionante, increíble y de ensueño… pero un cliente al fin y al cabo —trataba de convencerme—. Además, algo raro tiene que tener este hombre “perfecto” para necesitar del servicio de prostitutas».

Lo cierto es que me costaba creer que un hombre guapo, inteligente, con una educación exquisita y formas impecables no tuviera una pareja o no tuviese una cola de mujeres preciosas esperando para acostarse con él gratuitamente. «¡Yo lo haría, desde luego! —me dije, haciéndome callar enseguida —: Porque tú eres muy puta, Antonia. Últimamente te follarías hasta el código de barras de los cereales». Pero por mucho que me amonestara yo sola, sabía que algo no encajaba, que algo tendría que tener Gonzalo… Y si había dos cosas que me obsesionaban en esta vida eran un hombre tan atractivo como él y un enigma. Cuando ya venían juntos de fábrica, aquello era la pera. Decidí que no debía pensar más en él, que me forzaría a no hacerlo, además, le había dejado muy claro que no quería que me llamase. Pero enseguida me dije: «Sí, pero él dijo que aun así lo haría…». ¿Sería así?, ¿volvería a llamar?… Estaba a punto de darme dos bofetadas yo sola cuando me di cuenta de que no

había comido nada en todo el día. Cuando tenía un hambre voraz como aquella, lo que me pedía el cuerpo era un enorme plato de pasta.

Fui a la cocina y comencé a prepararme unos espaguetis carbonara, y mientras cocía el agua llamé a mi madre para que me contara su día y yo dejara de pensar por un rato en míster Perfecto. En esta ocasión mi madre no me habló de Piluchi, ni de mi tía Petra ni de Merchita... Aquel día le dio por decirme que hacía ya tiempo que no salía con nadie, que ya era hora de encontrar un buen hombre en mi vida, «alguien que mirara por mí». Según ella, si no me daba prisa me iba a quedar «para vestir santos», además de que en unos añitos ya me podía olvidar de tener hijos... «Vale... —pensé—. El universo se ha confabulado en mi contra». Traté de hacerle ver mi punto de vista y decirle que era muy feliz sin pareja y que realmente no creía necesitarla. Mi madre aún contraatacó un par de veces en modo paliza intensa, pero después ya pareció desistir del tema y me empezó a contar que su amiga Merche estaba en rehabilitación porque tenía una rodilla hecha migas, lo cual me alivió enormemente, no porque Merchita estuviera hecha un asco la pobre, sino porque aquel asunto no tenía nada que ver con amores o clientes.

Ya me estaba comiendo un plato tamaño familiar de espaguetis a la carbonara, viendo un capítulo grabado de la nueva temporada de *House,* cuando recibí un mensaje de texto en el móvil de trabajo. Casi se me corta la digestión. Normalmente ahí solo recibía llamadas, recé para que no fuera el mamonazo de mi ex que volvía a la carga con alguna amenaza o algo similar. Cuando lo abrí comprobé que el mensaje no era de Héctor, pero se me cortó la digestión de igual forma porque aquel mensaje era de Gonzalo: «He pasado una tarde increíble; gracias, Antonia. ¿Cambiaste de idea?, ¿puedo llamarte?». Me entró un escalofrío por todo el cuerpo, como una descarga eléctrica, y después de leerlo me sorprendí a mí misma con una sonrisa de imbécil, la cual borré inmediatamente de mi cara, dejando el teléfono encima de la mesa. Continué viendo la serie tratando de ignorarlo.

No habían pasado ni dos minutos cuando volví a coger el móvil para leer otra vez el mensaje. Me entraban ganas de contestar: «¡Claro que he cambiado de idea, llama cuando quieras! Es más, me gustaría presentarte a mi madre, iba a estar encantada». Di un resoplido agarrándome el flequillo y me dispuse a contestar algo drástico, algo muy lejano a lo que sentía de verdad, para que terminara aquella situación absurda. Finalmente escribí: «Siempre me alegra que mi clientela quede satisfecha. Voy a hacer un largo viaje y no estaré en la ciudad». Con aquel mensaje dejé claro que era un cliente más y me ahorraría que volviera a llamar en una temporada, pero por mucho que me quisiera engañar a mí misma, aunque había sido bastante borde, había dejado abierta la posibilidad de que nos volviéramos a ver después de mi «supuesto viaje». Podría no haberle contestado o haberle dicho que no me molestara y que no repetiría, pero no, simplemente me di cuenta de que había escrito justo lo que mi subconsciente quería. No deseaba perder del todo a aquel hombre, necesitaba verle de nuevo, estar una vez más en sus brazos, pero al mismo tiempo me aterraba y, además, seguía siendo para ambos una mera transacción de compra-venta, lo que hacía todo aún mucho peor. No podía encapricharme de un cliente, sabía el daño que me podía hacer.

Según estaba inmersa en mi mar de dudas y dilemas, el teléfono volvió a pitar con otro mensaje de texto, era Gonzalo de nuevo: «Avísame cuando estés en la ciudad, me gustaría verte». Tuve fuerza de voluntad y a ese último mensaje ya no contesté.

Pasó una larga semana y media en la que mi cabeza se había convertido en una batalla campal de nuevo. Cuando estaba con los clientes y cerraba los ojos me imaginaba con él, y el mero hecho de pensar que era él quien estaba dentro de mí hacía que me volviera loca. Los clientes estaban

encantados, pensaban que el motivo de aquel ardor sexual eran ellos, pero cuando abría los ojos y veía al Barriguitas o a don Pimpón me entraban ganas de vomitar.

Mi madre estaba sorprendida de mi falta de apetito, nunca le había hecho ascos a sus sopas y, además, había vuelto a cuidarme más y a ponerme guapa.

—Antonia, a ti te gusta alguien —soltó un día de repente.

—¡Qué no, mamá! Que no tengo yo tiempo para tonterías, hombre —dije malhumorada por ser tan obvia en mis sentimientos y porque quería arrancar esa estúpida sensación de colegiala encaprichada.

Por un lado me fastidiaba que aunque le hubiera dicho a Gonzalo que estaba de viaje, no me hubiera mandado más mensajes, y por otro me aliviaba que no lo hiciera; pensaba que quizá así la cosa se enfriaría y a mí me daría tiempo a pasar aquel sarampión molesto.

Una tarde, mientras estaba con Chewbacca en la cama y lo tenía trabajando en las minas encima de mí, y le miraba con curiosidad dos matojos de pelos nuevos que le habían crecido en los hombros, sonó un mensaje de texto en el teléfono de trabajo. Chewbacca era de los que se tomaba su tiempo hasta llegar al clímax, pero yo no tenía tiempo: aquel mensaje me había puesto nerviosísima y tenía que saber si era de él. Así que le di la vuelta con un enorme esfuerzo, me puse yo encima y adopté una postura que había aprendido a base de experimentar con clientes y sabía que era infalible. Con aquello terminaban en cuestión de un minuto. Cuando Chewbacca quedó satisfecho, me quité de encima con rapidez y agarré el teléfono.

—Pues sí que andas solicitada, Rita —me dijo, mientras yo abría el mensaje.

—Últimamente tenéis todos las hormonas revolucionadas... Será que se acerca la primavera —le contesté.

El mensaje era de Gonzalo, no sé ni cómo lo dudaba ya en ese punto; nadie más que él mandaba mensajes a ese teléfono: «Ya de vuelta?, ¿te puedo llamar?». Guardé el teléfono en el bolso sin contestar pero con una sonrisa de oreja a oreja en la cara que ya no me daba la gana reprimir.

—¿Buenas noticias? —preguntó Chewbacca.

—No. De hecho son problemas, problemas de los gordos —respondí mientras me vestía deprisa con mi enorme sonrisa aún en la cara.

Chewbacca me miró asombrado.

—Qué raritas sois las tías, de verdad, no hay quién os entienda. Por eso prefiero pagar, con teneros un rato ya tengo suficiente.

—Más complicadas de lo que piensas —confirmé y le di un beso en la mejilla dispuesta a marcharme.

Iba en el coche flotando, no le había contestado aún, pero sabía que lo haría, sabía que volvería a verle, era inevitable, y deseaba que pasase y, aunque seguía aterrada, el deseo era ya mayor que el miedo.

Llegué a casa y me preparé una ensalada completísima para cenar, de esas que llevan lechuga, huevo duro, atún, cebolla, tomate, palmitos, pimiento, maíz, jamón york... Y porque no encontré nada más en la nevera, que si no se lo hubiera echado también. La aliñé bien saladita como a mí me gustaba, y ya duchada y cómoda, vestida con mi chándal, desmaquillada y con una mascarilla facial puesta, llevé la ensalada en una bandeja al sillón del salón y la dejé encima de la mesa. Saqué el teléfono de trabajo del bolso y me dispuse a contestar a Gonzalo. «Ya en la ciudad, llama cuando quieras», escribí, pero enseguida lo borré; no me gustó nada, era demasiado obvio y casi parecía que le estaba rogando que llamara... Después puse simplemente «Afirmativo» y lo envié. «No, no, no, no,

no… Va a pensar que soy gilipollas, ¿afirmativo?, ¿qué soy ahora, la teniente O'Neil o la campeona de bordes del año?… ¡Mierda!», me dije para mí ya sin remedio.

Me quedé un momento mirando el teléfono, pensando lo petarda que era; no recibí ningún mensaje de vuelta y entonces aún me cabreé más. Aparté la bandeja con la ensalada, ya no me apetecía, y agarré un libro con desgana a ver si conseguía quitarme a Gonzalo de la cabeza. Habían pasado cuarenta y cinco minutos más o menos cuando pitó el teléfono con un mensaje casi al mismo tiempo que mi libro salía volando para dejarme las manos libres y coger el móvil. «¡Estupendo!, mañana hablamos», contestó Gonzalo.

De nuevo se instaló en mi cara la sonrisa absurda, dejé el teléfono encima de la mesa después de dudar entre contestar o no. Finalmente decidí que sería mejor no hacerlo, de cualquier forma, él llamaría al día siguiente. Pegué como una imbécil tres botes en el sofá, contentísima como una niña pequeña, muy consciente de la estupidez que estaba haciendo e importándome ya un pimiento. La Rita que habitaba dentro de mí estaba a punto de cogerme del cuello, pero al fin y al cabo Antonia ganaba la batalla por antigüedad y ella estaba encantada con volver a ver a Gonzalo. Cogí el plato con la ensalada y empecé a comer con un hambre canina que me entró de repente, y puse un capítulo más que tenía grabado de *House*.

PUTEADA

Evitaba morderme las uñas mientras esperaba a Gonzalo en la cafetería del hotel. Había tardado dos horas en hacerme una manicura francesa perfecta y no me la quería arruinar, pero los nervios me estaban comiendo por dentro. Aquello era una enorme equivocación y era muy consciente de ello, no debía haberle contestado desde el principio, ni mucho menos estar allí sentada esperándole, esperando a mi «cliente», cuando sabía que para mí era mucho más, que estaba esperando a aquel hombre como si fuera una cita real. Quizá era mi kamikaze forma de elegir hombres, encapricharme de un cliente, siendo su prostituta, y además de un cliente bien parecido del que desconocía los motivos para necesitar de semejantes servicios... Sí, era un tema complicado, lo cual lo hacía perfecto para mi acostumbrado masoquismo en busca de relaciones imposibles.

Nada más ver a Gonzalo entrar por la puerta cambié tres veces de postura en lo que tardó en llegar adonde yo estaba sentada. Me maravilla el hecho de que no importa lo mucho que pasen los años y madures; en cuestión de amor, si alguien conecta con tu química interior te conviertes sin remedio en una imbécil. Cuando se acercó a mí me dio un beso en la mejilla y se sentó. Antes de empezar a analizar por qué no me había dado un pico, o simplemente no me había besado como el resto de mis clientes, me preguntó qué tal había ido mi «viaje», lo cual me forzó a inventar con rapidez. Le dije que había ido a Marbella a hacer un servicio especial, y según le decía aquello me arrepentí, ya que no quería hablar de otros clientes con él, ni siquiera de los ficticios. Cuando me disponía a tener una cita amena, una conversación interesante y trataba de sacar más información personal acerca de él, me rompió lo esquemas y me dijo:

—Antonia, sé que tienes el tiempo bastante limitado, no deseo robarte más del necesario, si quieres podemos subir ya a la habitación. —Estaba segura de que la cara de decepción y desilusión que se me debió quedar era de lo más patente.

—La verdad es que hoy tenía más tiempo, no tengo prisa... —confirmé después de unos segundos, aún dolida por su falta de interés por conversar conmigo.

—La verdad es que yo preferiría subir ya, si no te importa.

Aquello sí dolió, dejó constancia de que no tenía ni pizca de ganas de pasar el rato charlando y que venía simplemente a desahogar su tensión sexual, así que agarré el bolso, con una más que visible mala cara, y contesté:

—Tú pagas, así que tú decides. Subamos ya si quieres.

Cuando llegamos a la habitación, a pesar de que deseaba más que nada que me besara, seguía molesta con él, pero cuando finalmente estuve en sus brazos me olvidé del mundo. No existían los problemas, el estrés, la frustración, las preocupaciones. Era como cuando de pequeña quería sentirme apartada del mundo y me sumergía en una piscina o en el mar a bucear. Para mí, estar bajo el agua era la mejor de las terapias, sentía que allí nada malo me podía suceder, que el mundo exterior quedaba en pausa y el silencio y la sensación de libertad me llenaba de paz. Mezclar mi cuerpo desnudo con el de Gonzalo, conectar con él de aquella manera me hacía sentir de la misma forma y me aterraba el hecho de que aquella pudiera ser la última vez.

Después de hacerme el amor se quedó abrazado a mí de la misma forma que lo había hecho la primera vez, pero en esta ocasión no me levanté, me quedé allí disfrutando de aquel momento sin decir una palabra. No sé cuánto tiempo pasó, pero sé que fue él el que, esta vez, se levantó y comenzó a vestirse.

—Gracias, Antonia —agradeció simplemente.

Yo aún no tenía fuerzas de salir de la cama y vestirme y cuando él terminó de hacerlo puso el dinero encima de la cama, se acercó a mí y me dio de nuevo un beso en la mejilla. Realmente tenía ganas de darle una patada en la entrepierna porque no entendía nada. ¿Por qué Gonzalo había tenido aquella fijación en mandarme mensajes y en repetir? Creía que para él había sido como para mí, que habíamos conectado más allá de prostituta-cliente, pero ahora de nuevo me estaba tratando como una puta. A pesar de su educación, se comportaba de una forma mucho más fría conmigo, no en los momentos íntimos, pero sí en el antes y en el después. Antes de salir de la habitación dijo que me llamaría. Yo no contesté. Segundos después de que saliera de la habitación cogí un zapato y lo lancé contra la puerta que acababa de cerrar. Me vestí furiosa y me marché a casa.

Me sentía tremendamente ridícula por haberme hecho ilusiones. «Qué estúpida —pensé—, ¿cómo iba a encapricharse de ti un hombre así?, ¿de una puta…?». Me parecía macabra su forma de simular una escena de amor de película para que luego no significase nada. Estaba más que decidida a no cogerle el teléfono nunca más, a no contestar a sus mensajes ni a volver a verle. Si quería jugar a *Pretty Woman* sin final feliz que se buscara a otra que no sintiera nada con él, alguien más frío, más adecuado para su retorcida fantasía de amor ficticio.

Pasó una semana antes de que Gonzalo mandara un nuevo mensaje: «¿Tienes tiempo mañana?». Había pasado esos días entre alma en pena y cabreada con él. Cuando leí su mensaje simplemente lo borré, pero lo cierto es que me era imposible olvidarme de él. Quería volver a verle, hasta la última fibra de mi cuerpo y de mi mente me lo pedía, pero no tenía dieciocho años, y de lo que estaba segura era de que no iba a dejar que un hombre me hiciera daño nunca más. No era su culpa, supongo que era mía por haberme inventado un mundo de fantasía en el que quizá podría haber estado con él, no como cliente, sino como pareja. Era completamente absurdo: si él me hubiera propuesto dejar la prostitución, le había dicho que no. Si me hubiera seguido tratando con dulzura, teniendo conversaciones amenas conmigo, me habría interesado más por él y hubiera llegado a un callejón sin salida. Si me trataba como a una mera prostituta y solo quería contacto físico conmigo como la última vez, me ofendía y también me parecía mal. Quizá tienen razón cuando dicen que las mujeres somos complicadas. Al menos yo lo era. No importa lo que Gonzalo hubiese hecho, cualquier conducta que hubiera elegido habría sido la equivocada y me habría parecido mal. No tenía derecho a enfadarme con él; una vez más, y para no perder las buenas costumbres, con quien debía cabrearme era conmigo misma, de lo cual ya me estaba empezando a cansar. Últimamente era incapaz de tomar una decisión a derechas.

Gonzalo siguió mandándome mensajes y finalmente llamó un par de veces, pero no contesté en ninguna de las ocasiones. Por las noches tardaba muchísimo en conciliar el sueño, pensaba en él constantemente y el tiempo no estaba solucionando nada en absoluto, muy al contrario, cada vez me urgía más su compañía, volver a oler el perfume de su piel, que me acariciaran sus manos, que me hiciera el amor, que volviera a recordarme que soy una mujer, capaz de sentir, y que me abrazara después y me transportara a aquel lugar donde solo reside la paz.

El hecho de que no dejara de mandar mensajes tampoco colaboraba a que pudiera pasar página. Me parecía absurdo tener esos sentimientos por un hombre que tan solo había visto en dos ocasiones y que, además, en una de ellas me había hecho enfadar enormemente. Quizá veía en él un salvavidas, un

flotador en medio de un mar hostil donde ya llevaba nadando más tiempo del debido, una salida a una vida donde aterricé por casualidad y que me estaba pasando titánicas facturas.

Trataba de comer unas exquisitas lentejas de mi madre, pero tenía el estómago cerrado y estaba inmersa en una tristeza crónica que llamaba la atención a kilómetros. Ella aún andaba trasteando en la cocina lavando los cacharros, ya que se negaba en rotundo a que yo la ayudara con aquello, se ofendía muchísimo y yo hacía años que había dejado de pelear con ella al respecto. En su cocina mandaba ella y le hacía sentir útil, así que aquella batalla la tenía más que perdida. Cuando estaba secando el último cacharro, lo dejó encima de la mesa dando un golpe y me preguntó:

—A ver, Antonia, ¿a ti qué te pasa? Y como me digas «nada, mamá» te doy con la olla en la cabeza.

Supuse que ya no podría esconder mis sentimientos durante mucho más tiempo, especialmente con mi madre, y como no era algo que se me fuera a pasar de la noche a la mañana, confesé a medias. Le conté que me había encaprichado de un hombre, y que creía que yo le gustaba también, pero que no era para mí.

—¿Y por qué este hombre misterioso no es para ti, si se puede saber? —preguntó dejando el trapo de secar y sentándose a la mesa conmigo.

—Simplemente no lo es, mamá. Pertenecemos a dos mundos diferentes y él no… —realmente no sabía cómo explicárselo, desde luego no podía decirle que era un cliente y que simplemente era imposible.

—Hija, no existen dos mundos, cariño, solo uno. Y por mucho que nos empeñemos en ver las cosas difíciles, generalmente son bastante más fáciles, es solo que nos gusta complicarlas. Habla con él, dile cómo te sientes.

—Mamá, que no sabes de qué va, que no puedo hablar con él, déjalo, de verdad, no sé para que te he dicho nada… —dije yo actuando como una niña de trece años.

—Llevas razón, hija. No hables con él. Quédate así, llorando por las esquinas como una idiota y malgastando tu tiempo, que seguro que es mucho mejor —afirmó mi madre levantándose y terminando de secar el último cacharro antes de colocarlo.

—Mamá… Que si hablo con él es peor, créeme —protesté yo.

—Peor, ¿por qué? ¿Porque te pueda mandar a tomar viento? Pues, hija, si es así por lo menos te lamentas con razón, lo pasas mal dos semanas y se acabó, pero si no haces nada vas a seguir pensando en él hasta que te salgan canas en…

—Vale, mamá… Ya lo pillo.

Serían casi las dos de la madrugada cuando recibí otro mensaje de texto de Gonzalo: «Odio molestarte a estas horas, pero te echo de menos», leí en la pantalla del móvil a oscuras en la habitación mientras me enfurecía por segundos. Encendí la luz de la mesita de noche, me froté la cara con energía para terminar de desperezarme y decidí marcar su número dispuesta a hablar con él.

—¿Qué estás haciendo, Gonzalo? —pregunté en tono enfadado.

—Siento muchísimo si te he despertado, Antonia, no debería haberte mandado un mensaje tan tarde… —se disculpó.

—Olvídate de la hora, te pregunto que qué coño estás haciendo —dije más cabreada si cabía.

—Lo siento, no te entiendo, Antonia, tenía ganas de verte… —confesó algo confundido.

—¿Que tienes ganas de verme?, vale, estupendo, pues yo quiero hablar contigo, en persona —dije sin temer ya las consecuencias.

—¿Hablar conmigo?

—Tú quieres verme, ¿no?, pues yo quiero hablar contigo. Así que cuando estés dispuesto a sentarte conmigo en una silla, no en una cama, y a hablar, pues quedamos.

—Perdona, Antonia, pero de veras no entiendo nada, ¿he hecho algo malo?, ¿algo que te molestara? Es que te noto muy enfadada…

—¡Todo!, ¡me molesta todo, Gonzalo! —solté de repente debiendo de sonar como una completa psicópata y avergonzándome al instante por haberle llamado y por haber comenzado aquella absurda conversación, demandando hablar con él como las locas.

No esperé a que me contestara a aquello último y colgué. Él no volvió a llamar. Me coloqué la almohada en la cara, no sé si para esconderla del mundo por la vergüenza que sentía o en un intento de ahogarme con ella. Escuché un pitido del móvil, tenía un mensaje de texto, me quité la almohada de golpe y abrí corriendo el mensaje. «¿Te parece que mañana nos tomemos un café y hablemos?», me preguntaba. «Desde luego», pensé; a este hombre le iban definitivamente las piradas, porque yo había perdido ya el norte y el control hacía bastante. Pero con la certeza de haber encontrado una excusa para verle de nuevo y pensando, una vez más, que mi madre era la mujer más sabia sobre la faz de la tierra, quedé con él para tomar ese café y hablar.

Esta vez Gonzalo ya estaba en la cafetería cuando yo entré. Estaba sentado en una mesa esperándome y se había pedido un té verde con miel, como el día que nos conocimos. Al acercarme hasta la mesa él se levantó, me fue a dar un beso en la mejilla, que yo esquivé torpemente como haciendo que me quitaba el abrigo, y él con su educación ejemplar me ayudó a hacerlo y después a retirar la silla para que me sentara; si no iba a darme un beso en los labios, se podía ahorrar cualquier otra versión de beso. No tenía ni idea de lo que le iba a decir, y sabía que improvisando era un desastre —con frecuencia mis improvisaciones acababan en forma de tragedia griega—, pero estaba cansada de planear, de pensar, de mentir, así que iba a dejar mis palabras en manos de la honestidad, y si todo se iba a hacer puñetas que al menos fuera sin que me dejara nada dentro.

—Bueno, pues ya estamos aquí, ¿por qué estás tan enfadada conmigo y por qué te urgía que habláramos? —me preguntó.

—¿Por qué una prostituta?

—¿Perdón? No te entiendo.

—Claro que me entiendes. Te pregunto que por qué contratar a una prostituta. A ti obviamente no te hace falta, así que ¿por qué? —insistí.

—Gracias, Antonia, te agradezco el hecho de que consideres que no me hace falta, pero creo que los motivos son personales y no tengo por qué darte una explicación —dijo algo molesto.

—No. No tienes por qué dármela, pero yo te la estoy pidiendo, y me importa muy poco que sea poco profesional y que las putas no tengamos que preguntar nada personal; si quieres enfadarte y marcharte, adelante, pero si quieres volver a verme yo quiero saber por qué —dije aliviada de que mis palabras expresaran exactamente lo que quería decir, aunque pareciera una puta demente.

—Antonia, es complicado… —respondió él visiblemente afectado porque estaba entrando en un terreno que quería evitar a toda costa.

—Dime algo, Gonzalo, ¿para ti solo soy una puta? Quiero decir que por supuesto lo soy y te he cobrado por sexo, muy a mi pesar, créeme, pero ¿tú no has sentido nada más conmigo? ¿Toda esa pasión en la cama es algo que experimentas con todo el mundo? —seguí metiendo el dedo en la llaga, muy a riesgo de que se levantara y me pusiera una orden de alejamiento que rezara: «Puta, loca y peligrosa, acosadora de clientes, no podrá acercarse a menos de un kilómetro de Gonzalo».

Pero no fue así, terminó de beberse el té y tardó un rato en encontrar las palabras mientras no dejaba de mirar la taza, como si alguien desde dentro de la misma fuera a darle la respuesta.

—Utilizo el servicio de prostitutas porque no quiero tener una relación con una mujer. Porque no puedo. Y llevas razón, sí sentí algo diferente contigo, que es precisamente lo que trato de evitar utilizando prostitutas. Nunca repito con ninguna, contigo lo hice, aun a sabiendas de que era una equivocación te seguí llamando porque necesitaba verte —dijo mientras yo pensaba que me iba a caer de la silla, pero firme en mi convicción de llegar al fondo de todo aquello.

—¿Por qué no quieres una relación con una mujer? ¿Cuál es el problema? —pregunté. Le dejé su tiempo sin insistir más para que encontrara el coraje de decir algo que obviamente le costaba muchísimo.

—Estuve enamorado, muy enamorado de mi mujer. No creo que exista en la tierra un hombre que amara más a su esposa. Nuestra relación era perfecta, era mi mejor amiga, mi amante, mi vida... Compartimos todo durante ocho años, ella era mi mundo, mi motor, mi inspiración. Cuando se quedó embarazada y esperábamos una niña, nuestra unión era idílica, no podía ser más feliz, daba gracias a Dios todos los días por haberme bendecido con aquel amor. Dando a luz a nuestro bebé hubo complicaciones... Ambas murieron durante el parto.

Los dos guardamos silencio durante un momento. Esperaba cualquier otra razón para utilizar el servicio de una prostituta, pero esto era lo último que podía imaginarme.

—Te agradecería si no dices que lo sientes muchísimo, esto pasó hace ya cinco años y evito hablar de ello. Llamo a prostitutas porque no quiero volver a enamorarme más, no quiero volver a depender emocionalmente de nadie —dijo ya con un tono de voz más defensivo.

—Eres un cobarde —le contesté, fiel a la promesa que me había hecho a mí misma, de ser totalmente sincera.

—No tienes derecho, Antonia... No sabes por lo que he pasado —dijo muy educadamente por no decirme «¿tú quién coño te crees que eres para juzgarme?».

—¿Ya está?, ¿ya has vivido tu vida y tiras la toalla?, ¿y vas a vivir una vida a medias para siempre? ¿Por qué no te metes en una burbuja por si coges un constipado? —seguí en mi tono insolente y descarado.

—Antonia, es que no puedo... —calló sin encontrar las palabras.

—Sí puedes, Gonzalo, lo que pasa es que no quieres —le dije yo.

—¿Y tú qué?, ¿no vives una vida a medias? ¿Cómo pretendes enamorarte de alguien dedicándote a la prostitución? ¿Qué te hace mejor que yo? —me preguntó por primera vez acusador.

—Yo lo necesito, Gonzalo. Tengo a mi madre que depende de mí... —me excusé.

—Llámalo como quieras, Antonia, pero no tienes derecho a decirme que no vivo una vida plena, eres la menos indicada —protestó.

—Me gustas, Gonzalo. Me gustas mucho, hace tanto tiempo que no sentía por un hombre lo que siento contigo que se me había olvidado. Y me da exactamente igual que sea una puta y no tenga derecho, al menos yo tengo ovarios de reconocerlo y decírtelo a la cara —dije pensando que antes de ser puta, antes de pasar por todo lo que había pasado, jamás hubiera tenido las agallas de decirle aquello a un hombre. Él era lo único real que me había pasado en mucho tiempo y no estaba dispuesta a darme por vencida tan fácilmente.

—Yo también siento algo por ti Antonia. Y ahora qué. ¿Dejas de ser puta, yo pierdo el miedo a las relaciones sentimentales y vivimos juntos y comemos perdices? —preguntó sarcástico e hiriente en un estéril intento de alejarme de él.

—De momento si quieres volver a acostarte conmigo no me vas a pagar, porque si te veo con un billete en la mano te juro que te lo tragas. Y si no quieres llamarme más no lo hagas, pero no voy a ser tu puta, eso olvídalo.

Gonzalo faltando a sus modales por primera vez no me contestó, dejó dinero encima de la mesa y se puso el abrigo para marcharse.

—No te preocupes, el dinero es para pagar el té.

Y se marchó sin que yo hiciera una escena y fuera tras él. Simplemente entendí que una mente necesita procesar las cosas y ya le había dado bastante tralla a la suya. Hice lo que tenía que hacer, había detonado la bomba y ahora solo podía esperar y ver hasta dónde llegaba la onda expansiva.

Cuando llegué a casa me di un baño caliente. Metí la cabeza bajo el agua y me sentí tremendamente libre de nuevo. «Cuánta razón tenía mi madre», pensé. Hablar es lo más sano del mundo, la comunicación, sin importar en muchas ocasiones las consecuencias, es el arma perfecta para liberarte. Allí, bajo el agua escuché de forma lejana y distorsionada el sonido del móvil avisando de que tenía un mensaje de texto. Abrí los ojos como platos bajo el agua, salí a la superficie y me sequé con una toalla la cara y las manos antes de coger el teléfono. Pensaba que nunca más tendría noticias de Gonzalo, pero me equivocaba. Su mensaje decía: «¿Mañana a la misma hora?». Me reí sola como una imbécil y le contesté: «Sí, pero mejor en mi casa, se me está poniendo cara de bar».

Tumbada en la cama, antes de dormir pensé: «Esto va bien, va muchísimo mejor. Ahora todo lo demás es coser y cantar... Solo tienes que buscarte otro trabajo e iniciar una relación con un hombre a la sombra de su perfecta difunta mujer... Sí, definitivamente la cosa va de puta madre».

SIN ALIENTO

Me equivoqué en mi pesimista previsión sobre Gonzalo. Nunca mencionó a su mujer. Jamás me comparó y yo nunca le pregunté. Tan solo por las noches, antes de irse a dormir, encendía una vela en el salón y rezaba una oración. Él tampoco me dijo que rezara por ella, pero yo sabía que ese momento se lo dedicaba a su mujer y a su hija fallecidas, y lo respetaba. No me molestaba que estuvieran presentes cada día de nuestra vida, me agradaba la idea de que si algún día yo faltara, alguien me rindiera aquel homenaje, para saber que estuve aquí, que fui amada y que soy recordada.

El comienzo de mi relación con él no fue sencillo. Gonzalo resultó ser escritor, escribía artículos para varias revistas de actualidad y nuevas tecnologías, y tenía en el mercado varias novelas. No es que fuera rico, pero se podía permitir vivir medianamente bien. Pasamos por muchas fases hasta conseguir organizarnos y acostumbrarnos el uno al otro. Lo primero que me tocó apagar fue el teléfono de trabajo, aquello no era discutible: ni él estaba dispuesto a que yo siguiera ejerciendo ni yo podía siquiera imaginar que otras manos, que no fueran las suyas, me tocaran.

En un principio estaba aterrada, no sabía cómo saldría adelante, cómo haría frente a las facturas, a los gastos, pero después de mucho pensar y de mucho discutir, conseguí un trabajo recomendada por un amigo de Gonzalo en una empresa de publicidad. Mi especialidad era el márquetin y encajé enseguida en mi nuevo departamento. Como no pagaban lo suficiente, al final acepté que Gonzalo me «contratara» también para traducir algunos de sus textos al italiano, que según él necesitaba para una revista para la que escribía y que se publicaba en Roma, aunque sabía que aquello lo hacía solo por ayudarme, pues era consciente de que yo nunca hubiera aceptado que me diera dinero sin más, si no me lo ganaba de alguna forma con mi esfuerzo. Lo que estaba claro es que había aprendido algo nuevo, y era a dejarme ayudar.

A mi madre se le caía la baba con Gonzalo, lo suyo sí que fue amor a primera vista. Estaba feliz de ver que finalmente había encontrado un hombre de verdad, un hombre que me amaba, que me cuidaba, «todo un caballero». Gonzalo entendía a mi madre a la perfección, se había convertido en su hijo adoptivo y a mí me estaban empezando a entrar casi celos del amor que ambos se profesaban.

Le pedí a Gonzalo que no le dijera a mi madre que yo no trabajaba en la clínica Bruselas; de momento no quería hablarle de más cambios, tenía miedo de que la relación con Gonzalo no funcionara por cualquier razón y de que la mujer se preocupase de que dependiéramos en parte de él. Además, no entendería por qué había dejado un trabajo tan idílico como aquel.

Mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Todo era tan perfecto que me daba miedo casi sentirme feliz por si algo fuera a pasar de repente y me arrebataran aquella sensación de plenitud. Era como si estuviera viviendo un sueño maravilloso y tenía un temor enorme a que me pudiera despertar y volver a la pesadilla de mi vida anterior.

Recuperé mi amistad con Begoña y Ángel. Gonzalo era el héroe nacional para todos, el hombre que había conseguido enderezar mi vida, el hombre que la había cambiado por completo, que me había devuelto la cordura, y no se equivocaban, él era aquello y mucho más.

Seguíamos conservando ambos nuestras casas, aunque por darme capricho, sabiendo que a mí me encantaba vivir cerca de mi madre, la mayoría de los días él se quedaba a dormir en la mía. Era un

auténtico placer llegar de trabajar y encontrar en casa a mi amor, sentado en el sofá con el portátil en su regazo, escribiendo sus artículos y sus novelas. Para ser aún más perfecto si cabía, muchas noches me encontraba la cena hecha. Gonzalo había aprendido a cocinar desde que su mujer murió, y además lo hacía fantásticamente bien. Decía que cocinar le relajaba, y hacía de ello un arte, era muy creativo e improvisaba recetas exquisitas. Además, podía competir muy seriamente con Chi a la hora de dar masajes, sus manos estaban bendecidas para todo, para escribir, para cocinar, para dar masajes, para amar…

Nunca me preguntó absolutamente nada acerca de mi vida como prostituta, y nunca demostró absurdos celos del pasado ni utilizó mi antigua profesión como arma arrojadiza ni siquiera cuando discutíamos especialmente porque él era tremendamente ordenado y meticuloso y yo era bastante desastre.

Aquella etapa de mi vida era sencillamente inmejorable. No habría añadido ni quitado absolutamente nada. Mi felicidad era plena. Dormía abrazada a Gonzalo sintiéndome segura, protegida, le amaba con toda mi alma y el mundo se había convertido en un lugar de ensueño. Atrás quedaba mi pasado como si de un extraño sueño se tratase, como si Rita nunca hubiera sido yo. Todo parecía lejano, ajeno a mí. Pero por alguna razón que desconozco, en alguna contada ocasión, volvía aquel inexplicable miedo, aquella sensación de angustia en la que dudaba de que todo lo que me estaba sucediendo fuera real, como si mi perfecta armonía fuera a rompérseme entre los dedos, como si estuviera a punto de despertar. Pero enseguida pasaba y seguía disfrutando y valorando cada minuto, cada segundo que vivía con mis amigos, con Gonzalo, con mi madre… Dando gracias por todos y cada uno de los momentos, que duraron exactamente diez meses y cuatro días.

Mi madre nos llamó por teléfono por la mañana; sentía una opresión en el pecho y tenía un dolor agudo en el brazo izquierdo. Sabía que aquello era serio; había pasado por millones de males y dolores, y siempre trataba de no ir al médico, ni mencionaba que algo le dolía por no preocuparme, lo cual me hacía enfurecer, porque odiaba que se callara cuando no se encontraba bien.

El hecho de que llamara, y aunque trataba de restarle importancia y decirnos que seguramente no era nada, hacía que me echara a temblar. Ella pretendía pedir hora en el médico para acudir otro día, pero yo me enfadé muchísimo porque quería llevarla a urgencias. Después de discutir como dos furias por teléfono y de no sacarla de sus trece, Gonzalo la convenció con más mimo y tacto que yo, se lo rogó más por mi tranquilidad, le dijo, que por otra cosa, sabía que ese era su punto débil y sabía decirle lo que ella quería oír.

Finalmente llegamos a urgencias del hospital, donde le hicieron infinidad de pruebas. Pensé que le recetarían algo y nos la llevaríamos a casa, pero casi se me cae el mundo encima cuando me dijeron que preferían dejarla ingresada hasta tener algunos de los resultados. Preguntaba a los médicos como un disco rayado cuál era el diagnóstico, pero todo el mundo me daba la misma contestación: que aún no estaban seguros, pero que tenía una serie de arritmias y había sufrido un amago de infarto, y no querían arriesgarse a darle el alta hasta saber que estaba fuera de peligro.

Las palabras «infarto» y «peligro» me sonaban a ciencia ficción cuando se trataba de mi madre. Escuchaba a los médicos, veía cómo se movían sus labios al hablar, pero no me parecía posible que aquello estuviese pasando. Ella había tenido siempre una salud de hierro, o eso nos hacía creer a todos, era capaz de tener la peor de las gripes y estar de pie en la cocina preparando la comida para un regimiento. No sabía estar enferma, odiaba estar mala en la cama, era completamente alérgica a cualquier convalecencia y se negaba a guardar reposo o a compadecerse de sí misma cuando algo le dolía.

Gonzalo me tenía sujeta por un brazo porque no me daba ni cuenta de que me estaba mareando y perdiendo la estabilidad. Me ayudó a sentarme y me dijo que no me preocupara, que estábamos en el hospital y que ya la tenían bajo control, que todo iba a salir bien. Yo nunca había sido fuerte, aparentaba serlo, parecía que me comía el mundo, pero si algo malo le sucedía a un ser querido me derrumbaba enseguida. No era buena enfrentándome a este tipo de cosas, me temblaba la boca y se me cayeron, sin ni siquiera darme cuanta, dos lágrimas.

Miré con miedo a Gonzalo y no me salían las palabras:

—Gonzalo... Mi madre... —le hablé como esperando a que me diera la solución que los médicos no podían.

—Tu madre va a estar bien, mi amor, está en buenas manos y es una mujer muy fuerte, pero tenemos que pasar a verla, cariño, y no te puede ver así... Si te ve llorando o preocupada la vamos a asustar. Te traigo un poquito de agua y nos relajamos antes de pasar, ¿de acuerdo? —dijo con todo el mimo del mundo. Yo asentí con la cabeza, me sentía aún incapaz de hablar.

Después de tranquilizarme un poco, saqué fuerzas de flaqueza para no parecer que estaba completamente acojonada antes de entrar a ver a mi madre. Cuando llegamos a la habitación ella estaba incorporada en la cama y nada más verme la cara se rio de mí:

—Hija, por Dios, qué trágica eres. No le hagas caso, Gonzalo, que a mi Antonia le gusta más un drama que a un tonto un palito... ¡Qué estoy bien, mujer! Ya me encuentro perfectamente, no entiendo por qué me tienen que dejar aquí. Hija, ¿por qué no le preguntas a los médicos si podemos firmar el alta voluntaria? —me pidió.

—Mamá, que los médicos saben lo que hacen, que si te dicen que te tienes que quedar es para estar seguros de que te pones bien —protesté yo enseguida, reprimiendo todo lo que podía mi angustia para no romper a llorar.

—¡Qué tontería! Yo ya me encuentro perfectamente y lo que quiero es irme a mi casa —dijo muy testaruda mi madre.

—Ángeles, su hija lleva razón, estoy convencido de que está usted más fuerte que un roble, pero mejor estar seguros de que no le va a volver el dolor. Ya que estamos aquí, que le hagan un buen chequeo y nos quedamos todos tranquilos —declaró Gonzalo, tratando de convencerla.

—Déjate, Gonzalo, que con los chequeos siempre te sacan algo, parece que se lo inventan. Cuando uno entra en el hospital no dejan de encontrarte cosas —seguía mi madre cabezona.

—Bueno, ¿qué le parece si bajo y le subo unos bombones que he visto en la tienda de regalos con una pinta estupenda? —trató de chantajearla.

—¡Pero qué zalamero eres! Anda, sube el chocolate; ya que estamos aquí por lo menos que me den algo dulce —dijo mi madre, que parecía ya más resignada a quedarse a esperar los resultados.

Yo me alarmé al escuchar a Gonzalo decir eso, porque no sabía si podría comerlos. Le miré y él enseguida me leyó el pensamiento y me susurró al oído al salir:

—No te preocupes, son sin azúcar.

Mientras bajaba a por los bombones, yo me quedé en la habitación y me senté en la cama a su lado.

—Hija, quita esa cara, por Dios, que parece que estás en un velatorio, que estoy bien, puñeta, que no me va a pasar nada malo.

Ya no pude más, comencé a hacer pucheros y a llorar.

—¡Ay, hija, mira que eres llorona! Que estoy bien, ¿pero tú te crees que es tan fácil acabar con tu madre? Anda, mujer, que en cuanto salga de aquí nos vamos a ir directas a tu clínica, pero a que me pongan un bótox de esos... —trataba de animarme.

Me daba una vergüenza tremenda que la pobre tuviera que estar consolándome a mí, cuando debería ser al revés, pero no podía evitarlo. Verla allí en la cama de un hospital, pensar que pudiera pasarle algo malo me hacía temblar. El pilar de mi vida se tambaleaba.

Me negué en rotundo a dejarla sola en el hospital, convencí a las enfermeras para que me dejaran pasar la noche allí con ella. Gonzalo trajo de casa una bolsa con los cepillos de dientes, las cremitas de mi madre y todo lo que necesitábamos para estar más cómodas. Después se marchó, muy a su pesar. Me dijo que se quedaba en mi casa por si precisábamos algo y que le llamara fuera la hora que fuera si no me encontraba bien o si quería hablar. De nuevo sentía vergüenza de que yo necesitase casi más atenciones que mi madre, que era la que estaba hospitalizada.

Fui incapaz de dormir. Gonzalo tampoco lo hizo y me estuvo mandando mensajes para tranquilizarme toda la noche. Begoña también me llamó varias veces para preguntarme si quería que se acercara al hospital, pero lo único que podía hacer que me calmara era que un médico entrara por la puerta y me dijera que mi madre estaba bien y que nos podíamos marchar. Aquella noche la recuerdo como la más larga de toda mi vida. Perdí la cuenta de las veces que salí a la calle para fumar un cigarrillo.

A las siete de la mañana entró una enfermera a cambiar el suero a mi madre y le pregunté si sabía cuándo tendrían alguna información. Me dijo que el doctor llegaría a las diez, y en cuanto tuviera los resultados pasaría a vernos. Eso no sucedió hasta las doce y media del mediodía. Gonzalo ya estaba con nosotras en la habitación, lo cual agradecí, porque a mi estrés de la incertidumbre se sumaba la impaciencia de mi madre por querer irse a casa. Begoña también estaba; había pasado a ver qué tal se encontraba. Cuando el doctor entró en la habitación se sorprendió al ver a tanta gente, ya que mi madre llevaba menos de veinticuatro horas allí. Traía en la mano unos papeles y después de tomarle la tensión y de charlar un rato con ella para ver qué tal se sentía, me pidió hablar un segundo en el pasillo.

Sabía que no podía ser bueno si trataba de evitar que una mujer que había tenido la noche anterior un amago de infarto escuchara nada de lo que tenía que decir. No me atreví a preguntar, no hubiese podido aunque hubiera querido, simplemente le miré implorando que no me dijera nada malo. El doctor, de la forma más profesional y con el mayor tacto posible, me dijo que el corazón de mi madre no resistiría mucho más, que aún tendrían que hacer más pruebas, pero que en principio todo indicaba que se trataba de una patología cardiaca grave y que necesitaría una intervención quirúrgica.

Mi cerebro no era capaz de procesar la información. Le hice un millón de preguntas absurdas y me pidió que me calmara, que mi madre era una mujer sana por todo lo demás y perfectamente capaz de resistir una operación de ese calibre, y que en la actualidad contaban con un enorme porcentaje de éxito en este tipo de intervenciones.

¿«Porcentaje», aquel médico se atrevía a incluir a mi madre en un «porcentaje»? Estaba hablando de la persona más importante de mi vida, y solo un pequeño porcentaje de probabilidades de que mi madre no superara aquello era un abismo para mí. Entendía que él era un médico, alguien acostumbrado a hablar constantemente con familiares de enfermos, para los que ellos eran las personas más importantes en sus vidas, pero quería gritarle que mi madre era diferente, que la curara, y que la curara ya.

Cuando Gonzalo salió al pasillo debió de verme blanca como la cal. No hizo falta que nadie le dijera que eran malas noticias. Se puso a hablar con el doctor porque yo ya era incapaz de avanzar más en la conversación, quería salir corriendo de allí y llegar a casa cuarenta y ocho horas antes, cuando mi madre aún estaba sana y nada de aquello había sucedido, y parar el tiempo en ese preciso instante.

Gonzalo se informó más sobre la situación y cuando se marchó el doctor trató de calmarme y de hacerme entender que aún no era seguro. Yo tenía los ojos inundados de lágrimas y unas enormes ganas de vomitar. Me abracé a él y clavé mis uñas en sus hombros mientras ahogaba el llanto en su jersey. Me llevó al cuarto de baño de la planta para que mi madre no me viera llorar y me sujetó el pelo mientras me lavaba la cara.

—Gonzalo, si le pasa algo a mi madre… Yo no puedo… —le decía entre lágrimas.

—Antonia, no le va a pasar nada, pero tienes que calmarte, piensa lo importante que es para ella verte tranquila, en su estado lo único que vas a conseguir es que se ponga peor. Tienes que ser fuerte. Así que, vamos, lávate la cara de nuevo y hazlo al menos por ella.

Me miré al espejo y vi una mirada perdida, aterrada. Cerré los ojos, respiré hondo, me lavé una vez más la cara y paré de llorar. No sabía qué hacer; mi madre no era tonta y aunque no era aconsejable decirle aún nada y seguíamos esperando que la hicieran más pruebas, tendría preguntas, y yo debía estar preparada para contestarlas. Decidimos que le diríamos simplemente que después de un amago de infarto, tendrían que tenerla al menos una semana en observación, y que yo me lo había tomado fatal.

Mi madre estaba con Begoña en la habitación, esperando noticias. Le contamos nuestra versión, me miró y me dijo muy seria:

—Cariño, no mientas a mamá. Qué te ha dicho el doctor, no pasa nada, hija, me lo puedes contar.

—Mamá, simplemente me revienta que tengas que estar aquí metida una semana, sé lo poco que soportas los hospitales y es solo que me gustaría llevarte a casa ahora. El doctor no ha dicho nada más, solo que te tenían que tener en observación, eso es todo —mentí.

—Bueno, pues visto lo visto, si me voy a tener que quedar aquí unos días, más vale que os haga una lista de las cosas que quiero que me traigáis, porque estas sábanas son un asco y no abrigan nada, y la comida de los hospitales es repugnante, así que… —decía mi madre cuando Gonzalo la interrumpió:

—Yo le traigo lo que usted quiera, Ángeles, y antes de que nos demos cuenta estamos todos en casa de nuevo, ya verá.

Le pedí a Gonzalo que se quedara un rato con mi madre; quería ir a comprar tabaco y a que me diera un poco el aire. Sabía que ella me necesitaba más que nunca, pero mi egoísmo me pedía a gritos salir de allí y llorar. Mi madre quiso que le trajera un par de revistas y dulces cuando volviera, y le prometí que regresaría enseguida con todo.

Begoña salió conmigo de la habitación y cuando entramos en el ascensor para bajar a recepción me derrumbé. Ella tenía mi mano agarrada y la apretaba con fuerza. Cuando salimos del ascensor me solté y me adelanté a ella para huir a la calle. No importaba lo profundo que tratara de respirar, parecía que el aire no entraba en mis pulmones, sentía el mundo de nuevo como un sitio hostil y cruel. Después de desahogarme y fumarme unos cinco cigarrillos seguidos, compré lo que me había encargado mi madre y volví al hospital, simulando una entereza que distaba mucho de ser real.

Los siguientes dos días fueron un infierno; me sentía como un reo en el corredor de la muerte esperando la llamada del gobernador para que me salvara y me sacara de allí. Soy consciente de que era mi madre la que esperaba la sentencia y no yo, sin embargo, me hubiera cambiado felizmente por ella, hubiera preferido un millón de veces que fuera yo la que estuviera tumbada en aquella cama y ella, la que me estuviera cuidando. Sé que, además, lo haría mucho mejor que yo. Nunca he deseado, en toda mi vida, con tanta intensidad cambiarme por alguien. Algunos quieren ser ricos; otros, modelos bien parecidos; otros, ser Bill Gates, Gandhi; ser inteligentes, pasar a la historia y ser recordados. Yo solo quería ser mi madre, ahorrarle todo sufrimiento.

Finalmente, Gonzalo y yo fuimos a ver al doctor a su despacho; parecía que ya tenía los resultados finales. El mayor de mis terrores se confirmó allí mismo. Mi madre necesitaba ser operada a corazón abierto y lo necesitaba lo antes posible. Tendrían aproximadamente unos cuatro meses para intervenirla antes de que empezara a tener más complicaciones.

El seguro que había continuado pagando para la familia cuando mi padre falleció no cubría este tipo de intervenciones, y ponernos a la cola en la Seguridad Social era un suicidio, dada la edad de mi madre y la gravedad de su dolencia. La única posibilidad era hacerlo por lo privado, ese fue el consejo del doctor, pero cuando nos dio el coste aproximado de la operación —estancia hospitalaria, preoperatorio, quirófano, cirujano, anestesia...— las cifras empezaron a bailar en mi cabeza de forma macabra, sabiendo que no contaba ni con la quinta parte del dinero. El médico nos dijo que podíamos pedir presupuesto a otra clínica, pero que la intervención iba a costar más o menos lo mismo.

Comencé a marearme, hubiera abofeteado al doctor de haber tenido energía para ello. Había puesto precio a la vida de mi madre, él tenía en sus manos poder operarla, salvarla, y me estaba pidiendo dinero para hacerlo. Quería agarrar un bisturí de los que tenía expuestos en su pared en una colección de instrumentos antiguos, ponérselo en la yugular y decirle que me pagara si no quería que le abriera en canal y le sangrara como a un cerdo. En definitiva, lo único que iba a hacer era poner también un precio a su vida.

Recuerdo a Gonzalo tratando de consolarme cuando salimos del despacho, haciendo imposibles promesas acerca de que conseguiríamos el dinero para la operación, pero yo vivía todo aquello como una autómata. Sentía como si mi corazón hubiera huido de mi cuerpo, como si lo hubieran sacado de golpe y remplazado por odio en estado puro.

Mi madre fue la que mejor encajó la noticia. Nos dijo a todos que no nos preocupáramos, que todo saldría bien. Le inquietaba más mi mirada gélida y vidriosa, en la que podía leer claramente que estaba dispuesta a hacer cualquier barbaridad para conseguir el dinero.

Entre los ahorros de todos conseguimos juntar una cuarta parte de lo que costaba la intervención, intentamos por separado pedir un préstamo a los bancos, en los cuales tanto yo como Gonzalo y todos mis amigos ya teníamos hipotecas y tal y como iba el país, nos fue imposible conseguir nada más.

Llevé el coche de mi madre a un taller de compra-venta y puse varios anuncios para ver si lográbamos venderlo, aunque sabíamos que no darían gran cosa por él. Cuando ya no quedaba nada que vender, y lo que quedaba no se vendía, y Gonzalo se desesperaba haciendo cuentas para tratar de llegar a la cifra que nos habían pedido, supe lo que tenía que hacer.

No hizo falta que Gonzalo rompiera conmigo ni que mis amigos me dejaran de hablar. Fui yo la que me alejé de todos al volver a ejercer de prostituta. Sería indescriptible y difícil de narrar mi caída libre al abismo. La primera vez que un hombre volvió a tocarme desde que todo mi ser pertenecía a Gonzalo fue como si violaran mi alma. Pero en mi carrera contrarreloj lo que yo pudiera sentir carecía de importancia, mi única obsesión era poder pagar el precio que habían impuesto a la vida de mi madre.

Estériles fueron los intentos de todos por hacerme entrar en razón, no quería escuchar a nadie, y me sentía como una traidora a mis sentimientos, a mi gente, a mi amor, sabiendo que traicionarles a ellos y a mí misma era la única salida, la única arma que tenía en mi poder.

Gonzalo continuó visitando a mi madre en el hospital, nunca le dijo que ya no estábamos juntos, ni mucho menos que su hija había perdido por completo la cabeza. De hecho, iba mucho más que yo al

hospital; yo era incapaz de ver a mi madre y pensar que podía perderla, y cada vez que veía a Gonzalo era como si me clavaran una daga en el pecho. Abandoné a mi madre, no estuve allí cuando tenía que estar, cuando más me necesitaba. Después de haberse sacrificado toda su vida por mí, no tuve cojones para sostener su mano y decirle que todo saldría bien.

Lo que quedaba de mi persona se esfumó cuando empecé a consumir drogas, incapaz de afrontar nada más. Tomaba anfetaminas en estado puro y éxtasis para acostarme con los clientes y me atiborraba a calmantes y ansiolíticos después. Para un cuerpo que jamás había tomado ningún tipo de sustancia química de ese calibre, el impacto fue brutal, pero mi mente encontraba de esta forma escapatoria al terror, al miedo, al asco, a la impotencia. Mi cobardía no tenía límites. No solo me acostaba con cualquiera que me pagara, sino con cualquiera que me ofreciera una pastilla, un escape. A veces robaba a los clientes cuando entraban al servicio, les quitaba lo que llevaban en la cartera.

En las pocas ocasiones en que fui a ver a mi madre, iba muriendo cada vez más por dentro viendo cómo su energía menguaba, cómo todos mis esfuerzos por salvarla eran inútiles, ya que según iba acumulando el dinero, y el tiempo pasaba, ella se iba apagando como una vela.

Finalmente conseguí la mitad del dinero para la operación y fui a ver a Gonzalo. Él no me hizo ninguna escena por haberle abandonado ni por haber vuelto a la prostitución, lo único que le preocupaba era mi estado mental y físico, ya que estaba rozando seriamente la demencia y físicamente parecía una yonqui. Estaba en los huesos y tenía unas enormes ojeras, la vida parecía estar abandonando mi cuerpo a la misma velocidad que el corazón de mi madre se iba debilitando. Hablé con él y le pedí que me ayudara a avalar el resto de los pagos y a pedirles a Begoña y a Ángel que hicieran lo mismo para que en el hospital accedieran a operar a mi madre. Todos me apoyaron en un cien por cien, nadie me juzgó, nadie preguntó.

Cuando hablamos con el hospital nos explicaron que, aunque pudieran aceptar la mitad del dinero y ajustar unos plazos para pagar el resto, ya era tarde, que mi madre no resistiría la operación, y que sería inútil operarla. Yo me negué a entenderlo, monté un espectáculo, les chillé, les insulté... Les exigí que la operaran de cualquier forma, que lo intentaran... Pero todo fue en vano.

Desde ese día no abandoné más el hospital. Me quedé allí, con mi madre, mintiéndole y diciendo que todo saldría bien. Aunque las dos sabíamos que aquello no era cierto, estaba feliz por primera vez desde que la ingresaron, porque yo había vuelto con ella, y me pidió que la llevara a casa. Firmamos el alta voluntaria en contra de la voluntad de los mismos médicos que se negaron a operarla cuando aún podían. Qué derecho, qué potestad pensaba esta gente que podía tener: no solo no habían salvado a mi madre, sino que encima nos querían imponer dónde debía morir.

Cuando llegamos a casa de mi madre y la metí en su cama y me acosté con ella, me abrazó y me dijo:

—No te preocupes, cariño, lo sé todo —aquello me heló la sangre.

—¿El qué sabes, mamá? —pregunté con un miedo atroz.

—Que has hecho lo imposible, hija... —contestó, acariciándome el pelo. Y después me dijo por última vez en su vida—: No te preocupes, mi ángel, todo va a estar bien... Este momento aquí juntas, ya no nos lo quita nadie.

Mi madre murió dos días después de su cumpleaños. Y con ella murió una gran parte de mí, todo lo que me quedaba de humanidad. Gritaba llorando «mamá» como si pudiera oírme, como si fuera a venir corriendo desde otra habitación otra versión de ella para abrazarme y decirme que aquello no estaba sucediendo.

Nadie, nada podía consolarme. Nada aún hoy, con el paso de los años, puede. El día que murió mi madre, la muerte en su marcha arrancó la mitad de mi alma y se la llevó consigo.

Fui al garaje donde tenían su coche en venta, y pedí las llaves. Me las dieron preguntando si había olvidado algo en el interior, y contesté que sí. Me metí en el coche, donde aún podía olerla, encendí el motor y acelerando lo estrellé contra una de las paredes. Eché marcha atrás y volví a golpearlo, y así hasta tres veces. Los mecánicos estaban detrás de mí haciendo señas, gritándome y llevándose las manos a la cabeza.

—¿¡Pero qué hace!? —decían—. ¿No quería vender el coche?, ¿para qué lo estrella? —me preguntaban.

Salí del coche, tiré las llaves al suelo y según me marchaba les dije:

—Ya nada está a la venta.

SU VOZ EN EL VACÍO

Mi vida se convirtió en un caos absoluto. Gonzalo trató de ayudarme, de recuperarme. Begoña y Ángel también se esforzaron al máximo por devolverme a la realidad, extendiendo su mano para que subiera a la superficie, pero es imposible ayudar a quien no se deja. Lo único que deseaba era desaparecer y dejar de sentir por completo. Seguía tomando drogas cada vez con más frecuencia, era lo único que me transportaba a otro mundo, a sitios donde no recordaba a mi madre y donde me hundía en un pozo del que ella misma trató de mantenerme alejada toda su vida. Todo me daba igual, entré en una espiral de autodestrucción que parecía no tener freno.

Pasaba noches sin dormir metida en antros y *after hours,* mezclándome con toda la escoria humana, que en otro tiempo me hubiera aterrado, incluso, cruzarme por la calle con ellos, y ahora yo era una más, pertenecía a su círculo. Camellos, drogatas, fiesteros, fracasados, adictos al sexo con desconocidos, degenerados... Almas sin rumbo, almas atrapadas en un limbo terrenal que no conducía a ninguna parte.

En ocasiones despertaba en casa de alguien que había conocido en una de aquellas largas fiestas donde la anfitriona era una droga de diseño. Abría los ojos sin saber dónde estaba e intentando recordar lo que había hecho la noche o la mañana anterior.

Trataba de pasar el menor tiempo posible en mi casa, en aquel lugar donde me ahogaban los recuerdos, donde aún podía escuchar los ecos de las risas de mi madre, y a donde quiera que mirara me veía a mí en otro tiempo feliz con Gonzalo. Hasta el recuerdo de que allí estuvo Héctor era positivo, era un recuerdo de cuando yo luchaba, de cuando yo era fuerte y plantaba cara a la vida... Y ahora era un pelele, un proyecto roto de ser humano.

Me alimentaba de bocadillos, de galletas, de patatas fritas y de todo tipo de porquerías, y eso cuando me acordaba de comer, porque lo único que le metía al cuerpo sin descanso era alcohol y pastillas. Las resacas eran brutales; al efecto depresivo del alcohol se sumaba el bajón de lo que fuera que me hubiera metido el día anterior; en aquellos pocos momentos de lucidez solo lloraba y me sentía miserable, pero no hacía ningún esfuerzo por cambiar de vida, quizá porque pensaba que merecía todo aquello. No había sido capaz de salvar a mi madre, no había sido capaz de respetar a Gonzalo, ni siquiera de honrar la confianza que depositaron en mí mis amigos. No podía ni mirarme al espejo, no solo porque mi aspecto era desolador, sino porque me odiaba profundamente. Me habría suicidado, sin duda, si no hubiese sido una cobarde a quien aterraba el dolor. «Ni para eso sirvo», pensaba.

Acumulaba cantidad de porquería en casa, bolsas de patatas por el suelo e incluso envoltorios de chocolate o galletas metidos entre las sábanas. No limpiaba nunca, todo me daba igual. Me levantaba de la cama en cuanto había dormido cuatro o cinco horas y salía a la calle a beber, a drogarme, a acostarme con cualquiera cuando las drogas habían anulado mi voluntad y a volver a empezar.

Dicen que hay personas que cuando tienen un vínculo especialmente fuerte con otro ser humano y este fallece, aún pueden sentir su presencia, aún pueden sentir su energía como si te acompañasen y velasen por ti. Yo no sentía a mi madre, miraba a mi alrededor y todo lo que podía percibir era su ausencia. Simplemente la nada, el silencio.

Una noche terminé en un club con un grupo de chicas que me ofrecieron ir con ellas a una fiesta en una mansión. Realmente me hubiera dado igual que la juerga hubiese sido en un palacio o en una casa okupa, para mí era una forma de evitar ir a casa de nuevo, de prolongar aquella noche un poco más, de beber y de estar colocada. Estaba más que segura que alguna de ellas, si no todas, eran prostitutas, y probablemente las pagarían por llevar chicas a la fiesta. Conocía esta calaña de gente que se aprovechaba de inocentes que acababan en el sitio erróneo con la gente equivocada, las drogaban y terminaban haciendo cosas que no recordaban, y mejor era así... Pero a mí me daba igual, ¿que se querían aprovechar de mí?, «que les aprovechen los restos que quedan», me decía.

Fuimos en un taxi hasta La Moraleja, a una dirección que una de ellas tenía apuntada en el móvil. Al llegar a la mansión pasamos una verja y en la puerta había un par de guardias de seguridad que nos registraron los bolsos. Desconocía a quién pertenecía aquella casa, pero de una cosa estaba segura: le sobraba la pasta. Era de aquellos que, si estornudaban, se secaban la nariz con un billete de quinientos.

Cuando entramos, la fiesta ya estaba más que calentita, la gente estaba muy pasada y había parejas montándoselo en el salón, grupos metiéndose coca hasta reventarles la nariz... Yo iba de cristal y había bebido un montón; todo sucedía a una velocidad de vértigo, veía caras grotescas reír a mi alrededor y luego noté unas manos que me tocaban. Incluso colocada pude reconocer la cara del tipo que me estaba sobando, era un político muy importante y también iba puesto hasta las orejas. Terminé con él en una cama donde hizo conmigo lo que le dio la gana. Perdí la consciencia en mitad de su desahogo y allí quedé dormida.

Por la mañana me desperté con sed, necesitaba beber agua. Fui dando tumbos por la casa, donde aún había gente dormida y donde otros seguían hablando y esnifando, y llegué a lo que parecía la cocina, abrí una nevera y cogí una botella de agua. Bebí unos tragos mientras creía que la cabeza me iba a estallar, y después me entraron unas enormes ganas de vomitar. Me metí en el primer cuarto de baño que encontré y después de vaciar todo lo que tenía en el estómago, me quedé dormida en el suelo.

Recuerdo que más tarde escuché ecos de la voz del político dando órdenes a la gente que trabajaba para él de que quería a todo el mundo fuera de su casa ya, pero lo oía de forma lejana, como entre sueños. Mis músculos eran incapaces de moverse ni un milímetro, estaba destrozada, necesitaba descansar más y volví a quedarme dormida.

No sé cuánto tiempo transcurrió desde que todo el mundo se marchó hasta que yo finalmente desperté con una resaca gigantesca. Aunque aturdida, sabía que no debería estar en aquella casa y que si se daban cuenta de que aún estaba allí me iba a meter en problemas. Había perdido mi ropa interior en algún lugar de aquella mansión y tenía el vestido desabrochado y medio puesto. Me levanté como pude, agarrándome al lavabo, evitando mirarme al espejo —últimamente lo hacía mucho, sobre todo en los momentos en los que pasaba el efecto de lo que fuera que hubiera tomado—. Era obvio que no estaba en el cuarto de baño de su dormitorio, porque el político me hubiera visto por la mañana, pero no sabía dónde estaba exactamente ni cómo salir de allí.

Debía marcharme como fuera cuando escuché pasos por el pasillo y me escondí de nuevo en el cuarto de baño tras una mampara de cristal tintada. Desde allí podía ver un despacho donde entró el político. Pasó un rato sin que él se moviera de una silla ni yo de la ducha. Podría haber salido y decir la verdad, que me había quedado dormida y que lo sentía muchísimo, pero quizá la paranoia de lo que había tomado, la ansiedad y la confusión me hicieron permanecer allí muerta de miedo, esperando a que aquel hombre saliera y yo encontrara alguna vía de escape.

Sonó el teléfono y el político contestó. Al principio no presté atención a la llamada, pero después él comenzó a gritar y yo escuché algo que no debía…

—¡Me da exactamente igual lo que diga Ramírez! Esto no es el Monopoly y yo he tenido que poner el culo y dar la cara por esto… No, no voy a esperarme, aquí chupamos todos del bote y si se han desviado los fondos es para que todos tengamos un trocito de tarta, ¿entiendes?… ¿Y a mí qué coño me importa? Dile a Ramírez que si yo soy el que arriesgo, y tengo en la conciencia que un montón de viejos se queden en la puta calle, quiero mi puto dinero ya… ¿Cómo que qué conciencia? Serás cabrón, dile que si no hace la transferencia hoy, ahora mismo, tiro de la manta, porque yo no voy a caer solo; si aquí caemos, cae hasta el apuntador. Quiero por fax un justificante de la transferencia, ¿me oyes? Os doy media hora y lo quiero en mi cuenta… ¡Exacto! Y manda el fax una vez que esté hecha.

Después de aquello colgó con furia y salió del despacho. Yo estaba temblando, me miré los pies, estaba descalza, no tenía tiempo de buscar mis zapatos y no tenía claro si había perdido el bolso en la mansión o si me lo habían robado en el club en el que había estado la noche anterior. Lo importante era buscar una forma de escapar de allí. Salí de la ducha sin hacer ruido y me asomé tras la puerta; no había nadie en el pasillo, pero no sabía dónde estaba la salida más cercana. Antes de marcharme del cuarto de baño, me miré otra vez por un instante al espejo casi sin querer. Daba pena. El maquillaje corrido, la cara desencajada, el pelo enmarañado y el vestido medio desabrochado colgando. Quise subirme la cremallera pensando salir quizá por alguna cristalera de la casa. De las pocas cosas que recordaba de la noche anterior era la cantidad de puertas correderas de cristal que daban al jardín. Y entonces sucedió. Escuché la voz de mi madre que me decía: «¿Pero qué haces, hija?».

—Déjame, mamá —contesté inconscientemente.

Luego paré en seco y por unos segundos creí que me estaba volviendo loca. «Son las drogas —pensé—, tienen que ser las drogas… Estoy perdiendo la cabeza». No sabía si había escuchado realmente la voz o si había sido en mi cabeza, pero «¿por qué ahora? —me dije—, ¿por qué en este preciso momento? Había hecho atrocidades con mi vida, con mi cuerpo y con mi salud desde que murió mi madre, ¿por qué iba a escuchar su voz ahora preguntándome qué hacía?, ¿por qué no antes?…

Cuando iba a salir de allí definitivamente escuché mi propia conciencia que me decía: «¿En serio te vas a largar después de lo que has oído?, ¿no piensas hacer nada?…». «¿Pero qué voy a hacer yo? Lo único que voy a conseguir es meterme en un problema enorme». «Pero acabas de escuchar que van a robar a viejitos, que los van a dejar en la calle y esta panda de hijos de puta se va a repartir el dinero y ¿tú te vas a quedar tan pancha?». «Yo no sé lo que he escuchado, y además qué cojones voy a hacer yo?»… Eran Antonia y Rita discutiendo. Me agarré la cabeza y cerré los ojos, quería sacarlas a ambas de mi cabeza y que me dieran un vaso de ron. Me miré de nuevo en el espejo, esta vez de frente, y me dije: «¿Qué cojones tienes que perder?, ¿qué van a hacer?, ¿matarte? ¡Tú ya estás muerta!».

Salí con muchísimo cuidado de no hacer ruido del baño, el corazón me latía a dos mil por hora y tenía un dolor de cabeza increíble. Crucé al otro lado del pasillo y entré en el despacho. Estaba a punto de marearme y caerme allí sin sentido, pero traté de respirar hondo. Aquello era lo último que necesitaba.

No sabía qué estaba buscando, si hubiera cualquier tipo de pruebas de lo que había oído, desde luego no iban a estar allí encima de la mesa con un cartel luminoso que dijera: «¡Eh, tú, loca de mierda, aquí estoy, cógeme!». Me agarré las sienes y me dije: «¿Pero qué estás haciendo?». Y de repente escuché el fax. Casi me da un infarto cuando se puso en funcionamiento y oí el ruido al imprimir un documento. Me llevé la mano al pecho para descubrir que el corazón me decía a gritos:

«¡Tú si quieres quédate, pero yo me voy!». Sin pensarlo dos veces fui hacia la máquina, parecía la copia de la transferencia que estaba esperando el político, agarré el papel y me lo metí doblado en el sujetador. Me asomé al pasillo y vi una habitación justo al lado del cuarto de baño donde antes había estado escondida, pensé que quizá tendría una de las puertas correderas que recordaba y que podría salir al jardín. Crucé de puntillas corriendo y entré, pero allí no había puerta corredera. «¡Mierda! —me dije—. ¿Cómo coño salgo yo de esta? ¡Dios mío, ayúdame!». Cómo me alegraba de que Dios no tuviera por costumbre contestar a los pobres mortales, porque me habría dicho: «¿Ahora te acuerdas de mí, hija de puta?».

Quise salir al pasillo de nuevo para encontrar otra salida, cuando escuché de nuevo pasos que se acercaban. No iba a hacer falta que me mataran, con la taquicardia que tenía hacía ya un buen rato, con que dieran una palmada y dijeran «¡buh!», me iba a quedar ahí en el sitio. El político volvió a entrar en el despacho, y después de estar allí unos cinco minutos —y yo empezar a sudar frío—, oí que llamaba por teléfono.

—Soy yo, ¿la habéis hecho ya?... No, yo no he recibido nada... ¡Qué no, coño!, ¡que te digo que no!... Bueno, pues mándala otra vez, joder... Estoy aquí en el despacho, no me muevo, en cuanto la reciba te llamo. —Y colgó.

Si no salía pronto de allí iba a acabar gritando. La habitación donde me encontraba tenía una ventana, cuando me acerqué y aparté la cortina, vi que solo había un metro y pico hasta el suelo por el otro lado. La abrí sin hacer ruido, saqué la cabeza y miré hacia el exterior. No parecía que hubiera nadie. Me subí a la cama para poder sacar una pierna fuera y me acordé de la peor de las formas posibles de que había perdido las bragas. Me había clavado en todo el trasero el canto de la ventana; ahogué un quejido y saqué la otra pierna. Al saltar me rajé la mano con el metal de la ventana y me hice daño en un tobillo. Cojeando por el jardín, iba hecha un cuadro.

Recordé con angustia que la casa estaba vallada y que había entrado por una puerta que tenía seguridad. Iba a ponerme a llorar, como de costumbre cuando me agobiaba por no encontrar una salida, cuando vi un pedrusco enorme que estaba a tan solo medio metro de distancia de la verja. Si me subía a él, quizá podría auparme y trepar por la verja para escapar. Miré hacia todos lados mientras pensaba que hubiera odiado nacer en otro tiempo y ser Mata Hari, ser espía debía de ser un coñazo y, además, peligrosísimo.

—Mamá, te juro que si salgo de esta voy a cambiar... Si salgo de esta vas a estar orgullosa de mí —pronuncié en alto.

Casi sin darme cuenta podía volver a pensar en mi madre sin dolor, por primera vez la sentía conmigo. Subí a la piedra y me aupé, me agarré a la verja y con un esfuerzo sobrehumano conseguí pasar las dos piernas. Estaba colgando ya del otro lado cuando se me enganchó el vestido. Me quedé allí pataleando con él subido hasta la cintura. Además de estar enseñándole el culo a cualquier vecino que pasara con el perro, los de seguridad de la mansión se iban a encontrar con mi coño saludándoles. No sé de dónde saqué las fuerzas para desengancharme y saltar sobre el tobillo, que ahora dolía en estéreo.

Me alejé de la mansión cojeando, pensando en cómo demonios iba a salir de allí, sin móvil, sin dinero y descalza. Cuando ya había pasado unas nueve casas enormes y me había alejado unas cuatro calles, vi que todo lo que tenía a mi alrededor eran eso, casas, calles de una urbanización privada y arbolitos. Estaba ya acordándome de mi estampa, cuando se me ocurrió una idea —era una idea bastante rocambolesca, así que asumí que se le había ocurrido a Rita—.

Cojeando, sangrando por el corte de la mano, con el maquillaje corrido y con el vestido destrozado, llamé a la puerta de una casa con desesperación.

—¡Ábranme, por favor! —grité—. ¡Ábranme, se lo suplico!

Tardaron bastante en contestar, y cuando finalmente abrió la puerta una chica de servicio se quedó con la boca abierta al verme.

—Me han violado, señora, me han violado y me han robado, me acaban de tirar de un coche en marcha... Por favor, llame a la policía —le dije yo histérica.

La pobre mujer no sabía qué hacer, pero con los gritos salió la señora de la casa que al verme me hizo pasar y me trató con extremada dulzura. Yo solo quería que llamaran a la policía para hacer una falsa denuncia y pudieran dejarme telefonear a Begoña para que me llevara a casa. No se me ocurrió mejor forma, porque estaba a kilómetros del centro de Madrid y con aquella pinta no podía ponerme a parar un coche, ni aunque tuviera la mayor de las suertes del mundo y pasara por allí un taxi que pudiera coger y pagar en casa, tampoco iba a parar al verme en aquel estado.

Francisca, que así se llamaba la dueña de la casa, me dijo que era mejor que no me lavara para que la policía me viera tal y como estaba, que todo eran pruebas para pillar al desaprensivo que me había hecho aquello. Me entraron unas ganas tremendas de decirle: «Señora, la desaprensiva y la imbécil integral que me ha hecho esto soy yo, pero no se preocupe, sanará...», pero obviamente no dije nada, solo hacía pucheros y le daba las gracias por ayudarme.

La policía tardó bastante en llegar, yo pensaba que la resaca me iba a matar allí mismo, y eso sin contar los nervios que había pasado para escapar de la mansión del político. La herida de la mano escocía con rabia y el tobillo se me estaba hinchando como un pomelo. La mujer me dio un ibuprofeno, lo cual no iba a hacer gran cosa con el pedazo de resaca, pero algo ayudaría.

Cuando llegó la policía fue un auténtico aburrimiento. Me llevaron a comisaría donde me tocó prestar declaración y tirar de una inventiva que para sí quisiera Stephen King. Después de sacarme fotos y coger muestras de todo, por fin me dejaron telefonear. Llamé a Begoña y como estaba un policía delante tuve que contarle que me habían violado y que estaba en comisaría. Mientras esperaba a que viniera, pensé por un instante en contar a la policía lo que había escuchado en casa del político y darles el papel que había robado. Pero enseguida deseché la idea; al fin y al cabo, era un político, y si daba con un policía corrupto o con un listo que buscara favores o dinero, a la única que iban a dar por saco, y bien, era a mí. Así que me callé y no dije nada.

Begoña entró por la puerta de la comisaría con una cara de perro increíble. No estaba enfadada, estaba como una furia del averno desatada, dispuesta a que si no me habían matado del todo en la violación, ella misma acabaría conmigo. Me preguntó si había terminado de declarar y después muy seca, dijo:

—¡Pues, hala, vámonos!

Cuando llegamos al coche y mi cabeza ya estaba llegando a extremos de peligro de dolor intenso, se dispuso a darme la charla del siglo.

—¡¿Violada?! ¡Otra vez te pegan una paliza y casi te matan! Antonia eres gilipollas. Tía, ¿por qué no te tiras por una puta ventana?, te juro que así terminas antes —me decía a gritos.

Yo contesté más bajo porque si chillaba también las que se iban a suicidar serían mis sienes:

—Por una ventana ya me he tirado hoy, Begoña. No me han violado... —dije pausadamente.

—¿¡Qué!? —preguntó sorprendida, a punto de echar el freno y darme dos bofetadas.

—Que no me han violado. No me lleves a mi casa, por favor, vamos a la tuya. Tenemos que hablar... —le pedí.

Entonces sí paró el coche y me miró muy seria.

—Mira, Antonia, yo te llevo a mi casa, pero se acabó el circo y los leones, ¿entiendes? Si te vas a dejar ayudar bien; si no te bajas ahora mismo porque me tienes hasta las narices —gritó de nuevo.

—Necesito ayuda. Y quiero que me ayudes. Y te juro por mi madre que no te voy a mentir y que deseo recuperar mi vida —le contesté.

Me miró durante unos segundos en silencio, arrancó el coche y siguió conduciendo hacia su casa.

NEGOCIACIONES

Begoña estaba realmente asustada de ver el estado en el que me encontraba, no sabía cómo empezar a ayudarme. Si yo había tenido una vida tradicional y una educación a la vieja usanza antes de que todo se saliera de madre, Begoña aún más, e ignoraba por completo el mundo al que yo había saltado de cabeza. Sabía que limpiarme el organismo de todo el veneno que había estado ingiriendo y desengancharme de las drogas y el alcohol no sería tarea fácil, pero lo que sí tenía era voluntad y me profesaba un amor incondicional, así que decidió que la mejor forma de recuperarme sería viviendo en su casa durante una temporada hasta que estuviera en condiciones.

Cuando le conté lo sucedido en la casa del político no salía de su asombro. En un principio pensó que eran delirios míos, pero cuando le enseñé el extracto del banco y le expliqué con detalle la conversación, supo, al igual que yo, que debíamos hacer algo, aunque ninguna teníamos mucha idea de cómo proceder.

Pasé un mes y medio criminal. Tenía unos cambios de humor extremos. Escalofríos, vómitos y una colección de regalos con los que me había obsequiado una vida de crápula continua. Begoña tuvo una paciencia infinita y se mantuvo firme cuando yo flaqueaba. Me obligaba a comer sano y, aunque me dolía todo el cuerpo y no tenía ni ganas de salir de la cama, me obligaba a hacerlo y a andar largas caminatas con ella. Fue tremendamente duro volver a convertirme en persona, en la persona que un día fui.

Cuando tuve la mente clara, pensé muchísimo en Gonzalo, le echaba de menos hasta un punto que dolía físicamente, pero aunque Begoña me animaba a llamarle y hablar con él, me avergonzaba tanto de mi conducta, de la forma en la que había decidido afrontar la ausencia de mi madre, que no creía que estuviera preparada para verle. No sabía si algún día lo estaría y si me perdonaría a mí misma por lo que me había hecho a mí y a él.

Cuando Begoña me vio más fuerte, decidimos que era el momento de planificar un plan para intentar tomar algún tipo de acción contra lo que el político y sus amigos, los ladrones corruptos, estaban haciendo. Begoña veía bastante más la televisión que yo, y estaba familiarizada con los programas que se nutrían, sobre todo, de escándalos, y que seguramente estarían encantados de airear y destapar una trama como aquella. El problema es que nosotras, ajenas a ese mundillo, no sabíamos con quién contactar ni cómo empezar. Era un tema extremadamente delicado, y el político involucrado tenía muchísimo poder; además de que no sabíamos hasta dónde llegaba el asunto, y quién más podía estar metido en aquella estafa.

Una tarde, Begoña veía un programa del corazón de sobremesa, cuando salió en antena hablando el mánager más conocido de España. Él llevaba a los personajes más relevantes de televisión y tenía una relación directa con la cadena. Buscamos su nombre en Internet y rápidamente dimos con la dirección y el teléfono de su agencia. Pensamos que hacerlo público de esta manera sería la mejor opción, ya que si algo nos ocurría, todos sabrían que habían sido ellos. El hecho de hacerlo de dominio público obligaba a jueces y policía a tomar cartas en el asunto, ya que todo el mundo conocería el delito.

Llamamos a la agencia del representante y nos dieron cita para reunirnos con él aquella misma semana. Tanto Begoña como yo estábamos nerviosas y no teníamos claro cómo abordar el tema, sobre todo Begoña, pues yo a estas alturas estaba más curada de espanto. Para ella esto era la aventura de su vida, estaba a punto de destapar un asunto de relevancia nacional que podría acabar con parte de la cúpula política de nuestro país entre rejas, y aunque le aterrorizaba la magnitud de lo que estábamos haciendo, su sentido de la justicia y la repugnancia hacia políticos corruptos, la empujaba a seguir adelante, apoyándome para llegar al final de todo aquello, aceptando conmigo las consecuencias, por nefastas que pudieran tornarse.

Llegamos al despacho del mánager y esperamos en otra sala a que terminara una reunión y viniera a hablar con nosotras, que estábamos temblando como flanes. Antonio, que así se llama el representante, era muy cercano y tremendamente simpático; vio lo asustadas que estábamos y después de ofrecernos una taza de café que ambas rechazamos, quiso entrar en materia. Yo le di una copia del papel original que saqué de casa del político y le expliqué con detalle la conversación que había escuchado. Nos miró con los ojos como platos y después de saber el nombre del político y echar un vistazo a las pruebas y a los hechos, nos dijo:

—Esto es muy gordo, chicas... Con esto no podemos ir a un programa a contarlo, necesitamos más pruebas...

Begoña me miró asustada, temía que yo, con mi conducta temeraria, me ofreciera a meterme de nuevo en casa de aquel hombre y que algo terrible me sucediera, pero Antonio sugirió algo mucho mejor. La cadena con la que él trabajaba llevaba un programa de investigación, tenían profesionales que se dedicaban a destapar tramas similares, a seguir pistas y a espiar a la gente hasta llegar al fondo de temas a veces muy comprometidos. Nos dijo que él hablaría con el programa y que estaba seguro de que se mostrarían interesados, que una vez que tuviera todo cerrado, le trajéramos el papel original y lo pondrían en marcha. Begoña respiró tranquila al oír la idea de Antonio y yo también, pues ya me pillaba cansada, agotada y con más ganas de llevar una vida tranquila que de hacer de Juana de Arco.

Tardaron tres meses en completar la extensa investigación antes de sacar en antena un programa sobre el tema. Yo ya estaba completamente recuperada, Begoña me había ayudado a hacer una pequeña reforma en mi casa y a cambiar la decoración. Quería empezar desde cero, quería que todo lo que me rodeara fuera nuevo y tan lleno de esperanza como yo.

Por las noches, adoptando la costumbre de Gonzalo, encendía una vela y, más que rezar a mi madre, hablaba con ella. Le contaba lo que había hecho ese día y le decía que la amaba y la echaba de menos. Aquello me hacía sentir genial, y notaba la presencia y el calor de mi madre conmigo.

El día llegó y emitieron el programa sobre los políticos corruptos. Begoña y yo estábamos en mi casa con un cuenco de palomitas, expectantes y deseando saber hasta dónde había llegado la caja de Pandora que nosotras habíamos destapado. El impacto fue mucho más allá de lo que imaginábamos. Al tirar del hilo y seguir las pistas, habían descubierto que no solo robaban dinero de unas residencias que tendrían que haber hecho y no hicieron, repartiéndose el dinero de las mismas entre varios golfos, sino que había una malversación de fondos en la que estaban implicados políticos de relevancia de nuestro país. Sacaron grabaciones telefónicas, pruebas de infinidad de ingresos a cuentas extranjeras y un montón de evidencias más que hicieron tambalear el Gobierno actual.

A Begoña aquello le descompuso el estómago y la pobre se pasó la noche yendo al cuarto de baño. Yo trataba de tranquilizarla y le aseguraba que ahora que era público nadie podría hacernos nada, que

ella había conseguido que un montón de corruptos fueran a terminar en la cárcel y que debería estar orgullosa; aunque en el fondo era consciente de que todo el asunto la sobrepasaba.

En el telediario no hablaban de otra cosa y cada día sacaban algún chanchullo más en el que los políticos de nuestra trama estaban implicados. Yo la verdad estaba gozando con todo esto, de alguna forma, aunque no justificara mi conducta y mi cobardía cuando fui incapaz de afrontar la muerte de mi madre, también era consciente de que si yo no hubiera estado allí, si los acontecimientos no se hubiesen desarrollado exactamente de aquella forma, todo esto quizá nunca hubiera salido a la luz. Me alegraba infinitamente de que hubiéramos podido ayudar a tanta gente, de que todo al final tuviera algún sentido.

Antonio, el mánager, me llamó una mañana para proponerme que fuéramos a un programa del corazón, ya que había un interés nacional de saber quiénes eran las responsables de haber destapado aquella trama y conocer las caras y la historia de cómo había empezado todo aquello de primera mano. Begoña se negó en rotundo desde un principio, aunque como espectadora le encantaban ese tipo de programas, pero la aterraba ser protagonista de uno de ellos. Yo pedí a Antonio tiempo para pensarlo y quedé con él la semana siguiente en su despacho para discutirlo.

ANTONIA

Vestida de noche y maquillada por profesionales, esperaba en una sala tomando un refresco, esta vez no a un cliente, pues esa vida quedaba ya muy atrás para mí de forma definitiva, sino a que Antonio viniera a buscarme para entrar a plató. Estaba a punto de salir en el programa líder de máxima audiencia a contar no solo cómo llegué hasta la casa de aquel político y cogí las pruebas que derivaron en el encarcelamiento de un montón de corruptos, sino también para confesar públicamente lo que había hecho en mi vida, lo que me habían hecho a mí y para limpiarme de una vez por todas de tanta mentira.

El encontronazo con los periodistas, que había imaginado mucho peor, no fue de ninguna forma traumático. Por duros e inquisitivos que quisieran ser con sus preguntas y en algunas ocasiones acusaciones, no eran nada comparados con el terror de ser perseguida por la mafia rusa, molida a palos, violada y extorsionada. Tan duras fueron sus preguntas como mis respuestas, y me importaba poco si me creían o no, porque al fin y al cabo lo que yo buscaba era desahogarme. Sabía que estaba contando mi verdad. Les hablé de cómo aterricé por accidente en esta profesión, de mis errores al creer que todo sería un camino de rosas y de las mentiras que inventé para no enfrentarme a mis seres queridos. Del famoso actor que me maltrató, del futbolista, de mi ex, de mi caída y mi recuperación... También les hablé de mi madre y del amor de mi vida, Gonzalo.

Por algún motivo que desconozco me hice un personaje tremendamente popular, y la gente me pedía autógrafos por la calle como si realmente hubiera hecho algo de provecho en mi vida. Nunca fui con aquella intención al programa, sino que cansada de falacias intenté buscar mi paz, pero encontré mucho más, y como de costumbre, me pasaba por casualidad.

Con el dinero que gané en mis andanzas televisivas fui a ver a Cris, el director de la clínica Bruselas. Le propuse invertir en su negocio, asociarme con ellos y abrir un nuevo centro. Cris accedió gustoso y, cuando estuvo terminado, pusimos a una de las salas el nombre honorífico de Ángeles y bautizamos así el tratamiento estrella del centro.

Un 5 de septiembre, poco después de que abriera la nueva clínica, reuní fuerzas suficientes para intentar recuperar al único hombre que me había hecho feliz. Cuando marqué su teléfono, sin saber muy bien qué iba a decirle, me pareció oír más alto los latidos de mi corazón que los tonos de la llamada. No sabía si quería que me contestase o si sería capaz de explicarle por qué no acepté su ayuda y por qué me alejé de él... Y desde luego, por mucho que Gonzalo me hubiera demostrado amarme más que nadie y me hubiese dado tantas oportunidades, no tenía muchas esperanzas de que contestara a aquella llamada y de que una vez más me perdonara y volviera a mí... O de que me diera la ocasión al menos de demostrarle que jamás volvería a defraudarle. Después de varios tonos, en los que podía imaginarle mirando la pantalla de su móvil, decidiendo si me dejaría o no volver a entrar en su vida, respondió. Como de costumbre, y conociéndome como me conocía, sabiendo lo difícil que debía de resultarme aquella llamada, fue él quien condujo la conversación. Hablar de nuevo con Gonzalo, aunque fuera por teléfono, era como encontrar un refugio en la mitad de la nada, un lugar donde me sentía en casa. Le pedí que nos viéramos, y aunque se produjo un silencio incómodo, de

aquellos eternos que solía provocar en una conversación para decidir qué hacer, olvidándose de que el interlocutor seguía allí esperando, accedió.

Cuando nos encontramos y vi su cara de nuevo, supe que no importaba el tiempo que tardase en perdonarme, pero aquel hombre era toda mi vida y no estaba dispuesta a perderlo nunca más. Nos sentamos y pedimos ambos un té, y entonces me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Hablo con Rita o con Antonia?

—Hablas con Antonia. Nadie nunca más podrá hablar con Rita —le contesté.

Regresar con Gonzalo fue volver a abrir las puertas del cielo, pero existía una gran diferencia con la felicidad que experimenté en otro tiempo con él, ya no tenía miedo, ya nunca volví a sentir ese terror de que todo pudiera acabar, de que fuera un sueño y yo estuviera a punto de despertar... Había aprendido a disfrutar de la felicidad, que en sí misma no son más que momentos; momentos que a veces descuidamos por el miedo a perderlos. Pero ya era libre, ya soy libre, y amo mi vida y me quiero, me acepto y me respeto.

Lo que me completa de forma extraordinaria es saber que al fin y al cabo, cuando mentí a mi madre y le hablé de una vida perfecta, un trabajo ideal que se suponía que tenía, se había convertido en una realidad... En el fondo la mentí poquito, fue un adelanto de lo que iba a ser mi vida, y me da muchísimo gusto que ella llegara a vivirlo, aunque en forma de ficción, antes de morir.

Tengo una hija maravillosa que también se llama Ángeles. Tiene tres añitos y es igual de cabezona y charlatana que su abuela. Algunas tardes la tumbo encima de mí para ver juntas los dibujos y cuando siento su corazón latir, noto a mi madre con nosotras y en bajito le digo:

—Este momento juntas, hija, ya no nos lo quita nadie.

Paseando hoy con Begoña le he preguntado:

—Oye, ahora que me conocen y todo el mundo sabe que he sido puta... ¿No te da vergüenza que te vean conmigo por la calle?

—No, Antonia, para nada... En el fondo, todas somos un poco putas —me ha contestado.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiese sido posible si Xavi Massana, una vez más, no me hubiera animado a escribir, si Alejandro Suárez no hubiera creído en mí haciendo posible que me recibieran en el Grupo Planeta o si Olga Adeva no hubiese apostado por esta humilde servidora. Espero no haber defraudado a ninguno de ellos.

Gracias a mi mejor amiga, Beatriz Santos, por tener esa inmensa paciencia conmigo y empujarme a seguir escribiendo.

Gracias, papá, a ti también, por haber dejado el listón tan alto. Tener un genio como padre es un reto para superarme día a día. Espero que te sientas orgulloso de mí.

Gracias a Gary Stennette, mi amor, por ser mi crítico más severo; junto a ti soy mejor persona.

Y por supuesto, gracias a todas aquellas mujeres que han decidido permanecer en el anonimato y que han compartido sus experiencias conmigo; unidas a las mías, han servido para dar vida a Antonia.

Memorias de una puta
Mari Cielo Pajares

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, más!gráfica, 2014
© de la imagen de la autora, Cameron Scott

© María del Cielo Pajares, 2014

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2014
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.
C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2014

ISBN: 978-84-270-4111-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.
www.safekat.com